





VALERA  
—  
FLORILEGIO  
DE POÉSIAS

4



46771

RAL

PQ6186

v3

v.4



1080018933



ITER PARATIUM

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



# FLORILEGIO

DE

## POESIAS CASTELLANAS

DEL SIGLO XIX

Con introducción y notas biográficas y críticas

POR

JUAN VALERA

De la Real Academia Española.

TOMO IV



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
Capilla Alfoqueana  
Biblioteca Universitaria

MADRID

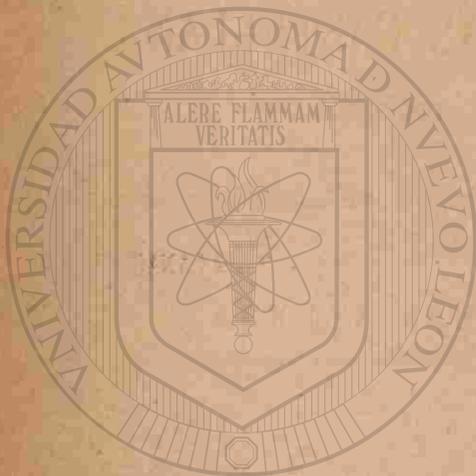
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Carrera de San Jerónimo, 2

1902

46771

10507



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

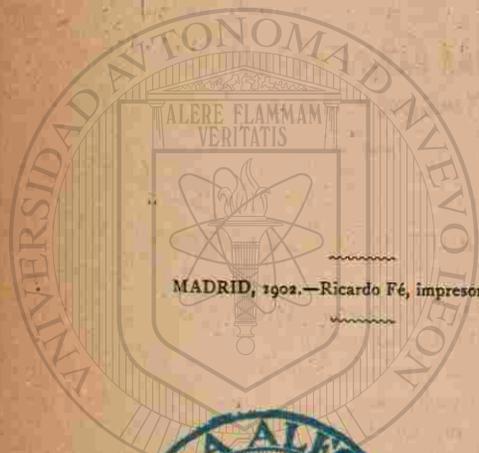
DIRECCIÓN GENERAL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO DE 1857  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

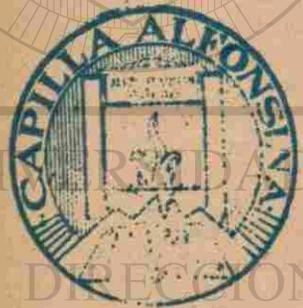
PQ6186

V.3

V.4



MADRID, 1902.—Ricardo Fé, impresor, Olmo, 4



FONDO CAETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



DOÑA PAZ DE BORBÓN  
*(Infanta de España).*

Á LA VIRGEN DE LA ALMUDENA

¡Oh Virgen sacrosanta  
De la Almudena!  
Hoy á tus plantas vengo  
Con una pena.  
Virgen María,  
Consuelo fuiste siempre  
Del alma mía.

Hay seres en el mundo,  
Seres queridos,  
Que anhelo ver felices.  
Nunca afligidos.  
¡Oh Virgen buena!  
Lo imploro ante tu imagen  
De la Almudena.

Pero si en vez de flores  
Que ornen su frente,  
Espinass les reservá  
La adversa suerte,



Ano. 1625 MONTERREY, MEXICO

010597

Di á Dios que cambie  
Todas mis alegrías  
Por sus pesares.  
Y si tú se lo dices,  
Cuál yo lo pido,  
Ha de hacer lo que quieras  
Tu Hijo divino.  
Y yo contenta  
Gracias daré á tu imagen  
De la Almudena.

### ALMAS Y FLORES

Hay en la tierra flores sin espinas;  
Su hechizo no es mayor:  
Solamente el aroma hace divinas  
Las galas de la flor.  
También, aunque parezca un imposible,  
Hay almas sin dolor:  
No busques en su vida indefinible  
Ni el odio ni el amor.  
Espinas tienen las fragantes rosas,  
Y es grande su esplendor:  
Las almas aparecen más hermosas  
Con llanto y con dolor.

### Á MI HERMANA EULALIA

Si tu dulce esperanza  
Colmada ves al fin,

Y el mundo te sonrie,  
No te acuerdes de mi.  
Cuando todo alegría  
Respire junto á ti,  
No pienses que hay tristeza;  
No te acuerdes de mi.  
Mas si la infausta suerte  
Te hace un dia infeliz,  
Cuando llores, Eulalia,  
¡Acuérdate de mí!

### Á LUIS

Al hablarme de amor por vez primera,  
No te quise escuchar.  
Temí no fuese tu pasión sincera,  
Y te dejé marchar.  
Mas viendo firme, al espirar los años,  
Tu amante voluntad,  
Comprendí que si el mundo ofrece engaños,  
Tu amor era verdad.  
Mientras gozaba alegre, tú, ni un día  
Me llegaste á olvidar:  
Pensaste que el cariño triunfaría,  
Y al fin logró triunfar.  
Tuyo es mi corazón: el cielo santo  
Á bendecirnos va.  
¡Sólo la muerte, con su negro manto,  
De tí me apartará!

DOÑA BLANCA DE BORBÓN

Á LA VIRGEN DEL PILAR

Bendita tierra española,  
Madre mía celestial,  
Que ha merecido ella sola  
Tenerte en carne mortal.

Como bajaste á aquel suelo  
Desciende á mi corazón:  
Mas no te vuelvas al cielo  
Dejándome en afición.

Oye el grito que me arranca  
La sed de tenerte en mí;  
Haz del alma de tu Blanca  
Nuevo Pilar para tí.

No salgas Virgen María,  
De mi corazón jamás,  
Que estando en el alma mía  
Dentro de tu España estás.

DOÑA ANTONIA DÍAZ DE LAMARQUE

DESPUÉS DE LA LLUVIA

Se abrió tu mano y descendió el rocío:  
¡Gracias, oh Dios, mil veces!  
¿Dudará ya de tí ciego el impío,  
De tí, que previsor el bien ofreces?  
Borró de la aridez la infausta huella  
Cayendo el agua pura:  
La abundancia vendrá; vendrá con ella  
El consuelo, y la paz y la ventura.

Huyan del corazón negros temores,  
Renazca la esperanza,  
Que su manto de frutos y de flores  
Ya nos muestra la tierra en lontananza.  
Ya sin verdor el toro enflaquecido  
No hallará los oteros,  
Ni gemirán con lánguido balido  
Tras sus hambrientas madres los corderos.  
Del hondo valle en la tupida alfombra  
Miel tendrán las abejas,  
Y nido encontrará de grata sombra  
El ruiseñor donde exhalar sus quejas.

Para todos el bien. Del rico Mayo  
Vendrán auras amigas,  
Que agitarán en plácido desmayo  
Con armónico son mares de espigas.

Brindarán en Octubre su tesoro  
Olivos seculares,  
Llenas las trojes se verán de oro,  
Colmados de racimos los lagares.  
Señor, el velo de tristeza y luto,  
Que al mundo oscurecía,  
Cual niebla disipóse, y en tributo  
Himnos de amor la humanidad te envía.

Que aun el que osado tu grandeza niega  
Y á ti su faz no alza,  
En el noble placer á que se entrega  
Tu providencia, á su pesar, ensalza.

Ostenta tu poder el bosque umbrío,  
Y ora dulces, ya graves,  
Te aclaman la floresta, el aura, el río,  
Los insectos, las fieras y las aves.

Al coro universal, fieles juntemos  
Nuestro sentido canto,  
Y con profunda gratitud clamemos:  
«¡Gloria, gloria al Criador, tres veces santo!»

## DOÑA SOFÍA CASANOVA DE LUTOSLAUSKI

EN LA VÍSPERA DE SAN JUAN

(CUADRO DE POLONIA)

De la amarga tristeza de los hogares  
Dijérase que un algo flota doquiera,  
Y no es alegre el eco de los cantares  
Que en la noche se pierden en la pradera.

Sólo cuando celebran los campesinos,  
Con populares fiestas, sus tradiciones,  
Olvidan un momento su cruel destino,  
Y abren á la alegría los corazones.

De San Juan las veladas gustan las mozas;  
En ellas á ilusiones dulces se entregan,  
Y cuando el sol se pone, dejan sus chozas  
Y al anchuroso río dichosas llegan.

Cruza el Naref tranquilo por entre prados  
Que en el limite incierto semejan mares,  
Y ver puede las frondas que á entrambos lados  
Forman las grandes selvas y los pinares.

Como alma que del cuerpo que dejar debe,  
Se separa con pena, tal aquí el día  
De la tierra se aleja tras unión breve,  
Dando á todo su vaga melancolía.

Con lentitud cruzando va el firmamento,  
Y ya hundido en las nubes del Occidente  
Aún detiene su paso por un momento,  
Y aún su beso á la tierra da dulcemente.

Ved como ya se agrupan en las orillas  
Del río las muchachas, cada una de ellas  
Dos guirnaldas de flores lleva sencillas,  
Mas si sencillas ambas á la par bellas.

Puestas entre las flores con maña y arte,  
Brillan rizadas velas de color vario,  
Y á lo largo del río, de una á otra parte,  
De diminutas luces se ve un rosario.

Hoy de estas pobres niñas el alma toda  
Fija está en esas luces y en esas flores,  
Que ellas prometen dichas ó anuncian boda  
A las que palidecen de mal de amores.

Apenas de la tarde brilla la estrella,  
Sus guirnaldas arroja cada una al río;  
La blanca simboliza la vida de ella,  
La roja la del dueño de su albedrío.

Si juntas se deslizan río adelante,  
Es que así emparejadas irán sus vidas,  
Y morirán entrambos él mismo instante,  
Si se apagan las velas allí encendidas.

Si una de las guirnaldas, de su pareja  
Se aparta y de otras ondas sigue el camino,  
Es que á los dos amantes por siempre aleja  
El poder misterioso de su destino.

Ved como las muchachas siguen ansiosas  
Las aguas donde flotan luz y esperanzas...  
Sus pupilas azules son más hermosas,  
Del porvenir buscando las lontananzas.

Cómo su pelo rubio que huele á heno,  
Flota sobre las sienas desordenado;  
Y cómo de impaciencia palpita el seno  
Por los finos percales no bien guardado.

Todas hacia las aguas el cuerpo inclinan  
Para ver sus guirnaldas en la corriente  
Y el anhelar ansioso, que no dominan,  
Es por tranquilo y mudo, más elocuente.

Pasan con balanceo gracioso y lento  
Esos de luz y flores lindos bajeles;  
La brisa los empuja con blando aliento  
Y amoreillos le sirven de timoneles.

Algunos que empezaron el viaje unidos,  
A mitad de la ruta se han separado,  
Otros bajo las aguas yacen hundidos,  
Y las velas de muchos se han apagado.

Alguno sólo cruza como alma en pena,  
Otro encalla entre piedras ó entre el follaje,  
Y del silencio el ruido plácido suena,  
Resbalando en la vaga luz del paisaje.

Ya del río se pierden allá á lo lejos  
Las flores, ya el postrero bajel no brilla,  
Y aún las flores persiguen y los reflejos  
Ansiosas las muchachas desde la orilla.

Y mientras unas lloran sus ilusiones  
Y otras su amor celebran y su fortuna  
Dando al río sus niveas coloraciones,  
Aparece en los cielos la blanca luna.

DOÑA JOSEFA UGARTE BARRIENTOS

(Condesa de Parcent).

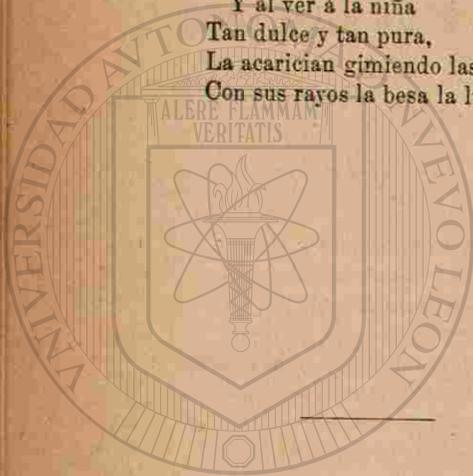
EN UN ÁLBUM

«¡Cuán leves se rizan  
Las ondas del lago,  
Bajo el beso fugaz de las auras  
Que pasan cantando!...  
¡Qué linda en el cáliz  
De adelfa lozana,  
Se columpia gentil mariposa  
Plegando sus alas!  
En esos instantes  
De paz y misterio,  
En que tiene la flor más perfume,  
Más himnos el viento,  
¡Qué música iguala  
Los ecos del valle  
Cuando céfiros, aves y fuentes,  
Despiden la tarde,  
Fingiéndose plegarias  
Ó amantes saludos,  
Al lucero que pálido nace,  
Y al sol moribundo?

— 15 —

¡Hay algo más bello  
Que rosas y estrellas,  
Que esa luna que el lago ilumina,  
Que ese lago que el cielo refleja?»  
Tal dice una virgen  
De trenzas tan blondas  
Como el rayo de sol que tenía  
Las últimas lomas...  
Y así desde un olmo  
Do cuelga su nido,  
Á la cándida niña contesta  
Cantor pajarillo:  
«Mas grata que el eco  
De arroyos y brisas,  
Es tu voz melodiosa, si ríes,  
Ó tierna suspiras:  
Mas puro que el astro  
Que dora las nubes,  
Es el vivo fulgor de tus claras  
Pupilas azules;  
Eclipsa á la luna  
Tu rostro hechicero;  
Y mejor que en el lago, en tu alma  
Reflejase el cielo...  
Si estrellas y flores  
Son solo materia  
Y en tu frente del soplo divino  
La luz centellea,  
¡Hay algo más bello,  
Hay algo que iguale,  
Á una virgen que blancas desplega  
Sus alas de ángel?»

Callaron los trinos  
Del ave canora,  
Al tender apacible la noche  
Su manto de sombras.  
Y al ver á la niña  
Tan dulce y tan pura,  
La acarician gimiendo las auras...  
Con sus rayos la besa la luna...



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO" S. R. L.  
Apdo. 1625 Monterrey, N. L., México

## DOÑA BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ

### TÚ Y YO

Yo soy la pobre flor que en el estío  
Sobre el ardiente polvo se consume;  
Sé tú la blanca perla de rocío,  
Y yo te daré en cambio mi perfume.  
Si es mar de llanto la existencia mía,  
Tú eres rayo de sol, mirate en ella,  
Y en tanto que amanece eterno día,  
Si yo la noche soy, sé tú mi estrella.

### MISTERIOS

Quisiera ver la gruta diamantina  
Á dónde oculta el rayo y las centellas  
El Ángel que recoge las estrellas  
Cuando el sol los espacios ilumina;  
Y preguntar al Alba sonrosada  
Dónde guarda las perlas del rocío,  
Y saber mientras duermes, ángel mío,  
Donde flota la luz de tu mirada.

DE UNA EXTENSA EPÍSTOLA DIRIGIDA DESDE ITALIA  
Á DON EMILIO FERRARI Y Á SU SEÑORA

Frisos, aras, sepulcros, capiteles,  
Urnas, vasos y estatuas soberanas  
De Scopas, de Mirón y Praxiteles,  
Convierten las estancias vaticanas  
En templo de la luz y la poesía  
Y en altar de las artes sobrehumanas.  
Tanta grandeza producir debía  
Un ser de muchas almas, un Atlante  
Que el Olimpo y el Cielo fundiría.  
Y nació Miguel Angel, un gigante,  
Un genio apocalíptico, un poeta  
De la raza titánica del Dante.  
¡No es pintor ni estatuario, es un profeta:  
Su cincel es un rayo que fulmina  
Y hay sombra y fuego eterno en su paleta!  
No sé en qué Horeb oyó la voz divina...  
Mas cerca tuvo á Dios, cuando tan grande  
Se proyecta su sombra en la Sixtina.  
No temáis, no, que el cielo le demande  
Cuenta de sus audacias al coloso,  
Que es ley que el Océano se desmande!  
Ley es que el huracán brame furioso;  
Y en medio del horror de la tormenta,  
Dios mismo, se nos muestra más grandioso.  
Su alma audaz, indomable y turbulenta  
No es el *yo* limitado y siempre el mismo,  
Es un mundo embrionario que fermenta,

Es la tromba, la lucha, el cataclismo,  
Es el alma del Dante soberana  
Robándole su forma al gentilismo.

La epopeya inmortal del alma humana  
Comunicó al gigante esa entereza  
Que con Elías y Moisés le hermana.

Que él sometió la gracia á la rudeza,  
Y entre sus duras manos de coloso  
Rompió la tradición de la belleza.

Divorció la hermosura del reposo,  
Condenó á esfuerzo eterno la escultura,  
Y fundió en lo ideal lo monstruoso.

En San Pedro agrandó la arquitectura,  
Transformó, en el Moisés, la estatuaria,  
Deificó en la Sixtina la pintura!

¡Alma tan rica, tan audaz, tan varia,  
No se anidó jamás en barro humano!  
¡Por eso está en su cumbre solitaria!

Solo en su majestad como un tirano  
Se levanta del genio en la eminencia  
Blandiendo un rayo en la creadora mano.

Como Dante es el alma de Florencia,  
Buonarroti inmortal alma es de Roma.  
¡La llena de su verbo y su presencia!

Hoy que toda grandeza se desploma,  
Roma es el sol del ideal fecundo  
De donde toda luz el orbe toma.

Roma es el magno corazón del mundo  
Donde late la fe que ha de arrancarnos  
De este sueño de bestia en lodo inmundo.

Roma puede en sus piedras enseñarnos  
Lo que vive del mundo en la memoria,

Lo que logra al olvido arrebatarnos.

¡Allí se siente revivir la Historia,

Allí se aprende á conocer el arte,

Y allí, con nuevo amor, se ama la gloria!

Mas, pues es fuerza que de tí me aparte

¡Dios haga, Roma, que volver me veas,

Que no puedo, sin lágrimas, dējarte!

¡Roma angusta, cenit de las ideas,

Donde el genio y la luz brillan sin velos,

Alma del mundo, escala de los cielos,

Tabor de nuestra fe, bendita seas!

## DOÑA CAROLINA VALENCIA

### LA ORACION DE LA TARDE

Recoge el sol su rubia cabellera,  
Y en un lecho de púrpura y zafiros  
La ardiente lumbre de su inmensa hoguera  
Agonizando está;

El crepúsculo vago se avecina,  
Con lentos pasos la callada tarde  
En su manto de pálida neblina  
A hundir la frente va.

Cierra la flor su perfumado broche,  
Buscan las aves su caliente nido,  
Sus alas tiende el ángel de la noche  
Cual lóbrego capuz;

Y en el tendido espacio cristalino  
Cual mirada dulcísima de amores,  
Aparece del astro vespertino  
La misteriosa luz.

Como voz poderosa del santuario,  
El tremendo clamor del bronce duro  
Se escucha en el vetusto campanario  
Vibrante resonar;

Y el alma fiel, el corazón que lee  
El nombre de su Dios entre los astros,  
El mundo que ama, que medita y cree  
Se postra para orar.

Horas de los recuerdos misteriosos,  
Melancólico adiós del claro día,  
Estela de reflejos vaporosos

Que deja Febo en pos:

Al espirar tus luces irisadas  
En el confin azul del horizonte,  
¡Con cuánta fe se elevan las miradas

Y el corazón á Dios!

La tarde, como virgen desposada,  
Cubre su frente ruborosa y pura,  
Y nos dirige su postrer mirada

Que oscureciendo va;

Y al ocultar su rayo luminoso  
Tras el dosel azul del firmamento,  
Nos habla de otro mundo más hermoso

Que existe *más allá*.

El espíritu entonces, con anhelo,  
Desasido del polvo de la tierra,  
En alas de su fe remonta el vuelo

A más feliz región;

Y la bella y dulcísima María,  
Tras ese manto de celajes de oro  
En que se envuelve el moribundo día,  
Escucha su oración.

María es bella como el sol radiante,  
María es pura cual naciente aurora,  
María tiene en cada pecho amante

Un templo y un altar;

En donde el corazón con sus latidos  
Ante su imagen bendecida exhala  
En cánticos de gloria ó en gemidos  
Su dicha ó su pesar.

¡Virgen María, universal señora,  
Azucena gentil del Paraíso,  
Perla oriental, lucero de la aurora,  
Paloma de Hesebón!

Grato es pensar cuando tu amor imploro  
Que, fija en mi tu celestial mirada,  
Tras ese manto de celajes de oro

Escuchas mi oración.

Álcese pues, á tí, dulce María,  
Como un arrullo de la brisa errante,  
Como un adiós del espirante día

Al tiempo de morir;

Como el incienso que en tu altar se quema,  
Como el aroma que la flor exhala,  
Como un himno de paz, como el emblema  
De mi esperanza en tí.

Séate grata la plegaria mía

Como los blancos sueños de la infancia,  
Como alada y sonora melodía

De armónico cantar;

Como el postrer suspiro de la tarde,  
Como el canto del cisne moribundo,  
Como el tímido rayo con que arde

La luz crepuscular.

A TÍ

Como al cuerpo persigue la sombra  
Marchando tras él;  
Como busca el insecto la alfombra  
Del fresco vergel;  
Como anhela el avaro el tesoro  
Con ansia mortal  
Y el soberbio la pompa y decoro  
De honor mundanal;  
Como busca el poeta canciones  
Y lauros y amor;  
Como el alma va en pos de ilusiones  
De bello color;  
Como nube que rueda impelida  
Del cierzo sutil,  
Como sombra en el éter perdida  
Voy siempre tras ti.  
En tus días sombríos de enojos  
Y angustia cruel;  
Cuando acaso derramen tus ojos  
Un llanto de hiel,  
Si en tu mano otra mano invisible  
Sintieras posar,  
Y escucharas con pena indecible  
Muy cerca llorar,  
Esa voz cuyo acento atesora  
Ternura sin fin,  
Es la voz de mi alma que llora  
Que llora por tí.

Si en tus noches de calma tranquila,  
De dulce quietud,  
Al girar la entreabierta pupila  
Privada de luz,  
De tus ojos velados en torno  
Creyeras notar  
Leve sombra de vago contorno,  
De dulce mirar;  
Aquél mudo, tenaz centinela  
Que fijo está allí,  
¡Es la sombra de mi alma que vela  
Que vela por tí!  
Si algún día juzgando este mundo  
Florido vergel,  
Con anhelo de goces profundo  
Te lanzas á él,  
Y tal vez desengaños traidores  
El mundo te dá,  
En tus horas de duda y temores,  
De hastio quizá,  
Si percibes el débil murmullo  
De tímida voz,  
Más suave que el lánguido arrullo  
Del aura veloz,  
Ese acento de vaga tristeza,  
De pena sin fin,  
¡Es la voz de mi alma que reza,  
Que reza por tí!  
Como cuerpo invisible y alado,  
Cual sombra fugaz,  
Siempre, siempre camino á tu lado  
Mirando tu faz:

De tus risas los ecos resuenan  
En mi corazón;  
Si suspiras, tus ayes lo llenan  
De inmensa aflicción;  
Yo me agito en el plácido ambiente  
Que tú has de aspirar;  
Soy el aire que besa tu frente  
Gimiendo al pasar;  
Te visito en los rápidos giros  
Del aura sutil;  
Sus arrullos son ténues suspiros  
Que envío hasta ti.  
Y aunque busques regiones extrañas  
En donde habitar;  
Y aunque pongas en medio de entrambos  
La tierra y el mar,  
Mi presencia importuna y continua  
No puedes huir;  
¡Que mi alma está siempre muy cerca,  
Muy cerca de ti!

## DON ENRIQUE DE AGUILERA Y GAMBOA

(Marqués de Cerralbo).

### AL ARCO ROMANO DE MEDINACELI

En la cortada cumbre de una sierra,  
En pobre pueblo que es de barda y barro,  
De su esquinada plaza el frente cierra  
De un arco antiguo el esplendor bizarro.  
Raspados por el agua y por el viento,  
Ya han perdido la curva sus portales;  
Sus dibujos el ancho entablamento;  
De frisos y cornisas ni aun señales.  
Rotos fustes, informes capiteles  
Y, en los muros, de honor fingirse creo  
De alerados morriones y broqueles  
Y extrañas armas singular trofeo.  
Con tu aspecto, tu historia se ha perdido,  
Y hoy cuelgan de tus rotos artesones  
La golondrina su embarrado nido  
Y la hiedra sus verdes pabellones.  
Y pensar que tal vez aquí á millares  
Se apiñaron los hombres en contorno

Á escuadrar su entusiasmo tus sillares,  
Y su genio á esculpir tu rico adorno!  
Y te dieron firmísima figura  
Porque eterna pregones su memoria,  
Y escuchaste al vencido su amargura  
Y al vencedor su grito de victoria.  
Del azote del tiempo no te salva  
Tu ilustre origen, ni por ti haber visto  
Cruzar á los arévacos de Galba  
Y á los gloriosos mártires de Cristo.  
Y ni una cifra, ni un emblema tienes  
Que me expliquen si viste en mis hermanos  
El triunfador laurel sobre las sienes,  
Ó la servil cadena entre las manos.  
Si en nada acaba lo que en tanto empieza  
Y hoy mudo estás y solitario y triste,  
Juzgue la pequeñez de tu grandeza,  
Por lo poco que vales, lo que fuiste.

DON NARCISO DE HEREDIA

(*Marqués de Heredia*).

Á FRANCIA

El genio airado de la inicua guerra  
Te arrebató el poder, pueblo engreído;  
Las germanas legiones  
Asolaron tu tierra;  
Llevaron vencedoras  
Desde el Rhin á Versalles sus pendones;  
Volcaron de tus Césares la silla,  
Y acampan cual señoras  
Del triste Sena en la incendiada orilla.  
Despierta, alzate al fin, la diestra armada,  
Corre á lavar tu afrenta:  
En la abyección contenta  
Vivir no debe el águila irritada  
Que, haciendo de valor y esfuerzo alarde,  
Se ornó de palmas en la egipcia arena,  
Y conquistó más tarde  
Los lauros de Austerlitz, Marengo y Jena.  
Mas ¡ay! aquel sereno

Espíritu esforzado  
Que en los adversos trances se aquilata:  
El valor que en la lid aliento cobra,  
Timbre tuyo no es ya, ni le fué dado  
Á pueblo descreído,  
Á degradada gente  
Que, la heredada fé puesta en olvido,  
En sí el calor de la virtud no siente.  
Vuelve en tí, Francia: del Señor el día  
Siempre cercano está. Mira los templos  
Que tu fé supo alzar, escarnecidos  
Por los groseros cantos de la orgía.  
Por cuadrilla insolente  
De salvajes bandidos:  
Á la indefensa patria condenada  
Á morder sus cadenas impotente:  
Y en montón hacinados,  
Como ardorosa capa de ceniza,  
Los soberbios despojos  
De tu París, ayer pasmo del mundo,  
Hoy misero dolor para los ojos.  
Fanáticos verdugos despiadados  
La justicia de Dios ciegos cumplieron,  
Como el ronco huracán de la tormenta  
Que troucha en la montaña  
La encina corpulenta,  
Como torrente airado cuya saña  
Deja el valle florido  
En charco cenagoso convertido.  
¿Lo véis? Los que enervados  
Por el torpe placer no combatieron,  
Los débiles que huyeron

Del astuto germano en las batallas,  
Después, tras las murallas,  
Como fiera acosada en su guarida,  
Que, matando al morir, contenta muere,  
Hienas son en la lucha fratricida,  
Traidores á la patria, vil escoria,  
Que á libertad mentida  
Rindiendo adoración, luchan sin gloria  
Y pierden sin honor la estéril vida.  
De esa plebe sacrilega al encono  
Mueren por Francia sus mejores hijos,  
Ministros del Señor. ¡Oh cuánto apena  
Recordar el horror de aquella escena  
En que Allard, animoso ofrece el pecho,  
Sin ira ni despecho,  
Al bárbaro diciendo que le insulta  
Con brutal alegría:  
«La sangre no vertáis de mis hermanos;  
¡Sed de sangre tenéis? ¡Bebed la mía!»  
Y en tanto horror, en el amargo duelo  
En que te ves sumida,  
¿No hay á tu mal consuelo?  
¿Se apagó para tí, Francia afligida,  
La luz de la esperanza?  
¡Oh no, no puede ser! Próvido el cielo,  
Tras el rigor de la justicia eterna,  
Muestra el iris de paz y de bonanza.  
De la fe el ruego santo,  
Del inocente la plegaria tierna  
Toda culpa redime:  
Lava las tuyas con humilde llanto,  
Y de tus nobles mártires la sangre

Que aún en las calles de Paris humea,  
Signo de redención para tí sea.

### Á VUELA PLUMA

ESTUDIO TOMADO EN GALICIA DEL NATURAL

De esta hermosa región los aires puros  
Y salubres aguas,  
Del triste enfermo las perdidas fuerzas  
Reaniman y restauran.

Terror del moro en las batallas fueron  
De sus hijos las lanzas,  
Y el brazo poderoso de Camaño,  
Que eternizó la fama.

El lujo embriagador, que el alma enerva,  
No aflige esta comarca,  
Donde en solaz perpetuo vive el hombre  
Y la mujer trabaja.

Sus bosques, sus pinares y castaños,  
Las brisas embalsaman,  
Y la yerba viciosa de sus prados  
Las reses vuelve mansas.

La gallega gentil y placentera,  
Es fecunda y lozana;  
Cautiva contemplar de sus contornos,  
Las líneas delicadas.

Mas falta á su hermosura el dulce imperio  
Del chiste y de la gracia,  
El *gancho* de la moza bullanguera  
De Sevilla y Granada.

Y el *búten* de la chula madrileña,  
Que toma veinte varas,  
Y al castigo se crece y con bravura  
La suerte la remata.

Comparar las mujeres de mi tierra  
Con estas hembras francas,  
Es comparar el néctar jerezano  
Al zumo de manzanas.

DON EDUARDO BENOT

REGIÓN

Yo soy lo que me ha hecho  
Mi madre la región.

Nacer me vió la espléndida  
Región de Andalucía,  
Donde es azul la atmósfera,  
Seren y claro el día,  
La tarde de oro y púrpura,  
La noche de astros mil.

Al alba, en el crepúsculo,  
Yo ansiaba ver las flores,  
Brotando de sus cálices  
Delicias en colores,  
Y dando en tenues átomos  
Aromas al Abril.

El sol fulgura, y múltiples  
Chispean en la fronda  
Con luces intensísimas  
Diamantes de Golconda,  
Que azul irradian y ópalo  
Con fuegos de arrebol.

Por rara metamórfosis,  
Las gotas del rocío  
Se irisan en los pétalos,  
Cual púdico atavío  
De novias y de vírgenes  
Besadas por el sol.

Yo ansiaba el espectáculo  
Gozar del sol poniente,  
Por ver al disco fulgido  
Flotar en oro ardiente,  
Y en púrpura magnífica  
Cual ascua descender.

Yo vi terribles cráteres  
En negros promontorios,  
Y espejos en las cúspides  
De púrpuros ustorios,  
Tratando con sus ráfagas  
Las costas de encender.

El árbol tiene rítmicos  
Eróticos murmullos;  
Las voces de los céfiros  
Idílicos arrullos,  
Y entonan fieros cánticos  
Las olas de la mar.

Aquí admiran en éxtasis  
Bellezas los sentidos;  
Los ojos formas plácidas;  
Cantares los oídos;  
Que luz mi tierra y rítmica  
Se place en derrochar.

Tal vez fingen alcázares  
Las nubes en la altura,

Con torres de caótica  
Gigante arquitectura,  
Que forman como un dédalo  
Velado en negro tul.

A veces pulpos horribos  
Se cruzan con serpientes,  
Y enredan los tentáculos  
Con uñas y con dientes  
De monstruos que el espíritu  
Se forja en el azul.

Al fin tronando anárquicas  
Embisten las tormentas;  
Las olas piden víctimas,  
Eacrépanse violentas,  
Y es vano de sus impetus  
La furia resistir.

En horrida caligine  
Su faz el sol oculta;  
Descuájense los árboles:  
Sus márgenes sepulta  
Con gritos el mar lúgubres;  
Que el mar parece hervir.

¿Por qué, rocío fúlgido,  
Te finges pedrería?  
¿Por qué, sol, ese escándalo  
De luz y argenteria,  
Con tanto brillo efímero  
Sin nada de real?

Créar quiero en dos pléyades  
Poetas y pintores;  
Porque esos cuadros célicos  
De luz y de colores

Engendran la recóndita  
Noción de lo idéal.

Así, yo vivo en cármenes  
De luz y colorido:  
Cual va al Norte la brújula  
Yo voy donde he nacido,  
Girando siempre en piélagos  
De luz y de color.

Nací en Cádiz la espléndida,  
Joyel de Andalucía,  
Donde es azul la atmósfera  
Y alegre y claro el día:  
Por eso hablo en imágenes,  
Por eso soy pintor.

Así, región diáfana  
Yo soy lo que me has hecho:  
Tu sol es quien los gérmenes  
Anima de mi pecho;  
Y el sol y el mar cual númenes  
Por siempre he de adorar.

Aquí admiran extáticos  
Bellezas los sentidos;  
Los ojos formas plácidas;  
Cantares los oídos,  
Que luz mi tierra y fítmica  
Se place en derrochar.

Yo, el hijo de estas márgenes,  
Derrocho cuanto heredo:  
Si no me véis más pródigo,  
Decid que más no puedo:  
Por eso soy fantástico,  
Poeta y soñador.

Nací en Cádiz la espléndida,  
Joyel de Andalucía,  
Donde hay azul atmósfera  
Y alegre y claro día...:  
Por eso hablo en imágenes,  
Por eso soy cantor.

ILUSIÓN

I

Corre el agua sobre arena  
De partículas de oro,  
Y con voz canta serena  
Dulce cántico sonoro.  
— ¡Mira, mira, caminante,  
¡Cuán tranquila es mi corriente!  
¡Cuán hermoso y transparente  
Es el cielo en mi cristal!  
¿No ves peces placenteros  
De carmín y oro encendido?  
Mira al sol ya confundido  
Con la arena y el coral.  
«¡Oyes cómo canta oculta  
Tras las peñas de mi orilla  
Pura náyade sencilla  
Canto tímido de amor?  
Oye aún esos cantares  
Con que alegre la acompaña  
Escondido entre la caña  
Aire vago y silbador.

«Aquí nunca el febeo rayo  
Abrasó terso semblante;  
Ven al agua, caminante,  
Ven tu ardor á mitigar.  
En la noche aquí el destello  
De la luna es misterioso;  
Y el lenguaje es delicioso  
De mis línfas escuchar.»

Corre el agua transparente  
Por las márgenes de oro,  
Y en el aire dulcemente  
Vaga el cántico sonoro.  
— Puro río, puro río,  
(Dice alegre el caminante)  
¿Eres bello desvario  
Imposible y seductor?  
¿Huyo el aura abrasadora  
Y por tí la dejó alegre?  
¿En tu linfa encantadora  
Mitigar podré mi ardor?»  
Y corriendo por la arena

De partículas de oro,  
Más la voz era serena  
Del cantar dulce y sonoro.  
— Este sol que tanto brilla  
Brilla trémulo en tu seno;  
Y los tilos de tu orilla  
Invertidos todos son.  
¿Son enigmas rutilantes  
De imposible arquitectura?  
Quiero ver si esos cambiantes  
Son certezas ó ilusión.»

Corre el agua mansamente  
Por las márgenes de oro,  
Y cual nunca dulcemente  
Suenan el cántico sonoro.

II

Y el viajero entusiasmado  
Hasta el agua se llegó,  
Y, al tocarla, el cuadro ansiado  
De su vista se ahuyentó  
Por mil círculos borrado.  
Mas el agua mansamente  
Por las márgenes de oro,  
En su limpia corriente  
Murmuraba dulcemente  
Siempre el cántico sonoro.  
¡Ay del triste caminante,  
Que el falaz cántico oyó!  
¡Ay! que á oírlo se paró,  
Y con crédulo semblante  
Al cristal luego llegó!  
Ya del agua engañadora  
No se puede separar,  
Aunque no hay mayor pesar  
Que mirar lo que se adora  
Sin poderlo disfrutar.  
Y jamás toca el cuitado  
Aquel cielo de zafir,  
Ni halla nubes ni arbolado;  
Que á reflejos sólo es dado

Cielo y tierra confundir.  
Y mofando de su lloro,  
Aquel agua mansamente,  
Por las márgenes de oro  
Va cantando dulcemente  
Siempre el cántico sonoro.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECAS  
ALFONSO RIVERA  
CALLE ALFONSO RIVERA, 123  
MONTERREY, MEXICO

10507



Y los limpios arroyos corren serenos,  
Y en los álamos verdes la alondra pia;  
Mientras mece sus hojas la esbelta palma  
Que el aire cariñoso gentil cimbrea,  
Y el mar, como tus ojos, inunda el alma,  
Y al arrayán silvestre la brisa orea;  
Mientras suenan canciones en las cabañas,  
Y el ruiseñor exhala tristes congojas,  
Y el sol dora las cumbres de las montañas,  
Y en el bosque dormido tiemblan las hojas,  
Y en el mundo se anuncia la primavera  
Y es todo alegre y rico, pingüe y fecundo,  
Ven, que tú y yo aquí juntos la tarde entera,  
Vamos á ser dichosos lejos del mundo.  
Ven, que ya el aposento donde te pido  
Confesión de mil sueños, que tú no sabes,  
Tibio está y aromoso como está el nido  
Donde el canto primero lanzan las aves.  
Ven, que ya entre la leña que se consume  
La moribunda llama tiembla y ondea,  
Y al aire en que respiro falta el perfume  
Que tu aliento de rosa siembra y orea.  
Ven, que los verdes troncos crujiendo lloran,  
Y los blandos asientos junto á la lumbre,  
Convidan al secreto con que se adoran  
Los que de amar á solas tienen costumbre.  
Mirar con sed del alma quieren mis ojos  
Los rizos desprendidos sobre tu espalda,  
Y aquí adorarte quiero puesto de hinojos  
Con mis manos dormidas sobre tu falda.  
Yo te diré entre tanto que el aire hiere  
Los entornados vidrios con dulces sonos,

Lo que se siente viendo la luz que muere  
Cuando envuelve la sombra dos corazones.  
Te diré los tormentos en que me agito  
Cuando en mis soledades, de sombras llenas,  
En insomnio de amores febril palpito  
Devorando en silencio mis hondas penas.  
Te haré ver de mi lecho bajo la almohada  
La rosa que en secreto me diste un día,  
Y á deshora me cuenta con voz callada  
Lo que en tu blanco seno feliz sentía.  
Donde quiera que tornes tus ojos claros  
Verás que tus recuerdos forman mi culto,  
Porque de ellos mis ojos son siempre avaros,  
Y ellos son el tesoro que guardo oculto.  
Aquí hay calor del alma que tu amor siente,  
Y al apagar la llama sus resplandores,  
Darán dulces perfumes al tibio ambiente  
Dormidas en sus vasos las frescas flores.  
Aquí donde no alcanza la vista humana  
Sentiremos corrientes fascinadoras,  
Y pensando en que nunca llegue mañana  
Dejaremos que pasen lentas las horas.  
Aquí en estrecho lazo los dos unidos  
Saldrán á nuestros labios los corazones;  
Aquí oiremos el eco de sus latidos  
Contando en el silencio las pulsaciones.  
Serán de nuestra dicha rítmico arrullo,  
Cuando el último rayo nos mande el día,  
La lumbre con su vago dulce murmullo,  
La péndola con triste monotonía.  
Resonará en mi pecho, rápido y breve  
El suspiro medroso que amante exhalas,

Como el dulce aleteo tímido y leve  
Con que el amor en torno cierne sus alas.  
¡Boguemos en la sombra con rumbo á un cielo  
Que oculta entre sus nubes luciente día!  
Deja que nuestras almas rompan su vuelo  
Navegando en las ondas que el aire envía.  
En las masas informes del ancho espacio  
Y en la niebla flotante de mil vapores,  
Levantaron los genios aéreo palacio  
Donde cantan tus glorias y mis amores.  
Yo te guardo una patria desconocida  
Y en su región sin nombre serás señora;  
Nuestro ambiente es la niebla descolorida,  
Nuestro mundo la sombra desoladora.  
Boguemos como el aire sobre la espuma,  
Volemos como el viento que va perdido,  
Y rompiendo anhelantes la densa bruma  
Busquemos otro mundo desconocido.  
¡Espíritus errantes y misteriosos  
Que vagáis del espacio por las regiones,  
Dadme el rumbo ignorado con que dichosos  
Hallen su dulce asilo dos corazones!  
¡Ay bien del alma mía! ya tu sonrisa  
Me anuncia tu partida tan dolorosa,  
De la tarde al perderse la última brisa  
Me anuncia de tu ausencia la ley forzosa.  
Ya para abandonarme sin que te vean,  
Cuidadosa te cubres tu faz de cielo;  
Déjame que mis labios tu velo sean  
Y que ardientes se posen sobre tu velo.  
Que al escuchar cual dulce postrero goce  
Tus pasos temerosos perderse iguales,

De la crujiente seda sintiendo el roce,  
Como de mariposas en los rosales;  
Llorando tus ausencias que son tan largas,  
Cayendo en el hundido sillón de raso,  
Lágrimas del recuerdo vertiendo amargas,  
Conservará mi oído tu último paso.  
Y al amor de la llama que con su lumbre  
Renovará en mi mente dulces ideas,  
Comenzaré á escribirte, según costumbre,  
La carta que comienza: «¡Bendita seas!»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE LETRAS  
LIBRERÍA DE LA UNIVERSIDAD

DON JOSÉ M. DE MARTORELL Y FIVALLER

(Duque de Almenara Alta).

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

LAS DOS BELLEZAS

La tarde espira en las postreras galas  
Envuelta de su lumbre;  
Ya la noche cobija con sus alas  
Los llanos y la cumbre.  
Ébria la tierra de nocturno encanto  
Ahoga todo acento;  
Ni el hombre tiene voz, ni el ave canto,  
Ni suspiros el viento.  
Súbite un rayo la estrellada cumbre  
Del firmamento hiende,  
Y desatado en lluvia de alba lumbre  
A la tierra descende.  
A su riego de aljófares la loma  
Como un astro fulgura;  
La luz el curso de los valles toma  
Y enciende la llanura.  
Llevada de esas ondas de fulgores  
Por la inestable corriente,

Como en lecho purísimo de flores  
Tendida blandamente,  
Cándida virgen, al sombrío campo  
Donde mi angustia mora,  
Llega serena, como al bosque el lampo  
De la púdica aurora.  
Yo me arrojo á sus pies, yo la contemplo  
Y la bendigo y lloro;  
Mas no; no es ella el ángel que en el templo  
De mi espíritu adoro.  
—Huye—su diestra en mi abrasada boca,  
Murmuró tristemente;  
Huye el recuerdo que en mi seno evoca  
La calma de tu frente.  
No es tu beldad como el festivo halago  
Del céfiro tranquila,  
No es el iris de paz que cerca vago  
Tu espléndida pupila;  
No es el candor que borda tu semblante  
De luz de primavera,  
No es tu anhelo infantil, dormido amante  
Que amar despierto espera;  
No es el Edén de plácida ternura  
Que me ofrece tu calma,  
No eres tú, no eres tú, yerta hermosura  
El cielo de mi alma.  
Hijo del ronco mar, adoro el trueno,  
El rayo, la tormenta,  
El vendaval que en piélagos de cieno  
Sobre el valle revienta:  
El crujir de las hojas que amontonan  
Los vientos otoñales,

El rodar de las aguas que abandonan  
Rugiendo los riscales,  
El correr de los astros y las nieblas  
En belicosa gira,  
La lidia de la luz con las tinieblas  
Cuando la tarde espira;  
Ecos que luchan para hurtar al viento  
El rumor de un sonido,  
Piedras que afrontan en su eterno asiento  
Las olas del olvido;  
Razas que alientan en febril orgía  
De hirvientes veleidades,  
Almas que enfrenan la inmortal porfía  
De amadas tempestades,  
Hijo del ronco mar, la guerra adoro;  
Purísima azucena,  
De tu hermosura angélica el tesoro  
Mi angustia no refrena.  
Amante serafín, tiende las alas,  
Remonta el casto vuelo;  
Sea el fulgor de tus virgíneas galas  
Aurora de otro cielo.  
Y en tanto yo, cuando el cercano monte  
Huya la blanca luna,  
Y no esclarezca el pálido horizonte  
Rastro de estrella alguna,  
Del manto de la noche rizo leve,  
Nacer ante mis ojos  
Una nube veré de crespas nieves  
Envuelta en cercos rojos;  
Nube de tempestad, el rayo anida  
Flamígero en su seno,

La lluvia torrencial, la enronquecida  
Voz con que ruge el trueno.  
Nube de tempestad que rauda asoma,  
Y crece y se agiganta,  
Y el campo etéreo cubre, el aire doma  
Y con su calma espanta...  
¡Oh! mira, mira; como un rasgo breve  
De combatida lumbre,  
Ya un celaje de púrpura y de nieve  
Borda la etérea cumbre;  
¡Oyes el trueno, voz de la tormenta  
Que encarcelada brama?  
Así oculto un incendio mi alma alienta  
Que espacio y luz reclama.  
¡El relámpago ves que serpentea,  
Y alumbra y palidece?  
Así rauda mi dicha centellea  
Y así se desvanece.  
Mira, el celaje audaz ya entolda el cielo  
Y la tierra ilumina  
Con su espantable horror; ya anuncia el duelo,  
Ya engendra la ruina.  
¡Será tal vez que en líquido torrente  
Su ceño desatado  
Ni aun sombra deje de verdor viviente  
En monte, bosque y prado?  
No, no; la torva nube para y ceja,  
Se rompe y se deshace,  
Y á través del vapor que ondeando deja  
Mi blanca aurora nace.  
En los campos del sol, montes de flores  
Que cerca un mar bravío;

Alli el templo, el altar de mis amores,  
Alli el idolo mío.  
¡Es ella, es ella! Aún lleva en la mejilla  
Los dejos del quebranto,  
Aún en sus ojos el contento brilla  
Entre nubes de llanto.  
Amor que lidia y vence: es ella; es ella;  
Su pálido semblante,  
Sus negros rizos, la febril centella  
De su mirar radiante,  
Su dulce sonreír, miel de los labios  
Que á gozarlos provoca,  
Mi placer, mi esperanza, mis agravios  
Pendientes de su boca.  
Mírala, es ella; póstrate conmigo;  
Cuando ausente la imploro  
Con la callada noche por testigo  
Viene á calmar mi lloro:  
Al viento dando la medrosa bruma  
Su rostro de ángel brilla,  
Mientras huella su pie nubes de espuma  
Que toca y no amancilla.  
Tenues celajes de amaranto y rosa  
Circundan su albo asiento,  
Flotante pabellón de lumbre undosa  
Le trenza el firmamento.  
A sus plantas abate lisonjera  
Sobre el suelo las alas  
De su pródigo amor la primavera,  
Y lo cubre de galas.  
Ciñese el risco de arrebol naciente,  
Arde y humea el monte,

La cumbre es un incendio, un mar hirviente  
De luz el horizonte.  
Lleva do quier preñada de contento  
El aura su rocío,  
Envidia da la flor, envidia el viento,  
Envidia el gozo mío.  
¡Dame el laúd! La máscara de hielo  
Que finge mi semblante  
Caiga rota á mis pies. ¿Quién ve mi anhelo?  
¿Quién mi delirio amante?  
Ojos, en vano del temor regidos,  
No dáis al mundo enojos.  
¡Llegad á quien suspende mis sentidos  
Miradas de mis ojos!  
Himno del alma que al nacer espiras  
Ahogado en mi garganta,  
Ni los celos te acechan, ni las iras:  
Mi amor, mi gloria canta.  
¡Dame el laúd! Mi amada por testigo;  
El solitario encanto,  
Tu asombro, mi placer... ¿Quién, quién con-  
No adora el propio llanto? [migo  
Cándida virgen que en la diestra el ramo  
Llevando de la oliva,  
Me ofreces con tus ojos por reclamo  
 Toda un alma cautiva:  
Amante serafín, tiende las alas,  
Remonta el casto vuelo:  
Sea el fulgor de tus vírgineas galas  
Aurora de otro cielo.

DON AMOS ESCALANTE

BREZOS

*Patiens solitudinem.*

—«Antes que al sol y al aire en los rastrojos  
La plateada estela de la oruga,  
En el cristal de los humanos ojos  
La lágrima se enjuga.  
De cauce ó brisa si el susurro blando  
Nunca del valle á acariciarme sube,  
¡Cuál me consuela sobre mi llorando  
La pasajera nube!  
¡Ay de la flor cautiva de la fama,  
Engreída en su gloria y su fortuna,  
Cuando agonicen yertas en la rama  
Sus hojas una á una!  
¡Ay cuando mire en su fatal ocaso  
Gozarse el odio, sonreír los celos,  
Y no la endulcen el amargo paso  
Los desdeñados cielos!  
Mi soledad en la montaña adoro,  
Más claro el cielo de estas cumbres miro;

Nadie aquí sabe cuándo río ó lloro,  
Nadie por qué suspiro.  
Si otro que aquel en quien su amor espera  
Las ansias de una flor adivinara,  
Por desleal, por vana se tuviera,  
En su rubor se ahogara.  
En estos montes donde vivo y brota  
Agreste manantial, hondo murmura  
El ¡ay! del agua entre las peñas rota  
Y el viento de la altura.  
Voces de tempestad que me arrullaron  
Y el corvo tallo en que nací mecieron,  
Si colores de alegre me robaron,  
De amante me los dieron.  
Púrpura triste, túnica y sudario  
De mártir, no de rey, descolorida,  
En la penosa cuesta de un Calvario  
Es gala de mi vida.  
Es mi aroma sutil ¡cuántos le niegan!  
Las pocas almas cuyo gusto halaga  
A comprender de un desdeñado llegan  
Cómo querido paga.  
Su cabello perfume ó su justillo  
Si me coge al pasar la montañesa,  
Y aroma el vaho de su hogar, si brillo  
Al fuego hecha pavesa.  
Nadie aprendió en la gándara bravia  
Qué es desagradecer, ó qué es olvido:  
A la más pobre flor y más sombría  
El sol ha sonreído,  
Y la silvestre miel que fosca abeja  
Sorbe en sus jugos y en panales cuaja,

Si á la de flor ninguna se asemeja  
¡A cuántas se aventaja!...

Obscuro es mi decir; no sé los nombres  
Cuantos de vida y alma han de saberse;  
El hablar de una flor al de los hombres  
¿Cómo ha de parecerse?

Mas una sola voluntad ordena  
Las regias glorias del humano acento  
Y el ruido obscuro que en mis hojas suena  
Mecidas por el viento...

¡Oh rudo monte! ¡oh patria! si soñamos,  
Cuando en el cielo que tan alto vemos  
Patria más venturosa imaginamos,  
Soñemos ¡ay! soñemos.»—

### EN EL SARDINERO

En estas aguas azules  
Tus claros ojos posaste  
Y de estas aguas los míos  
No aciertan á separarse.

¡Qué busco en ellas! preguntan  
Cuántos me ven en su margen,  
Con el sol de la mañana,  
Con la estrella de la tarde.

¡Qué busco en ellas! preguntan:  
Necios sin duda, no saben  
Que no estuviera en la orilla  
Si algo en las olas buscase.

Mirándose en sus colores,  
Como en tus pupilas antes,

Mi corazón se decía  
Si es posible no adorarte;  
Si habrán de ser sus tristezas  
Cuanto profundas durables,  
Y si hay culpa que del cielo  
Merezca rigor tan grande,  
Como haber rendido el alma  
A mujer que tanto vale  
Y encontrar solo en la suya  
Invencibles frialdades.

Loco me llaman y aciertan,  
Que es locura miserable  
En soñados imposibles  
Cifrar deseos y afanes.

Mas ¡ay! la razón me sobra  
(¡Plugiera á Dios me faltase)  
Para sentir tus desdenes,  
Para llorar mis pesares;

Para entender que es la vida  
Corta en bienes, rica en males,  
Sin número sus dolores  
Y los míos incurables.

Para alma á quien un deseo  
Punza y no logra matarle,  
Aun el espacio infinito  
De su pensamiento es cárcel.

Presas entre sus angosturas  
Desesperada combate  
La mía, y no alcanza fuerzas  
Para desencarcelarse...

El viento calla escondido,  
Dormidas las olas yacen,

¡Oh, quién el sueño dichoso  
De su inmensidad gozase!  
¡Cuánto de tí me revelan  
Sus misteriosos cristales!  
De ellos tienes lo profundo.  
¡Si tuvieras lo mudable!

EL OLIVO

—«Vense mis hojas tristes, y apagado  
Su brillante matiz, desde que yerto  
Y angustiado Jesús dejó en el huerto  
Mi tronco en sangre y en sudor bañado.  
Mas del santo rocío penetrado  
A eterna vida en nuevo sér despierto  
Y cuando el campo palidece muerto  
Soy de verdor perenne coronado.  
Fecundizada en el temprano brote  
Por lágrimas de un Dios la savia mía  
Unge al monarca y unge al sacerdote,  
Y dejóme del huerto la agonía.  
Paz en mis ramos que la guerra acote,  
Luz en mis frutos que dilate el día.»—

DON VICENTE W. QUEROL

CARTA AL SR. D. PEDRO A. DE ALARCON  
ACERCA DE LA POESÍA

Amigo, cedo al fin. Los que dispersos  
Entregué al aire vano  
En mi edad juvenil fútiles versos,  
Hoy con piadosa mano  
Recojo y cierro en el modesto libro,  
Que al triste olvido de la edad entrego,  
Ó al duro fallo de los tiempos libro.  
Lo engendré en la nocturna  
Fiebre de mis pasiones primerizas,  
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,  
Del corazón las cálidas cenizas.  
En él están mis infantiles sueños,  
El laurel disputado en árduas lizas,  
De la osada ambición locos empeños,  
La fe jurada, la esperanza muerta,  
La aspiración incierta,  
Los horizontes del amor risueños:  
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías  
En el oído extraño,

¡Oh, quién el sueño dichoso  
De su inmensidad gozase!  
¡Cuánto de tí me revelan  
Sus misteriosos cristales!  
De ellos tienes lo profundo.  
¡Si tuvieras lo mudable!

EL OLIVO

—«Vense mis hojas tristes, y apagado  
Su brillante matiz, desde que yerto  
Y angustiado Jesús dejó en el huerto  
Mi tronco en sangre y en sudor bañado.  
Mas del santo rocío penetrado  
A eterna vida en nuevo sér despierto  
Y cuando el campo palidece muerto  
Soy de verdor perenne coronado.  
Fecundizada en el temprano brote  
Por lágrimas de un Dios la savia mía  
Unge al monarca y unge al sacerdote,  
Y dejóme del huerto la agonía.  
Paz en mis ramos que la guerra acote,  
Luz en mis frutos que dilate el día.»—

DON VICENTE W. QUEROL

CARTA AL SR. D. PEDRO A. DE ALARCON  
ACERCA DE LA POESÍA

Amigo, cedo al fin. Los que dispersos  
Entregué al aire vano  
En mi edad juvenil fútiles versos,  
Hoy con piadosa mano  
Recojo y cierro en el modesto libro,  
Que al triste olvido de la edad entrego,  
Ó al duro fallo de los tiempos libro.  
Lo engendré en la nocturna  
Fiebre de mis pasiones primerizas,  
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,  
Del corazón las cálidas cenizas.  
En él están mis infantiles sueños,  
El laurel disputado en árduas lizas,  
De la osada ambición locos empeños,  
La fe jurada, la esperanza muerta,  
La aspiración incierta,  
Los horizontes del amor risueños:  
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías  
En el oído extraño,

Ajeno á mi placer, sordo á mi daño,  
Sonarán siempre las canciones mías;  
Pero, al volver sus páginas, yo encuentro  
Mi gozo entre ellas ó mi antigua angustia,  
Cual suele hallarse dentro

De un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobarde no oculto

Mi fe en tí, desdeñada Poesia,

Ni el ciego amor y el fervoroso culto

Con que en tus aras me postré algún día.

No reniego de tí cuando la mofa,

Cuando el villano insulto

Responden sólo á tu vibrante estrofa;

No aparto de mi labio

De tu cáliz de hiel las negras heces,

Ni te abandono al miserable agravio,

Ó á las burlas soeces

Del vulgo, indigno de tu noble estro;

Y cuando ante el siniestro

Tribunal vas de tus inícuos jueces,

Yo, discípulo tuyo, por tres veces

No negaré al Maestro.

¡Santa palabra de Jehová!

—Con ella

Moisés cantó el enojo

Con que horró de Faraón la huella

En sus líquidos antros el mar Rojo;

Con ella sobre Ninive sujeta

Al yugo del pecado, y sobre Tiro,

Y en la ancha plaza de Sidón inquieta,

Quejumbroso suspiro

Ó eterna maldición lanzó el Profeta;

Con ella, junto al cauce

Del extranjero río, su salterio

Colgando al tronco del umbroso sauce,

Lloró Judá su amargo cautiverio;

Con ella dijo su doliente cuita

Job á la inmunda fiera del desierto;

Y con ella la hermosa Sulamita

Cantó al amor en su cercado huerto.

¡Numen severo de la historia!

—Vive

Todo lo que el poeta

Con sabio ritmo sonoro escribe;

Mere lo que desdeña!—Allá, en la vaga

Muda extensión del páramo infinito,

La soberbia pirámide naufraga;

La esfinge de granito

Se hunde en la arena movediza; el verde

Musgo los templos de Atica sepulta;

La corva reja del arado muerde

Las feraces colinas

Donde su oprobio Babilonia oculta;

El rebaño del árabe se pierde

Entre las vastas ruinas

Que cubren tus llanuras, oh Cartago,

Mientras que en las vecinas

Costas de Italia, con el propio estrago,

Tu egregia vencedora,

La Reina de las águilas latinas,

Sola, entre tumbas profanadas, llora.

Envuelta en el sudario

De un vergonzoso olvido,

Fuera la Tierra el miserable osario

De las humanas razas, si el gemido  
Ó el cántico de gloria  
De los antiguos vates,  
Eco veraz de la solemne historia,  
No nos trajera en clamoroso ruido  
Sus fragorosas ruínas y combates,  
Ayes de muerte y gritos de victoria.  
De un siglo al otro siglo el viento lleva  
En las vibrantes cuerdas de la lira,  
La predicción de la esperanza nueva  
Ó el triste llanto de la edad que espira;  
Y como en la callada  
Soledad de las noches, de astro en astro  
Vuela el pálido rastro  
De la luz increada,  
Así el vate, en la oscura  
Noche del tiempo, que el pasado esconde,  
Habla á los bardos de la edad futura,  
Y Osían los cantos de Ilíon murmura  
Y Dante al salmo de David responde.  
¡Hija de la Belleza!

—A la alborada,

De blanca luz ceñida,  
Á la aurora, de púrpura bañada,  
Y en la tarde apagada,  
De húmeda niebla y de vapor vestida,  
Son sus joyas las perlas del rocío,  
Las flores son sus galas,  
Su claro espejo el transparente río,  
Los céfiros sus alas,  
Las rojas nubes sus movibles tiendas,  
Su blanca cuna las inciertas olas,

Y el ancho espacio las etéreas sendas  
Por donde marcha á solas.  
Gime en la selva que estremece el viento,  
Triste en la fuente solitaria llora,  
Canta del ave en el alegre acento,  
Ríe en la luz de la naciente aurora;  
Y cuando cruza con callado vuelo  
La tierra, el mar ó el cielo,  
Todo en ritmo sonoro  
Vibra al compás del cadencioso metro,  
Y en luminoso coro  
Van las estrellas de oro  
Rodando en torno á su extendido cetro.  
¡Hija del sentimiento!

—En la indecisa

Vaguedad del espíritu; en la calma  
De la conciencia justa;  
Del débil niño en la infantil sonrisa;  
En los deliquios lánguidos del alma;  
Del corazón en la soberbia augusta;  
En la ira noble, en el amor materno,  
En la ansia no cumplida,  
En los hastíos de la humana vida  
Y en el místico amor de un bien eterno;  
En el lóbrego abismo,  
Cárcel que la pasión fiera quebranta,  
En el grito febril del heroísmo,  
Y en la oculta virtud, callada y santa,  
Como en el crimen mismo,  
Ella, la Poésía,  
Surge y cruza sombría,  
Y el puñal blande ó la oración murmura;

Ciñe á la virgen los nupciales velos;  
Solloza en la olvidada sepultura,  
Y, en los humanos duelos,  
Con la tendida diestra  
Á toda angustia inconsolable muestra  
La eterna luz de los abiertos cielos.  
Tal, en la edad confusa  
En que á la vida el corazón despierta,  
Yo la soñada Musa  
Vi en el umbral de la cerrada puerta,  
Que mi ambición ilusa  
Juzgó á la gloria y la esperanza abierta.  
No entré... pero en mi oído  
Sonó el grande rüido  
De los santos acordes celestiales;  
Y aún hoy, en este olvido  
Y en esta amiga sombra,  
Donde es la paz un dictamo á mis males,  
Entre el silencio escucho, y aún me asombra,  
El rumor de los himnos inmortales.

Tú, que has unido á ellos,  
Oh dulce amigo, tu canción sonora,  
Y alumbraste con vividos destellos  
Esta noche del alma abrumadora,  
Bríoso corazón que en las bastardas  
Horas sin fe, que nos legó el destino,  
Inmaculado aún guardas  
De una alta estirpe el resplandor divino,  
Abre el libro y no temas,  
Al revolver las hojas  
De mis pobres poemas,  
Que ose en ellos cantar glorias supremas

Ni supremas congojas,  
El débil numen que mi verso inspira  
Nunca osó ambicionar más noble palma  
Que traducir fielmente con la lira  
La efusión de mi alma.

### Á MARIA

Anoche me decías,  
Enlazando tus manos con las mías:  
—«¡Perdóname! pero al leer tus trovas,  
»Llenas de ansia sin fin y altos anhelos,  
»Parece que algo de tu ser me robas  
»Y, sin celos de amor, lloro de celos.»  
Yo respondí:—«En confusa  
»Duda el exceso del amor te abisma.  
»Siendo tú de mi canto única musa,  
»Tus celos son los celos de tí misma.»  
Tú, bajando la frente, me dijiste  
Con un acento resignado y triste:  
—«Siempre el poeta ama  
»Algo ajeno á esta vida transitoria.  
»Tú olvidarás la dicha por la fama;  
»La rival de mi amor llámase Gloria!»  
«La Gloria! exclamé entonces;  
»Gloria fuera, mi bien, dejar escrito  
»Mi amor más duradero que los bronceos,  
»En versos más eternos que el granito.»  
Tú callaste indecisa,  
Dudosa entre el placer y los enojos,  
Y al par brilló en tu labio una sonrisa

Y una furtiva lágrima en tus ojos.

Luego me hablaste así:

— «¿Por qué un renombre

»Vano mezclar á nuestras dichas quieres?

»¡Place la estéril vanidad al hombre!

»¡Place el callado bien á las mujeres!

»Amor es un secreto

»Dicho siempre al oído.

»La noche busca el amador discreto

»Como la sombra de la selva el nido.

»Amor es toda abnegación del alma,

»Todo desdén profundo

»Á cuanto turbe la celeste calma

»Con las luchas del mundo!

»Amor es un destierro

»Á las islas desiertas,

»Y es voluntario encierro

»Del que el silencio fiel guarda las puertas.»

Yo murmuré:

— «¿Quién sabe

»Si es la esperanza audaz mentido sueño,

»Blanca y gallarda nave

»Que busca en ancho mar puerto remoto,

»Y al fin náufrago leño

»Sobre la playa abandonado y roto?...

»¡Ah! cuando tierna exhalas

»Las quejas de tu duelo,

»Mi ambición plega las abiertas alas

»Temeñosa del vuelo,

»Y pienso, cuando escucho tu querella,

»En el símbolo aquel de los amores,

»Que pinta al pie de la gentil doncella

»Preso al león entre enlazadas flores.»

«Si, añadiste; tú luchas

»Cuando mi queja apasionada escuchas,

»Y dudas y vacilas,

»De la sirena al tentador arrullo,

»Entre las horas del hogar tranquilas

»Y los falaces triunfos del orgullo.

»Vuela, pues, al combate

»Que el mundo libra con funesta ira,

»Poniendo al arco de la guerra, oh vate,

»Las cuerdas de tu lira.

»Tú á mi lado vendrás triste y enfermo,

»Con el doliente corazón herido,

»Como el asceta penitente al yermo

»Va con ansia de amor y ansia de olvido.»

«Yo volveré, te dije, con la palma

»Verde de la victoria,

»Para ceñir alrededor de tu alma

»El nimbo de oro de la eterna gloria.

»¿Por qué tú, de mis versos dulce musa,

»No habrás de ser acaso,

»Beatriz del Dante, ó Laura de Valclusa

»Ó Eleonor del Tasso?

»Siempre al héroe acompaña

»El genio inspirador de su alta hazaña.

»Aquiles vence en la feroz contienda

»Bajo el escudo protector de Palas.

»Como la diosa, tú, de la leyenda

»Harás que en mis combates me defienda

»La égida santa de tus blancas alas.»

Callaste. Amanecía.

Entre mis manos trémulas tu mano

Estaba quieta y fría.  
Las aves del jardín alegre salva  
Al día hicieron con feliz concierto.  
Tú estabas blanca y triste, como el alba  
Que iluminaba la pared del huerto.  
Yo con miradas contemplaba inquietas  
Tus miradas tranquilas,  
Y vi en llanto bañadas tus pupilas,  
Cual bañaba el rocío las violetas.  
Sentí en el pecho de mi loco agravio  
El torcedor agudo:  
Quise hablarte, y mi labio  
Torció á cerrarse mudo.  
Han pasado las horas: mayor calma  
Ahora reina en mí mismo:  
Pero jaén sufre en sus vértigos el alma  
La atracción del abismo!

DON TEODORO LLORENTE

EL PEGASO

Ver, sentir, gozar ansiaba,  
Y por saciar el profundo  
Anhelo que me inquietaba,  
La resolución tomaba  
De llegar al fin del mundo.  
Una dulce amiga mía,  
Llamada la fantasía,  
Que me tiene medio loco,  
«Contigo voy», me decía,  
«Pero el tren anda muy poco.»  
«A grupas en mi coreel  
Sube». — Subí. ¡Gentil caso!  
Cual las velas de un bajel,  
Extendió dos alas él,  
Y alzó el vuelo. Era el Pegasus.  
Como el águila caudal,  
Emprendió la sin igual  
Vertiginosa carrera,  
Que con risa celestial  
Regía mi compañera.

Valles y montes se hundían;  
Pasábamos á través  
De las nubes, y corrían  
Imperios, que parecían  
Juguetes, á nuestros pies.

El corcel, sin dejar huellas,  
Surcó las etéreas salas;  
Fulguraban lás estrellas  
Entre las blancas y bellas  
Plumas de sus grandes alas.

Entre mil luceros de oro,  
Entre mil soles de fuego,  
Por sendas de luz, que ignoro,  
Hizome ver sin sosiego  
Cuanto ansio y cuanto adoro;

Cuanto admira la ilusión  
En perpetua lontananza;  
Cuanto, verdad ó ficción,  
Sueña la imaginación  
Y promete la esperanza.

De este mundo sublunar  
Desde entonces no hago caso.  
Si algún bien quiero gozar,  
No tengo más que gritar;  
«¡Abre las alas, Pegasol!»

### Á LA ALONDRA

Calla, importuna alondra vigilante,  
Que audaz remontas hasta el sol el vuelo:  
No despierte á tu voz mi dulce amante,  
Soñando que la llaman desde el cielo.

Como en la móvil cuna feliz niño,  
Ella el sueño de amor duerme inocente;  
Su ebúrneo brazo, que encorvó el cariño,  
Da blando apoyo á la tranquila frente.

Extendida su diestra sobre el lecho,  
Busca tal vez la mía cariñosa;  
Y dormido sonríe, si la estrecho,  
El casto labio que humilló á la rosa.

Brisas tempranas los dorados rizos  
que el seno inundan, juguetonas mueven,  
Y descubren los cándidos hechizos  
Que á profanar los ojos no se atreven.

Leo, al pasar sobre su frente pura,  
Los pensamientos de su amor risueños;  
Y sorprendo temblando mi ventura  
En las dulces sonrisas de sus sueños.

Como cubre la luna blanca gasa,  
Vela su frente nube pasajera;  
Lenta á mis ojos y apacible pasa,  
É interna luz su rostro reverbera.

El mudo labio, que entreabrirse quiere,  
Deja escapar murmurador gemido,  
Y en él confuso y palpitante muere  
Mi nombre, una y cien veces repetido.

En un suspiro de amoroso fuego  
Por fin el tierno corazón estalla,  
Y su labio feliz sonríe luego...  
¡Cállate, alondra vigilante, calla!

EL IDILIO DEL ZAPATERO

Vive junto á mi casa un zapatero  
Que en la tosca porfia,  
De la lezna tenaz y el duro cuero  
Pasa ocupado el día.  
Pero cuando aparecen las estrellas  
En la extensión lejana,  
Y el pobre ve brillar dos ó tres de ellas  
Por la estrecha ventana,  
Arrojando ¡oh placer! el mandil rudo,  
Agarra codiciosa  
Su mano, aún llena de grasiento engrudo,  
La flauta melodiosa,  
Y á la brisa que pasa mansamente  
Por la obscura calleja,  
Da un aire melancólico y doliente,  
Cual prolongada queja!  
Globos de fuego, esferas de topacio,  
Astros de luz y de oro,  
Pausados giran por el alto espacio  
En acordado coro.  
Y húmeda de sudor la sien radiante  
Sin compás y sin pauta,  
Hace sonar el músico incesante  
La quejumbrosa flauta.  
Corrientes aguas, puras, cristalinas,  
Y mirándose en ellas,  
Árboles de las aves peregrinas  
Vierten dulces querellas;

Titiro bajo el haya reclinado,  
Que al son de dulce avena,  
Da el nombre de Amarilis adorado  
Al valle y selva amena;  
Flérída más risueña y más hermosa  
Que Abril de flores lleno,  
Blanca como la leche, y más sabrosa  
Que fruta en huerto ajeno;  
El dulce lamentar artificioso,  
Las razones discretas  
Con que luchan Salicio y Nemoroso  
Menalcas y Dametas;  
Galatea, que arroja en pueril juego  
La manzana incitante,  
Y entre los mimbres se agazapa, luego  
Que la ha visto su amante;  
Cuanto tú, Garcilaso, y tú, Virgilio,  
Cantásteis doctamente;  
Cuanto sueña quimérico el idilio  
Á orillas de la fuente;  
Limpias cabañas entre agrestes lomas,  
Honda gruta escondida,  
Fuentes y flores, céfiros y aromas,  
Luz, aire, amor y vida...  
En dulces cuadros, que la dicha puebla  
Y un rayo del sol dora,  
Hace alegres surgir de la tiniebla  
La flauta creadora,  
Mientras que giran en el alto espacio  
En acordado coro  
Las esferas de fuego y de topacio,  
Los astros de luz y oro.

UN RAMO DE CLAVELES Y AZUCENAS

Un ramo de claveles y azucenas  
Me pusiste en la mesa en que escribía:  
Dios, remunerador de acciones buenas,  
Te pague la merced, dulce hija mía.  
Como al enfermo, á quien la fiebre mata  
El fresco manantial, cual los fulgores  
Del sol al ciego, para mi fué grata  
La bendita limosna de esas flores.  
Miro sobre mi mesa amontonados  
El viejo in-folio, de pesada glosa,  
Los librejitos del día, aún no cortados,  
El vulgar expediente, ¡horrenda prosa!  
La carta insulsa, el memorial prolijo,  
El libelo procaz, de amargas hieles,  
Y entre el farrago aquel, ¡oh regocijo!  
Tu ramo de azucenas y claveles.  
El me dice: ¡Alegria! ¡Primavera!  
¡Efluvios del jardín! ¡Luz de la aurora!  
¡Soplo vital que al mundo regenera!  
¡Naturaleza, siempre creadora!  
Mi espíritu, rendido bajo el peso  
De insoluble cuestión, de acerva duda;  
Mi desmayado corazón, opreso  
Por la contienda de la vida, ruda;  
Mi orgullosa conciencia, á la que llamo,  
Y en el trance fatal hallo indecisa,  
Cálmanse todos al mirar el ramo  
Do pusiste tu amor y tu sonrisa.

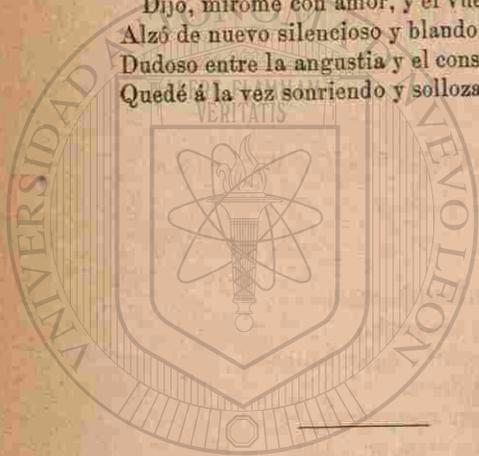
Mi ser inunda el bienhechor aroma  
Purificando el alma; y al instante,  
Como sol puesto que de nuevo asoma,  
La perdida ilusión surge triunfante.  
Brilla á mis ojos plácida alborada,  
Y llena, con sus trinos hechiceros,  
Mi fantasía, selva enmarañada,  
Un tropel de calandrias y jilgueros.

DOS AÑOS DESPUES

Soñaba: un ángel ví que descendía  
De las mansiones de la luz serenas,  
Y llevaba en las manos, ¡oh alegría!  
Un ramo de claveles y azucenas.  
—«¡Hija!»—grité, y el reprimido llanto  
De mis ojos brotaba en largo río;  
Ella puso en mi frente ósculo santo,  
Y exclamó cariñosa:—«¡Padre mío!  
»Desecha tu aflicción; tus duelos calma.  
Toma estas flores; te darán consuelo.  
¡Para tí, para tí, padre del alma,  
Las he cogido en el jardín del cielo!  
»Nuncio no son, cual las que amaste un día,  
De engañosa ilusión perecedera;  
Mensajeras serán, que Dios te envía,  
De eterna, inacabable primavera.  
»Sea cual la azucena tu alma pura,  
Cual clavel encendido, tu fe ardiente,  
Y gozarás en la suprema altura  
Las dichas que tu espíritu presiente.

»Mucho has sufrido, pero no bastante  
Para lograr la palma apetecida:  
Cuando se acerque el venturoso instante,  
Mi mano encontrarás siempre extendida.»

Dijo, miróme con amor, y el vuelo  
Alzó de nuevo silencioso y blando:  
Dudoso entre la angustia y el consuelo,  
Quedé á la vez sonriendo y sollozando.



DON ANTONIO FERNÁNDEZ GRILLO

LA CHIMENEA CAMPESINA

A la Duquesa Angela,  
viuda de Medinaceli.

Del Betis cristalino  
Junto á la orilla;  
De Córdoba en los bellos  
Alrededores,  
Hay una casa blanca,  
Pobre y sencilla;  
Que siempre me recuerda  
Tiempos mejores.

El nogal extendido,  
La enredadera,  
El álamo frondoso  
Con el granado;  
La punzadora pita,  
La verde higuera,  
Tejen la densa urdimbre  
De su cercado.

Honrados campesinos,  
Entre sus muros,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO X el Sabio"  
Calle 1625 MONTERREY, NUEVO LEÓN

Viven al mundo ajenos,  
En dulce calma;  
Brinda el campo á sus ojos  
Goces más puros,  
Y en el trabajo encuentran  
La paz del alma!

Una tarde de Enero  
Llegué á la puerta  
De aquella casa blanca  
Pobre y sencilla,  
Que para el caminante  
Siempre está abierta,  
Del Betis cristalino  
Junto á la orilla.

Saltó el lebrel gozoso,  
Fiel vigilante  
De la heredad aislada  
Que ama y defiende;  
Me señaló la senda;  
Seguí adelante,  
Como el que ve un amigo  
Que le comprende.

Bajo las negras vigas  
De humilde estancia,  
Libre ya de las lluvias  
Y el torbellino,  
Aspiré los efluvios  
De esa fragancia  
Que tiene el techo ahumado  
Del campesino.

Una hortelana, de esas  
Que el campo cría,

Morena como el trigo,  
De labios rojos,  
En vez de saludarme,  
Se sonreía,  
Lo mismo con la boca  
Que con los ojos.

Todo era paz en ella;  
Todo ventura;  
Y entre el sayal humilde  
De tosca lana  
El tesoro envolviendo  
De su hermosura,  
Era de aquella huerta  
La soberana.

Pura como la limpia  
Piel del armiño,  
Con dos ojos rivales  
De dos luceros,  
Velaba el sueño dulce  
De un tierno niño,  
Rubio cual las mazorcas  
En los graneros.

Feliz, más que entre perlas  
Que el mar regala,  
Y más que el potentado  
Con su fortuna,  
Andaba de puntillas  
Sobre la sala,  
Para no hacer ruido  
Junto á la cuna!

Abre la hoguera al humo  
Salida franca;

Al hogar escondido  
Su calor presta,  
Y de la protectora  
Campana blanca,  
Con fantástica lumbre  
Los bordes tuesta.

Rojo cual los botones  
De las granadas,  
El leño que crujiente  
Chisporrotea,  
A intervalos aviva  
Sus llamaradas  
En el hueco que forma  
La chimenea.

De la vaca obediente  
La mansa ayuda  
Al agua cristalina  
Da movimiento,  
Y afuera, en eco grave,  
Ó en voz aguda,  
Alternan con la noria  
La voz del viento.

El dolor por el mundo  
Gritos arranca;  
La guerra es permanente  
Firme el encono;  
Y allí, en aquella humilde  
Casita blanca,  
Una mujer y un ángel  
Tienen un trono.

Va cayendo la tarde  
Tras las montañas;

La nieve en los caminos  
Borra el sendero,  
Y allá junto aquel fruto  
De sus entrañas,  
Ve llegar del trabajo  
Su compañero.

Hércules de los surcos  
De sus mayores,  
Tiene los francos ojos  
Llenos de vida;  
Y en la eterna faena  
De sus labores,  
Por el sol y los aires  
La piel curtida!

El niño se despierta  
Y el lebrél salta:  
No hay más que un pensamiento:  
Mirar al niño.  
Para hallar la ventura  
¡Qué poco falta  
En el hogar sereno  
Donde hay cariño!

Para lograr las dichas  
De la fortuna,  
Basta un poco de fuego  
Y un aire sano;  
Un niño que despierte  
Sobre su cuna,  
Y la blanca vivienda  
De un hortelano.

Las llamas perezosas  
Que allí ondulaban,

En movibles penachos  
Se sucedían;  
Y ante aquellos amores  
Que se besaban,  
De envidia en la ancha hoguera  
Se retorcián.  
Calor de los esposos,  
Nido de fuego,  
Que á la santa inocencia  
Prestas abrigo;  
En la solemne calma  
De tu sosiego,  
Con lágrimas ardientes  
Yo te bendigo!  
Estufa campesina,  
Que tanto adoro,  
No de mármol y jaspes  
Finges tus vallas;  
Ni aprisionan tus leños  
Rejas de oro,  
Ni bordadas de flores  
Ricas pantallas.  
¡Cuántas de las que alumbren  
Muros de seda  
No lograrán á veces  
Matar el frío!  
Pues no hay fuego en el mundo  
Que vencer pueda  
El hielo pavoroso  
Que da el hastío!  
Luego vendrá la noche;  
La blanca luna

Verterá sus reflejos  
Sobre la tierra,  
Y ante la paz solemne  
De aquella cuna,  
Se hablará del hermano  
Que está en la guerra.  
Se hablará de las aguas;  
Aguas jugosas,  
De la tierra, á las lluvias  
Agradecida,  
Que dará olor al aire  
Y al prado rosas,  
Mieles á los racimos  
Y al campo vida!  
¡Última llamarada  
De encantos llena!  
Tú eres luz y regalo,  
Música y germen;  
Y al nutrir con tu fuego  
La frugal cena,  
Cuando sola te apagues,  
¡Será que duermen!  
¡Adiós! de ti me alejo  
Con paso grave:  
Y tu calor benigno  
No trocaría,  
Mas que por ese dulce  
Calor suave,  
De un alma que sintiese  
Como la mía!

Hoy al son de los aires  
Y el aguacero,  
Cuando envuelto entre nubes  
El sol no brilla,  
¡Quién olvida la tarde  
Del mes de Enero,  
Del Betis cristalino  
Junto á la orilla!

EL INVIERNO

No bien tras las montañas asoma su cabeza,  
De nieves coronada, de miedo y de tristeza,  
Los himnos de la vida suspende la creación:  
Fatídicos espectros en el espacio flotan;  
Lamentanse los aires que la muralla azotan;  
El monte es un fantasma, el valle un panteón!  
Desiertos los caminos, las heredades solas;  
Los prados sin la púrpura de agrestes amapolas  
De la apretada nieve con la mortaja están!

Los álamos desnudos; sin músicas la sierra;  
Parece que ha saltado la mar sobre la tierra  
O lo ha arrasado todo, la lava de un volcán!

Abre el arado surcos en hazas y linderos;  
En las cercadas huertas se nutren los criaderos;  
El árbol tiembla al golpe del rudo leñador;  
Renuévase el viñedo con mano cuidadosa,  
Para que en dulce néctar la verde vid pomposa  
Convierta de las lluvias el manantial creador!

La escarcha tenue borda laderas y collados,  
Y buscan los pastores abrigo á los ganados,

En resguardado aprisco burlando el temporal;  
La enjuta leña anima las chozas y las casas,  
Y el rústico romero, quemándose en las brasas  
Perfuma con su aroma las noches del hogar!

El desgarrado velo de la flotante niebla  
Las húmedas cañadas y los espacios puebla,  
Que corta á trechos largos el huracán veloz;

Entoldan nubes pardas el lóbrego horizonte,  
Y escuchase en el campo gemir de monte en  
Del cárabo escondido la solitaria voz. [monte

El árbol ya no tiene ni pompa ni follaje,  
Ni riza el áura el borde del opulento traje  
Que las nacientes hojas tejiéronle en Abril;

Las ramas están mustias, los gérmenes dor-  
[midos,

Sin hiedra el viejo tronco, sin música los nidos,  
Abandonados lechos del pájaro gentil!

El árbol, el anciano señor de la ribera,  
El rey de la montaña, la cúpula severa  
Que de frescura y sombra los cármenes llenó,

El arpa que pulsaron los céfiros suaves,  
El techo de las rosas, la tienda de las aves,  
El toldo de la siesta del que á su pie durmió,

Hoy... despojado, inmóvil, al polvo vil sujeto,  
Su espectro se levanta cual livido esqueleto  
Que los nudosos brazos retuerce sin cesar;

El céfiro desdeña sus últimas congojas,  
No duermen ya los pájaros debajo de sus hojas,  
Ni vienen en sus frutas los picos á clavar.

¡Ay de sus pobres ramas! el hacha destructora,  
Verdugo de sus vástagos, acéchalos traidora,  
Hiriendo, al derribarlos, su mismo corazón;

Ayer le coronaron espléndidas guirnaldas  
Y hoy el labriego en haces las cuelga á sus es-  
[paldas,

Para alumbrar con ellas su misero rincón!

El mar en tanto muge contra las peñas solas;  
Callaron las alegres marinas barcarolas;  
Las sonolientas músicas del volador bajel;

El mar es un esclavo que gime en la ribera;  
La luna es una antigua constante compañera  
Que baja por las noches á reclinarse en él.

Apágase más triste la luz de cada tarde,  
La tarde es tibia ráfaga de un sol que apenas  
[arde;

La noche es una oscura medrosa eternidad;

El aire es un alerta que cavernoso zumba  
Y de la mar lejana entre el fragor retumba  
La cólera sublime de ronca tempestad!

En muro y vidrios bota tenaz el aguacero;  
Tal vez el son remeda de grito lastimero  
Que de olvidada cárcel el viento arrebató;

Tan solo con la luna por las ciudades vela  
La fúnebre lechuza, la voz de un centinela  
Ó el són acompasado del golpe de un reló.

El patio está en silencio; la enredadera an-  
[ciana

Ni trepa por el muro, ni escuda la ventana,  
Ni estrellas blancas fingen los nardos al salir;  
No está como otras noches de juventud cu-

[bierto,  
Ni en la flotante cuerda del ancho toldo abierto,  
Las negras golondrinas se paran á dormir.

Detrás de los cristales la calma se concilia;

Bajo el piadoso techo se alberga la familia  
Que su ternura enlaza del fuego alrededor;  
Solo el silencio turban de la feliz vivienda  
La plática sabrosa, la mística leyenda  
O la crujiente aguja que borda el bastidor.

La triste luna quiebra sus luces argentinas  
Sobre las blancas orlas de escarchas y neblinas,  
Cuyas sutiles gasas envuelven tierra y mar;

Y mientras de los campos la tánica blanquea,  
El humo azul pregona por la alta chimenea  
La vida palpitante del recogido hogar!

¡Invierno melancólico, durante tus veladas,  
Clavando en las esferas las húmedas miradas  
Y puestas de rodillas, al toque de oración,

Las madres ¡ay! recuerdan, allá un ciprés  
[sombrio  
Y al pobre niño muerto que temblará de frío  
En el helado muro de negro panteón!

No hay quien al par no lllore perdidas alegrías;  
El revolver del tiempo, la fuga de los días,  
De inútiles quimeras el insensato afán;

Los desterrados lloran la patria que per-  
[diéron;  
Recuerdan los ancianos los años que se fueron;

Los jóvenes presienten los años que se irán!  
Recuerda en la borrasca sus lares el marino;  
Las sendas ya pasadas el viejo peregrino;

Sus glorias el guerrero; sus risas el amor;  
Las ilusiones idas el corazón doliente;  
El huérfano su casa; la virgen al ausente;

Su libertad el siervo; sus trovas el cantor!  
Que tú, cansado invierno, retrato de la muerte,

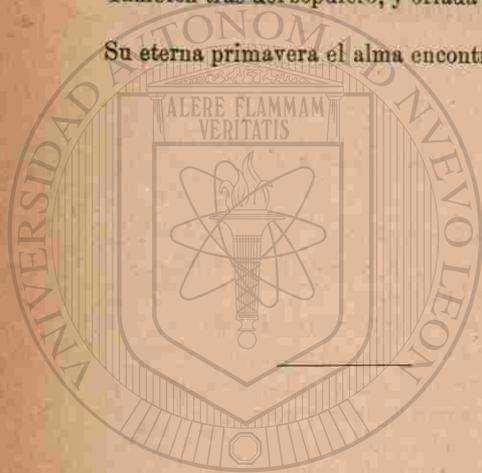
Para los hombres eres la eterna voz que advierte  
Que su existencia es polvo y al polvo volverá.

No importa; que si tornan á germinar las

[flores,

También tras del sepulcro, y orlada de esplen-  
[dores

Su eterna primavera el alma encontrará!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DON ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO

### OLAS Y AMORES

Lejos, allá muy lejos,  
Viéndote estoy, la blanca ninfa, ahora  
Constante burladora  
Del agua fácil que tu cuerpo hiende,  
Y flotas como flotan los reflejos  
De la primera luz que el alba enciende  
Sobre los surcos de la-mar sonora.  
El sol, en tanto, asciende  
Del cenit á la ardiente cumbre, y raya  
Toda inundando la ríscosa playa;  
Mas yo no sé decir cuando á mí llega,  
Si en las espumas nace que tú apilas,  
Ó te roba más bien de las pupilas  
El vivo resplandor con que me ciega.

Deja el agua espumosa, sin recelo  
De que mi vista tu pudor empañe;  
Pues donde quiera que ella te acompañe,  
Ha de mirarte como mira al cielo.

Y si fuera por mí, la arena parda  
Siempre pisaras en la niebla oculta,  
Que por lo mismo que te quiero tanto,  
Si otro que yo te aguarda,  
Conque él sospeche tu menor encanto,  
Ya pienso yo que tu pureza insulta.

Ni hubiera claros días,  
En que verte importuno  
Lograra otro ninguno,  
Ni aun si estuviese en mí, mujer serias,  
Sino tan sólo idea  
De las que Dios, en su esplendor sereno,  
Como lo sumo de lo bello y bueno,  
Más para sí que para el hombre crea.

Pero ya que este mundo  
Te logra, y mujer eres,  
Sígueme al menos, y hallarás, si quieres,  
Otro mar en mi ser, vasto y profundo:  
¡Un mar para ti á solas,  
Con mis transportes de pasión por olas!

¡Cuán triste en estas rocas,  
Cuán triste zumba el mar porque te has ido!  
Que ya ni su rugosa frente tocas  
Con ágil brazo, ni bullendo osada  
Su cabellera blanca en dos repartes,  
Quedando en medio cual joyel plantada;  
Ni ya en girones partes  
Con tus caricias locas  
Su manto en hondos pliegues recogido,  
Y de azul, verde y plata entretejido.

No estás aquí ya, en suma,  
Tú que templabas su iracundia impia,  
Y el mar convoca la siniestra bruma,  
Y á la borrasca llama tronadora  
Para azotar de nuevo sus arenas,  
Tranquilas ¡ay! un día,  
Ó bella nadadora,  
Cuando eras de él cuanto de mi señora,  
Y juntos arrastrábamos cadenas.

A propósito del matrimonio de la Infanta

DOÑA MARÍA DE LA PAZ

En esas campiñas verdes  
Que el Rin orgulloso riega,  
El aire azotó algún día  
Las españolas enseñas  
Que sobre colores varios  
Aspas cruzaban sangrientas,  
Herencia de Carlos Quinto  
Hasta allí guardada ilesa.  
No de la Alemania en daño,  
Que al Papa rinde obediencia,  
Sus banderas y arcabuces,  
Sus largas picas enhiestas,  
Los viejos tercios de Italia  
Trajeron en son de guerra,  
Ni al descender de los Alpes  
Con el gran duque de Feria,

Ni cuando el Prelado-Infante,  
Mal contento con su Iglesia,  
Guió de sus escuadrones  
Las ordenadas hileras  
Á los campos de Nordlinghen  
Contra la hueste proterva.

De Nordlinghen, gran Señora,  
Del palacio aquel bien cerca  
Donde en feliz himeneo  
Conleváis la patria ausencia;  
Y ¡oh cuántos recuerdos, cuántos  
Cabe su recinto encierra,  
Para entusiasmar, sin duda,  
Un alma como la vuestra,  
De mujer y de española,  
De princesa y de poeta!  
Preguntad allá sin miedo  
Lo que de los vuestros cuentan,  
Que aunque la fama no siempre  
Dé justicia es mensajera,  
Sé yo que en esta ocasión  
Os ha de dar buenas nuevas  
Del Infante, de los tercios  
Y de su dichosa empresa.

«Aquí, Señora,—os dirán,—  
»Veis la colina y la selva  
»Que sepulcros rojos fueron  
»De la audaz milicia sueca.  
»Polvo pisáis de soldados,  
»Rayos puros de la guerra,  
»Que pasaron cual vos misma  
»Sus tempranas primaveras

»Donde presto al Manzanares  
»Se bebe su ardiente arena,  
»Y cerca del padre Tajo  
»Que á Aranjuez, por hijo, besa;  
»Cuando no orillas del Ebro  
»Y al pie del muro de sierras,  
»Que tantos y más que riscos,  
»Recios varones engendran;  
»O ya del Miño frondoso  
»En las pobladas riberas,  
»Ó donde su gran Sevilla  
»El Guadalquivir ostenta.  
»Aquí las tudescas lanzas  
»Con austriacas banderas,  
»También su poder probaron  
»En la larga lid horrenda;  
»Mas nunca negaron, nunca,  
»Que los valientes no niegan  
»De amigos ni aun de adversarios  
»Las militares proezas,  
»Cuánto al Infante debieron  
»Y cuánto á la gente vieja,  
»Que tanto tiempo de España  
»Mantuvo en pie la grandeza.»  
Hoy, Señora, ni en las armas  
Es ya tal la gloria nuestra,  
Ni dar de amistad podemos  
Á Alemania iguales pruebas;  
Pero mucho que le damos  
Con daros á vos, Princesa;  
Paz en el nombre, y de paz  
Dulce y perdurable prenda.

DON ADELARDO LÓPEZ DE AYALA

SIN PALABRAS

Mil veces con palabras de dulzura  
Esta pasión comunicarte ansío:  
Mas ¡qué palabras hallaré, bien mío,  
Que no haya profanado la impostura?

Penetre en tí callada mi ternura,  
Sin detenerse en el menor desvío:  
Como rayo de luna en claro río,  
Como aroma sutil en aura pura.

Ábreme el alma silenciosamente,  
Y déjame que inunde satisfecho  
Sus regiones, de amor y encanto llenas...

Fiel pensamiento, animaré tu mente;  
Afecto dulce, viviré en tu pecho;  
Llama suave, correré en tus venas.

Á UNA BAÑISTA

¡Quién fuera el mar, que enamorado espera  
Que tu cuerpo interrumpa su llanura

Y rodear tu espléndida hermosura  
De un abrazo y á un tiempo toda entera!  
Si yo en sus aguas infundir pudiera  
El alma ardiente que adorarte jura,  
En muestra de mi amor y mi ventura  
Te alzara en triunfo á la celeste esfera.

Y, al descender con mi tesoro, ufano,  
Convirtiendo la líquida montaña  
En olas que anunciaran mi alegría,  
En las costas del reino lusitano,  
Y en África, y América, y Bretaña,  
Mi grito de placer resonaría.

MIS DESEOS

Quisiera adivinarte los antojos,  
Y de súbito en ellos transformarme;  
Ser tu sueño, y callado apoderarme  
De todos tus riquísimos despojos:

Aire sutil que con tus labios rojos  
Tuvieras que beberme y respirarme:

Quisiera ser tu alma, y asomarme  
Á las claras ventanas de tus ojos.

Quisiera ser la música que en calma  
Te adula el corazón: mas si constante  
Mi fe consigue la escondida palma,  
Ni aire sutil, ni sueño penetrante,  
Ni música de amor, ni ser tu alma,  
Nada es tan dulce como ser tu amante.

LA CITA

¡Es ella!... Amor sus pasos encamina...  
Siento el blando rumor de su vestido...  
Cual cielo por el rayo dividido,  
Mi espíritu de pronto se ilumina.

Mil ansias, con la dicha repentina,  
Se agitan en mi pecho conmovido,  
Cual bullen los polluelos en el nido  
Cuando la tierna madre se avecina.

¡Mi bien! ¡mi amor! ¡por la encendida y clara  
Mirada de tus ojos, con anhelo  
Penetra el alma, de tu ser avara!...

¡Ay! ¡mi el ángel caído más consuelo  
Pudiera disfrutar, si penetrara  
Segunda vez en la región del cielo!

Á SARA

Noé, segundo Adán de los mortales,  
De turba irracional acompañado,  
En el arca famosa anduvo á nado  
Hasta que vió pacíficas señales.

En la ausencia, que es arca de mis males,  
Me encierran tu rigor y desagrado,  
De mil remordimientos acosado,  
Que son los más feroces animales.

Con esta carta, á guisa de paloma,  
Tímidamente me aventuro, y pruebo

Si se ha calmado el mar de tus enojos...  
Dimelo por piedad: que, si no asoma  
La pacífica oliva, no me atrevo  
Á presentarme á tus divinos ojos.

Á ISABEL

De Málaga la tierra encantadora  
Puso en tu frente cuantas rosas cria,  
Y el espléndido sol de Andalucía  
En tus ardientes ojos se atesora.

Cuando la risa endulza y aminora  
El rayo audaz que tu mirada envía,  
El alma se estremece de alegría,  
Bañada en luz de la primer aurora.

Un espejo te mando... — ¡Error profundo! —  
Si al retratarte, el gozo te despierta  
De admirar en tu rostro un paraíso,  
Mustio después encontrarás el mundo,  
Y temo que el espejo se convierta  
En la encantada fuente de Narciso.

MI PENSAMIENTO

(EN MIS DÍAS)

Bendigo el pensamiento, que no cesa  
De abrasarse en tus ojos seductores,  
Y alado, como el dios de los amores,  
Siempre á tu oído mi pasión te expresa:

Que te sigue constante, y se embelesa  
En vagar por las hojas de tus flores,  
Y te abraza, á pesar de tus rigores,  
Y cuanto más te enojas, más te besa.

Pájaro que del vuelo sostenido  
Gime cansado, reposar ansia  
Entre las pajas del oculto nido...  
¡Oh Madre del Amor! En este día  
Confúndanse en un trémulo gemido  
Mi pensamiento y la adorada mía.

#### AL OÍDO

Déjame penetrar por este oído,  
Camino de mi bien el más derecho,  
Y en el rincón más hondo de tu pecho  
Deja que labre mi amoroso nido.

Feliz eternamente y escondido,  
Viviré de ocuparlo satisfecho...  
¡De tantos mundos como Dios ha hecho,  
Este espacio no más á Dios le pido!

Ya no codicio fama dilatada,  
Ni el aplauso que sigue á la victoria,  
Ni la gloria de tantos codiciada...  
Quiero cifrar mi fama en tu memoria;  
Quiero encontrar mi aplauso en tu mirada;  
Y en tus brazos de amor toda mi gloria.

#### Á UN PIE

El pie más lindo que acaricia el suelo  
Jugaba ante mi vista complacida:

Yo, con mano dichosa y atrevida,  
De un espacio mayor levanté el velo.

Bella columna descubrió mi anhelo,  
Por los mismos amores construída,  
Como, del recio vendaval movida,  
Se abre la nube, y se descubre el cielo.

Detenido en las puertas de la gloria,  
Aguardo á que el amor quiera propicio  
Dilatar en sus reinos mi victoria.

Y hoy, recordando tan gallardo indicio,  
Mil veces se complace mi memoria  
En dibujar completo el edificio.

#### PLEGARIA

¡Dame, Señor, la firme voluntad,  
Compañera y sostén de la virtud;  
La que sabe en el golfo hallar quietud  
Y en medio de las sombras claridad:

La que trueca en tesón la veleidad  
Y el ocio en perenal solicitud,  
Y las ásperas fiebres en salud,  
Y los torpes engaños en verdad!

Y así conseguirá mi corazón  
Que los favores que á tu amor debí,  
Te ofrezcan algún fruto en galardón...  
Y aun tú, Señor, conseguirás así  
Que no llegue á romper mi confusión  
La imagen tuya que pusiste en mí.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
DON VICENTE BARRANTES

CACHORRO ENTRE LEONES

Taciturno, paso á paso,  
Vuelve ya por sus jornadas  
Vasco Núñez al Darién,  
Requerido de Pedrarias.  
Ni á turbar sus pensamientos  
Se atreven con sus palabras  
Los jinetes y peones  
Que al adalid acompañan.  
Cuando cruzó por los Andes,  
Sus caciques y curacas  
Le recibieron con fiestas,  
Le despidieron con lágrimas;  
Que está Vasco Núñez triste,  
Y la tristeza contagia.  
Cata que en el cielo asoma,  
Cuando menos se lo cata,  
La estrella que micer Codro  
Anunció para él aciaga...  
Él desprecia al estrellero,  
Pero la estrella le espanta.—

Al llegar á la ciudad  
Sube de punto su alarma;  
Que está la gente de guerra,  
Y las calles barréadas,  
Y con la espada en el puño  
El capitán que la manda.—  
Pára el coreel Vasco Núñez  
Y de este modo le habla:  
—Señor Francisco Pizarro,  
Mi paisano y camarada,  
¿Qué recibimiento es este  
Con aprestos de batalla?  
En vuestro rostro adivino  
Que me traéis nuevas malas.  
—Os traigo tan malas nuevas,  
Que á par me duelen del alma...  
Orden de llevaros preso  
Al gobernador Pedrarias.  
—¡Preso yo, que vengo á bodas  
Con su hija mayorazga,  
Si el Obispo del Darién  
Me la trajo ya de España!  
¡Yo, Adelantado del Sur  
Por cédula soberana,  
Gobernador en la costa,  
Como en Tierra firme él manda!  
—Ni del Obispo hay noticia,  
Ni ya de boda se trata,  
Que el viejo, hecho un basilisco,  
Todo es fieros y amenazas.  
—¡Miren la carta de dote  
Que mi suegro me prepara!

¡Negra cárcel para alcobal  
¡Cadenas en vez de arras!  
Aquí, rompiendo la fila,  
Un doncel de recia estampa,  
Con más rayos en sus ojos  
Que una tormenta africana,  
Plantado enfrente de Vasco  
Le endereza estas palabras:  
— Si tienes sangre extremeña,  
Y aquella enjundia y entraña  
De los que vencen al toro  
En las silvestres cañadas  
Que á Portugal y á Castilla  
Hacen linde y ponen raya,  
Manda noramala al viejo,  
Y á la novia noramala,  
Y noramala al Obispo,  
Que en traerla tanto tarda;  
Que él andará echando kiries,  
Y ella haciéndose la maula,  
Mientras nos come á nosotros  
Misericordia, impaciencia y rabia.  
Llévanos, Vasco, al Perú,  
Mal que le pese á Pedrarias;  
Que aquí hay cincuenta extremeños  
Prontos á ir donde tú vayas,  
Tales, que en cualquier empresa  
Con ellos basta y rebasta.  
Discurso tan desatado,  
Tan fiero golpe de audacia,  
En vez de espanto en la gente  
La puso arremolinada,

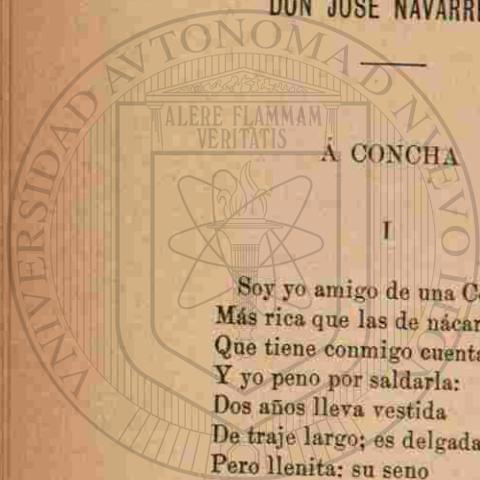
Diciendo con sus murmullos  
Los del una y la otra banda,  
Que por los labios del mozo  
Sus pensamientos hablaban.  
— ¡Buen cachorro estáis criando,  
Que muerde á la par que ladra,  
Y en pescuezo y en morrillo  
Á voces pide carlanca!  
Dijo Vasco al mensajero  
Que su suegro le enviaba,  
El cual á entrambos oía  
Con honda emoción extraña;  
Que en mentándose el Perú  
Los ojos se le saltaban.  
Luego, imponiendo silencio  
Con una grave mirada,  
— Gonzalico, Gonzalico  
(Replicó al doncel de marras),  
Ni tú sabes lo que piensas,  
Ni tú piensas lo que hablas,  
Que, Pizarro al fin y mozo,  
Como flecha te disparas.  
Yo he venido al Nuevo Mundo  
Por mi Dios y por mi patria,  
De tierra de caballeros  
En que es Jerez extremada,  
Y á ley de caballería  
No he de volver las espaldas  
Ni á injusticias de la suerte,  
Ni á flaqueza alguna humana.  
— ¡Voto á bríos! — gruñó Gonzalo,  
Perdiendo respeto y calma —

Para tal virtud, no hay tierra  
Que pisar en estas playas.  
Mientras en vez de virtudes  
Acero y hierro no traigas,  
Vendrán con sus lindas manos  
Bachilleres y garnachas  
Á vendimiár esta viña  
Con nuestra sangre regada...  
¡Voto á bríos! ¡si aun queda sangre,  
Callen cartas y hablen barbas!  
¿Se han de meter forasteros  
Á gobernar nuestra casa?  
¿Quién hizo á nuestra ciudad  
Del istmo emporio y sultana  
Que en vez de Santa María  
Debiera llamarse Vasca?  
Tú, gobernando con honra;  
Tú, administrando con maña,  
Y siendo á los indios padre  
Y á nosotros camarada.  
Por tí somos ya milicia  
Los que éramos chusma y taifa,  
Y tenemos arcabuces  
Y algunos caballo y lanza.  
Para dar la vuelta al mundo  
Camino Colón buscaba,  
¡Y tú, que lo has encontrado,  
Que te lo cierran aguantas!  
Tú, en los Andes el primero,  
Émulo al condor y al águila  
¡Vas á caer de la zorra  
En las miserables garras!...

Ni de estrellas ni de magos  
Haz cuenta... si no es contraria,  
Que, hembras al fin, las estrellas  
Gustan de verse violadas.  
¡Ah, Vasco, Vasco, si yo  
En tu pellejo me hallara!  
Berrocales de Trujillo,  
Compañeros de mi infancia,  
No temáis que aquel Pizarro  
Se ablande como pizarra.  
Donde yo ponga mi tienda,  
Donde yo siente mi planta,  
Han de arrancarme... de cuajo,  
No hoja á hoja y laja á laja.  
—Basta, que ya es villanía  
Oír propuestas villanas—  
Grita Vasco, revolviéndose  
Del corcel sobre las ancas,  
Y á par en ambos ijares  
Ambas espuelas le clava.—  
¿Quién presuroso no acude  
Si el Gobernador le llama,  
Que manda aquí por el Rey,  
Que en todos nosotros manda?  
¡Señor Francisco Pizarro,  
Llevadme preso á Pedrarias;  
Que el que no teme, no debe,  
Y Cristo á todos nos valga!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA  
"ALFONSO" No. 143  
Cmo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DON JOSÉ NAVARRETE



Soy yo amigo de una Concha  
Más rica que las de nácar,  
Que tiene conmigo cuenta  
Y yo peno por saldarla:  
Dos años lleva vestida  
De traje largo; es delgada,  
Pero llenita: su seno  
Montes de nieve delata:  
Tiene grandes trenzas rubias,  
Y bonitos pies, que calza  
Con unas botas marrón  
De tafilete, escotadas  
Por el empeine, y el verlos  
Es tomar opio; embriaga.  
Á mí me da por las manos,  
Y las suyas, conservadas  
Regiamente, son preciosas,  
De la clase estrecha y larga,

— 107 —

Con hoyuelos en el dorso  
Y como las perlas, blancas.  
Sus ojos son diccionarios,  
Su sonrisa una gramática,  
Sus dientes mi desvario,  
Su talle un junco, y es alta.  
Mis labios besan su frente:  
Tal sin error, es su talla.

Nació Concha respirando  
Azahar, en la hermosa patria  
Del que se murió sin ver  
Del Betis la mejor gala  
Para pintar una Virgen  
De las Conchas que eclipsara  
Cuantas la gente venera;  
Es resumiendo muy guapa,  
Y tiene un novio de tropa,  
Y ese novio á mí me carga.  
Le hablé de sustituirlo  
Y Concha dijo que estaba  
Perpleja; pero que como  
Le cantase yo mis ansias  
De amor en ritmo poético,  
Tal vez ella despachara  
Al cuartel al militar  
Y me cediese la palma  
Por la reja, cualquier noche  
De luna, envuelto en la capa  
Yo con el hongo á la cèja,  
Y ella de ligera bata  
Rebujada en un mantón,  
Rebelde siempre á taparla.

II

Sal á la reja, Conchita;  
No se percibe en la casa  
Más sonido que en la fuente  
El rumoroso del agua.  
Deja cautelosa el lecho  
Y las escaleras baja;  
No tiembles, el patio cruza  
Sin que se enrede tu falda  
En las varas de los nardos,  
Ó un tiesto vuelques de albaca  
Y tu madre se despierte;  
Después, el pestillo alza  
De las vidrieras, y cuando  
Tímida las entreabras,  
Te encontrarás con tu Pepe  
Despidiendo llamaradas  
Sus pupilas, sus orejas  
Ardientes como una fragua,  
Su corazón redoblando  
Mas que un tambor, y sus canas  
Gritándole: ¡Viejo verde!  
Viejo ridículo, aparta!  
Conchita no las escuches,  
Que la experiencia es muy sabia,  
Sobre todo en amoríos,  
Y á la segunda palabra  
Que hables conmigo, no hay pollo  
Á quien tu pico de gracia  
Le dé mejor que á este gallo

Sus frases más regaladas.  
Yo te explicaré el misterio  
Por qué se funden dos almas,  
Y esclavos los cuerpos de ellas  
Manos con manos enlazan,  
Y ¡ven! se dicen las bocas,  
Y se besan las miradas,  
Y la razón se conturba,  
Y las mejillas se inflaman,  
Suspiros brotan del pecho  
Y los corazones saltan.  
Deja que tus manos bese;  
¡Qué aroma tan rico exhalan!  
Vete y abre la cancela,  
Entra en el zaguán y palpa  
La puerta por si la llave  
Y el cerrojo la afianzan,  
Y da vuelta á la primera,  
Descorre el segundo y ábrela;  
Que aún no disipan la sombra  
Las crepusculares ráfagas,  
Ni en la calle se vé un bulto  
Y el sereno lejos canta.

III

¡Pero debe ser más tarde!  
¡Sereno y ojos me engañan!  
¡De tibia luz la azucena  
De tu frente está bañada,  
Y gotas hay de rocío  
En las rosas de tu cara!

¡Luz y gotas bendecidas,  
Manifestaciones sacras  
De que el sol de las virtudes  
Radiante mora en tu alma!  
Corre al zaguán, y á la puerta  
Echale la férrea tranca,  
Por si con llave y cerrojo  
No estuviere bien guardada.  
Adiós: no me des la mano  
Y enjuga esas dulces lágrimas;  
De mi nombre en tu memoria  
No más conserves la mancha,  
Que el aire crudo de Enero  
El tierno pimpollo abrasa;  
Que dará sombra la encina  
A las flores delicadas,  
Pero sus caricias nunea,  
Pues son muy duras sus ramas;  
Que la experiencia en amores,  
Suele más bien ser infamia.

DON MIGUEL COSTA

EL PINO DE FORMENTOR

*Electus ut cedri.*

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera:  
De cedro es su ramaje, de césped su verdor;  
Anida entre sus hojas perenne primavera,  
Y arrostra los turbiones que azotan la ribera,  
Añoso luchador.

No asoma por sus ramas la flor enamorada,  
No va la fuentecilla sus plantas á besar;  
Mas bñase en aromas su frente consagrada,

Y tiene por terreno la costa acantilada,  
Por fuente el hondo mar.

Al ver sobre las olas rayar la luz divina,  
No escucha débil trino que al hombre da placer;

El grito oye salvaje del águila marina,  
Ó siente el ala enorme que el vendaval domina

Su copa estremecer.

Del limo de la tierra no toma vil sustento;  
Retuerce sus raíces en duro peñascal.  
Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento

¡Luz y gotas bendecidas,  
Manifestaciones sacras  
De que el sol de las virtudes  
Radiante mora en tu alma!  
Corre al zaguán, y á la puerta  
Echale la férrea tranca,  
Por si con llave y cerrojo  
No estuviese bien guardada.  
Adiós: no me des la mano  
Y enjuga esas dulces lágrimas;  
De mi nombre en tu memoria  
No más conserves la mancha,  
Que el aire crudo de Enero  
El tierno pimpollo abrasa;  
Que dará sombra la encina  
A las flores delicadas,  
Pero sus caricias nunea,  
Pues son muy duras sus ramas;  
Que la experiencia en amores,  
Suele más bien ser infamia.

DON MIGUEL COSTA

EL PINO DE FORMENTOR

*Electus ut cedri.*

Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera:  
De cedro es su ramaje, de césped su verdor;  
Anida entre sus hojas perenne primavera,  
Y arrostra los turbiones que azotan la ribera,  
Añoso luchador.

No asoma por sus ramas la flor enamorada,  
No va la fuentecilla sus plantas á besar;  
Mas bñase en aromas su frente consagrada,

Y tiene por terreno la costa acantilada,  
Por fuente el hondo mar.  
Al ver sobre las olas rayar la luz divina,  
No escucha débil trino que al hombre da placer;  
El grito oye salvaje del águila marina,  
Ó siente el ala enorme que el vendaval domina  
Su copa estremecer.

Del limo de la tierra no toma vil sustento;  
Retuerce sus raíces en duro peñascal.  
Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento

Y cual viejo profeta recibe el alimento  
De efluvio celestial.  
¡Árbol sublime! Enseña de vida que adivino,  
La inmensidad augusta domina por doquier.  
Si dura le es la tierra, celeste su destino  
Le encanta, y aun le sirven el trueno y torbellino  
De gloria y de placer.

¡Oh! sí: que cuando libres asaltan la ribera  
Los vientos y las olas con hórrido fragor,  
Entonces ríe y canta con la borrasca fiera,  
Y sobre rotas nubes la augusta cabellera  
Sacude triunfador.

¡Árbol, tu suerte envidio! Sobre la tierra impura  
De un ideal sagrado la cifra en tí he de ver.  
Luchar, vencer constante, mirar desde la altura,  
Vivir y alimentarse de cielo y de luz pura...

¡Oh vida, oh noble sér!

¡Arriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inmundo,  
Y en las austeras cumbres arraiga con afán.  
Verás al pie estrellarse las olas de este mundo,  
Y libres como alciones sobre ese mar profundo  
Tus cantos volarán.

### EN LAS CATACUMBAS DE ROMA

¡Salve, callada y fúnebre  
Ciudad del Dios viviente,  
Inextricable dédalo,  
Cuyo opresor ambiente  
De tumba, da al espíritu  
Auras de vida y luz!

¡Qué templo de oro y mármoles  
Tan sacro afecto imprime  
Como tus ciegos ámbitos,  
Que en tosquedad sublime  
Narran aún los inclitos  
Trofeos de la Cruz?

Mirad: de abiertos lóculos  
Se cruzan galerías  
Sin cuento, y otras ábrense  
Mas hondas y sombrías,  
Y otras aún... Ni límite  
Ni vida aquí se ve.  
Cavando el *Fossor* místico  
Trazó ese plan profundo:  
Son minas del espíritu  
Que han deribado un mundo;  
Son las raíces húmedas  
Del árbol de la fe.

Aquí al bajar los mártires  
Tras el combate cruento  
Dormían, como héroes  
De vuelta al campamento,  
Hasta que trompa bélica  
Los llame al nuevo albor.  
Sólo una palma, un título,  
Por signo de victoria,  
Ó breve alguna súplica  
Decían la alta gloria  
De luchas que á los ángeles  
Causaran estupor!

Aquí en augustos símbolos  
El arte, ya cristiano,

De pensamiento altísimo  
Nació y de tosca mano.  
Sobre estos muros lóbregos  
Sus rasgos contemplad.—  
Las manos abre en éxtasis  
La austera, blanca *Orante*;  
El *Buen Pastor* alégrase,  
Que halló la oveja errante;  
Reparte el *Pan* multiplique  
Festín de caridad...

Lanza á Jonás incólume  
El monstruo en firme orilla;  
Resurge el muerto Lázaro;  
Y libre la avecilla  
Vuela al paradisiáco  
Ramo de olivo en flor...  
Do quiera emblemas fúlgidos  
De un infinito anhelo,  
Entre terror y lágrimas  
Arcanos de consuelo,  
Ungidos en el bálsamo  
Del Verbo Redentor!

Al pie de estas imágenes,  
Oculto á los profanos,  
El rito sacratísimo  
Unía á los hermanos  
En Cristo Dios, partícipes  
Del Cáliz y del Pan.  
Aroma y pías lámparas  
Gozaba el aire inerte,  
Henchíase de cánticos  
El reino de la muerte,

Ó en él voz apostólica  
Se oja con afán.

Así de tantas víctimas  
En el sepulcro mismo,  
Atletas educábanse  
De nuevo al heroísmo;  
Crecía el pueblo inúmero  
De un solo corazón.  
Aquí los catecúmenos  
Lograban su alma fuente,  
Su velo aquí las vírgenes,  
Y el triste penitente  
Hallaba en penas ásperas  
Dulzuras de perdón.

Quizá á deshora el huérfano,  
La viuda solitaria,  
Junto á reciente túmulo,  
Dejaban su plegaria  
En fresco ramo ó trémula  
Lucerna sepulcral.  
Susurro cual de espíritus  
La gran quietud tenía;  
Un estro apocalíptico  
Vibraba en torno... Hervía  
La sangre de los mártires  
En urnas de cristal!

¡Y en tanto estremecíanse  
Los huesos, de esperanza!  
Tal bajo glebas húmedas  
El grano que se lanza,  
Palpita deshaciéndose,  
Su fruto al presentir...

El asperón volcánico  
La muerte aquí profunda  
Sembraba, y la necrópolis  
Sentíase fecunda  
Con los sagrados gérmenes  
De inmenso porvenir.  
¡Oh! cuando aquellos Césares  
De omnipotente solio,  
En pompas augustísimas  
Subiendo al Capitolio,  
Uncian reyes bárbaros  
Al carro triunfador;  
Y él *salio* cantar pristino  
Decía el ado eterno  
De la Ciudad de Rómulo,  
Y universal gobierno  
Le prometía el áuspice  
Con ojo escrutador;  
¿Quién ya la herencia altísima  
Buscara del imperio  
En estos antros fúnebres,  
Do en sangre y vituperio  
Ahogada al fin creíase  
La *insania* de la Cruz?  
Mas ya en sublime vértigo  
Giraba aquí el destino;  
Y á la imperial catástrofe  
Del gran poder latino  
Adelantóse el lábaro  
De Cristo en plena luz.  
Y entonces, de sus númenes  
Desierta ya la altura,

Vió Roma sacras pléyadas  
De tanta sepultura  
Surgir... Miró sus víctimas  
Al mundo sojuzgar.  
Vió coros de Pontífices,  
Ancianos y matronas,  
Varones y albas vírgenes,  
Con palmas y coronas,  
Entre el incienso y cánticos  
Del nuevo, puro altar.  
Mas ¡ah! la *Orante* mística,  
De Cristo eterna esposa,  
En templos ya de pórfido  
Y en luz esplendorosa,  
Su heroico asilo lúgubre,  
Su cuna no olvidó.  
No desdeñó en su púrpura  
Bajar á estas moradas:  
Aquí guardó á sus inclitos  
Las tumbas no violadas,  
Y en áureo metro Dámaso  
Sus lápidas ornó.  
Y hoy mismo, tras larguísimas  
Edades de alto olvido,  
Después que este depósito  
Sagrado fué esparcido,  
Cuando ni ya una lápida  
Entera es dado hallar,  
Repiten sacros cánticos  
Las grutas más sombrías,  
Y ven, de nuevo abriéndose,  
Cegadas galerías

Piedad y ciencia unánimes  
Su sombra penetrar.

Ved: la suprema Víctima  
De nuevo aquí se ofrece;  
De flores y de lámparas  
Ornado resplandece  
Abierto algún sarcófago,  
Como llamando á sí.  
Es que la *Orante* présaga  
Los tiempos ha previsto,  
Y cuando el siglo apóstata  
Rechaza más á Cristo,  
Atrae ella los ánimos,  
Atráelos aquí!...

Lo quiere Dios. Juntémonos  
En sola un alma, hermanos;  
Y, de la fe por símbolo,  
Antorchas en las manos,  
Crucemos la necrópolis  
En vaga procesión.  
El himno de los mártires  
En sus abiertas tumbas  
Resuene, y con el hálito  
De tantas catacumbas  
Temple en vigor pacífico  
Cristiano el corazón.

## ADIÓS Á ITALIA

(NAVEGANDO POR EL GOLFO DE GÉNOVA)

En la orilla lejana va esfumándose  
Cual leve niebla la ciudad mármórea,  
Y el encantado litoral Ligúrico  
Se pierde en vagos ópalos.

Ya en la azul vaguedad supremas cúspides  
Véanse tan sólo por la nieve cándidas,  
Como blancos cendales con que el último  
Lejano adiós prolongase.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes  
Ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;  
Mas al dejarte los afectos íntimos  
Vibrar siento en el ánimo.

Huellas no dejo en tí; mas en mí déjalas  
Hondas tu numen, y doquier la ráfaga  
Me lleve del destino, allí tus pléyades  
Veré de gloria fúlgidas.

Por tus ciudades, peregrino incógnito,  
Solitario pasé. Mi oculta cítara  
Sólo confió sus notas al olímpico

Silencio de tus mármoles.  
Ante el sepulcro de Virgilio, pródiga  
De luz y encantos, me hechizó Parténope;  
Y al cráter me asomé, y vi á la víctima  
Pompeya abrir su túmulo.

Contóme grave su leyenda mística  
Úmbria la verde, al pie de sus acrópolis;  
Y allá me embelesó Florencia plácida  
Entre olivares áticos.

Bañé en serenidad paradisiáca  
El alma absorta sobre el Lario límpido;  
Y á Milán acaté, que al llano Insúbrico  
Muestra sus cien pináculos.

En la docta penumbra de sus pórticos  
Acogióme Felsina; y la Adriática  
Reina oriental me reveló poéticos  
Arcanos en su góndola.

Ya por un lustro en su recinto clásico  
Roma la grande dilató mi espíritu,  
Y en la suprema universal Basílica  
Cinóme el sacro cingulo.

¡Adiós, Italia, adiós! Desde tus márgenes  
Ni un suspiro me sigue, ni una lágrima;  
Mas al dejarte los afectos íntimos  
Vibrar siento en mi ánimo.

Palenque de la historia, alta metrópoli  
De la cultura y de la fe, prolífica  
Madre de genios, por el arte espléndida,  
Salud ¡oh tierra itálica!

Reina del gran destino, nunca apóstata  
Reniegues de la Cruz, que un día fúlgida  
Consagró para siempre con el lábaro  
Tu frente sibilitica.

## DON JUAN ALCOVER

### LÁLAGE

A mi amigo Francisco Maura y Montaner.

En el festín, mancebas y patricios  
Procuran olvidar la angustia sorda  
Que, entre la podredumbre de los vicios,  
Del corazón de Roma se desborda.

Brilla el cielo purpúreo de la tarde;  
El Tiber imperial la quinta besa  
Donde en placeres crapulosos arde  
La turba, en torno de la rica mesa.

Labios que beben en doradas copas;  
Cuerpos que caen de Falerno ahitos;  
Lujuria, desnudez, flotantes ropas,  
Besos, flores y cánticos y gritos...

Y en medio del placer y el desenfreno,  
Está Mevio, callado y pensativo,  
Á la algazara juvenil ajeno,  
Á las caricias del amor esquivo.

Sentándose á sus pies, Lálage hermosa,  
—¡Qué tienes?—le pregunta.—¡Por qué callas?

¿Qué pensamiento abrumador te acosa?  
¿Con qué sombra fatídica batallas?  
¿Te asusta que Nerón me haya mirado  
Codicioso, tal vez? ¿Temes que, inerme,  
Sea mi cuerpo sin piedad violado,  
Sin que pueda tu mano defenderme?  
Son recelos de niño... Si la hiena  
Olfatea mi rastro... este es mi pecho;  
Ahi está tu puñal: hiere sin pena,  
Y arrástrame Nerón hasta su lecho.—  
Mevio, que es un cerebro que se inflama  
Ó se apaga, en la brusca alternativa  
De su fuego interior, movable llama  
Que arde tan pronto abajo como arriba,  
Ante este arranque, de Lucrecia digno,  
Sonrió con equívoca mirada,  
Y la mano pasó, grave y benigno,  
Por los negros cabellos de su amada.  
—Sí, le responde, en el tirano pienso;  
Pero no has de morir. Quiere tu suerte  
Que á Roma salves del oprobio inmenso.  
Entrégate á Nerón, y dale muerte.  
Me duele que esa boca y ese busto  
De náyade gentil, su carne abrase;  
Me duele, sí, que el huracán augusto  
Sobre la flor de tu belleza pase.  
Mas fuera en mi puerilidad y crimen  
Que, avaro de tu cuerpo, malograra  
La ocasión de aliviar á los que gimen  
Que el Dios de la venganza nos depara.  
¿A qué disimular? Perdí la cuenta  
De los otros amantes que has tenido.

Bien puedo ver mañana, sin afrenta,  
Que una hora Nerón tu amante ha sido.  
Una hora: la última... Sucede  
Al hartazgo brutal, sueño profundo...  
Entonces, en su boca verter puede  
Tu mano el filtro que liberte al mundo.  
El morir de vejez ya no se estila.  
¿Conoces á Locusta, la hechicera,  
Que abrasadores tósigos destila,  
Como aquel que Británico bebiera;  
Como aquel cuyas huellas descubría  
La lluvia, destiñendo su semblante,  
Mientras cruzaba el féretro la vía,  
En medio de la plebe sollozante?  
Ya, por el escarmiento aleccionada,  
Locusta sus brebajes elabora  
Como place á Nerón y á mí me agrada:  
Que maten sin dejar huella traidora...  
¿Nerón, piadoso príncipe!... Paulina  
Se dispone á seguir á su marido  
Abriéndose las venas, y camina  
Á la tumba con paso decidido.  
Y lo sabe Nerón, y, amedrentado,  
La hace retroceder... Y como sombra  
Escuálida, Paulina, que ha vaciado  
La mitad de su vida, nos asombra!  
Tal es el alma de la raza nuestra,  
Que entre el ser y el no ser, suspensa vaga,  
Cual la viuda de Séneca, siniestra  
Visión de lo que fué, luz que se apaga...  
¿Quién, respirando en paz, logra que fluya  
Su vida en ondas claras y serenas?

¿Quién sabe si mañana será suya  
Su heredad ó la sangre de sus venas?  
¿Quién sabe si en el vaso donde moja  
Sus labios ó en el aire que respira,  
Está la baba, el hálito que arroja  
Ese verraco tañedor de lira?  
Porque las flores den más grato aroma,  
Abona de cadáveres la tierra.  
A su madre asesina, incendia á Roma;  
El vientre aplasta que su prole encierra.  
Harto de hollar bellezas femeninas,  
Su boda con Pitágoras consuma;  
Y le guardan las águilas latinas  
Que con el peso de su lecho abrumba.  
Como si el mundo, imbécil y pasivo,  
No supiera que el hilo de esa vida  
Pende no más del brazo vengativo  
Que á cortarlo de un golpe se decida;  
Cual si á las potestades del Infierno  
Y el Cielo, sorprendiendo aletargadas,  
Hubiese arrebatado el cetro eterno,  
Las armas y centellas afiladas;  
Un hombre solo á todo su linaje  
Viola, con sanguinaria calentura,  
Sin que el rayo de Júpiter le ataje,  
Sin que el mundo reprima su locura.  
Pero el rayo de Júpiter esconde  
El filtro que te doy. No me aventuro.  
¿Juras matar al César?—Y responde  
La liberta gentil:—Matarlo juro.—  
.....  
.....

Y la culta ciudad de los romanos  
Alumbra el sol, un día y otro día;  
Y allá, leyendo versos ovidianos,  
Sueña, en su nido, Lálage sombría.  
Garza que al buitre del Olimpo espera,  
Siente curiosidad, terror y anhelo  
De ser cogida por la garra fiera  
Y de probar el vértigo del cielo.  
Ante el espejo su plumaje alíña,  
Y se acicala y peina, cuidadosa.  
Quiere abatir al ave de rapiña,  
Pero desea parecerle hermosa.  
Y pensando en Nerón, Lálage duda  
Si la engañó su instinto, porque pasa  
Un día y otro día, sin que acuda  
El mensaje á la puerta de su casa.  
Pero una noche se detuvo, al cabo,  
Delante de su puerta, una litera;  
Y dijo, requiriéndola, un esclavo  
Con sigilosa voz: «Nerón te espera.»  
Y la respiración casi le falta  
Al oír el mensaje soberano;  
Y ella misma no sabe por qué salta  
Su corazón, que oprime con la mano.  
Y se deja llevar, como en esquife  
Que empujan blandamente las sirenas,  
Á estrellarse en incógnito arrecife  
Ó á playas luminosas y serenas.  
Cruza la calle tenebrosa, el puente  
Sobre el Tiber, el pórtico sonoro,  
Y ve la estatua de Nerón, enfrente  
De las columnas del *Palacio de oro*.

Mira enlodarse el zueco y el coturno,  
Surgir al aire libre, sin misterio,  
Las sombras del delirio taciturno  
De la enorme cabeza del Imperio.

Y en la litera conducida, llega  
Hasta el fondo de obscura mancebia,  
Donde la hez de Roma se congrega  
A celebrar la neroniana orgía.

Entre rámeras, mimicos é histriones,  
Hercúleo mocetón la lira suena;  
Y le corean hembras y varones,  
Imitando el zumbir de la colmena.

Belleza femenil, fuerza de toro,  
Solo él, á esas impúdicas mujeres  
Que derrocharon el vital tesoro,  
Puede resucitar á los placeres.

La cítara de pronto le da tedio;  
Se arremanga la túnica de esclavo,  
Y paseando la mirada, en medio  
De la canalla vil, con aire bravo,

—Ea, probemos: á bregar conmigo  
(le dice á un gladiador ó saltimbanco)

¿No vienes á luchar? Haz lo que digo,  
Ó esas orejas de lebrél te arranco.—

Y se abrazan los dos, y forcejean  
Cual troncos agitados por el viento,  
Y sus hinchadas venas azulean,  
Y al suelo van con ímpetu violento.  
Implorando perdón, cae de hinojos

El vencedor, y el otro, jadéante,  
Ruge, y oculta el fuego de sus ojos,  
Enjugando el sudor de su semblante.

Su frente no ciñó, cual otras veces,  
De fresco lauro ni de flores tiernas,  
Y su labio quizá manchan las heces  
Del ventruado tonel de las tabernas.

Pero esa misma boca tiraniza  
El orbe entero, de su voz pendiente,  
Y la estirpe cesárea, diviniza,  
Como fulgor olímpico, su frente.

Dice á la turba disoluta: —Idos,  
Y dejadme con Lálage. Ya es hora  
De que regale un poco mis oídos  
La música de amor, dulce y sonora. —

A media luz, del aposento dueño,  
Con Lálage se queda; y, silenciosas,  
Pasan, ante el triclinio, como un sueño,  
Ninfas sin velo, derramando rosas.

Es el emperador. Por él decae  
Entre la gente noble, la costumbre  
De morir cual la fruta que se cae  
Del árbol por su propia pesadumbre.

Amigo de cortar lozanas vidas,  
Esquilma el árbol de su propia raza,  
Que, al callado fluir de sus heridas,  
Eurojecer el Tiber amenaza.

Pero su misma auréola sangrienta  
Á Lálage fascina y enloquece;  
Y en brazos de Nerón, no se da cuenta  
De si quiere á Nerón ó le aborrece.

Frágil mujer, la pobre no sabía  
Que á la lógica humana no se ajusta  
La realidad del mundo en que vivía,  
Y la imprevista realidad la asusta.

Tiembla pasiva y arrullar se deja;  
Y en su aturdimiento y loco pensamiento,  
Ve la imagen de Mevio que se aleja,  
Como bruma barrida por el viento.

Llena su corazón de acre delicia,  
Sentir trocado en céfiro liviano  
El huracán augusto, la caricia  
De la garra de tigre del tirano.

Y en medio del turbión que la enajena,  
Si un instante su espíritu consulta,  
Siente un impulso que á Nerón condena  
Y otro, más poderoso, que le indulta.

¿Por qué? Ni ella lo sabe, ni á sí mismo  
Puede medirse el corazón humano,  
Que es en el hombre tenebroso abismo,  
Y en la mujer impenetrable arcano.

Vuelan las horas, el delirio crece.  
Si á recordar el juramento acierta,  
Como sobresaltada, se estremece  
La flaca voluntad de la liberta.

Pasa la fiebre de Nerón. Sucede  
Al hartazgo brutal, sueño profundo...  
Lálage, entonces, en su boca puede  
Verter el filtro que liberte al mundo.

Mas no será. Dominador del orbe,  
Su poder al espíritu se extiende.  
Mevio no existe ya: Nerón la absorbe;  
Lálage de sí misma le defiende.

«Porque las flores den más grato aroma,  
Abona de cadáveres la tierra.  
A su madre asesina, incendia á Roma,  
El vientre aplasta que su prole encierra.»

No importa. Ella le ama; sí, le ama  
Y le despierta y se lo dice todo,  
Abierto el corazón que se derrama,  
Desfallecido, trémulo, beodo.

—Yo te amaba, creyendo aborrecerte.  
Yo te adoro, señor, yo soy tu esclava.  
Tú eres el grande, el luminoso, el fuerte.  
En tí mi vida empieza, en tí se acaba.

Tú eres la nube que tronando vuela;  
Yo soy la gota que, al pasar, recoge.  
Tú eres el mar; yo soy la pedrezuela  
Que espera que la arrastre y que la moje.

La pedrezuela soy que el mar halaga  
Al llegar á la playa, bonancible.  
¿Qué me importa si el mar mundos se traga  
En sus horas de cólera terrible?

¿Qué me importa saber si alguna gota  
De sangre del bajel hecho pedazos,  
En esa espuma delirante flota,  
Que me hace enloquecer con sus abrazos?

Impura meretriz, era mi pecho  
Virgen, en la región más escondida.  
Exhausta me creía, cuando has hecho  
Brotar en él la fuente de la vida.

¡Y envenenarte quise! Yo que diera  
Mi vida por salvarte!... Aquí te entrego  
El filtro abrasador de la hechicera.

Quise abrasarte, y me devora el fuego!—  
Restrégase los ojos, indolente,  
Y se incorpora el hijo de Agripina;  
Y el pomo que le dan, maquinalmente,  
Con soñolientos ojos, examina.

Pero su cobardía le despierta.  
Salta cual buey del tábano picado.  
—¿Quién te lo dió?—le dice á la liberta,  
Mirándola, medroso y azorado.

—Habla, ¿quién te lo dió?... —Cual si esta  
Que repentina claridad destella, [frase,  
Á Lálage de un sueño despertase,  
Mevio, pujante, resucita en ella.  
¡Delatarlo! Jamás. Él la ha impelido  
Á esta pasión, desamorado y ciego;  
Pero en aquel instante, sumergido  
En un mar de piedad, se apaga el fuego.

El silencio de Lálage exaspera  
La pavura del César que imagina  
Que el abortado plan empresa era  
De algún partido que su trono mina.  
Y al cogerla Nerón, con fuerza ruda,  
Por la garganta, su dolor reprime,  
Pálida y aterrada, pero muda,  
Como la estatua del dolor, sublime.

—¿No me conoces, vibora traidora?  
Mirame. ¡Soy Nerón! Yo te prometo  
Que á conocerme vas. Esa es tu hora.  
¿Quién te ha dado ese filtro? Hablas... ó aprie-  
Una suprema fuerza la constriñe [to.—  
Á enmudecer aún, ante la ira  
Que con mano brutal su cuello ciñe  
Y con ojos famélicos la mira.

No habla. Nerón aprieta. El rostro yerto  
Tórnase azul, vidriosa la mirada,  
Y rueda por el suelo el tronco muerto  
De la infeliz mujer estrangulada.

## DON JUAN LUIS ESTELRICH

### EL ARCO DE SANTA MARÍA DE BURGOS

Á Anselmo Salvá.

#### I

Yo te saludo, oh pórtico  
De torres coronado,  
Á los severos númenes  
De Burgos consagrado,  
Y á las edades póstumas  
Favor y admiración!...  
Al gótico y al árabe  
El italo se enlaza  
En ti, como en los gérmenes  
De nuestra misma raza,  
Y así naciste al impetu  
De extraña inspiración.

#### II

Sin respetar las épocas  
Que audaz el arte humilla,

Tus Jueces integérrimos,  
Tus Condes de Castilla,  
Y tus guerreros ínclitos,  
Y el victorioso rey,  
En tí, en efigies, álzanse  
Graníticos y rudos;  
Y, sobre tantos próceres,  
Los cívicos escudos  
So el sitio en que dictábase  
La castellana ley.

III

Y vive el ángel místico  
Más alto que las leyes;  
La Virgen de las virgenes  
Sostiene al Rey de reyes  
Sobre las viejas gárgolas,  
Bañada por la luz;  
Y al rematar la cúspide,  
Ya sin terrenos lazos,  
Consoladora y rígida  
Extiende sus dos brazos  
La enseña del católico,  
La redentora cruz.

IV

¡Qué afectos á mi espíritu  
Infunde tu presencia?  
Qué concepción insólita  
Dictó á la inteligencia

La creadora línea  
Que se discierne aquí?  
De torres y de alcázares  
La fortaleza y brillo,  
La vaguedad simpática  
De gótico castillo,  
Y pompas de basilica  
Se han desplegado en tí!

V

Como patriarca bíblico  
Que mora con su gente,  
Piadoso abres tu pórtico  
Del caserío al frente,  
Posado en estas márgenes  
¡Guardián de la ciudad!  
Y el sol de luces pródigo,  
Que el tiempo no desmedra,  
Con su fulgor rosáceo  
Bañó tu faz de piedra,  
Y te infundió sus ósculos,  
Corona de la edad!

VI

Ayer pobló tus ámbitos  
El general Concejo,  
Á un tiempo blando y rígido,  
De la Justicia espejo,  
Logrando días prósperos  
Al pueblo burgalés:

Y hoy, bello tabernáculo,  
En tu interior se hacina  
El mármol del sarcófago,  
La venerada ruina,  
El bizantino triptico  
Y el destrozado arnés.

VII

Mas no el pasado exánime  
Y en mi recuerdo extinto;  
La esplendidez cesárea  
Del rey Carlos el quinto  
Que en indelebles rótulos  
Sus hechos escribió;  
La medioyal anécdota  
Que fácilmente crea  
Adormecida en éxtasis  
La voladora idea  
Sobre las grandes páginas  
Que el tiempo nos legó;

VIII

Lo que será á los pósteros  
Tu generoso empleo  
Con la verdad recóndita  
Que encierra tu museo  
Cuando se torne explicita  
Al estudioso afán...  
¡Oh, nada, nada á mi ánima  
Mayor potencia dióle

Para su vuelo estético,  
Como tu propia mole,  
Fortísima y aérea...  
¡Magnífico titán!

IX

¡Qué afectos á mi espíritu  
Infunde tu presencia?  
¡Qué concepción insólita  
Dictó á la inteligencia  
La creadora línea  
Que se discierne en ti?  
Por ella lo inorgánico  
Casi la vida alcanza  
Cuando el furor artístico  
Sobre la muerte lanza  
La imprecación de Lázaro:  
«Levántate de ahí».

X

Y sólo por la línea,  
Fuente generadora  
De la belleza plástica  
Que la materia honora,  
El arte fué prolífico  
Y el entusiasmo fué.  
Y en resplandores ópticos,  
Sin forma imitativa,  
Como me place, yérguese  
Con majestad altiva

Sobre estas piedras róseas,  
Llenas de amor y fe.

XI

Eternamente infúndeme  
¡Querido monumento!  
Las fruiciones íntimas  
De místico contento  
Con que asombrado el ánimo  
Responde á tu virtud:  
Virtud que las imágenes  
Del arte fertiliza,  
Y la materia inánime  
Asume y diviniza,  
Y lleva á nuestro espíritu  
Perpetua juventud!

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZALEZ

Del CANTO ÉPICO

LA BATALLA DE LEPANTO

Allí viene el salvaje beduino  
De atezado semblante y ojos fieros;  
El Scita ligero, el que al destino  
Debió cuna de Egipto en los linderos;  
El indomable y bárbaro argelino;  
Los de Túnez y Fez bravos guerreros;  
Con los hijos del Cáucaso, otomanos,  
Negros de Libia y blancos circasianos.  
Pueblos, colores, razas diferentes  
En desorden extraño confundidos;  
De nobles persas las altivas frentes  
Entre esclavos se ven envilecidos;  
Unos activos, otros indolentes  
Contra el cristiano van embayecidos  
Juzgando esclavos de su inmunda tropa  
Los bellos campos de la rica Europa.  
Avanzado al bauprés, la frente oscura  
Por fatídica ruga señalada;

Sobre estas piedras róseas,  
Llenas de amor y fe.

XI

Eternamente infúndeme  
¡Querido monumento!  
Las fruiciones íntimas  
De místico contento  
Con que asombrado el ánimo  
Responde á tu virtud:  
Virtud que las imágenes  
Del arte fertiliza,  
Y la materia inánime  
Asume y diviniza,  
Y lleva á nuestro espíritu  
Perpetua juventud!

DON MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZALEZ

Del CANTO ÉPICO

LA BATALLA DE LEPANTO

Allí viene el salvaje beduino  
De atezado semblante y ojos fieros;  
El Scita ligero, el que al destino  
Debió cuna de Egipto en los linderos;  
El indomable y bárbaro argelino;  
Los de Túnez y Fez bravos guerreros;  
Con los hijos del Cáucaso, otomanos,  
Negros de Libia y blancos circasianos.  
Pueblos, colores, razas diferentes  
En desorden extraño confundidos;  
De nobles persas las altivas frentes  
Entre esclavos se ven envilecidos;  
Unos activos, otros indolentes  
Contra el cristiano van embrayecidos  
Juzgando esclavos de su inmunda tropa  
Los bellos campos de la rica Europa.  
Avanzado al bauprés, la frente oscura  
Por fatídica ruga señalada;

La agudísima blanca dentadura  
Tras los convulsos labios apretada;  
Torva en sus ojos la mirada dura  
De la Liga posándose en la armada,  
Junto al Sanjac, que en su galera ondea,  
El iracundo Ali, jura y bravea.

Cual tigre que en las fauces sed cruenta  
Siente, y rugiendo hacia la presa avanza,

Así las naves del cristiano cuenta,  
Cual presa ya de su feroz venganza,  
El rudo Ali-Bajá que ronco alienta  
De sus cansados remos la pujanza,  
Y ya impaciente en su furor sanguino  
Empuña el ancho acero damasquino.

«¡Bogad! ¡bogad! el bárbaro les grita:  
¡Salvad el ancho mar que nos separa,  
Y al nazareno audaz que nos incita,  
Arranquemos la Cruz con que se ampara!  
¡Dios sólo es vencedor, y su bendita  
Palabra ha de llevar hasta do para  
El sol, hundiendo la cansada frente  
En las últimas aguas de Occidente!

»Dios sólo es vencedor ¡bogad! ¡tronemos  
Contra el cristiano infiel, y su bravura  
Entre la sangre y el fragor probemos  
De la batalla inexorable y dura!  
Que aun alienta en nosotros demostramos  
De Agar y de Ismael la sangre pura;  
Y si en el mar los destrozáis, en guerra  
Nuestros corceles hollarán su tierra.

Allí os esperan lánguidas esclavas,  
Un cielo siempre azul y un sol de oro;

Si amantes sois, encontraréis mil Kabas,  
Si avaros, de riquezas un tesoro;  
De Granada las rojas alcazabas  
La vuelta esperan del vencido moro,  
Y aun lloran de sus dueños la mancilla  
Córdoba hermosa y la gentil Sevilla.

»¡Dios sólo es vencedor! ¡Bogad y á ellos!  
¡Tras esa escuadra se levanta Europa!  
¡Sus ricos pueblos y sus campos bellos  
Vuestros serán, y la vencida tropa,  
Antes que el sol oculte sus destellos,  
Juro que ha de mirar sobre mi popa  
De ese don Juan, marchita la belleza,  
En una pica la imperial cabeza!»

Calló del fiero Ali la voz rugiente;  
Del azote cruel la espalda herida,  
Forzó el remo el cautivo diligente,  
Y en media luna sobre el mar tendida  
La escuadra infiel adelantó potente,  
Hasta llegar á la ocasión temida,  
En que las dos escuadras se allegaron  
Y en espantable muestra se mezclaron.

Dame, Señor, la voz del ronco trueno,  
Del huracán el silbo embravecido,  
El tonante fragor con que del seno  
Lanza el volcán su cráter encendido,  
El torbellino espeso que el sereno  
Azul del cielo empaña, y el temido  
Sacudimiento que espantable aterra  
Al conmoverse la tremante tierra.

Que tal tronó la ronca artillería  
Los silbadores hierros vomitando,

Con furia sin igual y fuerza impia  
A cristianos y á turcos destrozando;  
Y tal al cielo se elevó sombría  
En los aires sus nieblas condensando,  
Blanca columna de humo turbulento,  
Y tal tembló la mar y vibró el viento.

Y no hay pluma que baste ni pinceles  
A decir ó pintar el trance horrendo:  
El humo espeso oculta los bajeles:  
Cubre la voz del hombre el ronco estruendo  
De la voz del cañón; de los infieles  
No se sabe el lugar, ni do muriendo  
Mira entre sangre mísero cristiano  
Vengar su muerte á valeroso hermano.

No hay ceder, no hay parar: zumba y rebrama  
La dura lid; el hierro centellea,  
Fiero el clarín á la contienda llama,  
Cuerpos y jarcias la corriente ondea,  
Rojo resplandor el aire inflama,  
El hierro sobre el hierro martillea,  
Y no se sabe, echada ya la suerte,  
De quién es el triunfar, de quién la muerte.

Embístense con furia las galeras,  
Crúzase el hierro, avivase el coraje,  
Vuelan tocas, turbantes y cimeras  
Al pujante embestir del abordaje:  
Destrozos y matanzas lastimeras  
En sus espumas cubre el oleaje,  
Y ni el cristiano cede en su pujanza  
Ni de sus naves el infiel avanza.

No hay un punto en la lid del que á raudales  
Sangre no corra, el ponto enrojeciendo,

Ni ya cubrir los gritos funerales  
Del cañón matador puede el estruendo;  
Nadie piedad demanda, ni señales  
De flaqueza se dan, aunque muriendo;  
Ni bajo el sol alumbran las espadas  
Hasta el terrible pomo ensangrentadas.

Cual vemos retronando la tormenta  
Lanzar ante su tromba el torbellino,  
Y la fulgúrea luz que el rayo alienta  
Teñir la sombra en resplandor sanguino,  
Así la tromba de la lid cruenta,  
Zumbando y retronando de continuo,  
Rebrama, vibra, se dilata, crece,  
Y hasta á los cielos amagar parece.

Oyóla el huracán en las honduras  
Donde le guarda Dios encadenado,  
Y rompiendo sus fuertes ligaduras,  
Lanzóse sobre el mar desenfrenado;  
Alzáronse las líquidas llanuras  
En montes á su impulso, y dilatado  
El humo, en anchas ráfagas tendióse,  
Y el trabado combate ver dejóse.

Del turco en la indomable capitana  
El almirante Alí, de ira inflamado,  
En ala corre de su furia insana,  
El Sanjac á los vientos desplegado,  
Donde la cruz se eleva soberana,  
Mostrando al Dios del Gólgota enclavado,  
Y donde ansiando ensangrentar su acero,  
El valiente don Juan se alza el primero.

Naves rompiendo, fuego y oleaje  
Al par las capitanas se enfilaron,

E impulsadas de lúgubre coraje  
Potentes á encontrarse se lanzaron.  
Al tremendo chocar de su abordaje  
Los ligados maderas rechinaron,  
Y de Cristo los bravos caballeros  
Con los turcos cruzaron sus aceros.  
Giran alrededor de las asidas  
Capitanas, galeras en su ayuda,  
Las de Roma y Venecia, y las temidas  
Del Dey de Argel, que con pujanza ruda,  
Por las de Malta y Génova embestidas,  
La lid sostienen resonante y cruda,  
Dando en continuo són y movimiento  
Cadáveres al mar, gritos al viento.

Tremendo fué el chocar, la lucha dura:  
Por cada paso que el cristiano avanza,  
El turco alfanje á la región obscura  
Por centenares castellanos lanza.  
Ardiendo el arcabuz, muerte fulgura,  
Rechina el hierro, y con feroz pujanza,  
Luchando cual pantera enfurecida,  
Ali-Bajá rechaza la embestida.

Como el fiero león cede cansado  
Y paso á paso la terrible huella  
Retira, por los tigres acosado,  
Y el ojo matador rojo centella,  
Y, do alcanza su garra, denodado  
Avanza, hiende, rompe y atropella,  
En torno suyo rugidor dejando  
Despedazados restos palpitando;  
Así, de su galera sobre el puente,  
Revolviéndose Ali, ruge y batalla;

Donde su brazo alcanza, allí se siente  
Hierros cortando á la acerada malla,  
Su duro yatagán, que reluciente,  
En alto siempre, matador se halla,  
Por el cóncavo pomo destilando  
Caliente sangre de cristiano bando.

Y allí el bravo don Juan fiero sustenta,  
La prez de su blasón en lid activa;  
Su poderosa espada se ensangrienta  
Hiriendo sin cesar; la muerte, esquiva,  
Le respeta do quier; la huella asienta  
Sobre turcos cadáveres, y altiva  
De su esplendente fama con la gloria  
Ante él bate su alas la victoria.

Siguenle, las banderas desplegadas  
Y en pos de sus valientes capitanes,  
Honor de los Cardonas y Moncadas,  
Los invencibles tercios catalanes;  
Allí hicieron sus famas renombradas  
Figueras, Padillas y Bazanes,  
Y con claro valor en trances fieros  
Cien linajes de nobles caballeros.

Y allí también su fortaleza ostenta  
Un soldado español: su noble mano  
El pesado arcabuz fiero sustenta,  
Muerte lanzando al bárbaro otomano.  
En su ancha frente el porvenir asienta  
De la gloria un destello soberano,  
Orlando con reflejos relumbrantes  
El pensamiento audaz del gran Cervantes.

Genio que guardas de la patria mía  
El noble orgullo; de tu fuego santo

Claro un destello á mi rudeza envía  
Que en luz inunde mi afanoso canto.  
Musa de las batallas, que sombría  
Presides la matanza y el espanto:  
Cesa, cesa en tu horror, que cantar quiero  
Himno de gloria al vate y al guerrero.

¡Mas, insensato afán! ¿Dónde las alas  
Bastantes á llegar hasta su altura?  
¿Quién, al mundo y á Dios, robando galias,  
Pintará de su genio la hermosura?  
¿Cómo desde la tierra hasta las salas  
Eternas ascender, donde fulgura  
De torrentes de gloria circundado  
De Cervantes el nombre venerado?

Si hay una pluma que á su fama baste,  
Otra pluma será, que no la mía,  
Que existe entre él y yo para contraste,  
Y es poco á fe, la eternidad vacía.  
Bronces y rocas el cincel desgaste  
Para esculpir sus tímbrs á porfia;  
Que ante Cervantes sólo reverente  
Sé admirar y callar y hundir la frente.

Miróle el mundo con valor rompiendo  
El cerrado tropel de los infieles,  
Á la par de don Juan, bravo cogiendo,  
Sobre el sangriento mar, rojos laureles;  
Como soldado su renombre haciendo  
Digno del porvenir, que en ecos fieles,  
Si de las musas le llamó el encanto,  
Llamóle al par el Manco de Lepanto.

Sigue en tanto el furor: el mar, cubierto  
De cadáveres ya, ruge sañudo:

Lidiase por doquiera al descubierto,  
Desclavado el arnés, roto el escudo;  
Flotan bajeles el combés desierto,  
Rasgado el pabellón, el bronce mudo,  
Mientras en otros se alza brillante  
Del incendio la llama aterradora.

Al fin ante el cristiano en lucha fiera  
Rueda entre sangre Ali; se alza espantable  
Su cabeza á una pica, y su bandera  
Ante la cruz se humilla, venerable;  
Al ver la capitana prisionera,  
El Dey de Argel escapa miserable,  
Y se rinden, vencidos, los infieles  
Sobre un lecho de rojos alquiceles.

Y allí quedó la flor de la nobleza  
De las fuertes naciones coligadas,  
Y del turco la indómita fiera,  
Del mar entre las ondas sepultadas.  
Pretender escribir cada proeza  
Voz y ocasión requiere dilatadas,  
Que tales, tantos y tan grandes fueron,  
Que en su misma grandeza se perdieron.

Gloria á los invencibles campeones  
Que de la Cruz, bajo el divino amparo,  
En sangre infiel tiñeron sus pendones  
Y en Lepanto adquirieron nombre claro;  
Salud á las fortísimas legiones  
Que á sus lares sirviendo de reparo  
Vengaron en las ordas turbulentas  
De la ofendida Europa las afrentas.

Allá van, allá van, rotas las velas  
Del fuego del combate ennegrecidas,

Cual rebaño de tímidas gacelas  
Por hambriento león acometidas;  
Allá van, cual caballo á quien espuelas  
Da cobarde jinete y sueltas bridas,  
Vueltas las proras al lejano Oriente  
Sobre las ondas de la mar rugiente.

Al fin, en la pacífica ribera,  
La breve planta bañará en las olas  
La virgen de flotante cabellera,  
Sin temer las corsarias banderolas;  
Ni ya en viles harenas, lastimera,  
Su pudor y su fe llorando á solas,  
La esposa del Señor verá sonrojos  
De impuros musulmanes en los ojos.

¡Triunfó la Cruz! ¡Su símbolo sagrado  
Fué señal de terror al trace fiero!  
¡Cantemos al Señor, que dió al soldado  
Claro valor y al noble caballero;  
Al Dios de las batallas, que humillado,  
Tendió al infiel ante el cristiano acero,  
Y dió en el mar sangrienta sepultura  
Á los despojos de la gente impura!

## DON FRANCISCO SANCHEZ DE CASTRO

### DEL «CÁNTICO AL HOMBRE»

¡Oh! sí; tu noble frente con majestad levanta,  
Mortal engrandecido, del cielo á la región;  
Tú imperas en el orbe que huellas con tu planta,  
Y no eres de su polvo raquitico montón.  
Tú llevas en tu mente un mundo de esplendores,  
Y un sol vivificante de hermoso fulgurar,  
Que irradia por tus labios sonidos vibradores  
Vertiendo en la palabra la luz de tu pensar.  
Y si arrebatara el aire las notas fugitivas  
Y de tu voz los sonos fugaces ves morir,  
Cual ecos perennales, las letras siempre vivas  
Al mundo y á los tiempos los saben repetir.  
Y el hierro, ante esa lumbre de inmenso poderío,  
Arrímase y refleja su fúlgido raudal  
En perdurables signos, y fiel como el rocío  
Que copia los fulgores del sol matutinal.  
Y cruza las fronteras y por doquiera cunde,  
Hasta el confín remoto, el eco de esa voz,  
En alas de la imprenta, que al mundo la difunde,  
Como la luz potente, como la luz veloz.

Levanta, sí, levanta la frente ¡oh triste humano!  
Y humíllense los seres, ante tu noble ser,  
Que aún tiene en su flaqueza señal de soberano  
Y muestra el ancho mundo su gloria y su poder.

Él deja de su paso por la revuelta historia  
Gigantes monumentos de augusta majestad,  
Que cuenten sus hazañas y digan su memoria  
A las futuras gentes y á la remota edad.

Y en tanto de las selvas penetra en el misterio  
Y á su presencia huyen la hiena y el león;  
Recibe la materia las leyes de su imperio,  
Y ríndele en mil formas humilde sumisión.

Él baja de la tierra al seno tenebroso  
A sorprender osado del oro el manantial,  
Y se hundé en los abismos del mar tempestuoso,  
Cantando su victoria la perla y el coral.

El fuego que en los aires su faz esconde ardiente,  
Él toma entre sus manos, y mándale lucir;  
Y al fuego de sus hornos, en vidrio transparente  
La roca que le entrega le manda convertir.

La tarda oruga tiende sobre el moral suave  
Para que blando lecho se forme en su calor,  
Y del capullo tosco, sacar su mano sabe  
Los pérsicos tapices, los chales de Lahor.

Al elefante altivo con su valor enfrena,  
Y lucen las hermosas joyeles de marfil;  
Apresa allá en el polo la colosal ballena,  
Y el delicado talle se ostenta aún más gentil.

Y abate las panteras y tigres que crueles  
Dominan el desierto; y con amante fé,  
Como trofeos rinde sus arrogantes pieles,  
Que oprime la doncella con su medroso pie.

Para que el grano arroje, va abriéndole caminos  
Sobre la dura tierra el toro mugidor,  
Y como á dulce dueño, con sus amantes trinos,  
Le alegra en sus pesares cautivo el ruiseñor.

Y si su patria invade osado el extranjero,  
Del rudo hierro, forja con bélica ansiedad,  
La damasquina cota y el toledano acero,  
Para guardar altivo su santa libertad:

Y al verle, tiende ufano las crines rozagantes  
Y piafa inquieto y bufa el rápido corcel,  
Y con relincho agudo y pies centelleantes,  
Se arroja á la batalla para morir con él....

Mortal, si, grande eres, hasta la luz sumisa,  
La fugitiva imagen te grava perennal,  
Y subes á los aires, y tu ambición divisa  
Que alcanzarás el vuelo del águila caudal.

Y en vano es que ante el hombre opongan sus ba-  
Los montes y desiertos y el mar aterrador; [rreras  
Su reino no conoce linderos ni fronteras,  
Y todo el orbe siente su brazo domador.

Humilla al golpe rudo de la segur violenta  
El corpulento roble y el cedro secular,  
Y en gigantesca nave que afronta la tormenta,  
Como señor recorre la inmensidad del mar.

Y si la senda el piélago le niega amenazante,  
Y si á la estrella roban las nubes su fulgor,  
En dónde está le dice, la aguja palpitante,  
Cual corazón que late tendiendo hacia su amor.

Y él, que sabe la fuerza del anhelar ferviente  
Con que ansían las almas de su prisión volar,  
Encierra el agua pura en férreo monstruo ingente,  
Donde en vapor el fuego la viene á transformar;

Y simbolo de un alma, en su implacable anhelo,  
Al tiempo y los espacios arrolla su poder,  
Y en su violento arranque para volar al cielo  
Arrastra cuanto intenta su vuelo detener.

Y envuelve en blanca nube la fiera que rugiente  
Se lanza, cual soñada quimérica visión,  
Por llano y valle y río, vertiendo fuego ardiente,  
Atrás en su carrera dejando al aquilón:

Y aunque su paso cierre el muro de montañas,  
Tampoco, en su delirio, sabrá pararse allí;  
Que abrió ante tal grandeza el monte sus entrañas,  
Á que se arroja ciega con loco frenesi;

Y se hunde en sus abismos por la caverna oscura,  
Que rápida recorre con hórrido fragor,  
Y sale arrebatada rugiendo á la llanura,  
Lanzando á los espacios su grito vencedor...

Señor, ¡bendito seas! Tu sopro soberano  
Sobre la sombra pasa y el ser hace surgir;  
Y rey sobre tus obras pusiste al sér humano,  
Por quien la tierra sabe tu nombre bendecir...

Vedle: sobre su reino él va con tarda huella  
Como arrastrando el peso de esclavitud cruel,  
Mas forja entre sus manos la rápida centella  
Que á sus dominios manda como su esclavo fiel:

Y trázala caminos bajo del mar hirviente  
Y en la región del aire, y suéltala; y veloz  
Da ella sus mandatos á la remota gente,  
Y aun palpitantes lleva los sonos de su voz...

Mirad, sí, su grandeza: las nubes se levantan  
Y al claro cielo roban su placentera luz,  
Y en formidables grupos que raudos se agigantan  
Con fúnebres presagios el corazón espantan,

Y el horizonte cubren de cárdeno capuz:

Abortan la tormenta sus antros inclementes;  
En cada nube estalla devastador volcán;  
Granizo y agua arrojan en irritadas fuentes;  
Desbórdanse los ríos, revientan los torrentes,  
Y arrasa la espesura bramando el huracán.

Del monte seestremecen los hondos fundamentos;  
Los truenos cavernosos retumban con fragor,  
Y al són que embravecidos le dan los elementos,  
En pos de los relámpagos, en alas de los vientos,  
Señor de la tormenta, va el rayo aterrador.

Del hombre ardiente pábulo hará su ciega ira:  
La dura roca humea, la torre empieza á arder;  
Se trueca la alta cumbre en inflamada pira;  
El alma con terrores clamando al cielo mira,  
Y va en espantos fieros el mundo á perecer.

Mas mientras mande el iris de Dios la fe jurada,  
Aún puede su grandeza el hombre recordar;  
Que si su fuerza es débil, sabrá con mano osada  
El signo de su imperio clavar en su morada,  
Y en viéndole va el rayo sus plantas á besar.

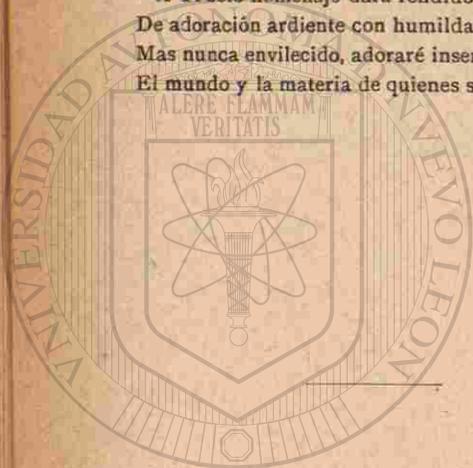
Señor, ¡bendito seas! No es sueño mi locura  
Si pienso, arrebatado, en semejarme á Ti:  
Que no borre con cieno, Señor, la imagen pura  
Que entre grandezas tantas con tanta luz fulgura  
Por tu infinita diestra grabada sobre mí...

Tú solo eterno y grande; creador tú solo eres;  
El universo canta tu gloria y tu poder,  
Tu espíritu se aleja, y volverán los seres  
Al polvo de su nada; mas si enviarle quieres  
De nuevo, á nueva vida veránse renacer.

Sonries á la tierra, y cúbrese de flores;

Sus bravas cumbres tocas, y en fuego van á hervir;  
La miras enojado y rásganla temblores,  
Y cuando ver no quieres sus crímenes y horrores,  
Los velos de un diluvio la bajan á cubrir.

Á Ti solo homenaje dará rendido y grato  
De adoración ardiente con humildad mi amor  
Mas nunca envilecido, adoraré insensato  
El mundo y la materia de quienes soy señor.



DON JUAN ANTONIO CAVESTANY

EL PLACER Y EL DOLOR

I

¿Tuvo, tal vez, la escena algún testigo?  
No lo sé ni consigo  
Dar del misterio con la oculta clave.  
Sé que los dos un día de repente  
Se hallaron frente á frente:  
Cuando y en donde fué, nadie lo sabe.  
Triste el anciano, sin vigor ni brío;  
Cejijunto y sombrío:  
Agil el joven, animoso y fuerte.  
Así traza de entrambos la pintura  
Quien más tarde asegura  
Que el mozo dijo al viejo de esta suerte:

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Te atreves á cruzarte ante mi paso?  
¿Puedes pensar, acaso,

Que has de hacerme temblar por iracundo?  
Soy el placer. La tierra es mi conquista.

Mientras el hombre exista  
Seré el señor y el árbitro del mundo.  
Mi ley tan solo sobre el orbe impera.

Si el placer no existiera  
Saltara el corazón, roto en pedazos.  
Sin mí ni aun la existencia se concibe:

Por mí vive quien vive,  
Que la vida se forma entre mis brazos.

Yo soy para los labios carcajada;  
Para el campo alborada;

Satisfacción para el ardiente anhelo;  
Abundancia en la tierra y lozanía;

En el alma alegría;  
En el mundo calor; luz en el cielo.

Por mí logra la madre la fortuna  
De mecer en la cuna

Al tierno infante que á vivir la liga:  
Yo doy, cuando á la tierra me aproximo,  
Á la vid el racimo

Y á la dorada mies la rubia espiga.  
¿Persigue la ambición triunfos y gloria?

¿El soldado victoria?  
¿Yo colmo sus afanes con exceso?

¿Delicias los rendidos amadores  
Buscan en los amores?

Pues yo en sus labios me transformo en beso.  
Mi voz del hombre la carrera guía.

De la báquica orgía  
Vibro en los cantos y en las copas moro:  
Soy sombra en los ardores del desierto;

Para el náufrago puerto;  
Para el avaro el relucir del oro.  
Yo pueblo con imágenes de rosa  
De la virgen hermosa

Los sueños en las noches de verano,  
Y cobija á la vez mi ala de armiño

La esperanza del niño  
Y los dulces recuerdos del anciano.

Es mi heraldo la risa delirante;  
Mi séquito brillante

Cuanto de hermoso el universo encierra;  
Besos, triunfos, honores, poderío...

El mundo es siervo mío:  
¡El placer es el dueño de la tierra!

III

El mozo enmudeció. Vivo reflejo  
en los ojos del viejo

Brilló, como centella, de repente;  
Pensativo quedóse breve rato

Y al fin dijo: ¡Insensato!  
Rey del mundo soy yo ¡yo solamente!  
El dolor, el destino señalado

Á cuanto fué creado;  
La esencia de la vida, el sufrimiento;

De esa vida que mueve mi palanca,  
Pues del dolor arranca

Y es el sollozo su primer aliento.  
¿Pone el placer, con carcajada loca,  
Más risas en la boca

Que lágrimas yo vierto sobre el mundo?  
¡Si con llanto formado se le hubiera,  
el mar, sin duda, fuera  
Más salobre á la vez y más profundo!  
¿Ve la madre en el hijo su fortuna?

Pues yo trueco la cuna  
En fúnebre ataúd y en mal eterno.  
¿Abril derrama sobre el prado flores?  
Pues cubro sus verdores  
Con el blanco sudario del invierno.  
Soy el vencido á quien el fuerte oprime;  
La miseria que gime;  
La corrupción que las conciencias vicia:  
Soy el mal triunfador y el bien cautivo;  
El odio siempre vivo;  
La ingratitud, la infamia, la injusticia.  
¿Brinda el amor ardientes embelesos?  
Yo oculto tras sus besos  
La vil traición que envenenando pasa.  
¿Ofrece sazonados en estío  
Sus frutos el plantío?

Yo formo un nubarrón que los arrasa.  
Yo de la envidia la tristeza enciendo:  
Mi séquito tremendo  
Son la impotencia, el desengaño, el dolor...  
Nadie evitó pagarme su tributo:  
Tiránico, absoluto,  
Se extiende mi poder de polo á polo.  
Escucha bien. La universal tortura  
Sollozo de amargura  
Llorosa al cielo sin cesar levanta.  
Con él la humanidad, de zona en zona,

Que es mi sierva pregonera:  
¡Es el himno al dolor que el hombre canta!

IV

Calló el dolor frunciendo el entrecejo,  
Y cuando el mozo al viejo  
Mudo y provocador miraba fijo,  
Con un nimbo de luz como corona  
Una angusta matrona  
Entre los dos cruzándose les dijo:  
—Os movéis en verdad inútil guerra.  
El cetro de la tierra  
Ninguno de los dos lograr intento.  
Dad término al combate furibundo.  
No reinan sobre el mundo  
Ni el placer ni el dolor únicamente.  
Entretejiendo triunfos y dolores,  
Como espinas y flores,  
Hace en el mundo el hombre su carrera.  
Y el pesar embellece á la alegría.  
¿Fuera tan bello el día  
Si sus pasos la noche no siguiera?  
¿Por qué causa la risa gozo tanto?  
Por venir tras el llanto.  
Por el humilde es grande el poderoso.  
Si el llano no existiese ¿habría otero?  
¿Sin las nieves de Enero  
Fuera Mayo tan dulce y tan hermoso?  
Hoy tormento y dolor: placer mañana:  
Tal es la suerte humana:

El vencido de ayer, al fin triunfante...  
Nobleza y falsedad; calor y frío;  
La luz y lo sombrío

Todo mezclado en confusión constante.  
Pensáis del mundo ser dominadores

Y sois mis servidores;  
Esclavos que vivís en mi obediencia.  
Por que á los dos os mando y os obligo,

Vencedora consigo  
El eterno contraste, que es mi esencia.

Yo necesito del placer fecundo  
Por que es germen del mundo;

Del dolor, por la muerte, mi aliada,  
Y así, creando al par que destruyendo,

Voy con los dos haciendo  
Á través de los siglos mi jornada.  
El placer y el dolor, contra ella unidos,

Miraron sorprendidos  
Á la angusta matrona aparecida.

— ¡Ser, insensata, nuestra reina quieres?  
le dijeron— ¡Quién eres?

— Y la matrona respondió: ¡La vida!

### EL NACIMIENTO

De un monte hecho de corcho, bajando la pen-  
Que fingen unas tablas en curva desigual, (diente  
Y á cuyos pies, de estaño despéñase un torrente  
Que muere en un arroyo formado de cristal,

Los Reyes Magos siguen, envueltos en su manto,  
El curso que les marca la estrella de latón,

Y paran los corceles al ver el portal santo  
Oculto en una gruta de barro y de cartón.

Un grupo de pastores, que afrenta á la escultura,  
Bailando se acompaña de gaita y tamboril,  
Y olvida las ovejas que pacen en la altura,  
Ó bajan ellas solas en busca del redil.

Allí nacen hermanos el pino y la palmera,  
Junto á un árbol sin hojas se ven lirio y clavel,  
Y á un mismo tiempo fingen invierno y primavera  
La nieve en las cabañas, la flor en el verjel.

De pavos la manada, entre el follaje umbroso,  
En formación correcta hacia el arroyo va,  
Y un gallo en un tejado levántase orgulloso  
Más grande que la casa sobre la cual está.

El viejo asa castañas en la pintada hoguera,  
La vieja con su rueca trabaja junto á él,  
Y al borde del arroyo, la tosca lavandera  
El trapo ya lavado suspende de un cordel.

Un monte coronando, de Herodes la morada  
Se eleva pintoresca, como es la tradición,  
Con sus persianas verdes, su rústica fachada,  
Encima un pararrayos y el dueño en el balcón.

Allí nada respeta la loca fantasía;  
Mil épocas se juntan en rara variedad.

¡Bendito anacronismo, más lleno de poesía  
Que el cuadro que se ajusta servil á la verdad!

Gozaad, hijos del alma, precioso es el momento.  
¡Feliz quien con tan poco consigue tanto bien!  
También los hombres ponen su alegre nacimiento,  
Y en él, como en el vuestro, su dicha va también.

Los reyes, que sus dones á perseguir nos lanzan,  
Los triunfos representan que busca la ambición;

Si muchos los persiguen, muy pocos los alcanzan  
Y á algunos el lograrlos les hiela el corazón.

Esa gentil zagala que en los peñascos mora,  
Al hombre como al niño produce igual placer:  
En tanto que es de barro, se llama la pastora;  
Después que alienta y vive, se llama la mujer.

Y ese portal que habita la Majestad Suprema,  
Ni cambia ni se olvida sin dar en el error,  
Porque es el misterioso consolador emblema  
De un Dios que el mundo entero redime con su amor.

¡Que siempre la fortuna que os brinda sus halagos  
Oculte á vuestros ojos la tentación y el mal;

Que siempre vuestra estrella, como á los Reyes  
[Magos,

Os muestre llana y fácil la senda del Portal!

DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

—  
Á ZOILO

Ya que una hacer no sabes redondilla  
(Transposición se llama esta farfulla),  
De los censores métete en la bulla;  
Ladra y muerde por diez: ¡ancha es Castilla!

Hurta á los albañiles la esportilla  
Y ripios caza y críticas aulla;

Á Homero tunde; á Pindaro apabulla.

¡Si eso es más fácil que comer papilla!

Y aunque digas *descolla* por *descuella*

Y *asole* por *asuele*, que en tu cholla

Gramáticas jamás hicieron mella,

Te harás temer, conquistarás bambolla

Y, de camino, la oriental paella,

El pote celta ó la andaluza olla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
Á VELARDE

Manda á coger coquinas á las musas,  
Velarde amigo, y á Esculapio torna;

Si muchos los persiguen, muy pocos los alcanzan  
Y á algunos el lograrlos les hiela el corazón.

Esa gentil zagala que en los peñascos mora,  
Al hombre como al niño produce igual placer:  
En tanto que es de barro, se llama la pastora;  
Después que alienta y vive, se llama la mujer.

Y ese portal que habita la Majestad Suprema,  
Ni cambia ni se olvida sin dar en el error,  
Porque es el misterioso consolador emblema  
De un Dios que el mundo entero redime con su amor.

¡Que siempre la fortuna que os brinda sus halagos  
Oculte á vuestros ojos la tentación y el mal;

Que siempre vuestra estrella, como á los Reyes  
[Magos,

Os muestre llana y fácil la senda del Portal!

DON FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

—  
Á ZOILO

Ya que una hacer no sabes redondilla  
(Transposición se llama esta farfulla),  
De los censores métete en la bulla;  
Ladra y muerde por diez: ¡ancha es Castilla!

Hurta á los albañiles la esportilla  
Y ripios caza y críticas aulla;

Á Homero tunde; á Pindaro apabulla.

¡Si eso es más fácil que comer papilla!

Y aunque digas *descolla* por *descuella*

Y *asole* por *asuele*, que en tu cholla

Gramáticas jamás hicieron mella,

Te harás temer, conquistarás bambolla

Y, de camino, la oriental paella,

El pote celta ó la andaluza olla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
Á VELARDE

Manda á coger coquinas á las musas,  
Velarde amigo, y á Esculapio torna;

Que ni aquí ni en el ripio de Liorna  
Son más que unas histéricas ilusas.  
Rompe cítaras, plectros, cornamusas:  
Gloria sin pan te aflata, aunque te adorna.  
Toma el pulso, sé médico y, con sorna,  
Di que á la fama póstuma rehusas.

Sé rico y obtendrás mil parabienes  
Que sólo otorga el mundo á bolsas llenas.  
Tienes inspiración, pero ¿qué tienes!...

Numerosa familia, diez mil penas,  
Alma noble, dos ternos, pocos bienes,  
Muchos *Mecomes* y ningún *Mecenas*.

#### REMEMBRANZA

Entonces, cuando era mía,  
Las flores ¡cuán gratamente  
Perfumaban el ambiente  
Allí donde andar solía!  
¡Con qué plácida armonía  
Cantaba la alada gente!

¡Cómo la luna esplendente  
Al ver su faz sonreía!  
Muertos aquellos amores  
Tan dichosos, tan suaves,  
Fenecida mi fortuna,

Ni aromas tienen las flores,  
Ni dulces trinos las aves,  
Ni claro esplendor la luna.

#### DULCE TIRANO

Malo tan de remate es el chiquillo,  
Que al lado Atila pareciera un santo;  
Llora y manda; un sultán no puede tanto.  
¡Cómo se impone el dictador Pepillo!

Sobre la alfombra siéntase el muy pillo  
Y libros que del padre son encanto  
Abiertos ruedan... ¡Todo antes que el llanto  
De sus negros ojazos nuble el brillo!

Roto el caballo de cartón, cabalga  
En el *Digestum Vetus*... Cosas feas  
Va á sufrir Justiniano; ¡Dios le valga!

¡Quién duda, al ver del chico las peleas,  
Que *Don Quijote* malferido salga...?  
¡Bálsamo en él, y tú, bendito seas!

#### LA RASTRA

Juan sin carácter, Juana sin conciencia,  
Ambos pobres y enfermo el triste anciano,  
Á cuestras Juan, un día de verano,  
De un hospital llevóle á la clemencia.

En el camino, falto de paciencia,  
Soltó la carga y murmuró inhumano:  
—«Y ¡cómo pesa este costal de grano!»  
Y gritó el viejo:—«¡Oh santa Providencia!  
»¡Eso, eso mismo aquí tu padre dijo  
»Llevando al suyo al hospital!... ¡Severo,  
»Justo Dios, no por mí, por Juan me afijio!»

—«¡Padre—exclamó llorando el jornalero:—  
»Vuelve, vuelve á la casa de tu hijo,  
»Que esta rastra maldita cortar quiero!»

¡AY DE MÍ!

¡Ay de mí, que me abrasa y me sofoca  
Perpetua sed y en heredad vecina  
Miro brotar el agua cristalina  
Que nunca, nunca, gustará mi boca!  
¡Ay de mí, que padezco un ansia loca  
Que á escalar mundos célicos me inclina  
Y, encadenado á roca diamantina,  
Lucho despedazándome en la roca!  
¡Ay de mí, que en la lóbrega negrura,  
Sima insondable del destino fiero,  
Ni una esperanza efimera fulgura!  
¡Ay de mí, que mi amor en un lucero  
Puse y él brilla espléndido en la altura  
Y no sabe que vivo ni que muero!

Á MANUEL REINA

Á conocerte vengo, que admirarte  
Cosa es añeja en mí: tus versos de oro  
Y el de tu inspiración rico tesoro  
Á tenerme cautivo fueron parte.  
Vengo á más: porque ansio preguntarte  
Dó está la fuente de raudal sonoro  
Con cuya linfa el apolíneo coro,

En señal de su amor, suele brindarte.

Pues tu bondad á tu saber ignala,  
Dime dónde hallar puede tu poesía  
Los aromas suavísimos que exhala.

Dime, en fin, por qué oculta hechiceria  
Fulgura en tus estrofas, por más gala,  
El espléndido sol de Andalucía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
JUAN SEGADOR

I

Abandonó su morada  
El misero segador.  
En busca va del sustento  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor.  
Atrás deja pueblo y casa,  
Y en la casa el corazón,  
Porque á su esposa y sus hijos  
Todo entero lo entregó.  
Descalzo de pies y piernas  
Al hombro lleva la hoz;  
Por sombrero un pañizuelo,  
Una rama por bastón;  
Por toda vianda un pan  
Que mal el horno coció,  
Y por ropa sucio lienzo,  
De la miseria girón.

JUAN SEGADOR

I

Abandonó su morada  
El misero segador.  
En busca va del sustento  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor.  
Atrás deja pueblo y casa,  
Y en la casa el corazón,  
Porque á su esposa y sus hijos  
Todo entero lo entregó.  
Descalzo de pies y piernas  
Al hombro lleva la hoz;  
Por sombrero un pañizuelo,  
Una rama por bastón;  
Por toda vianda un pan  
Que mal el horno coció,  
Y por ropa sucio lienzo,  
De la miseria girón.

— 167 —

Para acortar la jornada,  
Deja el camino mejor,  
Y toma por el atajo  
Que sólo el ave cruzó,  
Y trepa el áspero monte,  
Ó sube al escueto alcor,  
O el ancho rio vadea,  
Ó al valle baja veloz.  
Leguas y leguas camina  
Bajo los rayos del sol,  
Mal comiendo sin pararse  
Y bebiendo en el pilón  
En que el vaquero solícito  
Á la vacada abrevó.  
Sólo le salen al paso  
Algún perro ladrador,  
Alguna res escapada  
Del estrecho tinahon,  
Y alguna liebre que burla  
Al astuto cazador.  
De noche extiende el hatillo  
Que le sirve de colchón,  
Sobre el polvo calcinado  
Que con sus plantas holló,  
Y se duerme hasta que apunta  
De otro día el resplandor,  
Oyendo de la corneja  
La melancólica voz,  
El triste canto del grillo,  
De las mieses trovador,  
El balido de la oveja  
Que del aprisco saltó,

El ladrido del alano,  
Del cortijo celador,  
Y el estentóreo rebuzno  
Del ardiente garañón.  
Sigue andando, sigue andando  
El misero segador.  
En busca va del sustento  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor.

II

Al término del viaje  
Tras largos días llegó.  
Aquel es del caserío  
El grietado paredón.  
A un lado la gañanía,  
A otro el ható del pastor,  
Y más allá las zahurdas  
Donde duermen en montón,  
Y encenagados, los cerdos  
Que la codicia cebó.  
Las gallinas revoltosas  
Escarban en el montón  
De estiércol, cacareando  
La que del nido salió.  
Del corral sobre las bardas,  
Cual magnífico señor,  
El pavo real ostenta  
De su pluma el tornasol.

Los zuritos y palomas,  
Como compacto turbión,  
Revolotean en torno  
Del alegre mirador.  
Arrastrando el corvo arado  
Y uncidos de dos en dos,  
Vuelven los bueyes, rendidos  
Por la diurna labor.  
Bebe la ahita vacada  
En el extenso pilón;  
Y el chiquichanca descincha  
El asno en que cabalgó.  
Retornan las semilleras  
Al viento dando su voz,  
Y entonando melancólica  
Y apasionada canción;  
Y en el limpio azul del cielo  
Vierte pálido fulgor  
El lucero vespertino  
Que provoca á la oración.  
¡Mañana será otro día  
Para el pobre segador!  
Mañana hallará el sustento,  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor.

III

Allá van los segadores  
Apenas amaneció.

Descalzos de pies y piernas;  
Al hombro llevan la hoz.  
¡Qué trigos! ¡Si cada espiga  
De granos tiene un millón!  
¡Qué pajas! ¡Ni las de antaño!  
¡Esta es la gracia de Dios!

IV

¡Cuál enciende el sol de Julio  
En la andaluza región!  
El aire que se respira  
Tiene del horno el calor.  
Apenas corren las fuentes;  
La laguna se secó...  
Cardos y espinas dequiera...  
¡Quién se acuerda de la flor!  
La cabeza bajo el ala,  
El pájaro se durmió;  
Late el alano, buscando  
De las aguas el frescor;  
Zumban el tábano ronco  
Y el oscuro moscardón;  
Alza su cabeza chata  
El lagarto tricolor,  
Y se oye el seco ruido  
De la tajadora hoz,  
Y el crujir de las espigas,  
Y el latir del segador.  
—¡Ah, cobardes! ¡Pobres bueyes!  
—¡La carreta se atascó!

—Á segar la otra besana.  
—¡Jesús me valga! ¡Favor!  
—Llevad á ese hombre al cortijo.  
¡Más gavillas al montón!  
—¡Agua! ¡Viento! ¡No respira!  
—¡Desgraciado! ¡Se asfixió!  
—¡Está muerto! ¡Cada espiga  
De granos tiene un millón!  
¡Qué pajas! ¡Ni las de antaño!  
¡Esta es la gracia de Dios!

V

¡Por qué lloras, pobre madre,  
En tu olvidado rincón?  
¡Acaso en el pan que comes  
Ves la sangre que vertió,  
Y con la sangre su vida,  
El misero segador  
Que fué en busca del sustanto,  
Que la suerte le negó,  
Para remediar el hambre  
De las prendas de su amor?

LA MEJOR CORONA

Leves hilos de blanca ceniza  
Que enredados bajáis á mi frente,  
Á decirme tal vez que el incendio  
Apaga su lumbre, que el fuego es ya nieve:

¡Yo os bendigo! La llama extinguida,  
Sofocado el rigor de la hoguera,  
Ni las chispas deslumbran mis ojos,  
Ni el fuego me abrasa, ni el humo me ciega.

Yo os bendigo, cabellos nevados,  
Ayer rubios cual ascuas ardientes,  
Viva imagen de plácidos sueños  
Que dan en cenizas, que es dar en la muerte.

¡Yo os bendigo! Pasaron las horas  
De amorosos anhelos que matan;  
Esas horas de eternas angustias,  
De eternas vigilijs, de eternas veladas.

Yo os bendigo, cabellos nevados  
Cual espuma que arroja á la arena  
El hirviente, revuelto oleaje  
Del mar de la vida, del mar de las penas.

Ya no anhelo vivir de ilusiones,  
De esperanzas, de ardientes deseos,  
Ni en la cárcel morir de unos labios,  
Cual todo el que funde su ser en un beso.

Ya no busco el laurel de la gloria,  
Que el espíritu débil ansiaba;  
El laurel que no crece en la vida  
Y brota en la tumba y extiende sus ramas.

Ya no elevo la altiva cabeza  
Aspirando á tocar en la altura:  
Pongo atenta la vista en el suelo;  
La tierra me llama, mis ojos la buscan.

Ya no anhelo el aplauso ruidoso  
Que pretenden los hombres sin calma,  
Don al vulgo ignorante pedido,  
Rumor de los vientos sonando en las cañas.

Yo os bendigo, cabellos nevados  
Que adornáis mi doliente cabeza.  
¡Vale más la corona de canas  
Que la áurea corona que esmaltan las perlas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE CIENCIAS  
1000 1625 MONTERREY, MEXICO

— 175 —

Y su mérito altísimo pregona  
La fama por doquier de zona á zona.

Que el eco de incesantes bendiciones  
Con que Iberia con férvido ardimiento  
Su gloria insigne y su bondad aclama,  
Y el poder de su claro entendimiento,  
Repiten las regiones  
Do fulgura la luz del pensamiento.

Así su nombre esclarecido brilla  
En el grandioso libro de la Historia;  
Y con los lauros de inmarchita gloria  
Legarán sin mancilla  
Los siglos á los siglos su memoria.

Mas ¡ah! pobre grandeza  
Ante la gloria augusta,  
Ante la dicha que jamás perece;  
Gloria y dicha sin fin al alma justa,  
Que vive en Dios, y en las virtudes crece.

Vedle á su Dios en caridad unido,  
Víctima ante las aras ofrecida  
Por el amor y la piedad cristiana,  
En los albores de inocente vida.  
Y vedle presto en juventud lozana  
Con bríos sobrehumanos  
Despreciar mundanales ambiciones,  
Y el sórdido bramar de las pasiones,  
Por el bien de sus míseros hermanos.

De pobre celda, con sayal humilde,  
Hijo ferviente de Guzmán se aleja;  
La Patria amada y los paternos lares  
Por climas ignorados  
En alas de la Fe, gozoso deja;

En la muerte del Emmo. Cardenal

FRAY ZEFERINO GONZÁLEZ

No le lloréis; que para siempre vive.  
Vive en eterna luz de ciencia pura,  
Vive en piélago inmenso de ventura,  
Do el justo premio del Señor recibe.  
Del mundo la grandeza  
Fué ante sus ojos de valor mezquino;  
Su alma aspiraba á la sublime alteza  
Del Ser Eterno, del saber divino;  
Sol de lumbre y de vida,  
La niebla disipó de los errores,  
Mostrando con brillantes resplandores  
De la verdad la esencia bendecida.  
Él penetró el arcano  
Del divino saber en su alto vuelo,  
Y reveló al humano  
La ciencia augusta, que aprendió del cielo.  
Él de la vida recorrió la senda  
Asceta y sabio Cardenal y mártir,

Y al través de los mares  
Con generoso afán busca su alma  
La del martirio venturosa palma.  
Mas dióle en sus designios venerandos  
La santa inexerutable Providencia  
Por martirio la cátedra sagrada,  
Y allí su vigorosa inteligencia  
Por Sacrosanto Numen inspirada,  
Hizo irradiar las luces de la ciencia.  
De aquella ciencia de poder divino,  
Que labró con fulgores eternos  
Espléndida corona,  
Al Aguila de Hipona  
Y al santo y sabio Serafin de Aquino.  
Y si la excelsa mitra venerada  
Cinó su noble frente,  
Y la gloriosa púrpura sagrada  
El humilde sayal cubrió esplendente,  
El de Osio el grande, de Isidoro el sabio,  
De Ildefonso divino  
Signó las huellas en mortal camino.  
El fué luz á la humana inteligencia,  
Y en caridad ardiente  
Fué doquier á la misera indigencia  
De consuelo y amor copiosa fuente.  
Espíritu gigante  
Para el estudio y la oración nacido,  
Vivió en la tierra, y conversó en el cielo;  
Y en su férvido anhelo  
Por el silencio y la quietud querida,  
El fausto y pompa y mundanal ruido  
En la afanosa lucha de la vida,

Y hasta la excelsa dignidad precitada,  
Dió por siempre al olvido  
Por el retiro y soledad ansiada.  
Cumplió en la tierra su misión bendita:  
Y siervo fiel, al gozo perdurable  
Fué por el ángel del Señor llamado.  
Y en penitente solitario asilo,  
Su espíritu inmortal purificado  
Por las torturas de martirio lento  
Y la sangre del Verbo redentora,  
Rompe el estrecho calabozo obscuro  
De la humana materia pecadora  
Entre dolores de mortal quebranto,  
Y raudo vuela al inmortal seguro,  
Al ósculo de Dios eterno y santo.

DON JUAN F. MUÑOZ PABON

LA PROMETIDA DEL MÁRTIR

Alma Erycina, de la espuma egéa  
Nacida al riego de la sangre urania,  
De pecho blando cual plumón de cisne,  
Ciprida Venus.

La que á su carro por cuadriga unciera  
Blancas palomas de perpetuo arrullo,  
Del grácil Eros y del sacro Himene  
Madre fecunda.

Tú, que á los vientos la dorada crencha  
Y el pie de rosa por los duros riscos,  
Lloraste á mares la del tierno Adonis  
Trágica muerte.

Tú, cuyo pecho desconoce el odio,  
Tú, que de amores y de penas sabes,  
Acoge el llanto que en tus aras vierte  
Púdica virgen.

Cabal trasunto del crinado Apolo,  
Doncel ibero me incendió en amores,  
Y ardo en sus llamas, cuál ni ardió por Fáon  
Safo de Lesbos.

— 179 —

Eran las nonas del Abril florido;  
Hora, la siesta; y el lugar, la gruta  
Do quema incieusos á tu angusto numen  
Tibur proclive.

La alegre Flora, cual vestal dormida,  
Del rubio Cintio despertaba al beso.  
Flor era el soto y cada oliente rama,  
Nido de amores.

Todo era vida. Hasta la muerta roca  
De verdes musgos se adornaba el dorso,  
Cual la bacante que á su espalda tiende  
Piel de pantera.

Negras esclavas de contornos griegos  
Tu altar ceñían de laurel y rosas,  
Plácida ofrenda que, al cumplir tres lustros,  
Quise ofrecerte.

Para adornarlo de violetas blancas,  
Menos fragantes que tu fresca boca,  
Yo estaba hinchando en la parlera fuente  
Múrrino vaso.

Cuando, sencillo cual pastor arcade  
Y al par hermoso cual Narciso heleno,  
Tímido púber se acercó y me dijo:

—¿Quieres que beba?  
—Bebe, extranjero, y que contigo vayan  
El ledio Cástor y el gemelo Pólux.  
—Bajo sus alas el Señor te guarde,  
Cándida niña.

Bebió, Ciprina; mas bebió ponzoña,  
Según me dijo al devolverme el vaso.  
Probé dudosa, y, al tocar el borde,  
Vi que era cierto.

¿Qué ignoto numen en la clara linfa  
Puso aquel filtro, cuánto dulce, amargo?  
¿Fué el tiranuelo, que de Marte hubiste,  
Niño con alas?

Miróme ardiente, le miré sumisa  
Y almas trocamos con mirar apenas,  
Como en los verdes mitilenos campos

Dafnis y Cloe.

Con voz más dulce que la miel de Himeto,  
Me habló de amores que por siempre duran  
Allende el tiempo y el de negras ondas

Cócito odioso.

—Tal es, oh virgen, (murmuró temblando)  
Si no lo esquivas, el que ofrezco darte.  
Quiéreme y demos al Señor del orbe

Santa progenie. —

Etna mi pecho, mis mejillas grana,  
Trémula y muda de plaer divino,  
Nada le dije; mas mi tierno llanto

Dijolo todo.

Besó la fimbria de mi leve estola,  
Blanca violeta se guardó en el seno,  
Siguió su ruta y, al primer recodo,

Dió un beso al aire.

Va para un año de tan dulce idilio:  
Y hora que Himene á confundirnos iba,  
Como en un lago su raudal confunden

Dos arroyuelos,

Cual si Mercurio, inexorable á votos,  
Le hubiese herido con su horrenda vara  
Y unido al flébil escuadrón que rige,

Déjame y huye.

Salgo á buscarle y, tras andar en vano  
Por foro y termas desalada y loca,  
Dícenme ¡ay triste! que en la infanda cárcel  
Gime precito.

Doy al cerbero comatoria aguja  
De margaritas que envidiara el César.  
Entro en la cárcel y cantando versos  
Oigolo absorta.

—Lesbia, (me dice) por mi fe proscrito,  
Del circo Flavio bajaré á la arena,  
Bodas de sangre á celebrar con fiero  
Tigre de Hircania.

La sangre moza que en mis venas arde  
Pideme á voces que apostate y huya,  
Pánico horrible ante la muerte siento.

¡Amo la vida!

Mas Dios lo quiere, y bienestar y amores  
Y sangre y vida inmolaré en sus aras;  
Que, flaco y débil, en su gracia espero...

¡Vete, infelice!—

Dijo: y, posando la tremante boca  
Sobre mi frente, murmuró una frase.

Besóme luego y, al volverse, vide  
Que iba llorando...

¿Qué Dios es éste, tan de entrañas duras,  
Que tan horrendos sacrificios pide?...  
¡Menos airadas é implacables fueran

Furias del Orco!

¿Trocar en hielo con tan fina amante,  
Al que al esclavo compadece y ama,  
Besa al mendigo y en el hosco Escita

Mira un hermano?

Nefando rito, que el amor inmola,  
Secta maldita, que atormenta y mata  
¡Húndate airado el del tonante Jove

Rayo tremendo!

Piedad, Idalia, de la pobre virgen  
Que ingratitudes y desdenes llora,  
Como en la tiria abandonada margen

Misera Dido.

Que al sacro Himene las heridas cure  
Que hizonos Eros con su aguda flecha.

¡Duélate, Diosa del amor, mi triste  
Tálamo intacto!

Piedad, ¡oh Venus! y recibe en voto  
Dos tiernos cisnes de curvado cuello,  
Como las cumbres del Pelión nevadas,  
Blancos de plumas.

Peró devuelve á mis amantes brazos  
El bien perdido que estrechar anhelan:  
Diosa, que rindes á las fieras hidras,  
¡Tócale al alma!

Deje esa secta, de torturas germen;  
Niegue á ese Cristo de extranjero origen;  
Torne á la vida, y al amor cantemos

Himno perenne.

Mas no. Prefiero á que cobarde viva,  
Que heroico luche y destrozado muera.  
¡Ay nol que viva, aunque..! ¡Dilema horrendo:

Muerte ó perjuriol...

Pues bien; que muera: correré su suerte.  
Juntos crucemos la fatal Estigia.  
No adulterada de Catón la sangre  
Bulle en mis venas.

De un mismo tigre la rabiosa zarpa  
Dos almas una en insoluble lazo...

¡La vida es breve y el amor, eterno!

¡¡Paso á la mártir!!

EL PADRE JULIO ALARCÓN

*de la Compañía de Jesús.*

DEL LIBRO TITULADO «SENTIMIENTOS»

En el tejado de mi guardilla  
Hay una planta muy amarilla,  
Que al cierzo helado tenaz resiste,  
Y á los embates del aquilón:  
Cuando la miro se pone triste  
Mi corazón.

En otros campos, bajo otro cielo,  
Las auras tibias, con blando vuelo  
Pasan risueñas acariciando  
De otras mil plantas, el tallo blando...  
Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,  
En el tejado de mi guardilla!  
Sobre las tapias de los jardines,  
En donde trinan los colorines,  
Nacen las yerbas, nacen jugosas,  
Entre perfumes y mariposas...  
Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,  
En el tejado de mi guardilla!

Sobre las cimas de las montañas,  
En los cercados de las cabañas,  
Sus compañeras lozanas crecen,  
Y del sol gozan, y al sol se mecen...  
Y ésta... aquí, sola, la pobrecilla,  
En el tejado de mi guardilla!

Mas... si á su lado mi ser resiste  
Á los embates del aquilón;  
Si junto á ella palpita triste  
Mi corazón;  
Ya no está sola, la pobrecilla,  
En el tejado de mi guardilla.

Hay arroyos que manan  
Entre las peñas,  
Flores que dan su aroma  
Bajo la yerba;  
Y, también, aves  
Que gorjean ocultas  
En el ramaje:  
Pues así en este triste  
Valle de lágrimas,  
Ocultas y escondidas  
Hay muchas almas:  
Almas muy buenas,  
Que van haciendo bienes  
Sin que las vean.

Fué la niña al bosque; y fué  
Como la rosa, encarnada:

Pálida volvió la niña  
Como la azucena, pálida.  
Se sabe que está muy triste  
Como flor al marchitarse.  
Mas, ¿qué le pasó en el bosque?  
Eso es lo que no se sabe.

El amante celoso  
Vengarse jura;  
Y se dirige al baile,  
Y allí la busca,  
Llevando puesto,  
Negro como su alma,  
Dominó negro.  
Y la inocente joven  
Marcha al sarao,  
Para estrenar su traje  
Su traje blanco...  
¡Ay! no pensaba  
Que iba al baile vestida  
Con su mortaja.

### A MI QUERIDO CALABRÉS

EL P. NICOLÁS NINTTA, EN SU SOLEMNE  
PROFESIÓN

«Oh Virgen y Madre mía,  
Por quién aliento y existo:  
¡Yo apóstol de Jesucristo!  
¡Yo en su santa compañía!

Cómo jurar á sus pies  
Ir al campo del honor?  
¿Qué puede hacer por su amor  
Este pobre calabrés?»

Esto hoy mismo ante el altar  
Me parece que te oí...  
Yo sé lo que puedes, y...  
Yo te voy á contestar.

Hijo del pensil ameno,  
Que con sin igual cariño  
Contemplabas cuando niño  
De luz y de vida lleno,  
Para tí las flores bellas  
Ya no ostentan sus primores,  
La tierra no tiene flores,  
El cielo no tiene estrellas.

Ya esa tu vista indecisa  
No percibe embelesada  
Lo dulce de una mirada,  
Lo grato de una sonrisa!  
Pobre ciego! en derredor  
La tiniebla te circunda...  
Mas ¿qué importa si te inunda  
La claridad del Señor?

¿No mueves seguro el pie  
Al sentir de Dios la calma?  
¿No abres los ojos del alma  
A la lumbré de la fe?  
¿No te colma de alegría  
De Jesús el dulce abrazo?  
No te lleva en su regazo  
Tu Madre la Compañía?

¿Y con tan grandes mercedes  
No arde de tu amor la llama?  
Pues si puedes amar, ama!  
Que es lo mejor que hacer puedes.  
No desgraciados se llamen  
Los que cual tú amar desean,  
Que hay muchos ojos que vean.  
Mas pocas almas que amen!  
Mucho pueden todavía  
Tus palabras y tus ruegos:  
Aún puedes con ojos ciegos  
Servir á muchos de guía.  
No te hace falta adquirir  
Saber más vasto y profundo,  
Que quien más sabe en el mundo  
Es quien más sabe sufrir!  
Te debes, pues, alegrar  
Puesto que logras tener  
Ojos que no pueden ver,  
Pero que pueden llorar.  
Llora ante Jesús amante  
Á quien el mundo contrista,  
Por los que apartan la vista  
De su divino semblante.  
Tú puedes calmar sus penas,  
Tú mitigar sus enojos  
Con el llanto de tus ojos...  
Con la sangre de tus venas!  
Sigue, pues, por donde vas  
Entre espinas y sin luz  
Llevando á cuestras tu cruz,  
Más grande que las demás.

Sigue, y alienta y confía,  
Pobre ciego peregrino,  
Que vas por el buen camino,  
Camino que al cielo guía.  
El cielo! Dulce consuelo  
En tan triste soledad...  
Después de esa obscuridad  
Oh! qué hermoso será el cielo!  
Acaricia en tu memoria  
Entre esa niebla sombría,  
La hermosura de María  
Y el esplendor de su gloria.  
Fija tus errantes huellas,  
Esperando sus favores,  
Sobre una tierra sin flores,  
Bajo un cielo sin estrellas.  
Y dí á la que te enamora  
Y que á nadie en amor cede:  
«Mucho, mucho es lo que puede  
Quien ama y sufre, Señora!  
Con que tu amparo le des,  
Y de Jesús vaya en pos,  
Mucho puede hacer por Dios  
Este pobre calabrés!»

IÑIGO DE LOYOLA

Á LA VIRGEN DE MONTSERRAT

Si llega á tus oídos  
Mi humilde oración,  
Consuelo de afligidos,  
Tenme compasión,

Y escucha los latidos  
De mi corazón.

Luz que reanima, son que recrea,  
Estrella pura que al puerto guía,  
Palma de Cades que al viento ondea,  
Flor de los campos de Galilea,  
Reina y Señora del alma mía:  
A tus excelsas plantas  
Llega un herido;  
No le deseches, Madre,  
Porque es tu hijo,  
Pobre soldado  
Desertor de tus filas  
Ha muchos años.  
Por ganar tus favores  
Entra en campaña,  
Tú serás desde ahora  
Su capitana.  
¡Ay del que quiera  
Disputarte los títulos  
De tu nobleza!  
Inmaculada,  
A tus pies pongo daga y espada,  
Galas y joyas, glorias y honores;  
Y como entiendo cuánto te agrada  
Vestirme quiero con tus colores.  
Desde hoy mi timbre de más grandeza,  
Madre querida,  
Será en defensa de tu pureza,  
Verter mi sangre, perder mi vida...

¿No llega á tus oídos  
Mi humilde oración?  
¡Consuelo de afligidos,  
Tenme compasión,  
Y escucha los latidos  
De mi corazón!

Rama de oliva que paz augura,  
Pebete ardiente que amor exhala,  
Panal que encierra vida y dulzura,  
Luz que ilumina la noche oscura,  
Blanca cordera que humilde bala.  
¿Ves cuál cunde en los bosques  
Voraz incendio  
Cuando inflama una chispa  
Jarales secos?  
¡Pues aquí arde  
Un incendio de amores  
Mucho más grande!  
¿Ves que cuando es inmenso  
Y arrojan agua  
El incendio se aumenta  
Más que se apaga?  
Pues este incendio  
No lo apagan las aguas  
Del mundo entero.  
Blanca cordera,  
Si hay en el mundo quien más te quiera,  
Si hay quien emprenda más que yo ansío,  
No me lo digas, porque se hiriera,  
Lo más secreto del pecho mío;

Pero en amante, no, á nadie cedo,  
Dulzura mía,  
Más no te amo porque no puedo,  
Que si pudiera más te amaría.

¿No llega á tus oídos  
Mi humilde oración?  
¡Consuelo de afligidos,  
Tenme compasión,  
Y escucha los latidos  
De mi corazón!

Único blanco de mis amores,  
Dulce consuelo de desgraciados,  
Madre tiernísima de pecadores,  
Bálsamo santo de los dolores  
Que aquí padecen los desterrados:

De una bala enemiga  
Herido vengo;  
Pero herida aún más honda  
Traigo en el pecho.  
¡Ay! Y esta herida

Sólo con tus cuidados  
Se cicatriza.  
Muy enfermo estoy, Madre:  
Tu Hijo divino

Me ha tocado en la llaga  
Y en lo más vivo.  
Tengo deseos

Que me traen delirante,  
Calenturiento.  
Princesa mía,

He de formarte tal Compañía  
De valerosos soldados fieles,  
Que, por sus triunfos, podrás un día,  
En vez de alfombras, pisar laureles.  
No ha de haber pecho que no te ame,  
Flor de las flores;  
No ha de haber labio que no te aclame,  
No habrá vivienda donde no mores.

¿No llega á tus oídos  
Mi humilde oración?  
¡Consuelo de afligidos  
Tenme compasión,  
Y escucha los latidos  
De mi corazón!

Virgen y Madre del Nazareno,  
Paz y pureza del que te invoca,  
Huerto cerrado de lirios lleno,  
Fuente sellada, cielo sereno,  
Gozo en el alma, miel en la boca.

Sin armas, sin amigos,  
Pobre y enfermo,  
Voy á hacer guerra al mundo,  
Guerra al infierno.

Hazme una seña,  
Y entraré en lo más recio  
De la pelea.

¡Oh, vuelve á mi tus ojos,  
Virgen María,  
Muéstrame en los tus labios  
Una sonrisa:

Que su recuerdo  
Me hará luchar alegre,  
Morir contento!  
¡Inmaculada!

Si á tus pies pongo daga y espada,  
Galas y joyas, glorias y honores,  
Y ves que todo lo tengo en nada  
Por el más leve de tus favores,  
Antes que el alba mi voz sorprenda,  
Sol de los prados,

Acepta afable la amante ofrenda  
Del más herido de tus soldados.

Ya llega á tus oídos  
Mi humilde oración.  
¡Consuelo de afligidos  
Tienes compasión  
Y escuchas los latidos  
De mi corazón!

## DON MANUEL REINA

---

### A ESPRONCEDA

¡Cuánto labio apagó su sed ardiente  
Y cuánto corazón templó su brío  
En tu canto magnífico y doliente,  
Como en brillante y clamoroso río!  
Tu alma de fuego, combatiente bravo,  
Fue, para los altivos patriotas,  
Hoguera á cuya luz un pueblo esclavo  
Vió para siempre sus cadenas rotas.  
Y tu vibrante genio impetuoso,  
De tempestades y fulgores lleno,  
—Jinete en un caballo poderoso,  
Libre de riendas y acerado freno,—  
Recuerda por su audacia y sus proezas  
Al héroe vencedor en cien batallas,  
Que asaltó inexpugnables fortalezas,  
Con su corcel salvando las murallas,  
¡Oh, cuántas veces la rosada aurora  
Me sorprendió vertiendo amargo llanto  
Sobre tu libro, llama abrasadora  
Que vierte entre esplendor hermoso canto!

¡Cuántas veces te vi, gallardo y fiero,  
Al través de tus versos fulgurantes,  
Cual «Montemar», la mano en el acero,  
Y el furor en los ojos centellantes!  
Y en los festines, lúgubre y hastiado,  
Esquivar de «Jarifa» voluptuosa  
El rojo labio, pétalo arrancado  
Del corazón sangriento de una rosa.  
¡Cuántas veces te vi, bello y triunfante  
Coronada la sien de intensa lumbre,  
Bizarro el ademán, la voz tonante,  
Arengando á la inmensa muchedumbre,  
Ó convertido en capitán pirata,  
«Sentado alegre» en la risueña popa  
Y mecido por mar de azul y plata,  
Divisando «Asia á un lado, al otro Europa!»  
Ya ante el sepulcro de la triste «Elvira»  
Presa te miro de mortal desmayo,  
Ya trasformando tu valiente lira  
En la espada invencible de «Pelayo»;  
Ora, en fin, demudadas las facciones  
Y anegados en lágrimas los ojos,  
Contemplando á la luz de los blandones,  
De «Teresa», los miseros despojos:  
Visión negra y terrible, que devora,  
Las dulces esperanzas de tu pecho,  
Dejando para siempre, asoladora,  
Tu noble «corazón pedazos hecho»;  
Y que arranca á tu plectro desolado  
Un canto lleno de amargura y brio,  
Que resplandece como el sol dorado,  
Entre el ramaje del ciprés sombrío.

¡Oh, sublime cantor de los dolores!  
Todo joven hispano ama tu gloria  
Y, al par que tu desdicha y tus amores,  
Guarda con entusiasmo en su memoria  
Versos de «El Diablo Mundo», en que flamea  
Tu juventud, radiante y agitada,  
Que al huracán del infortunio ondea,  
Cual bandera de sangre salpicada.

### EL ENSUEÑO DE SHAKESPEARE

Á D. Eugenio Sellés.

Rubio como la mies, fuerte y bizarro  
Cual griego luchador, en clara tarde  
Shakespeare, adolescente, perseguía  
Los ciervos en el bosque, cuando, hiriendo  
Con singular destreza á nivea corza,  
Vió, extático y alegre, convertirse  
La débil res, más blanca que la luna,  
En juvenil deidad. Su noble rostro  
Era pálido y bello; sus miradas  
Entre copiosas lágrimas lucían,  
Como relumbra el sol entre la lluvia;  
Manaba de su pecho hilo de sangre  
Y calzaba su pie regío coturno.

La hermosura, en el hueco de su mano,  
Dió al mancebo á beber las gratas linfas  
De un raudal melodioso, y, de repente,  
El joven cazador se hizo poeta,  
Y el vate se hizo dios. Luego, abrazado  
Á la beldad, su generosa musa,  
Caminando por lóbrego sendero

Erizado de abrojos punzadores,  
Asciende á excelsa cumbre. Á las grandiosas  
Llamaradas del genio soberano,  
Allí aparecen Hamlet, siempre inquieto  
Y sarcástico siempre y doloroso;  
Ofelia deshojando húmedas flores  
Y dando al aire su canción, más triste  
Que el fúnebre clamor de una campana;  
La sublime, dulcísima Cordelia  
Junto á su viejo y abatido padre,  
Como un rosal al pie de torre hundida;  
Otelo, por la vibora mordido  
De los furiosos celos, fulminando  
La terrible centella de sus ojos  
Sobre su esposa, corazón más puro  
Que los lirios que adornan los altares;  
Y, envuelto en sombras, Yago, el torvo Yago,  
Siempre encubriendo, con falaz sonrisa,  
Su odio infernal. Allí aparecen Mácbeth,  
Encadenado al vengador fantasma  
De su delito; la siniestra Lady,  
Más que la muerte, aterradora y fría,  
Más vil que la traición; Julieta, hermosa,  
Su faz aún encendida por el beso  
Que interrumpió la alondra con su canto;  
Titania, envuelta en fúlgidos celajes  
De mágica leyenda; los monarcas  
Juan y Ricardo, de almas tenebrosas  
Cual negro calabozo; Julio César,  
La frente iluminada por el genio  
Como cielo dorado por la aurora;  
El valeroso y rudo Marco Antonio,

Que cambia su laurel por las caricias  
De coronada sierpe, y Coriolano  
Rompiendo, enternecido por el lloro  
De su madre infeliz, la invicta espada.  
Aparecen también sobre la cumbre  
Pericles, Shilock, Fálstaff, Cimbeline,  
Timón de Atenas, Próspero, Teseo,  
Mansilio, Horacio, Póstumo, Miranda,  
Porcia, Antigono, Puck, Viola, Calíban...  
Y brujas, espantables como el crimen,  
Y hadas más bellas que el amor. De pronto  
Rugen los huracanes desatados,  
Se hunde en la sombra el sol, y larga noche  
Cubre con sus tinieblas á la musa,  
Al vate y á sus héroes. La mañana  
Brilla al fin, y en la cumbre reaparecen  
La bella inspiradora, el dios britano  
Y sus maravillosas creaciones  
¡Bañados en la luz de eterno día!

Tal ensueño al altísimo poeta  
Arroba en clara tarde, en que, arrullado  
Por deliciosos céfiros de gloria,  
Se duerme al pie de su morera amada,  
Árbol que finge resonante lira:  
Son las ramas sus cuerdas vibradoras;  
Su música, los cantos de las aves.

## LA LEGIÓN SAGRADA

### I

Espléndida legión de paladines  
Cruza por la ancha vía;  
Resuenan en los aires sus clarines  
Con mágica armonía.  
Alados son sus ágiles corceles  
De crines desatadas;  
Bajo lluvia de flores y laureles  
Relumbran sus espadas.  
A la lid va el ejército brillante  
Con noble gentileza,  
Luciendo esta divisa fulgurante:  
«Idéal y belleza.»

### II

Libraron cien combates ardorosos  
Los paladines bravos  
Con fieros enemigos numerosos,  
De la ignorancia esclavos.  
La sagrada legión su fe indomable  
Mostró en la lucha airada,  
Siendo por su contrario formidable  
Al cabo derrotada.  
Vencidos, los gallardos paladines  
Vuelven por la ancha vía.  
¡Mas siguen resonando sus clarines  
Con mágica armonía!

## LA FIESTA DEL CORPUS

### EN LA ALDEA

La mañana risueña y perfumada  
Prodiga sus deleites y esplendores.  
De verde juncia y pétalos de flores  
La bulliciosa calle está alfombrada.

Color y vida, jóvenes hermosas,  
Júbilo y paz, ingenuos madrigales,  
Fajas de seda, pintorescos chales,  
Bucles ornados de fragantes rosas.

Fulgura el sol en las tostadas frentes;  
En las rejas, que brillan como plata,  
Abre el clavel sus hojas de escarlata  
Junto á los frescos labios sonrientes.

Llena de sencillez y poesía,  
Entre las vagas nubes del incienso,  
Para la procesión. Un grito inmenso  
Resuena de entusiasmo y alegría.

Bajo el palio de grana resplandece  
El sagrado viril, simbolo santo.

Laten los corazones; dulce llanto  
Las serenas pupilas humedece.

Mientras en el azul se alza y blanquea,  
Con sus nidos de alegres golondrinas  
Y sus vibrantes notas argentinas,  
El pobre campanario de la aldea.

### LA ETERNA MASCARADA

¡Todo es disfraz! Bajo una frente hermosa  
Descubro un pensamiento pervertido:  
Allá contemplo un sér empedernido  
Con tristes ojos y la voz llorosa.  
Aquí la corrupción con faz de diosa;  
Y allá, en risueño y apartado nido  
De amores, el rencor vela escondido,  
Cual víbora en el cáliz de una rosa.  
¡Todo es disfraz! Con cara placentera  
Y en el labio la alegre carcajada  
La horrorosa perfidia nos espera.  
¡Tuvo siempre el cobarde audaz mirada!  
¡Piel sedosa y brillante la pantera!  
¡Y resplandores la traidora espada!

### LA PERLA

Contemplaban tus ojos centellantes  
La palma de cristal, la linfa pura  
Del surtidor que vierte en la espesura  
Su polvo de zafiros y diamantes;  
Cuando enferma, con pasos vacilantes  
Se acercó una mujer todo tristura,  
Y te pidió limosna con dulzura,  
Fijando en tí miradas suplicantes.  
La perla que en tu mano refulgía  
Diste á aquella mujer pobre y doliente,  
Que se alejó llorando de alegría.

Yo, entonces, conmovido y reverente,  
No te besé en los labios, cual solía,  
¡Sino en la noble y luminosa frente!

### LA POESÍA

A Teodoro Llorente.

Como el raudal que corre en la pradera  
Copia en su espejo pájaros y flores,  
La alada mariposa de colores,  
El verde arbusto y la radiante esfera,  
La sublime poesía reverbera  
Combates, glorias, risas y dolores,  
Odio y amor, tinieblas y esplendores,  
El cielo, el campo, el mar... ¡la vida entera!  
¡Así Homero es la lid; Virgilio, el día;  
Esquilo, la tormenta bramadora;  
Anacreonte, el vino y la alegría;  
Dante, la noche con su negro arcano;  
Calderón, el honor; Milton la aurora;  
Shakespeare, el triste corazón humano!

### NOCHE DE ESTRELLAS

De los astros el fulgor  
Copia el lago de turquesa.  
La Musa, henchida de amor,  
Mi pálida frente besa.  
Amiga tan pura y fiel,  
Con sonrisa enamorada,

Me brinda el cáliz de miel  
De mi juventud pasada.  
Y se anima y se colora  
La edad en que yo bebía  
Las lágrimas de la aurora  
En la flor de la poesía;  
Tiempo en que amé con locura  
A una niña dulce y buena:  
¡Era una blanca hermosura  
Hermana de la azucena!  
Sobre el prado—que finjía  
Mar de vistosos colores—  
A mi amada yo ofrecía  
Rubios panales y flores.  
Y recitábale bellos  
Cantos de insignes poetas,  
Y enlazaba á sus cabellos  
Amapolas y violetas.  
En estos gratos lugares  
Que iluminó su mirada,  
Y en que alzó tiernos cantares  
su labio, rosa mojada;  
En esta misma espesura,  
De la luna á los reflejos,  
Me dió, lleno de dulzura,  
Mi padre sanos consejos:  
Consejos que, en la esperanza  
Y en la bondad inspirados,  
Vierto aquí para enseñanza  
De mis hijos adorados:  
—Lucha contra la mentira,  
Aunque su dardo te hiera:

Sé como el héroe que espira  
Aclamando su bandera.  
Tu nombre puede alcanzar  
La bendición de la gente,  
Si eres grande como el mar  
Y humilde como la fuente.  
Ama á la Naturaleza:  
Sus delicias y esplendores  
Disipan toda tristeza  
Y consuelan los dolores.  
Odia al juego: la baraja  
Suele, por arte infernal,  
Cambiar en fiera navaja,  
En revólver ó en puñal.  
Dignas frases generosas  
Vibren tus labios prudentes;  
No aquellas más ponzoñosas  
Que víboras y serpientes.  
El gobernar es sufrir;  
Dichas te dará el saber:  
Más seguro es recurrir  
Á la ciencia que al poder.  
Á la amistad bien probada,  
Visítala cada día:  
La senda no frecuentada  
Malezas y espinos cria.  
Los envidiosos podrán  
Al bueno en la sombra hundir;  
Pero las nubes se van  
Y el astro vuelve á lucir.  
En el trabajo y sus hondas  
Fatigas templa tu brio,

Como Aquiles en las ondas  
Del maravilloso río.

Realiza un hecho brillante,  
Practica una hermosa acción,  
Y oirás un eco triunfante  
Dentro de tu corazón.

En las horas angustiosas  
Piensa en tu madre querida:  
La cruz ornada de rosas,  
Es símbolo de la vida.

Sé con el pobre, indulgente;  
Huye del amigo infiel,  
Y venera toda frente  
Coronada de laurel.—

¡Mi padre, el corazón noble  
Que me educó de tal suerte,  
Cayó, como herido roble,  
Al hachazo de la muerte!

Y aquella niña tan buena,  
Más tarde mi tierna esposa,  
Como tronchada azucena  
Rodó á la insondable fosal

Sus almas resplandecientes,  
Destacándose en el coro  
De las estrellas lucientes,  
Miro al través de mi lloro...

Luego, envuelta en esplendor,  
La Musa eleva su canto,  
Y con maternal amor  
Enjuga mi triste llanto.

DON M. R. BLANCO-BELMONTE

DE LA ALDEA AL CAMPAMENTO

Á D. Ramón Arizcun.

¡Hijo del corazón! Llorando escribo,  
Y el llanto borra mis temblones trazos.  
¡Dios quiera que esta carta te halle vivo!  
¡Dios te vuelva con bien hasta mis brazos!

Seis meses hace que la infausta suerte  
Robó contigo de mi hogar la calma;  
Tú, desde entonces, luchas con la muerte,  
Yo, sin luchas, ¡la llevo ya en el alma!

Seis meses hace que el clarín sonoro  
Te conduce á la bárbara pelea;  
Seis meses hace que agonizo y lloro  
Sola, muy sola, en la ignorada aldea.

Un siglo de dolor es cada día;  
Cuántos han transcurrido y... ¡aún no vienes!  
¡Para contar mis horas de agonía  
Hay que contar las canas en mis sienes!

Cuando al tenue fulgor de los luceros  
Abandona tu padre los trigales,

Como Aquiles en las ondas  
Del maravilloso río.

Realiza un hecho brillante,  
Practica una hermosa acción,  
Y oirás un eco triunfante  
Dentro de tu corazón.

En las horas angustiosas  
Piensa en tu madre querida:  
La cruz ornada de rosas,  
Es símbolo de la vida.

Sé con el pobre, indulgente;  
Huye del amigo infiel,  
Y venera toda frente  
Coronada de laurel.—

¡Mi padre, el corazón noble  
Que me educó de tal suerte,  
Cayó, como herido roble,  
Al hachazo de la muerte!

Y aquella niña tan buena,  
Más tarde mi tierna esposa,  
Como tronchada azucena  
Rodó á la insondable fosal

Sus almas resplandecientes,  
Destacándose en el coro  
De las estrellas lucientes,  
Miro al través de mi lloro...

Luego, envuelta en esplendor,  
La Musa eleva su canto,  
Y con maternal amor  
Enjuga mi triste llanto.

DON M. R. BLANCO-BELMONTE

DE LA ALDEA AL CAMPAMENTO

Á D. Ramón Arizcun.

¡Hijo del corazón! Llorando escribo,  
Y el llanto borra mis temblones trazos.  
¡Dios quiera que esta carta te halle vivo!  
¡Dios te vuelva con bien hasta mis brazos!

Seis meses hace que la infausta suerte  
Robó contigo de mi hogar la calma;  
Tú, desde entonces, luchas con la muerte,  
Yo, sin luchas, ¡la llevo ya en el alma!

Seis meses hace que el clarín sonoro  
Te conduce á la bárbara pelea;  
Seis meses hace que agonizo y lloro  
Sola, muy sola, en la ignorada aldea.

Un siglo de dolor es cada día;  
Cuántos han transcurrido y... ¡aún no vienes!  
¡Para contar mis horas de agonía  
Hay que contar las canas en mis sienes!

Cuando al tenue fulgor de los luceros  
Abandona tu padre los trigales,

Más que al hombro los rústicos aperos,  
Al alma pesan angustiosos males.  
¡Qué sola está sin ti nuestra casita!  
Á tierra vino la frondosa parra,  
El valiente lebrél triste dormita,  
Y de polvo cubrióse tu guitarra.  
Hogaño los almendros no dan flores,  
Y con las lluvias desbordóse el río;  
Así, con los pasares y dolores,  
En llanto se desborda el pecho mío.  
Por ti maldigo la sañuda guerra,  
Por ti doblo en el templo las rodillas;  
¡Más surcos que las rejas en la tierra  
Ha grabado tu ausencia en mis mejillas!  
En vano nuestro párroco procura  
Mitigar el dolor que á mi alma hiere:  
Es inútil empeño; ¡el señor cura  
No sabe lo que á un hijo se le quiere!  
Ya conmigo no rezas el rosario,  
Tu sitio en nuestra mesa está desierto,  
Y semeja tu cuarto solitario  
La triste jaula de jilguero muerto.  
Mi labio vacilante desvaría;  
El dolor mi cerebro ha trastornado;  
Yo ya no pido el pan de cada día,  
Que pido... ¡un beso de mi Juan amado!  
¡Una cruz has ganado en el combate  
Luchando con denuedo y firme brío?...  
¡Para cruz dolorosa, la que abate  
Las frentes de tus padres, hijo mío!  
Me dices que la patria en la campaña  
Es madre que defensa necesita;

Pero ¡ay! que muchos hijos tiene España,  
Y yo tengo uno solo y ¡me le quita!  
¡Tu única madre soy! Que si la suerte  
Te hace morir al pie de tus banderas,  
La patria apenas llorará tu muerte,  
Pero yo... ¡moriré, como tú mueras!  
.....  
¡Hijo del corazón! Llorando escribo  
Y el llanto borra mis temblones trazos.  
Sólo quiero vivir... ¡por verte vivo!  
Yo me quiero morir... ¡pero en tus brazos!

### CANCIÓN ESTIVAL

Así cantan las espigas:  
—Fuimos verdes;  
Con verdores transparentes de esmeralda;  
La esmeralda se ha trocado en áureo tinte;  
Somos rubias cual las trenzas de las hadas,  
De las hadas de ojos verdes  
Que en la fuente rumorosa  
Noche y día sollozando tristes cantan...

Así cantan los labriegos:  
—Los trigales  
Sazonados y maduros nos aguardan;  
Brille el sol en nuestras hoces,  
Que refulgen cual relámpagos de plata;  
Rompa el trillo las espigas,

Ruede el grano por las eras  
Como perlas desprendidas de una sarta.



Así canta el molinero:

—Venga el grano;

Ya la piedra estremecida por las aguas,  
Hacer quiere con el oro de los trigos  
Niveos copos de blancura immaculada;  
Niveos copos que amasados  
Han de ser el pan sabroso  
Que pedimos murmurando una plegaria.

Así gimen las espigas:

—Fuimos verdes;

Los verdes se trocaron pronto en gualda;  
Hoy el gualda va á trocarse en copo niveo;  
Así el ébano más puro  
En la frente de los hombres  
Se convierte en limpia plata.

Así canta el regio sol:

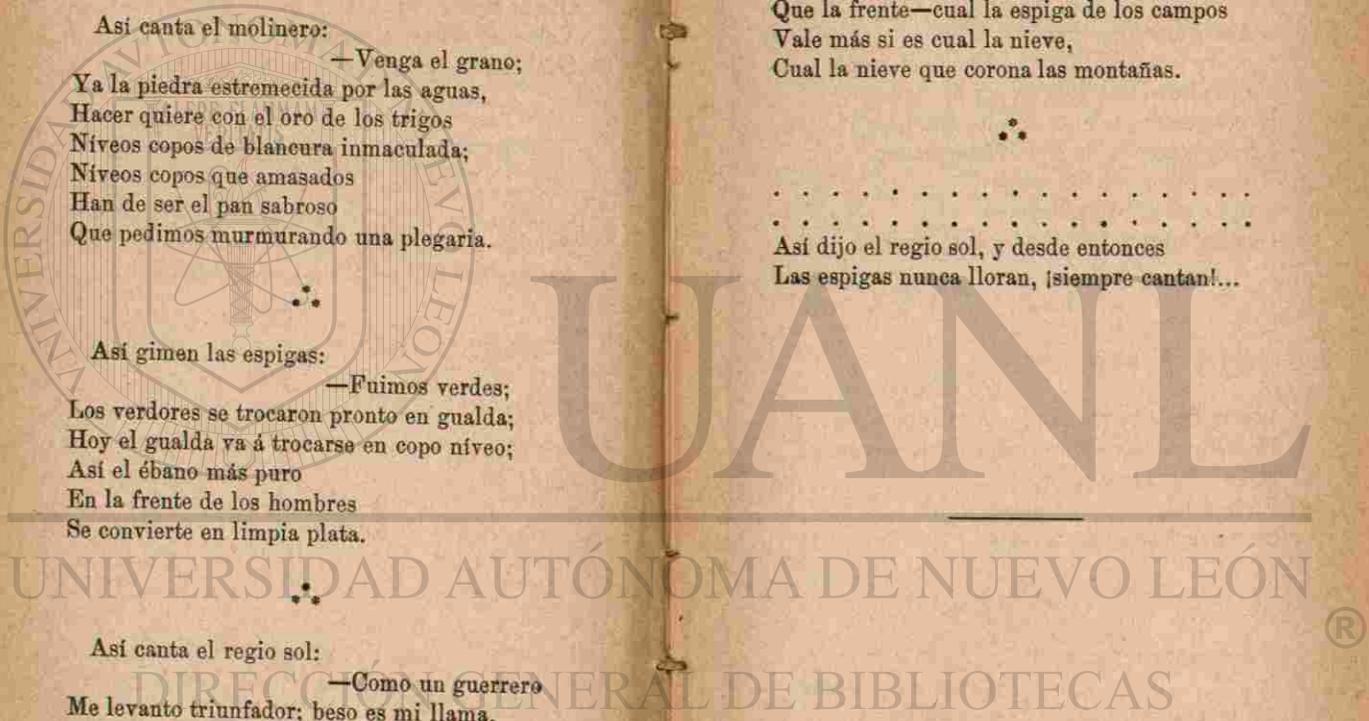
—Como un guerrero

Me levanto triunfador; beso es mi llama,  
Y á mi beso fecundante  
Las espigas sazonadas  
Serán pronto blancas hostias que en el templo

Alce á Dios el sacerdote,  
Ante el pueblo prosternado junto al ara...  
—No gimáis los que en el borde de la tumba  
Os ceñís con la diadema de las canas,  
Que la frente—cual la espiga de los campos  
Vale más si es cual la nieve,  
Cual la nieve que corona las montañas.



.....  
.....  
Así dijo el regio sol, y desde entonces  
Las espigas nunca lloran, ¡siempre cantan!...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

**DON JOSÉ VELARDE**

Del poema titulado EL CAPITAN GARCÍA

Breve, esbelta como un hada,  
El abundante tesoro  
De sus cabellos de oro  
Le servía de almohada;  
Y el son de su andar suave,  
Apenas si le remeda  
El blando roce de seda  
Del aleteo de un ave.  
En su rostro nacarado  
Confundieron sus colores,  
En competencia, las flores  
Del almendro y del granado,  
Y su seno de azahar,  
A un suspiro de mi aliento,  
Se agitaba turbulento  
Como las olas del mar.  
Su boca, que tanta oferta  
De amor eterno me hacía,  
Al sonreír parecía  
Una granada entreabierta;

Nido de besos de amor  
Con la esencia del clavel,  
La dulzura de la miel  
Y el canto del ruiseñor.

Velados por las pestañas  
Sus grandes ojos azules,  
Cual los astros por los tules  
De vapor de las montañas,  
Lanzaban tales destellos  
Al abrirlos amorosa,  
Que á ser uno mariposa  
Volara á quemarse en ellos.

Y voz, sonrisa, actitud,  
Mirada, llanto, alegría,  
Todo en ella aparecía  
Con esmalte de virtud,  
Por modo tan singular,  
Como arena, concha, bruma,  
Escama, perla y espuma,  
Todo es iris en el mar.

Nos amamos con pasión:  
Ella á mí, como mujer;  
Yo poniendo en aquel ser,  
Alma, vida y corazón.

Todo me causaba enojos  
En siendo extraño á mi anhelo,  
Y hallaba triste hasta el cielo  
Á no mirarlo en sus ojos.

¡Oh! ¡cuántas horas de calma  
Pasábamos frente á frente  
Con los ojos mutuamente  
Absorbiéndonos el alma!

Parecía tan veraz  
Su acento al jurar amor...  
¡No arrullaría mejor  
Una paloma torcaz!  
¡Todas ¡ay! mentidas galas,  
Más débiles á la prueba  
Que el polvo de luz que lleva  
La mariposa en las alas!

DEL POEMA TITULADO ALEGRÍA

Mirando al mar, y viéndose en el río  
Las horas en que lo alza la marea,  
Al fin del pueblo, entre feraz plantío,  
Una casa humildísima blanquea.  
Compónenla una sala y dos alcobas,  
En las cuales, por gala,  
De cal consume al año cien arrobas  
La mujer que sin tregua las encala.  
Mansiones que están siempre en la penumbra,  
Pues solo por la puerta de la sala  
Entra la claridad que las alumbra.  
Se levantan al lado  
Pajar, cocina, cuadra y cochiguera,  
Y todo está cercado  
Por extenso y altísimo vallado  
Que coronan la pita y la chumbera.  
Pero ¡cuánta hermosura allí no mira  
Quién, como yo, del campo enamorado,  
Los pormenores rústicos admira?  
Allí lechosa y quebradiza higuera

Que al suelo tiende su follaje umbrio  
Y acoge plentera,  
En las horas del sol, al averío,  
Pone el fruto al alcance de la mano:  
El vecino azufaifo lo recata  
Para rendirlo, al fin, como villano,  
Al varejón cruel que lo maltrata,  
Y un moral de los dos se enseñoera  
Que harta de moras y las caras pinta  
A todos los chiquillos de la aldea.

Al muro de la casa, cual precinta,  
Se ciñe floridísimo arriate,  
Que arisca esparreguera y buen cañizo  
Libran de todo animalesco embate.  
Forma sobre la puerta cobertizo  
El parral, rico en hojas y caireles;  
De tejas adaptadas á los muros  
Cuelgan lánguidas matas de claveles,  
Y el pie aromatizando que la humilla,  
Del empedrado entre los guijos duros  
Florece la olorosa manzanilla.

El gorrión, atrevido ladronzuelo,  
Allí, chillando sin cesar, revuela  
De rama en rama y del tejado al suelo;  
El pichón, que á su tierna amante cela,  
La sigue andando y la persigue al vuelo.  
Chacharean sin fin las golondrinas;  
Hace la rueda y alborota el pavo;  
Revuélcense en el polvo las gallinas;  
Los polluelos, por ver quién es más bravo,  
Se enredan en terribles sarracinas,  
Que el gallo viene á terminar al cabo

Corriéndolos con miras asesinas;  
Los patos, cuneándose con gozo,  
Se congregan al ruido del carrillo,  
Agua pidiendo en derredor del pozo;  
Y cuando á tan alegre baturrillo  
Término dan las luces vespertinas,  
Comienza el dulce chirrear del grillo,  
Y vienen al moral los ruiséñores  
De las huertas vecinas  
Á cantar sus ternísimos amores.

DEL POEMA TITULADO EL HOLGADERO

Como el sol arreciaba su coraje  
Y en aquel mismo sitio un limonero  
Echaba á la vereda su follaje,  
Sentáronse á la orilla del sendero;  
Mas tanto y tanto el sol los perseguía,  
Que huyendo de su lumbre abrasadora,  
Tuvieron que internarse por la umbría.  
Allí dentro, ¡qué paz tan seductor!  
Muda la tierra, el aire adormecido,  
Solamente el silencio interrumpía  
El golpe de algún fruto desprendido,  
La seca rama que al ceder crujió,  
De la abeja el zumbido,  
Ó el aliento vibrante de Alegría.  
El deshojado azahar el suelo alfombra,  
Llena el sol, traspasando la espesura,  
De penumbrosos círculos la sombra,  
Y en cada rayo de su lumbre pura,

Como viviente polvareda de oro  
Un torbellino de átomos fulgura.  
Aire, calor y luz, todo allí enerva,  
Todo al sueño hace coro;  
El tibio aroma de florida hierba,  
De agua corriente el pertinaz murmullo,  
Silencio, soledad, bóveda obscura,  
Y por remate el soñador arrullo  
De la tórtola errando por la altura.  
El contempla á su amada,  
Recostado de un árbol en el tronco,  
Roja la faz, ardiente la mirada,  
Estremecido y respirando ronco.  
Á ella tanto el cansancio la sofoca  
Que al querer suspirar, acongojado,  
Muere el suspiro en su entreabierta boca,  
Y su seno turgente y levantado,  
Al ritmo de su aliento  
Se eleva y se deprime acelerado  
Como lona azotada por el viento.

DON SALVADOR RUEDA

FLORES DE ALMENDRO

Randa de flores de almendro,  
Tul de corolas risueñas,  
Calado de ojos de plata  
Que á la luz no parpadean:  
Sois joyeros del rocío  
Que en vuestros pétalos tiembla  
Al caerse de los labios  
De la tibia primavera.  
Como una fecunda virgen  
Que al andar gérmenes siembra,  
Viene del lado de Oriente  
Con su corona de estrellas.  
Su mano de sol, tendida  
Ante su imagen esbelta,  
Toca el árbol y lo cubre  
De sutílisimas yemas;  
Roza la tierra y la viste  
De verde y tupida felpa;  
Toca al pájaro y lo enciende  
En arpegios y en cadencias;

Mece el nido, y lo revive;  
Mueve el ramo y lo despierta:  
Al lago mira y lo azula;  
Mira al monte, y lo deshiela;  
Respira y llena los aires  
De entremezcladas esencias;  
Anda, y dejan sus pisadas  
Florecidas las praderas.  
En torno de ella, espirales  
De mariposas revuelan,  
Y á su paso abren las rosas  
Y los claveles revientan.  
Sus dedos de sol, enrubian  
Del niño la cabellera,  
Y remueven del anciano  
Las cenizas, aún no muertas.  
Llenan de sueños de oro  
Las frentes de los poetas,  
Y de los sabios fecundan  
Las descarnadas ideas.  
Todos los ojos la siguen,  
Todos los labios la besan,  
Y todos los corazones  
De gozo, al mirarla, tiemblan.  
Ella, riente y sencilla,  
Llenas las sienas de estrellas,  
Vertiendo flores de almendro  
Como una visión se aleja;  
Y al transponer las distancias,  
El alma humana contempla,  
Llenos de amor y de vida  
El mar, el cielo y la tierra.

LA PRIMERA FLOR

Ya es en las ramas alegres  
Cada brote una promesa;  
Ven y veremos unidos  
En su botón la hoja nueva.  
Plegada como tu boca  
Pálpita la flor risueña  
Que aún no ha dado el primer beso  
Al sol de la primavera.  
Ven, y, enlazadas las manos,  
Erraremos por la selva  
Y veremos si en sus troncos  
Aún están tus cifras puestas.  
Las virgilianas encinas  
Nos darán techumbre espesa,  
¡Que, para el amor, un velo  
Siempre ha tenido la tierra!  
Allí, á través de las ramas,  
Bajará la luz en hebras  
Á intercarse en los rizos  
De tu obscura cabellera,  
Y sentiremos el bosque  
Latir con la savia nueva,  
De brotes engalanado,  
Igual que un seno de perlas.  
Ya aterciopela los bordes  
De los senderos la hierba,  
Y los almendros tempranos  
Lucen su casta diadema.  
El sátiro entre los juncos

Con el agua brinca y juega  
Y besa la huella rauda  
De alguna ninfa en la arena.  
Los corzos van caminando  
En amorosas parejas,  
Y al menor soplo del aire  
Se atemorizan y tiemblan.  
Bajo el templo de los pinos,  
Donde columnas espesas  
Sostienen en sus alturas  
Sus *rotondas* gigantescas,  
Enardecida la sangre  
Pasan las liebres ligeras  
Tras de la pista olorosa  
De algún amante que espera.  
Ya vienen hasta el olfato  
Los gérmenes de la tierra,  
Procreación infinita  
Que los sentidos despierta.  
Vienen besos á los labios  
Que buscan tu boca fresca;  
¡Tu boca, flor aún cerrada,  
De casto misterio llena!  
Ese botón primoroso  
Quiero que el primero sea  
En abrir su tierno cáliz  
Á la dulce primavera.  
Pon tus labios en mis labios:  
Así, más cerca, más cerca...  
.....  
¡Vivan los pétalos rojos!  
¡Vivan las rosas abiertas!

### LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,  
Y baile al són de tu cantar la mosca,  
Que ya la sierpe en el zarzal se enrosca  
Y hacia extiende su verdor la parra.  
Desde la yedra que á la vid se agarra  
Y en su cortina espléndida te embosca,  
Recuerda el caño de la fuente tosca  
Y el fresco muro de la blanca jarra.  
No consientan tus élitros fatiga,  
Canta del campo el productivo costo  
Ébria de sol y del trabajo amiga.  
Canta y excita el inflamado Agosto  
Á dar el grano de la rubia espiga  
Y el chorro turbio del ardiente mosto.

### COLLAR

Como granos de rubies  
De encendidas y de hermosas,  
Entre las uvas sabrosas  
Son las uvas marbellies.  
No es su entonación trigueña  
Cual la del grano vistoso  
Lleno de jugo sabroso  
Que da la pasa rondeña.  
Más luminosas y ufanas,  
En ellas juntos se ven  
El jugo Perojimen  
Y el de las cepas tempranas.

No sé si de *bello mar*  
Viene el nombre peregrino,  
Tomado del mar divino  
Que va *Marbella á besar*.

Pero sé que los rubies  
Son entre piedras hermosos,  
Como entre frutos sabrosos  
Son las uvas marbellies.

A las nobles moscateles  
Vencen en limpios cristales,  
En tamaño á las parrales,  
Y en color á las cabrieles.

Es mi fruto favorito,  
Y mejor el labio moja  
Que la uva dulce de Loja  
El corazón de cabrito.

Ninguno ofrece los bienes  
Que él, entre finos manjares;  
No valen uvas mollares,  
Doradillas, ni lairenes.

Lo digo; son los rubies  
Entre las piedras hermosos,  
Como entre frutos sabrosos  
Son las uvas marbellies

### LA SIEGA

Calcinados los cuerpos por los calores  
Con que el cielo los campos rinde y doblega,  
Van con el hato al hombro los segadores  
Bajo el caliginoso sol de la siega.

De su madre y su novia se despidieron,  
Al pie de la postrera cruz del calvario;  
Las novias un pañuelo charro les dieron,  
Y las madres la insignia de un relicario.

Y con éste en el pecho, y aquél prendido  
Del cuello, como lema de fe y constancia,  
Dan al aire una copla que es un gemido  
Y en la bruma se pierden de la distancia.

El sol olas de lumbre vierte en las peñas,  
Lánguidos en los troncos dan los ramajes,  
Y ellos van arrastrando sus almadreñas  
Al través de la flama de los paisajes.

Ya del noble cortijo suenan las voces,  
Y á él van para en sus campos pasar los meses,  
Moviendo, infatigables, las curvas hoces  
Entre las amapolas y entre las mieses.

Formadas en hileras van las cuadrillas  
Ondulando en el trigo que el suelo esmalta,  
Y cuando derribadas dan las gavillas,  
Nube de cigarrones pulula y salta.

Las camisas abiertas, y destilando  
El sudor por sus torsos de roca dura,  
Mueven los brazos recios como nadando  
Y enseñan la valiente musculatura.

Guerreros sin fusiles y sin metrallass,  
Luchan del campo rudo con la aspereza:  
¡Eso sí que se llama ganar batallas  
Á la grande y fecunda Naturaleza!

Caiga de vuestras hoces al filo ardiente  
El de secas espigas rubio oléaje,  
Que en las eras aguardan pala y tridente  
Para limpiar los granos de su ropaje.

El trillador, en medio de sus fatigas,  
Da al aire un soñoliento cantar sonoro,  
Viendo saltar los granos de las espigas  
Como resplandecientes rosarios de oro.

Canta una copla untada de opio indolente,  
Que recuerda las que echan los orientales  
Cuando bajo las llamas de un sol ardiente,  
Cruzan en sus camellos los arenales.

La cigarra de Clôe canta en la vña  
El idilio de Dafnis nunca olvidado,  
Y dilatan los vientos por la campiña  
Su eco caliginoso y apasionado.

Un olor á verano llena el ambiente,  
Olor á tierra ardiendo, vides y eras,  
Y los cortijos muestran su afán creciente  
De encerrar en las trojes las sementeras.

Campeños valientes, seguid segando  
Los manojos de secas mieses doradas,  
Que en vosotros, muy lejos, siempre pensando,  
Ya esperan el regreso vuestras amadas.

Moved las hoces vivas, ¡oh segadores!,  
De rastrojos bordada dejad la vega,  
¡Que pronto los cohetes de mil colores  
Marcarán el glorioso fin de la siega!

Por la espalda del pueblo, cuando amanece,  
Vuestros hijos se asoman al alto monte,  
Por si vuestra figura vaga aparece  
En el confín dorado del horizonte.

Soldados sin fusiles y sin metrallass,  
Arrancad á los campos vida y riqueza;  
¡Eso sí que se llama ganar batallas  
Á la grande y fecunda Naturaleza!!

CÓRDOBA

Ciudad que te perfumas con azahares  
Y que en la cruz rompiste tu cimitarra;  
Quiero, para entonarte dulces cantares,  
Ponerle cuerdas nuevas á mi guitarra.

Le ataré, por bordones, tres hebras de oro  
Del sol que entra, riendo por los calados  
De tu insigne Mezquita robada al moro,  
Llena de incrustaciones y alicatados.

Y le pondré por prima, dos y tercera,  
Otras tres finas hebras, pero cortadas  
Del manto de la hundosa, real cabellera  
De tus hijas morenas y celebradas.

En tan raro cordaje quiero que suene  
La lengua, melodiosa cual vieja fabla,  
La lengua que á tus labios tan bien se aviene,  
Con que tu pueblo reza, suspira y habla.

Y con ella decirte, que en tus revueltas  
Calles, cuando las baña la luna fría,  
Me pasara la vida, pegando vueltas,  
Borracho de recuerdos y poesía.

¿Quién tu Koran sublime no habrá hojeado  
En ilusión siquiera? ¿Quién de improviso,  
Descifrando las suras, no ha vislumbrado  
Las puertas deslumbrantes del Paraíso?

De tus viejos reinados las ricas galas,  
¿Quién en visión no ha visto, viva y risueña,  
Á la luz misteriosa de las bengalas  
Que el espíritu enciende cuando se sueña?

Yo no sé qué secretos hay en tus muros,  
Población misteriosa, ni qué atractivo,

Que se llena de cuentos, á tus conjuros,  
El feliz pensamiento, de ti cautivo.

¡Córdoba de borrosas piedras gastadas,  
Que aún conservas vestigios de antiguas pren-  
Se oculta entre tus calles idealizadas [das;  
El espíritu vago de las leyendas!

Las frondas que te ciñen como tesoro  
Te entretejen de flores regios cendales,  
Y en la huerta abanicen tus siestas de oro  
Con sus colas inmensas los pavos reales.

Tu templo, en el bautismo cristianizado,  
Es un sueño suspenso sobre palmeras,  
Sobre ricas columnas en que rizado  
Parece abrirse un bosque de mil banderas.

Tus verdes naranjales, cual los de Jaffa,  
Quisiera ver con fruto de oro en los tallos,  
Y el cuadro de costumbres de la Ruzafa  
Con mozas á las ancas de los caballos.

Y en la extensión que pueblan los olivares  
Sembrados en hileras, me halagaría  
Escuchar los suspiros y los cantares  
Con que llora la musa de Andalucía.

De una espita á la vera, viendo extasiado  
Vaciar los bebedores copas á miles,  
Bebiera siempre en cáliz de oro labrado,  
El vino, todo aroma, de los Moriles.

Vagando de la feria por las casillas  
Quisiera ver la gente donosa y charra,  
Y prestar los caballos y las mantillas  
Color á la pintura fresca y bizarra.

Y subir la pendiente de naranjales  
De la sierra, columna del firmamento,

Y aspirar los tomillos y romerales  
Que incensarios agrestes, ungen el viento.  
Allí, en la inmensa altura, colgada viera  
Mi lira de un sarmiento de verde parra,  
Por si un enjambre errante venir quisiera  
A albergarse en el seno de mi guitarra.  
En ella las abejas su nido haciendo,  
Las de cera obrarían celdas iguales,  
É irían tras las dulces cuerdas vertiendo  
En la caja sonora dulces panales.  
Y así el arpa que llevo siempre sonando  
Donde están los secretos de la armonía,  
Podría entre sus notas ir destilando  
Las mieles cordobesas de la poesía.

### EL PARTENÓN

¡Oh Partenón de mármoles divinos  
Con que se ornó la acrópolis de Atenas;  
De tus líneas sublimes y serenas  
Sólo halla el hombre restos peregrinos!  
Si rodaron tus muros diamantinos  
Cual caravanas bajo mar de arenas,  
La mente humana idealizado llenas  
Y ríes en los aires cristalinos.  
En los celestes mundos del ensueño,  
Aún es Pericles tu glorioso dueño,  
Y es genio Fidias que á lo eterno alcanza.  
Y aun la Minerva que ante tí se erguía,  
Sirve á las almas de radiante guía  
Con el remate de su firme lanza.

### DON ARTURO REYES

### LO DE SIEMPRE

Ni el más pálido celaje  
Empaña el azul del cielo;  
Es esa hora en que todo  
En estío, bajo el fuego  
Del sol andaluz, dormita  
Y todo fulgura espléndido.  
Deja Juana la costura  
Y desencorva su cuerpo;  
Se aparta con ambas manos  
De las sienas los cabellos,  
Aún más negros que son negras  
Las negras alas del cuervo,  
Y levantándose airosa,  
Con lánguido movimiento,  
Asoma su faz morena  
Al balcón; ¡cuadro más lleno  
De luz no he visto en mi vida,  
Y si lo ví no me acuerdo!  
En el balcón boleado,  
Que más que balcón es templo

Y aspirar los tomillos y romerales  
Que incensarios agrestes, ungen el viento.  
Allí, en la inmensa altura, colgada viera  
Mi lira de un sarmiento de verde parra,  
Por si un enjambre errante venir quisiera  
A albergarse en el seno de mi guitarra.  
En ella las abejas su nido haciendo,  
Las de cera obrarían celdas iguales,  
É irían tras las dulces cuerdas vertiendo  
En la caja sonora dulces panales.  
Y así el arpa que llevo siempre sonando  
Donde están los secretos de la armonía,  
Podría entre sus notas ir destilando  
Las mieles cordobesas de la poesía.

### EL PARTENÓN

¡Oh Partenón de mármoles divinos  
Con que se ornó la acrópolis de Atenas;  
De tus líneas sublimes y serenas  
Sólo halla el hombre restos peregrinos!  
Si rodaron tus muros diamantinos  
Cual caravanas bajo mar de arenas,  
La mente humana idealizado llenas  
Y ríes en los aires cristalinos.  
En los celestes mundos del ensueño,  
Aún es Pericles tu glorioso dueño,  
Y es genio Fidias que á lo eterno alcanza.  
Y aun la Minerva que ante tí se erguía,  
Sirve á las almas de radiante guía  
Con el remate de su firme lanza.

### DON ARTURO REYES

### LO DE SIEMPRE

Ni el más pálido celaje  
Empaña el azul del cielo;  
Es esa hora en que todo  
En estío, bajo el fuego  
Del sol andaluz, dormita  
Y todo fulgura espléndido.  
Deja Juana la costura  
Y desencorva su cuerpo;  
Se aparta con ambas manos  
De las sienas los cabellos,  
Aún más negros que son negras  
Las negras alas del cuervo,  
Y levantándose airosa,  
Con lánguido movimiento,  
Asoma su faz morena  
Al balcón; ¡cuadro más lleno  
De luz no he visto en mi vida,  
Y si lo ví no me acuerdo!  
En el balcón boleado,  
Que más que balcón es templo

Á Flora, toda la escala,  
Desde el color más intenso  
Al más pálido y suave,  
Brilla en el rico ornamento  
De flores que lo embellece  
Y lo perfuma: el dompedro  
Y la rosa purpurina;  
El clavel, amante regio  
Cantado por el poeta;  
El jazmín, fragante y terso,  
Vencido rival del nardo;  
La albahaca, verde incienso  
Del hogar de los humildes;  
El precioso pensamiento  
Que luce de oro esmaltadas  
Las hojas de terciopelo,  
Y cien más, todas prendidas  
Por el Divino joyero  
Entre sutiles encajes  
De esmeraldas; y en el centro  
Juana, la de tez morena  
Y de ojos grandes y negros,  
De nariz recta y flexible,  
Y boca que es un secreto  
De marfil y de corales:  
Altísimo y firme el seno;  
El talle tan reducido  
Que amaga partir el cuerpo;  
Alta, gentil, esplendente,  
En gracioso desarreglo;  
Al desgaire colocado  
En los hombros un pañuelo

De seda grana, y vestida  
Con una bata que el tiempo  
Hostiliza y descolora,  
Y entre los rizos del pelo  
Una flor que ya ha perdido  
Sus arrogancias en ellos.  
¡Cuánto tarda, cuánto tarda!  
Juana, con borroso acento,  
Murmura; mas pronto brilla  
En sus ojos un destello  
De placer; el busto arquea  
Rápida sobre los hierros,  
Tronchando ramas y flores.  
Con airoso contoneo  
Desemboca por la esquina  
El mozo más pinturero  
Del barrio, el más arrogante,  
El más juncal y completo,  
Y al llegar cerca de Juana  
Se quita el mozo el sombrero,  
Y con voz que es un arrullo,  
Y una caricia, y un ruego,  
Le dice:  
—Una limosnita  
Deme usted, que yo no tengo  
Ya quien me quiera en el mundo.  
—Yo estoy muy mal de dineros,  
Hermanito; la *Alcazaba*  
No me da rentas, ni el perro  
De San Roque, y vivo sólo  
Del terral.  
—Si yo no quiero

Mas que una flor, la que tiene  
Usted, mi prenda, en el pelo,  
Y cuando venga esta noche,  
Que usted se asome corriendo  
Y oiga lo que yo le diga  
Y me diga usted que bueno,  
Para que desde esta noche  
El traje me venga estrecho  
Y me nazcan alelies  
En el corazón, y en sueños  
Me besen los angelitos.  
—Me parecen muchos besos  
Y mucho el que yo me asome.  
—Asómese usted, que tengo  
Llorando gotas de sangre  
El corazón en el pecho.  
Deme usted lo que le pido.  
—Más tarde.

—¿Cuándo?

—Pues luego,

Cuando vuelva y yo me asome,  
Si es que me asomo.

—Me pego

Un mal tiro en mala parte  
Si no.

—¡Por Dios, caballero,  
No me dé usted tan mal rato,  
Porque si usted hiciera eso,  
Qué iba á ser de mí en el mundo?  
Mas póngase usted el sombrero,  
Que va á darle un tabardillo.  
—Yo siempre estoy descubierto

Delante de la Pastora.

—Muchas gracias.

—¿Conque vuelvo?

—Vuelva usted, si ese es su gusto.

—¡Pues no lo ha de ser, ¡salero!

Puede usted, si no volviera,  
Jurar que Antonio se ha muerto  
Del gusto de haber hablado  
Con la reina de los cielos.

Y cual si bañado fuese  
En sol por fuera y por dentro,  
Se aleja con faz radiante  
El mozo más pinturero  
Del barrio, el más arrogante,  
El mas juncal y completo.

### LA BUENAVENTURA

—Oye tú, mozo moreno,  
Por los ojos de tu cara,  
Déjame que yo te diga  
Todito lo que te pasa;  
Tú estás ético de pena  
Por un clavel de Bengala  
Con los *clisos* como soles,  
Como agujas las pestañas  
Con el pelito anillao,  
Los *piños* como la nácar,  
Los labios como corales,  
El talle como la palma,  
Como dijés los *pinreles*,

Más bonita que una plata,  
Más salá que las pesetas  
Y al mismo tiempo más mala  
Que un tiro, y tú estás por ella  
Siempre pasa que te pasa  
Por calle de la Amargura  
Luciendo la americana,  
Y el perfil y el calabrote,  
Y el *pavero* y la tumbaga,  
Sin que nunca á tu martirio  
Lo veas en la ventana,  
Por que esa jembra, serrano,  
No se asoma si no pasa  
Por su calle, otro mocito  
Que ella estima y que es la estampa  
Del cólico miserere,  
Un *gachó* que cuando habla  
Relincha, un *gachó* que tiene  
Un mapamundi por cara;  
Pero lo que tú no sabes  
Es que por tí está que salta,  
Otra *gachí* con el pelo  
Más rubio que el sol, más blanca  
Que la espuma, con los ojos  
Azules y como tazas  
De grandes, con una boca  
Que es una *rosá trempana*,  
Y un cuerpo «que más bonito  
Pintores no lo pintaran».  
Y en fin, lo más regracioso  
Y lo más *chipé* de España;  
Y esa está por tí, moreno,

Que brinca como una cabra  
Y á voces pide el *Santolio*,  
Y el día que tú no alargas  
El perfil por su distrito,  
Ni sosiega ni descansa,  
Y no come y se le aflojan  
Las cintas de las enaguas,  
Se le desenriza el pelo,  
La estatura se le alarga  
Y no muerde por *chiripa*.

Y ahora que la gitana  
Te ha dicho los Evangelios,  
Buen mozo con toa la gracia  
Dame dos perritas gordas  
Pa atirantarle la faja  
Á mi pobre esgalichao,  
Al que hace ya una semana  
Que lo alimento de alpiste  
y de tallos de albahaca.

Y á poco sucia y riente,  
Haraposa y desgrefiada  
Se aleja la pitonisa,  
Y al sol que ardiente la baña  
Brillan sus ojos de antilope,  
Su curva faz bronceada,  
Su nitida dentadura,  
Los girones de su falda  
De percal, los pies descalzós,  
El pañuelo color grana  
Mal ceñido al pobre busto,

Llevando al brazo colgada  
La enorme cesta de mimbre  
Llena de encajes y randas,  
Que pregona con tan dulce  
Acento, con voz tan lánguida  
Que más que pregón parece  
Una canturía africana.

ÍNTIMA

Cuánto, cuánto te quiero, mi compañera,  
Fuente de amor que inundas el alma entera,  
Ídolo de mi vida, cuán buena eres!  
Ríbera de las olas de mi ternura,  
La más noble de todas y la más pura  
De las mujeres.

Si á solas por el mundo me viese un día  
Sin tu dulce compañía, sucumbiría:  
Brisa llena de olores que el alma aquieta,  
Blanca flor que mis lares plácida aroma,  
Melancólico Oriente de donde toma

Luz el poeta.

Yo á Dios pido tan sólo, sólo le pido  
Que antes que tú yo muera. ¡Cómo el herido  
Vagabundo pudiera vivir sin verte!  
Fueran sin tí mis horas mares sin playas,  
Antes mi compañera que tú te vayas,  
Venga la muerte.

Venga, que yo la tierra cruzar no quiero  
De tu orilla distante, rico venero  
Donde el amor que endulza mi vida mana.

Antes que tú te seques, verde palmera,  
Es mejor que á tu sombra se postre y muera  
Mi caravana.

Sin tí los hijos míos... ¡qué fuera de ellos  
Sin tus santas caricias, sin los destellos  
Que en amantes miradas tú les envías!  
Qué, lejos del regazo donde han nacido!  
¡Ay cuán yerto y cuán triste mi pobre nido  
Me dejarías!

Dios, si es cierto que al hombre marcas la  
Y tu excelsa mirada todo lo escruta [ruta  
Y eres justo, no ordenes sin que yo muera  
Que ella nos abandone; ya que me abates  
Sin tregua y sin reposo, no me arrebatas  
Mi compañera.

DE JORGE MANRIQUE

Déjame soñar despierto,  
Pues todo placer es muerto  
Para mí.  
Déjame pensar siquiera  
En aquella vez primera  
Que te vi.

¿Qué fué de tantas locuras,  
Qué fué de tanto correr  
Mas allá?  
El alma soñó venturas  
Y halló en el sueño placer  
Pero ya,  
Mira su dicha pasada  
Cual ve la madre angustiada  
Con horror  
La cuna yerta y vacía  
En que el hijo ayer dormía  
De su amor.

DE SANTA TERESA

Alma, esta noche nos llama  
A que tratemos de amores  
Y á que de Aquel te enamores  
Que antes de nacer nos ama:  
Huye la mentida llama  
Con que el mundo te embelesa;

DON SEVERO CATALINA

IMITACIÓN DE VARIOS ESTILOS

DE ROJAS

Cuando baja mi pastora  
Desde la montaña al valle  
La Diana cazadora  
Ve con envidia su talle.  
Las flores que alfombra tienden  
A sus pies, y el tallo agitan,  
De curiosidad se encienden  
Y de celos se marchitan.  
A su encuentro el arroyuelo  
Formando cinta de plata  
Corre, por ver si aquel cielo  
En su cristal se retrata.  
No pongan los hombres tilde  
Por ser humilde á una bella:  
Que el agua se arrastra humilde  
Y el cielo se mira en ella.

Sus encantos mide y pesa,  
Y advierte que todos son,  
Menos que fuego carbón;  
Menos que carbón, pavesa.

DE GARCILASO

Diera yo por tus ojos, mi zagala,  
El recental de la ovejuela mía;  
Y por la flor que de tu pecho es gala  
Las flores todas que la selva cria.  
Si descubró tu huella en la pendiente,  
Las trazas sigo de tu breve huella;  
Y si á la fuente vas voy á la fuente  
A oír tu acento que murmura en ella.  
Si el sol viene á copiar luz en tus ojos  
Y el aura te acaricia en blandos giros,  
Celos tengo del sol y tengo enojos  
Del aura que se lleva tus suspiros.  
Mas ¡ay! tu pecho ingrata es roca dura  
Que el gemido de un triste no conmueve;  
Que si eres blanca, cual la nieve y pura,  
Eres fría también como la nieve.

Á PACECITA

Cuando viniste al mundo  
Tu dulce guarda  
Los ángeles del cielo  
Se disputaban;

Los más hermosos  
Tienden sobre tu cuna  
Sus alas de oro:  
De tu madre al arrullo  
Tranquila duermes,  
Y aunque un trono tuvieras  
Cuando despiertes,  
Despierta tarde:  
No hay trono cual los brazos  
De nuestra madre.  
Crece, niña hechicera,  
Crece lozana  
Como árbol en la orilla  
De limpias aguas;  
Crece y que nunca  
Se nuble el claro cielo  
De tu ventura.  
Ángel de la esperanza,  
Risueño y puro,  
Tú comienzas el viaje  
Yo lo concluyo;  
Quizá los rayos  
Que iluminan tu aurora  
Doran mi ocaso.  
Mas si un día en el fondo  
De tus recuerdos,  
De mi voz ya apagada  
Resuena el eco,  
Piensa que he sido  
El primero en cantarte  
De tus amigos.

DON MARIANO CATALINA

Á LA NIÑA TERESA

Niña, la vida te espera,  
Y con un placer eterno  
Te convida:  
Tú entras en la primavera,  
Yo camino hacia el invierno  
De la vida.

Cuando leas lo que escribo,  
Ya la muerte me habrá dado  
Paz y calma;  
Y si aún en la tierra vivo,  
Tendré el corazón helado.  
Seca el alma.

Soy á cantarte el primero,  
Y en pago de mi canción  
Me darás,  
Un recuerdo, si no muero,  
Y si muero, una oración,  
Nada más.

Si hoy algún mérito tienen  
Los consejos que tracé

De mi mano,  
Será acaso porque vienen  
De un joven que siempre fué  
Casi anciano.

Niña, vivir es amar;  
Del amor temple tu afecto  
En la llama,  
Y déjale á Dios obrar,  
Que en el mundo es más perfecto  
Quien más ama.

De amor el cielo y la tierra  
Alzan un himno sagrado  
Al Señor,  
Y cuanto en sí el mundo encierra  
Proclamando está el reinado  
Del amor.

¡Amor!... venturoso nombre,  
En el abismo profundo  
Nunca visto,  
Por él ha nacido el hombre,  
Por él ha venido al mundo  
Jesucristo.

Ama á Dios, que Dios te envía  
La virtud y la hermosura  
Y el consuelo,  
Amale mucho, hija mía,  
Que él es la senda segura  
Para el cielo.

Para el que te ha dado el ser  
Y la que en ti se ha mirado  
Con amor,  
Debes en tu alma tener

El sitio más regalado  
Y el mejor.  
Ama á los hombres, que todos,  
Ricos y pobres y reyes  
Y villanos,  
Son por diferentes modos  
Y por sacrosantas leyes,  
Tus hermanos.  
Crece­rás, niña, en virtudes  
Y crece­rás en primores  
Y en encantos;  
Mas también tus inquietudes  
Crece­rán, y tus dolores  
Y quebrantos.  
Y cuando se alza gentil  
Tu celestial hermosura,  
Ya verás  
Que te adoran más de mil,  
Y el que más amor te jura  
Miente más.  
El amor, dice la ciencia,  
Que es ciego, y yo no lo niego  
Ni lo dudo;  
Pero sé por experiencia  
Que por cada vez que es ciego  
Ciento es mudo.  
Y si hay algún hablador  
Que censure tu desdén,  
Dile al tal,  
Que en los asuntos de amor,  
Todo aquel que siente bien  
Habla mal.

Y... basta de profecías,  
De consejos y de amores,  
Angel mío;  
Dios te dé las alegrías,  
Las dichas y los favores  
Que yo ansío.  
Él, que su obras completa,  
Como bella te hará honrada  
Y virtuosa,  
Y al par que amable y discreta,  
Serás tan afortunada  
Como hermosa.  
¡Adiós! Si juzgas un día  
Por su torpe desaliño  
Mi canción,  
Arroja la poesía,  
Y acepta de mi cariño  
La expresión.  
La expresión, no de talento,  
Que yo no aspiro á esa palma  
Tan hermosa;  
Pero si del sentimiento,  
Del sentimiento de un alma  
Cariñosa.

TU IMAGEN

En todas partes ver creo  
La mujer por quien suspiro;  
Pero ¡ay!... cuanto más la miro  
Más admirarla deseo.

Por doquier que voy la veo,  
Y pienso que está su vida  
A la mía tan unida  
Como á su tallo la flor;  
Y es que la tiene el amor  
Aquí en mi pecho esculpida.  
Dios me perdone si fui  
Al templo y mi alma no oró...  
No tuve la culpa yo,  
Porque tú estabas allí.  
Ante mis ojos te ví  
Y ansioso te contemplé:  
En tu rostro concentré  
La atención del alma mía...  
¡Cuánto no te admiraría,  
Que hasta de Dios me olvidé!

#### Á JESÚS

Cumplióse la profecía  
Que tierra y cielos alegra:  
Lució en la noche más negra  
La luz del más claro día.  
Nació Jesús, y la impía  
Discordia del mundo hnyó:  
Dios-hombre á sus plantas vió  
Pastores y soberanos,  
Hizo á los hombres hermanos,  
Y por los hombres murió.

#### EN LA AUSENCIA

Volad con ella, pensamientos míos,  
Volad lejos de aquí;  
Que tristes, desterrados y sombríos  
Habéis de estar en mí.  
Dejadme en soledad tan desdichada  
Sumido en el dolor:  
Ya no quiero pensar ni sentir nada  
Ausente de mi amor:  
Id al instante, que mi dueño hermoso  
Muy lejos vive ya;  
No me pidáis un punto de reposo,  
Volad donde ella está.  
Sepa que en torno suyo bulle y gira  
Mi incontrastable fé;  
Que os encuentre en el aire que respira  
Y hasta en la luz que vé.  
A doquiera que vaya su belleza  
Seguidla sin cesar,  
Y tal vez en sus horas de tristeza  
La podáis consolar.  
Seguidla, aunque su cara de alegría  
Sea viva expresión;  
Ya sabéis cuán alegre está la mía,  
Cuán triste el corazón.  
Quizá cuando su risa el llanto enfrena  
Bien lo podéis hacer;  
Que á veces de consuelo, cual la pena,  
Necesita el placer.

No, no la abandonéis; y si un instante  
Se acordare de mí,  
No le neguéis que su infeliz amante  
La sigue desde aquí.

Allá en sus horas de pérdida calma  
Y amarga soledad,  
Decidla de mi parte: «tuya es su alma,  
Tuya su voluntad.»

Si su espíritu inquieto y desvelado  
El sueño no encontró,  
Decidle que se duerma, que á su lado  
Os mandó velar yo.

Si en su mirada vaga y distraida  
Véis secreto pesar,  
Pentrad en su pecho y en seguida  
Venídmelo á contar.

¡Ah! contádmelo, si; pues yo que ufano  
La adoro con pasión,  
Para arrancarle su secreto, en vano  
Llamé á su corazón.

Si cobarde suspiro en su alma preso  
Véis que quiere salir,

Recogedlo en sus labios con un beso  
Que la haga sonreír.

Si la fatiga el desigual ruido  
Del mundo adulator,  
Llevadla mis caricias al oído,  
Dulces como mi amor.

— Estad siempre á su lado, y ni un momento  
A solas la dejéis;  
Pentrad en su propio pensamiento,  
Y allí tal vez me halléis.

¡Ah!... Si me halláis, tornad al punto ufanos  
Para calmar mi afán;  
Sola no la dejéis, vuestros hermanos  
Tras de vosotros van.

Volved; y si con otros más dichosos  
Tropezáis al volver,  
Dadles la nueva, y vuelen presurosos  
En alas del placer.

Dádsela para que ella los reciba,  
Abierto el corazón,  
Como una prenda cariñosa y viva  
De mi ardiente pasión.

Pero si no la apiadan mis tormentos,  
Y os mira con desdén,  
Entonces... ¡ay!... entonces, pensamientos,  
Volved á mí también.

Volved; y aunque á desdenes no sucumba  
Este amor pertinaz,  
Dentro de mí hallaréis honrada tumba  
Donde dormir en paz.

No sea que esté soñando,  
Y sueñe que soy feliz.

En el sitio en que te hallé  
Mandé poner una cruz;  
Que allí murió mi alegría  
Donde me miraste tú.

Por sendas de ilusiones  
Fui caminando,  
Y en los bosques perdime  
Del desengaño.

No pienses mal nunca, niña;  
Que los malos pensamientos,  
Subiendo en forma de nube,  
Tapan las puertas del cielo.

En las rosas de tu cara  
Un beso acaban de dar:  
Rosas que picó un gusano  
Presto se deshojarán.

Dios quiso que la vergüenza  
Fuese una flor encarnada:  
Para que la vieran todos  
La hizo brotar en la cara.

¡Cómo bajas á la fuente  
Por la mañana á mirarte  
Teniendo mi corazón  
Y en él impresa tu imagen!

DON MELCHOR DE PALAU

CANTARES

De la mar en las playas,  
Junto á las olas,  
Te encontré, hermosa niña,  
Cogiendo conchas.  
Entre la arena,  
Tú una concha buscabas,  
Yo hallé una perla.

¡Cómo quieres que los aires  
Cruce un pájaro sin alas!  
¡Cómo quieres que yo viva,  
Si me quitas la esperanza!

Pastores, que preguntáis  
Las horas á las estrellas,  
Preguntadles si algún día  
Veré el fin de mi tristeza.

Procura no despertarme  
Cuando me veas dormir;

Bien sabes tú que yo tengo  
Como cera el corazón,  
Y me miras, sin embargo,  
Con esos ojos de sol.

Quisiera morirme pronto,  
Y ángel del cielo volverme,  
Para serlo de tu Guarda,  
Y estar á tu lado siempre.

Dijo un sabio: «yo no paro  
hasta encontrar la Verdad:»  
Y en los brazos de la Muerte  
Vino por fin á parar.

Tengo un cuadro de tristeza  
Clavado en el corazón:  
Lo pintaron tus desdenes,  
Tu perfidia lo clavó.

La mirada que me echaste  
Ayer tarde en la pradera,  
Fué una gotita de miel  
En la copa de mis penas.

Yo quise á través del aire  
Mandarte mi pensamiento,  
Mas era tan puro y casto  
Que se fué volando al cielo.

Cuando más tú me maltratas  
Más aumenta mi cariño;

También se pisan las uvas  
Y pagan la ofensa en vino.

Agua me dió una zagala  
Viéndome morir de sed:  
Mucha sed antes tenía,  
Pero más tuve después.

Te quiero si abres los ojos,  
Pero más si los entornas,  
Que á mi siempre los capullos  
Me gustan más que las rosas.

Mientras la vida nos dura  
La muerte estamos temiendo:  
Procuremos que al morir  
La vida no nos dé miedo.

Ando buscando á la Muerte  
Para decirle al oído  
Que nos mate un mismo día,  
Y nos entierre juntitos.

Un cuadro de mi jardín  
Sembré todo de ilusiones:  
Nacieron lindos capullos,  
Mas no llegaron á flores.

De mi desvías los ojos  
Porque voy tirando á viejo;  
No escojas la leña verde,  
Si quieres tener buen fuego.

La conciencia es un espejo  
Que nuestros actos refleja:  
El bueno goza en mirarse,  
El malo quebrarlo intenta;  
El malo quebrarlo intenta  
Sin pensar que, torpe y ciego,  
Al romperlo en dos pedazos,  
Se encuentra con dos espejos.

—  
Mi querer y tu querer  
Se hallaron en un camino,  
El mio, le dijo al tuyo:  
—¿Dónde vas chiquirritito?

—  
Que en mi corazón viviste  
No podré nunca olvidarlo;  
Vaso que tuvo perfume  
Queda siempre perfumado.

—  
Procura ser cual la nieve  
Del pico de las montañas,  
Que no baja nunca al llano,  
Por no dejar de ser blanca.

—  
Vente conmigo, morena,  
Y á un sabio preguntaremos,  
Cómo no arden tus pestañas  
Sobre tus ojos de fuego.

## LA POESÍA Y LA CIENCIA

Muda la lira en la indolente mano;  
Desceñida la túnica: en el aire  
La flotante abundosa cabellera,  
Que ya no logra sujetar el mustio  
Laurel de Dafne, sube la *Poesía*  
Á paso lento el Léucade ríscoso;  
Buscando va la muerte que halló un tiempo  
De Mitilene la poetisa augusta:  
Breve instante reposa; atrás contempla  
Y vé razas y pueblos sucederse,  
Y doquiera se mira reflejada  
Siempre su luz, iluminando el cuadro:  
Jovial sonrisa en las alegres fiestas,  
Lágrima dulce en las luctuosas horas;  
Mira lo porvenir, lo ve sombrío,  
Y prosigue el sendero; al árdua cumbre  
Llega por fin; las aguas acaricia  
Con su mirada virginal y lanza  
Á los vientos su canto postrimero:  
Sacerdotisa de la cipria Diosa;  
Eolia Musa, de celeste numen;  
Cantora de Eros; en amor maestra;  
Misera Safo.  
Faón un día desoyó tus versos;  
Esquivó el beso de tu labio ardiente,  
Y tú orgullosa demandaste al onda  
Tumba y olvido.  
Tambien hoy vengo á que la diva Tetis

Cabe tu cuerpo reposar me deje,  
También el mundo mi canción desoye,  
Huye mi halago.

Las sacras aras, donde yo oficiaba,  
Por tierra yacen en pedazos rotas:  
Ya de Himeneo á celebrar las fiestas,  
Nadie me invita.

Ya se ha secado la Castalia fuente;  
De abierta concha, ya no surge Venus,  
Ávido el hombre, sólo en ellas busca  
Nítidas perlas.

Ya Prometeo no arrebató al cielo  
La luz y el fuego que doquiera brotan;  
Y, en vez de ondinas, codiciosos buzos  
Surcan las aguas.

Ya la nereida en el enjuto río,  
Que aunado sesga para dar impulso  
A la rodante maquinaria activa,  
Morar no puede.

El Dios Cupido, sin vendar los ojos,  
Con oro trata de llenar su aljaba,  
Para rendir el corazón humano  
Única flecha.

Los altos bosques la segur abate,  
Para abrir campo á la ferrada vía;  
Ya del Dios Pan reemplaza el caramillo,  
Silbo estridente.

Nuevo Pegaso por los aires vuela,  
Y gañán torpe de pelambre hirsuta  
Mora en la choza que habitó el meliflúo  
Pastor de Arcadia.

Cayó el castillo que albergara al bardo,

Los duros hierros que ablandó su guzla:  
Para escucharle, al ajimez morisco  
Ya nadie asoma.

Dejó el querub la sideral vivienda,  
Que el antejo escrutador invade,  
Y hacia otros cielos dirigió las alas,  
Lejos, muy lejos.

La gran corriente que convierte en ruinas  
Lo que delicia de las gentes era,  
Mantos no arrastra de fecundo limo,  
Do broten flores.

Nada vislumbro que á cantar me incite  
En este siglo para mí en tinieblas,  
Cuando la noche su negrura extiende,  
Callan las aves.

La indiferencia me atosiga el alma;  
Todos me infligen dolorosa muerte,  
La más tirana que pudieran darme,  
La del desprecio.

Por eso anhelo que las aguas sean  
Blando Leteo á mi mortal angustia,  
Acudo á ellas, si cual tú sentida,  
Cual tú celosa.

Mas ¡cuán distintos los adversos hados!  
En torno tuyo, en armonioso coro,  
Las condolidas por tu suerte infausta,  
Hijas de Lesbos.

En torno mío soledad penosa,  
Y allá á lo lejos zumbador murmullo  
Que, en su fatiga, forma inquieto el siglo  
Que me rechaza.

Y tú, Anfitrite, que en la mar dominas,

Acoge pía mi anhelante queja;  
Á mi contacto, las voraces ondas  
Abre, te ruego.

No quiero no, que con sarcasmo el mundo  
Prorrumpa al verme abandonada y triste:  
«Esa que véis de túnica harapienta,

*Fué la Poesía.»*

Un suspiro lanzaron de consuno  
Ella y la lira; al agua abalanzóse,  
Cuando — Detente y mi palabra escucha —  
Con voz entre imperiosa y suplicante,  
Gentil matrona de gallardo aspecto  
Dijo, tendiendo los desnudos brazos.

—Diosa ó mortal, ¿quién eres que retardas  
El cumplimiento de marcado sino?—

—Tu compañera soy, yo soy la *Ciencia*—

—¡Minerva tú, dó el casco refulgentel  
¡Dó la heridora lanza y el escudo!

—No soy la Diosa que brotó con armas  
De la frente de Júpiter Tonante,

Yo nací del cerebro de los sabios,  
En nocturnas vigiliás engendrada;

Si al mar quieres bajar, baja conmigo,  
Mas no rompiendo las cerúleas ondas

Sino en *ictineo* previsor que encierra

Aire vital en reducido espacio,

Y una vez agotado lo fabrica;

Allí las penatulas luminosas;

Las estrellas de mar en copia inmensa;

El pez luna asomando en lontananza;

La nublosa fosfórea superficie

Y del torpedo los mortales rayos,

Te mostrarán que en las verdosas aguas,  
Do los astros nocturnos se reflejan,  
Éxiste un duplicado firmamento,  
Objeto digno á tu sonante lira.  
Contemplantos los peces plateados,  
En los ramajes del coral posarse,  
Las conchas que á la mar las sales roban  
Para formar el nido de las perlas;  
Las medusas viajando en las corrientes;  
Las sinuosas oceánicas honduras  
Corresponderse en armonioso ritmo  
Con las cadenas de los altos montes,  
Que con nubes completan su tocado;  
El argonauta que ha enseñado al hombre  
El arte de nadar; la hidra asombrosa  
Que la de Lerna por modelo tuvo;  
Las islas madreporicas formarse;  
Y escucharás los peces cantadores  
Que tomaste por lúbricas sirenas.  
Pasto hallará tu inspiración sublime,  
Doquier que vuelvas los ansiosos ojos;  
Si Colón halló un mundo al otro lado,  
Otro resta en el fondo de los mares.  
Dejando el que fué alcázar de Neptuno,  
Ver puedes de la tierra las entrañas,  
Y el Nilo allí explorar de la existencia,  
Hasta su ignoto origen romotando.  
Merced al telescopio, el alto cielo  
Conmigo escalarás; ebrias de gozo,  
De los planetas de la tierra hermanos  
Aspiremos el vital aliento;  
Y, cruzando su atmósfera, tranquilas

Posaremos en ellos breve instante,  
Atraídas aún más que por su masa,  
Por el fuerte poder de su hermosura.  
Tu mirada sutil, si desaparecen  
Á mi soplo las brumas, ¡cuántos, cuántos,  
Verá surgir lumbrosos horizontes!  
Qué vale el cielo cuya ausencia lloras,  
Manto azul que de estrellas salpicado  
Formaba el techo de la tienda humana,  
En parangón con el que allí descubras,  
Etéreo mar sin fondo ni riberas,  
Donde flotan los soles á porfía,  
Y en el que es nuestro globo un diminuto  
Grano de opaca arena; en moldes nuevos  
Vaciar debes tus obras inmortales,  
Con hilos del telégrafo reemplaza  
Las ya insonoras cuerdas del salterio.

Canta la selección de aves y flores,  
Que es un himno entonar á la belleza,  
Copiosa fuente de vital progreso,  
Fecunda ley que hasta el reptil acata.  
Comienza la epopeya del trabajo,  
Que, á Dios alzando vaporoso incienso,  
Las montañas enrasa con los valles,  
Los cauces alinea tortuosos,  
Y da á beber al arenal enjuto.  
Canta el hombre, luciérnaga rastreadora  
Que con el fuego de su mente alumbró,  
Y á cumplir nace las arcanas leyes  
De mejorarse y mejorar el mundo.

De la Ciencia los mártires ensalza;  
Hora es ya que sus cuerpos venerandos  
Dejen las catacumbas del olvido.  
Canta la edad de piedra y la del hierro;  
Las embrionarias nebulosas canta;  
Canta el beso reciente de dos mares;  
De los espacios convertida en buzo,  
Sondea sus prodigios; canta el verbo  
Por haces luminosos transportado;  
La vida amamantándose en la muerte;  
Del piélago y la luna los amores;  
El horrible tardío nacimiento  
Del Pirene y del Alpe; los suspiros  
De lava incandescente; el nuevo coro  
Que en su labor las máquinas entonan;  
La materia radiante que hace gala  
Del nervioso poder de cuarto estado;  
Los núcleos de infusorios tan temibles  
Como un día los fieros mastodontes;  
Canta el vapor que absorbe las distancias;  
El fonógrafo canta, que eterniza  
Los ecos de amorosos juramentos;  
Canta el sol que á los prismas espectrales  
Ha confiado el secreto de su esencia;  
De los átomos canta el oleaje;  
Y el progreso que lento peregrina,  
Quizá influido en su triunfal carrera  
Por las térreo-magnéticas corrientes,  
Que palpitante brújula señala.  
En olvido no pongas á esos hombres  
Herederos del don de los milagros,  
Edison y Graham-Bell; ni al Padre Secchi,

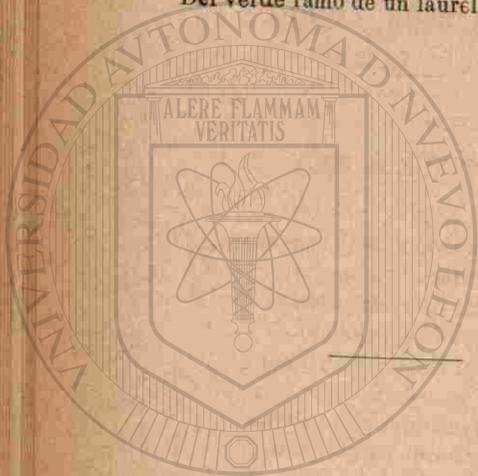
Que en el cielo vivió desde la tierra,  
Y hoy en la tierra vive desde el cielo;  
A Nordenskjold y a Livingstone no olvides,  
Que sólo por mi amor han recorrido  
Del Polo Norte la cabeza cana  
Y el virgen corazón de África ardiente.

Yo de ti necesito, amada mía,  
Como la flor los plácidos colores  
Para atraer la vaga mariposa,  
Que, entre el polvillo de sus ténues alas,  
Lleve a otra flor el polen fecundante.  
Tú endulzarás mis horas de amargura,  
Cual del pueblo de Dios el cautiverio;  
Tú cubrirás mi desnudez austera  
Con tus leves cendales, que embellecen  
Mal velando, los mórbidos contornos;  
Alados nacerán mis pensamientos;  
Encenderás la ardiente fantasía,  
Telescopio del sabio en cuyas sienes  
Pondrás el lauro que tus manos tejan,  
Y, envuelto en los fulgores de tu nimbo,  
Ascenderá a la cumbre de la gloria.  
Ya la Industria y el Arte se enlazaron,  
Presto sigamos su fecundo ejemplo:  
Yo seré la materia, tú el espíritu;  
Yo el fuego, tú la luz que de él emana;  
Yo el análisis frío, tú la síntesis  
Que con las flores bellas forma el ramo;  
Yo la roca, tú el águila que afirma  
La planta en ella al remontarse al cielo;

Yo la raíz y el tronco, tú las ramas  
Do posen las canoras avecillas.  
Tú serás la intuición, yo el raciocinio;  
Tú la meta lejana, yo el atleta  
Que al fin la alcanza a su fatiga en premio;  
Tú la hipótesis, lampo fulguroso,  
Yo el caminante que en oscura noche  
Busca a su luz la suspirada senda.  
Cual dos abejas en verjel ameno,  
Aunadas volaremos, con hartura  
Libando sus dulzores virginales,  
Para una miel labrar muy más sabrosa  
Que la de Himeto, hasta a los Dioses grata.  
Los ídolos, por tierra derribados,  
Que formaron tus juegos infantiles,  
Consérvalos en clásico museo  
Pero no en el altar; no los invoques,  
Y parcamente a su consejo acude;  
¡A qué pedir belleza a la mentira  
Si en campos de verdad brota espontánea:  
Si esos mundos que miras rutilantes  
Son granos de semilla, que contienen  
La balsámica flor de la hermosura,  
Si el cometa fugaz, y el rayo inquieto,  
Y el arco iris, y la láctea vía,  
Renglones son del inmortal poema  
Que, festejando la creación naciente,  
Escribió Dios en el inmenso espacio,  
Y que hoy el hombre deletrear consigue!

Calló la Ciencia; con intenso anhelo

Arrojóse en sus brazos *la Poesía*,  
Y, un ósculo al cambiarse cariñoso,  
*La lira mirda en la indolente mano*,  
Á sonar comenzó, cual arpa eolia  
Del verde ramo de un laurel colgada.



DON MARCOS ZAPATA

GENTE DE PLUMA

¡Oh, adorable gorrión! ¡Oh, compañero,  
Cuánto á mí te pareces y asemejas!...  
Habitamos los dos las mismas tejas:  
Yo un sotabanco, tú bajo el alero.

Apenas brilla el resplandor primero,  
Cantando alegre tu refugio dejas;  
Yo también, al sentir que ya te alejas,  
De mi angusta mansión parto ligero.

Juntos salimos á buscar la vida;  
Tú, el puñado de rubios cereales,  
Yo, la media peseta consabida.

Mas aquí se divorcian nuestros males;  
Tú encuentras casi siempre la comida,  
Pero yo pocas veces los dos reales!

DULCES RECUERDOS

¡Pasó ya mucho tiempo! ¿Quién lo ignora?  
Y todavía creo estar mirando

Surgir del valle, sobre el césped blando,  
Aquella aparición encantadora.

Era de Abril una apacible aurora.  
¡Oh juventud, cuán lejos vas quedando!  
¡Ya soy viejo;... ¡Qué frío!... ¡Está nevando!

¡Y mi cabeza siempre soñadora!  
Espléndida mujer, naciente día,  
Dulces alondras, matizadas flores,  
Celestial arrebol, terrestre calma...

¡Yo os invoco en mi ardiente fantasía!  
¡Yo os consagro un recuerdo en mis amores!  
¿Tiene acaso vejez ni edad el alma?

### TIERRA FIRME

Como busca el piloto diestramente,  
Defendiendo su nave carcomida,  
Un abrigo en la costa apetecida  
Donde fijar el ancla el corvo diente,  
Así también del mundo en la corriente,  
Cansado de los mares de la vida,  
Busca en la paz de la mujer querida  
Puerto feliz el corazón ardiente.

Dichoso aquel que por bondad del cielo  
Encuentra en el regazo de una esposa  
El arribo feliz de su ventura.

Playa de amor y de eternal consuelo;  
¡Para el bien de la vida, cuán hermosa!  
¡Para el goce del alma, cuán segura!

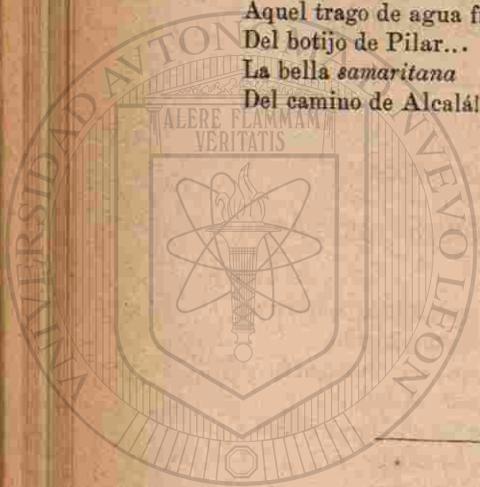
### EL RECUERDO DE UN BOTIJO

¡Aún conservo en la memoria,  
No lo olvidaré jamás,  
Aquel trago de agua fresca,  
Del botijo de Pilar!  
Era una tarde de Agosto;  
Volví yo de Alcalá,  
Cabalgando en un mal penco  
Bajo un sol canicular.  
Presto senti en la garganta  
Una horrible sequedad,  
Y creciente sed rabiosa  
Me empezó á mortificar.  
En dos leguas de camino  
Por carretera infernal,  
Ni un parador, ni una venta  
Me fué posible encontrar,  
Ni siquiera un pobre arroyo,  
Ni un tísico manantial  
Donde humedecer las fauces  
Y la horrible sed calmar.  
Aseguran que el sediento  
Imagina en su ansiedad  
Ver frescas y claras fuentes  
Donde no hubo agua jamás;  
Y yo, lector, que he pasado  
Por esa angustia mortal,  
Semejantes ilusiones  
Afirmo que son verdad.

Presa de febriles vértigos  
Iba en mi jaco alazán  
Maquinalmente avanzando  
Por la carretera Real,  
Cuando vislumbro á mi izquierda  
Ese albergue peculiar  
De los peones camineros  
Como un dado colosal.  
Me aproximo á la caseta;  
Paró el jamelgo al llegar,  
Y entre la apacible sombra  
De alto y alegre parral,  
Más rubia que aquellas onzas  
Que ya nunca volverán,  
Con ojos de azul intenso  
Como las aguas del mar,  
Sentada una linda joven  
Aparece en el umbral,  
Y al lado suyo un botijo  
Que gotea al traspasar.  
Saludo sin apearne  
Y pidola con afán,  
De la incitante vasija,  
El líquido celestial.  
Ella contesta al saludo  
Con mucha amabilidad;  
Luego me brinda el botijo,  
Y, ¡oh, dioses! ¡Cómo pintar  
Por medio de la palabra  
Ese placer sin igual  
De un chorro refrigerante  
Cayendo en el paladar,

Corriendo por la garganta  
Y apagando aquel volcán?  
Alcé el botijo tres veces,  
Y al cabo, saciada ya  
La maldita sed, me pongo  
De hito en hito á contemplar  
La bella *samaritana*,  
Del camino de Alcalá.  
—¿Cómo te llamas?—La digo,  
Y ella responde:—Pilar.  
—¿Tienes novio?—Es muy temprano:  
No hay gran prisa... ya vendrá.  
—¿Es tu padre el guarda?—El mismo,  
—¿Sola en la casuca estás?  
—No tau sola... ¡Tigre, tigre!  
Y un mastín descomunal  
Acude á la voz de su ama  
Con cavernoso ladrar.  
—¿Qué opina usted de este amigo?  
—¡Que es un soberbio guardián!  
¡Magnífico! Toma un duro  
Para comprarle un collar.  
—¡Saldría el agua muy cara,  
Y aquí de balde se da!  
—No he pretendido...—Buen viaje,  
Que hay nubes de tempestad  
Y hasta Madrid, todavía  
Queda bastante que andar.  
Dijo la discreta joven  
Y fuese sin más ni más...  
Y yo seguí cabizbajo  
Por la carretera Real.

¡Desde aquella fecha, un tercio  
De siglo ha pasado ya,  
Y aún conservo en la memoria,  
No lo olvidaré jamás,  
Aquel trago de agua fresca  
Del botijo de Pilar...  
La bella *samaritana*  
Del camino de Alcalá!



DON EDUARDO MARQUINA

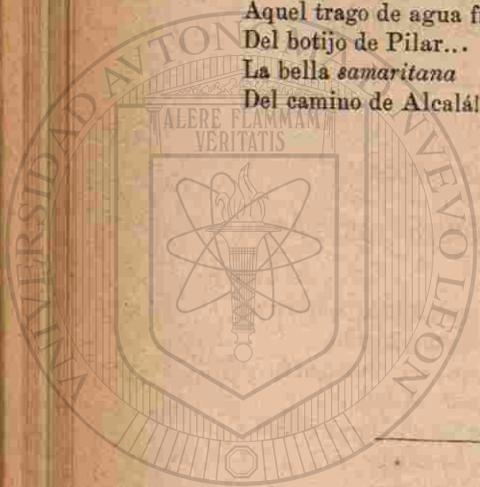
Del libro LAS VENDIMIAS

LAS SIETE PALABRAS DEL POETA

Me has dado pena, humanidad, que gritas  
En torno del Lagar, como si el vino  
No se hubiera de hacer: no estás segura  
De los misterios naturales.—Pobre!  
Tienes señales de hambre y te impacientas  
Delante de los hornos donde cuece  
El pan con levadura de mañana.  
Yo te quiero tener —hermana mía,  
Madre mía y amada de mi espíritu—  
Pendiente de mis labios y á tu pecho  
Llevar la confianza, que protege  
La vida de los niños.—

Vuelve y mira  
En derredor de tí; fuera del hombre,  
Toda cosa en el mundo es infalible.  
Encerrados en medio de los montes  
Que dan seguridad, los campos hacen  
Su alternativo cambio de cosechas

¡Desde aquella fecha, un tercio  
De siglo ha pasado ya,  
Y aún conservo en la memoria,  
No lo olvidaré jamás,  
Aquel trago de agua fresca  
Del botijo de Pilar...  
La bella *samaritana*  
Del camino de Alcalá!



DON EDUARDO MARQUINA

Del libro LAS VENDIMIAS

LAS SIETE PALABRAS DEL POETA

Me has dado pena, humanidad, que gritas  
En torno del Lagar, como si el vino  
No se hubiera de hacer: no estás segura  
De los misterios naturales.—Pobre!  
Tienes señales de hambre y te impacientas  
Delante de los hornos donde cuece  
El pan con levadura de mañana.  
Yo te quiero tener —hermana mía,  
Madre mía y amada de mi espíritu—  
Pendiente de mis labios y á tu pecho  
Llevar la confianza, que protege  
La vida de los niños.—

Vuelve y mira  
En derredor de tí; fuera del hombre,  
Toda cosa en el mundo es infalible.  
Encerrados en medio de los montes  
Que dan seguridad, los campos hacen  
Su alternativo cambio de cosechas

Sin rendirse jamás; las selvas, quietas  
En apariencia, lentamente siguen  
Su crecimiento solapado; el río  
Constantemente baja de los montes  
Y penetra en el mar constantemente;  
El mar, solemne y triste, no se cansa  
De arrojar, cada vez, sobre las playas  
Los cadáveres blancos de sus olas;  
Y el sol, eterno amigo de los hombres,  
Sale cada mañana; y cada tarde  
Deja su reino espléndido á la luna,  
Cuya luz sólo goza el que la busca.—

Todo está ya anunciado: el Universo  
Hace un solemne ruido de colmena  
Donde la miel del porvenir preparan  
Las doradas abejas de las cosas:  
Todo está ya previsto: el Universo  
Pone miedo en el alma, porque tiene  
El fermentar fatal y acompasado  
De un inmenso Lagar no abierto nunca!  
Aprended, pues, en el Lagar pequeño  
La doctrina sin ley que os hará dueños  
Del inmenso Lagar!

I

Tened *Paciencia*.  
¡Santa, impasible, bienhadada, pura  
Y serena Paciencia! Eres el rostro  
De una vida perfecta; luz de luna  
Lo tranquilizas todo en nuestro espíritu.—

Inmensa nave azul de velas blancas  
No necesitas para andar, del hábil  
Esfuerzo del remero fatigado.—  
Tu movimiento es insensible: siempre  
Te guarda el cielo un viento de bonanza  
Que te empuja sin ruido mar adentro.  
Abrigas nuestras almas, con tu blando  
Vellón de resignado corderillo,  
Cuando nos cerca el desengaño ¡oh Buena!  
Tú eres la mano que prepara el campo  
Donde, al pasar, los pájaros felices,  
Han de dejar caer semillas de oro.  
Tú modelas el vaso del espíritu  
En los inviernos de escasez y aguardas—  
Con ojos de alegría la cosecha  
Una vez y otra vez... Paciencia heroica!  
¡Baja como una lluvia á mis entrañas,  
Y hazlas amigas de las cosas: háblame  
Desde todos los sitios; que tu música  
Me dé alegría en las heladas rocas  
Y en las tibias llanuras de los campos:  
Enséñame á encontrarme venturoso  
Y en posesión de mí por todas partes—  
Pon tu mano de lirio en la agitada  
Confusión de mi pecho y haz que rimen  
Sus bárbaros latidos con el blando  
Golpear de las olas en las playas  
Y con el curso de los astros buenos  
En los cielos!

II

Amad la *Fortaleza*.

Todo, á su tiempo, es fruta que merece  
Caer en vuestras manos: sed heroicos,  
Sed fuertes y extended sin miramientos  
El poderoso brazo, cuando el árbol  
Os tiente con la pompa de sus ramas!  
Dad cumplimiento á todos los deseos  
Que, como el agna de la fuente, brotan  
Sin presión exterior, de vuestras almas.  
Tened seguridad en vuestros pasos  
Y proteged los muros que os cobijan  
Cuando dormís, sin derramar la sangre  
De vuestros compañeros: sed más fuertes  
Que los que matan y los que despojan.  
Vosotros — sin dañar al enemigo —  
Tendréis la *Fortaleza* del espíritu  
Que impone admiración: no es necesario  
Matar para triunfar, que todos vivan,  
Que amen y luchen y se muevan todos:  
En medio de las luchas, por encima  
De las agudas rocas que amenazan  
Levantará, como una flor, su frente,  
Vuestra admirable *Fortaleza*: hacéos  
Grandes, amigos, sin hacer pequeños  
Á todos los demás!

III

Tened *Constancia*!

Constancia hasta el final! mayor constancia  
En volver á empezar, cuando las cosas  
Nos han dado sus frutos.—Sed complejos  
Dentro de vuestro ser: hacéos siempre  
Protectores de huérfanas ideas  
Y padres de atrevidos pensamientos!  
No busquéis tregua al producir: debajo  
De cada nueva idea que florezca  
Como una rosa en vuestras obras grandes,  
Presiéntase el hervor de nuevos gérmenes  
Que acaban de estallar: cuando las hojas,  
En el gran desamparo del otoño,  
Se caigan de las ramas, haced vida  
En lo interior de los dormidos troncos.  
Cuando os falte la diestra, hacéos fuertes  
Trasladando la azada á la siniestra;  
Cuando arrojéis, para sembrar, el trigo  
Llenad de aire y de luz vuestros graneros  
Y aprovecháos de la luz y el aire;  
Cuando os falte un amor, que vuestra madre  
Cierre los ojos y en mitad del mundo  
Quedéis desamparados, como un árbol  
En medio de una selva destruida,  
Buscad un nuevo amor y á vuestros labios  
Acudan con su música tranquila  
Aires de epitalamio: sed fastuosos  
De simpatías: ricos de deseos,

Inagotables de esperanzas: todas  
Las cosas hallen sitio en vuestras almas  
Donde colgar su nido: el Universo  
Rendido, tembloroso, á vuestras órdenes,  
Envía, sin cesar, palomas blancas  
Portadoras de olivo, á la flotante  
Arca de vuestro espíritu; no os cause  
La larga travesía, vendrán tiempos  
En que bajen las aguas y los montes  
Solemnemente muestren sus cabezas  
Coronadas de sol en torno vuestro,  
Y aparezcan los prados y los ríos  
Rimen con su harmonía el sentimiento  
Pacífico y alegre de los campos;  
Vendrán tiempos de dicha y es preciso  
Que entonces vuestro espíritu, se asiente,  
Por encima de todo; no déis tregua  
Al fatigoso trabajar; guardaos  
De abandonar el arca salvadora  
Antes de que las aguas se apacigüen  
Y sonría la tierra humedecida:  
¡Constancia hasta el final!

IV

Y vuestras bocas  
Amen la *Afirmación*: Todo es posible!  
Cuando Arón las golpea, hasta las piedras  
Se deshacen en agua.—Tiempos hubo  
De sequedad y de egoísmo estéril  
En las entrañas de los hombres todos,

Y, al hablar de Jesús, corrieron lágrimas  
Sobre rostros judíos.—La existencia  
Es como hierro por forjar, que espera  
La segura presión de vuestras manos!  
¡Como una aurora echad sobre la tierra  
Vuestra gloriosa afirmación! Las cosas  
Se harán esclavas vuestras: afirmadlas  
Imperativamente y á puñados  
Las flores surgirán y como un árbol  
Nuestras afirmaciones darán fruto!  
Si la aceptáis, la Tierra tendrá abrazos  
Y se hará vuestra esposa: vedla! amadla!  
—La baña el Sol; los mares la desean  
Y la acaricia el viento—porque todo  
Es en ella Verdad!

V

¡Cantad las glorias

De la *Serenidad*, constantemente!  
—Hay un lugar para vosotros solos  
Colocado en el mundo: hacéos dueños  
De ese lugar pacífico y viviendo  
Descansaréis en paz.—Ninguno puede  
Turbar vuestro reposo: allí las flores,  
Las hierbas y los árboles, hermanos,  
Sólo os conocen á vosotros; dicen  
Músicas dulces que ninguno entiende  
Sino vosotros mismos; es *el huerto*  
*Colocado del monte en la ladera*  
Por vuestra propia mano: una tras otra



De la verde frescura de los sotos!  
Haced un halo blanco de alegrías  
En torno vuestro, vayan donde vayan  
Vuestros pies venturosos!

—Años y años

Poned amigos, en la gran faena  
De vuestra perfección: son días santos  
Los terminados en hacer el fuego  
Dentro de nuestras almas: es preciso  
Aprovechar la leña de los árboles  
Que han quedado sin vida en torno nuestro  
Y hacer el sacrificio de los ídolos  
Que en nuestro hogar adornan los rincones!  
Son días laboriosos los que pasan  
Mientras el fuego prende en el espíritu!  
No escatiméis sarmientos! Afeciones,  
Vicios, amores, simpatías, hábitos,  
Todo es cebo fecundo, cuando todo  
Deja de sernos útil.—Haced fuego!  
Crezca la hoguera! mnévause las llamas  
Llevadas por el viento á todas partes!

Pronto recibiréis la recompensa.—

Vendrán, haciendo corro en torno vuestro,  
Los que mueren de frío y vuestro espíritu  
Será la hoguera donde cobren fuerzas.—  
Vuestra palabra encenderá en sus almas  
Auroras boreales de consuelo;  
Vuestra mirada bajará á su pecho  
Como una estrella de bonanza; el fuego  
De vuestra perfección dejará enjutas  
Sus ropas combatidas de las olas.  
Después de engrandeceros á vosotros

Recogéreis el sol y los mortales  
Á vuestros pies sentados tendrán sombra  
Llena de un buen calor y de luz tibia.

VII

Y á todos estos actos de la vida  
Daréis *Belleza*.—

Buscaréis en todo

Lo menos accesorio; de las cosas  
Escucharéis la voz menos distinta;  
De las mujeres amaréis el trazo  
Menos vulgar; procuraréis que siempre  
Os cerque un equilibrio luminoso  
De todo lo que existe.—

Pondréis flores

En los jarros de todos los altares,  
Y calmaréis, con dulce complacencia,  
Los deseos de todo lo que os cerca.  
Iréis al manantial en busca de agua  
Y con el agua acudiréis al vaso.—  
Viviréis de tal modo, que no quede  
Nada pendiente entre vosotros mismos  
Y las cosas del mundo: vuestra vida  
Será tal, que no se haga necesario  
Quitárosla por fuerza; más bien sea  
Como corteza de árbol centenario  
Que salta consumida por sí sola.

Ocupadla y llenadla por completo  
Y os será provechosa; de los ríos  
No estorba el agua que contiene el cauce,  
Sino la que en los márgenes desborda.  
Dad un cauce completo á vuestra vida  
Y aprovechadla toda: así tan sólo  
Podréis hacerla bella; cuando nada  
Quede sin expresión en su conjunto;  
Cuando cualquiera de sus partes tenga  
Un sentimiento vivo y todas juntas  
Con armonía plácida se aúnen;—  
Cuando no os sobre un día de esa vida  
Ni os falte un solo instante: cuando llenos  
De una luz interior, esa luz misma  
Salte por la corteza de la vida  
Y la ilumine toda.

No es preciso  
Hablaros más: uno tras otro, todos  
Habéis ido callando, hermanos míos:  
Quietos en torno del Lagar pequeño  
Habéis estado oyendo la doctrina  
Del inmenso Lagar.

La larga noche  
Pasó en esta faena.—Ahora aparecen  
Las verdes claridades del crepúsculo  
Precediendo á la aurora, un aire frío  
Despeja nuestras frentes y á la vaga  
Naciente claridad, todos vosotros  
Formáis un todo harmónico, se funden  
Las masas, riman gestos y actitudes;

Desaparecen los colores: ¡salve,  
Humanidad harmónica! Te abrazo  
En la figura de esta muchachuela  
Que me ha estado escuchando—sus dos labios  
Blandos como la fruta, sus cabellos  
Húmedos de rocío y en el cuello,  
Debajo de la barba, el agradable  
Calor que sube del movable seno.

DON VICENTE MEDINA

LA CANCIÓN DE LA VIDA

En el monte oloroso tapizado  
De aromáticas yerbas  
Y dominando el mar; sobre las rocas  
Que las blancas espumas festonean;  
Sobre los lechos blandos  
De la menuda arena,  
Las bulliciosas turbas  
De los días de fiesta  
Forman corros alegres  
Y en soberana libertad meriendan.  
Huyen de la ciudad... van como esclavos  
Que rompen sus cadenas...  
Huyen los abatidos  
Que taciturnos la ciudad encierra...  
Huyen como esas aves  
Que hacia otros climas afanosas vuelan...  
¡Van á arrojar-se en brazos de la angusta  
Madre Naturaleza  
Que acógelos á todos  
Envanecida de su prole inmensa!...  
Huyen de la ciudad... ríen y gozan...

Los baña el sol y el viento los orea...  
Los fatigados cuerpos  
Pronto recobran sus perdidas fuerzas.  
En alborozos cándidos  
Olvídanse las penas  
Y son todos los hombres más apuestos  
Y las mujeres son todas más bellas.  
Forman corros alegres... ¡son familias!  
Su libertad y su vivir celebran:  
Comen, ríen y gozan,  
Abren puesto al festín á quien se acerca  
Y á los que pasan lejos  
Llaman á voces con jovial franqueza.  
¡Familias venturosas  
Que á la plácida vida se despiertan!...  
¡Corros, alegres corros  
Dispersos en el llano y en las peñas!...  
Á la luz de los cielos que amorosa  
Los acaricia y besa,  
Y en medio de los campos que ríentes  
Á su invasión se entregan,  
Parecen grandes flores...  
¡Flores en todo su esplendor abiertas!  
.....  
Radiante de alegría,  
Corriendo tras su esposo placentera,  
Grita una joven madre que en sus brazos  
Un niño hermoso lleva:  
—Mira! mira! Te dice papaito!...  
¡Pero no ves qué lengua?  
Te dice papaito! papaito!...

Mi vida! mi ilusión! Bendito seas! —

Y en efusivo arranque,

Loca á su pecho con pasión lo aprieta

¡Comiéndoselo á besos

En su ternura maternal, deshecha!

Con el sano apetito

De saludables hembras,

Las soñadoras vírgenes

Comen y ríen con la boca llena...

Comen, aman y ríen,

Se persiguen gritando, cantan, juegan...

Rojas están del sol y de alegría...

¡Las amapolas son de la pradera!...

Atraídos los hombres

Por la alegría y el amor, las cercan,

Las arrullan amantes... ¡y al oído

De las vírgenes llega,

Como secreto aviso de ignorados

Placeres que se esperan,

La anunciación sagrada de la vida

Á cuyas ansias misteriosas, tiemblan!

Y todos alborotan, todos cantan...

¡Es la bandada suelta!...

Y entre el rumor alegre de los corros

Dispersos en el llano y en las peñas,

Apagando la nota persistente

De las humanas quejas,

¡La canción de la vida, en un suspiro

De conquistada libertad, se eleva!

¡Bendígaos Dios, familias!... Con vosotros

Eternamente la ventura sea!

Apuestos hombres, bulliciosos niños,

Madres de amplias caderas

Y encantadoras vírgenes, tesoros

De vida y de promesas:

¡Reíd, gozad, amáos

En perdurable fiesta!...

¡Corros, salud! ¡Salud, esplendorosas

Flores humanas á la vida abiertas!...

DON RICARDO DE LA VEGA

LA DEFENSA DEL SAINETE

A D. Armando Palacio Valdés.

Señor don Armando Palacio Valdés.  
Os pido dispensa señor don Armando  
Si en pró del sainete la pluma tomando,  
Prefiérola al género bufo francés.  
Aparte dejando mezquino interés,  
Yo admiro en la chula la antigua manola.  
¿Deshonro por esto la escena española,  
Señor don Armando Palacio Valdés?

Me duele, señor don Armando, que vos  
A lo madrileño flamenco llaméis.  
Señor de Palacio, sin duda no véis  
Que son muy distintos entrambos á dos.

Si de lo flamenco marchamos en pos,  
Al Perchel iremos, mas no á las Vistillas;  
Que nunca el flamenco nació en Maravillas,  
Donde se venera la Cara de Dios.

Algunos afirman que es grano de anís,  
Que hay poca distancia de chulo á gitano,

Y llaman gallego al que es asturiano,  
Y mezclan á Vigo con Cangas de Onís.  
Quede, pues, sentado, si lo permitis,  
Que así como el galgo jamás fué podenco,  
El hombre del Rastro no es nunca flamenco,  
Por no ser oriundos del mismo país.

Si sale á las tablas un noble Marqués  
O un hombre ilustrado de la clase media  
Cual protagonistas de drama ó comedia  
Y el pueblo los juzga y aplaude después,  
¿Por qué los que viven allá en Lavapiés  
No han de ser objeto de examen profundo?  
¿No son de una clase que vive en el mundo,  
Señor don Armando Palacio Valdés?

De la decadencia del arte español  
Los criticos echan la culpa al sainete,  
Y hasta á compararle llegó algún pobrete  
Con las pantomimas del Circo de Pol.  
Si nace el sainete de tosco crisol  
No debe por ello causar pesadumbres;  
Que si es fiel retrato de bajas costumbres,  
Bien puede en la escena brillar como el sol.

De la alta comedia derivado es;  
No entiende Talía de clases sociales;  
Para ella en su templo son todos iguales,  
Así la tragedia como el entremés.

Con datos espero probaros después  
Que tiene el sainete su noble abolengo,  
Y si esto resulta, ¿yo qué culpa tengo  
Señor don Armando Palacio Valdés?

Laberio el romano, poeta y actor,  
De farsas y mimos la escena llenaba,

Y el pueblo reía y el César gozaba  
Mirando al esclavo con risa y dolor.

La vara tocóle del alto Pretor;  
Al golpe saltaron sus viles cadenas;  
La sangre del libre corrió por sus venas  
Y el cómico siervo fué noble y señor.

Sainetes existen de aquel colosal  
Autor que nos dijo—*la vida es un sueño*.—  
En ellos, sin duda, bebió con empeño  
Un ilustre vate de fama inmortal. [mal?  
¿Pensáis, don Armando, que aquello fué un  
Pues no en decadencia las musas se hallaban,  
Que cinco luceros la escena alumbraban,  
Y hoy brilla lo mismo su luz sin igual.

Cien obras el pueblo gozoso aplaudió  
Del gran sainetero Ramón de la Cruz;  
De aquel que sin ropa, sin cama y sin luz,  
*La casa de Tócame-Roque* escribió.

¡Oh, cuán satisfecho mostrárame yo  
Si al pobre sainete, por vos despreciado,  
La crítica injusta que lo ha calumniado  
Volviérale al puesto que siempre ocupó!

Lo que antes he dicho repítolo, pues,  
En estos renglones que van sin aliño:  
A chulas y chulos les tengo cariño  
Aparte dejando mezquino interés.

Basta de sainete, basta de entremés;  
Aquí se concluye mi humilde defensa,  
La epístola cierro y os pido dispensa,  
Señor don Armando Palacio Valdés.

## DON JAVIER DE BURGOS

### SERMÓN... PERDIDO

Con motivo de una gran  
Festividad religiosa,  
En la iglesia de Espinosa  
Predicaba fray Damián.

Y atento el concurso oía  
Todo, con unción cristiana,  
Menos una pobre anciana  
Setentona que dormía.

De su plática en el curso,  
Tras un párrafo elocuente,  
Pierde el padre de repente  
El hilo de su discurso.

Y con voz descomunal  
Exclama alzando las manos:  
¡El que ahora no me oiga, hermanos,  
Está en pecado mortal!

Con gestos y contorsiones  
Sigue en mimica el sermón;  
Alármase la reunión  
Se oyen mil exclamaciones,

Y aquel auditorio loco  
De terror y desvario,  
Empieza á decir:—Dios mío,  
Yo no oigo!—¡Ni yo tampoco!  
En su recurso no cesa  
Fray Damián; los fieles lloran,  
Se desesperan, imploran...  
Despierta el ruido á la vieja;  
Y, sin entender el coro  
Que á Dios pide con afán,  
Cual si oyera á fray Damián,  
Dice: ¡Qué piquito de oro!

TELEGRAMA

Murió doña Nicanora  
Gil, señora respetable,  
Pero tipo inagnantable  
De sempiterna habladora.  
Y el yerno inmediatamente,  
Dando cuenta á unos amigos,  
De sus desdichas testigos,  
Les puso el parte siguiente:  
«Comunico con profundo  
Dolor, trance inesperado.  
Hoy á la siete, *he dejado*  
*De hablar mi suegra.*  
Facundo.

DON JOSÉ LÓPEZ SILVA

UN DÍA DE LLUVIA

Á mi distinguido amigo el doctor D. Víctor Cebrián.

—Monísima de mis ojos,  
¿La tapo á usted?  
—Muchas gracias.  
Voy bien así.  
—No lo creo.  
—Pues como si fuera.  
—Vaya,  
No me niegue usted ese gusto,  
Porque me da mucha lástima  
Que se vaya usted mojando  
Teniendo yo aquí un paraguas  
Tan hermoso.  
—¿De veritas?  
—Palabra de honor.  
—¡Qué gracia!  
Es usted muy tuno.  
—¿Mucho?  
—Sí, señor.

Y aquel auditorio loco  
De terror y desvario,  
Empieza á decir:—Dios mío,  
Yo no oigo!—¡Ni yo tampoco!  
En su recurso no cesa  
Fray Damián; los fieles lloran,  
Se desesperan, imploran...  
Despierta el ruido á la vieja;  
Y, sin entender el coro  
Que á Dios pide con afán,  
Cual si oyera á fray Damián,  
Dice: ¡Qué piquito de oro!

TELEGRAMA

Murió doña Nicanora  
Gil, señora respetable,  
Pero tipo inagnantable  
De sempiterna habladora.  
Y el yerno inmediatamente,  
Dando cuenta á unos amigos,  
De sus desdichas testigos,  
Les puso el parte siguiente:  
«Comunico con profundo  
Dolor, trance inesperado.  
Hoy á la siete, *he dejado*  
*De hablar mi suegra.*  
Facundo.

DON JOSÉ LÓPEZ SILVA

UN DÍA DE LLUVIA

Á mi distinguido amigo el doctor D. Víctor Cebrián.

—Monísima de mis ojos,  
¿La tapo á usted?  
—Muchas gracias.  
Voy bien así.  
—No lo creo.  
—Pues como si fuera.  
—Vaya,  
No me niegue usted ese gusto,  
Porque me da mucha lástima  
Que se vaya usted mojando  
Teniendo yo aquí un paraguas  
Tan hermoso.  
—¿De veritas?  
—Palabra de honor.  
—¡Qué gracia!  
Es usted muy tuno.  
—¿Mucho?  
—Sí, señor.

—Y usted muy guapa.

—Ya lo sé, y además tengo  
Dos manitas muy gitanas  
Pa quitarme los moscones  
De encima.

—¡Caray, qué lástima!

—¡Por qué?

—Porque esas dos manos

Tan chiquitas y tan blancas  
Merecen que las dediquen  
A cosas más delicadas.

—¡Lo dice usted con segunda?

—Como á usted le dé la gana,

Que yo, por darle á usted gusto,  
No he de reparar en nada.

—Hijo mio, estoy pensando

Que sería usted una alhaja

Si estuviera usted de físico

Tan bien como de palabra.

—¡Tan feo soy, alma mía?

—No es que tire usted de espaldas,

Pero parece usted un churro

Talmente, si se repara

En la color y en la pringue

Y en las hechuras y en...

—Vaya.

¿Quiere usted hacerme el obsequio  
De escucharme dos palabras  
Con formalidad?

—Y todas

Las que á usted le dé la gana;

Pero no se eche usted encima,

Que no soy costal de paja,  
Ni necesito puntales  
Pa tenerme.

—¡Pero, ingrata,

Si es que usted me debilita!

—¿Quién?

—Usted.

—Será la falta

De alimentos, porque ó yo  
Tengo la vista cansada,  
Ó pa mí que á usted le crian  
Con biberón en su casa.

—¡Olé las hembras alegres  
Y chulas y desahogadas!  
¿Usted es solterita?

—Cuasi.

—Me alegro.

—¿Por qué?

—Por nada.

Porque todavía vamos  
Á querernos unas miajas  
Usted y yo, y á tener luego  
Muchísima confianza.

—Dios le conserve á usted el golpe  
De vista.

—Y á usted esa cara,

Que va á ser para este clérigo  
Porque á mí me da la gana.

—¡No me sirve usted!

—Es que á veces

Las apariencias engañan  
Y donde menos se piensa

Ya sabe usted lo que salta.

—¡La liebre!

—Ó si viene á mano

Un sujeto con agallas

Y corazón y posturas.

—¡Mentira!

—Con verlo basta.

—Es usted muy señorito

Pa una mujer ordinaria

Y me parece que no ibamos

Á congeniar.

—Mire usted, alma:

Yo sé querer como quieren

Los hombres de circunstancias,

Y si usted se trasparenta

Connigo y hacemos changa,

Lo mismo le doy á usted

Querer y mimo y guayaba

Que le hago á usted dos docenas

De lesiones en la cara.

—¡No es usted nadie ofreciendol!

—¿Sabe usted una cosa?

—¿Cuál?

—Que si usted tiene un poquito

De aquel y no me desaira,

Podemos entrar un rato

Aquí, en el café de España,

Para tratar un asunto

De muchísima importancia

—¡Quiál!

—¿Por qué no?

—Llevo prisa.

—Eso es despreciarme.

—Vaya,

Si usted se empeña, entraremos,

Pero...

—Pero ¿qué, serrana?

—Que si lleva usted otra idea

Va usted á tirarse una plancha.

—¡Yo soy un hombre decente!

—Por si acaso.

—Usted entra y calla.

.....  
.....

¡Camarero!

—¿Qué va á ser?

—A mí un bisté con patatas

Y á esta joven lo que pida.

—Café con media tostada.

.....  
.....

—¡Mozo!

—¡Val!

—¿Ha visto usted á ese

Joven con toda la barba

Que estaba aquí?

—Sí. ¿Por qué

Lo pregunta usted?

—Por nada,

Porque hace veinte minutos

Que dijo que iba al...

—¡Carambal!

—Y no ha vuelto...

—Pues entonces

Espérele usted sentada,  
Porque el gachó justamente  
Salió por la puerta falsa  
Y al salir me dijo, dice:  
«Aquella señora paga».

—¡Qué cochino!

—Si, señora,  
Que ha sido una cochinada.  
—¡Permita Dios que reviente  
Con el bisté!

—¡Vamos, calma!  
Que no es á usted á la primera  
Que le han dado la castaña,  
Y además, que dos pesetas  
Son una ensinificancia.

—¡Si, pero es que no las tengo!  
—Lo mismo da, ¡qué caramba!  
Deje usted el mantón en prenda  
Y váyase usted á buscarlas.

### UNA CONQUISTA

—Lo jura usted?

—Yo no juro  
Nunca en jamás de la vida,  
Porque soy salmeroniano;  
Pero basta que yo diga  
Que se venga usted esta tarde  
Conmigo á la romería,  
Sin cuidao de que la ponga  
Ningún dios la mano encima,

Pa que cierre usted ese pico  
Y se dé usted por vencida.  
Usted se piensa que aquello  
Va á ser una juerga ilícita,  
De esas que hay, donde el decoro  
De las señoras peligra,  
Y si se figura usted eso,  
Está usted equivocadisma.

—¡Habla usted en serio?

—¡Pa chasco!

Alli va á haber alegría,  
Y expansión, y zaragata,  
Y guitarreo, y bebida,  
Y se moverán las lenguas  
Y habrá también su mijita  
De baile, y nos montaremos  
En el *Tío vivo* en seguida  
Que se coma, porque es claro  
Que alli no vamos á oír misa;  
Pero se hará con respeto,  
Y educación, y política,  
Porque todas son personas  
Bien educadas y finas,  
En lo que cabe.

—¡Van duques?

—No van duques, alma mía,  
Gracias á Dios; pero, en cambio,  
Va gente muy conocida  
En las ciencias y las artes  
Y el comercio y la melicia.  
—¡Quite usted el pistón!

—No quiero

Quitarlo, porque es la fija.  
Y pa que usted se convenza,  
Eso se prueba en seguida.  
Mire usted; primeramente  
Va la Asunción, una chica  
Que tiene en Puerta Cerrada  
Colegio de señoritas,  
Ó, hablando como se debe,  
Que es profesora de niñas  
Cuando cuasi pué decirse  
Que está mamando entoavía.  
Va Simona, la bollera  
Que está junto á la Latina,  
Y que gana con los bollos  
Un porción, porque hoy en día  
No hay más que uno en el oficio  
Que la eche la pata encima.  
Va el señor Lucio el fuellero  
Y Benizno el espadista,  
Y uno que estuvo de cabo  
Con el capitán Ariza,  
Y que es, además de sastre,  
Corredor de amas de cria  
Cuando no hay trabajo, y otros  
Cuantos amigos y amigas  
Que, aunque no tién tanto viso,  
Saben ser personas diznas,  
Es decir, que solamente  
Falta que usted se decida  
Y se baje con nosotros  
Y engruese la comitiva,  
Pa que sea la pradera

Del Santo canela fina.  
Conque ¡qué dice usted, gloria?  
—¡Qué quiere usted que le diga  
Que creo que estoy haciendo  
Mucha falta allí.  
—¡Muchisma!  
Primero pa que á este cura  
No le mate la penita,  
Y tenga que irse del mundo  
En lo mejor de su vida,  
Y segundo, pa que rabien  
Muchas personas de envidia  
Al ver que llevo á mi vera  
La flor de la chulería.  
—¡No es pa tanto!  
—Si tuviésemos  
Los dos relaciones íntimas  
La daba á usted así, en la geta,  
Por embustera, hija mía.  
¡No dice que no es pa tanto!..  
Y se trae usted dos niñas  
En esos ojos de á cuarta  
Que no hay Dios que lo resista,  
Y una boca zalamera  
Que está pidiendo caricias  
A too trance, y una hechura  
De cuerpo, que si se mira  
Con intención, le dan ganas  
Á uno de irse á la manigua  
Pa no verla á usted en el mundo.  
—¡Mucho cuidao con el clima,  
Que es muy malsano y se vuelven

Los hombres como sardinas!  
Según las naturalezas.  
—¡Puede ser!

—¡Vamos, madrinal...

No me tome usted los bucles,  
Y a ver si hay una mijita  
De formalidaz. ¡Bajamos  
Juntos a la romería,  
O me compro el féretro?

—Hombre,

Si va usted a perder la vida  
Porque yo no baje, bueno,  
Bajaré.

—Lo cual se estima.

—Pero tenga usted presente  
Que si alguien se estralimita,  
Doy media vuelta y me vuelvo.  
—Ya lo sé: loca perdida.

¿Dónde voy a usted a buscarla?

—A la calle de Zurita,  
Número cuarenta y siete.  
—A qué hora?

A la que usted diga

—Bueno, pues a la una en punto  
Voy, usted baja en seguida,  
Tomamos una manuela  
Que nos lleve hasta la ermita,  
Buscamos a los amigos,  
Pasamos como en familia  
La tarde, hasta que anochezca,  
Luego volvemos pa arriba,  
Usted se queda en su casa

Y yo me quedo en la mía  
(Que es la de usted), y si resulta  
Que hay cruce de simpatías  
Y usted es una mujer libre,  
Que decirse que continúan  
Las relaciones, y *laus*  
*el dedo*, tú como se diga.  
¿No es verdaz?

—¡Valiente rana

Va usted a ser, si no hay sequial  
—De veras?

—¡Me se figura!

—¡Chóquela usted, guasa viva!

—¡Quite usted, mala persona!

—¡Adiós, sangrel!

—¡Adiós, guripa!

.....  
.....

—¡La has camelao?

—¡Me parece!

—¡Y va a dir?

—De coronilla.

—¿Qué tal se presenta?

—Un poco

Guasona.

—Esa se rechifa.

—¡Quizaque! pero tú déjala  
Que tome un par de copitas,  
Y que pruebe el escabeche  
De atún, y que yo la diga,  
Mientras bailamos un chotis,  
Cuatro cosas de las más,

Y á morir.

— ¡Pue que la yerres!

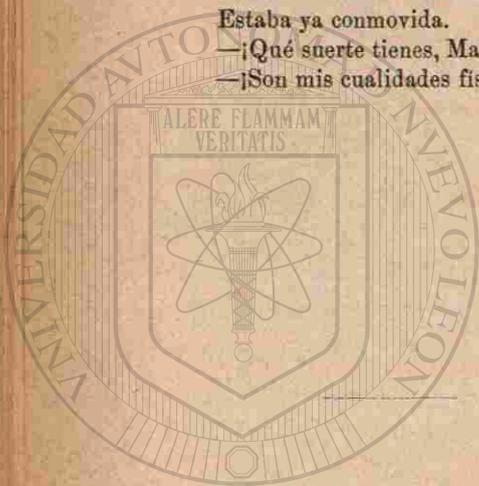
— Así prencipió la Bizca,

Y antes de las dos semanas

Estaba ya conmovida.

— ¡Qué suerte tienes, Marcelo!

— ¡Son mis cualidades físicas!



## DON VITAL AZA

### LOS NIETOS

— Te lo aseguro, Pascual.

Ya no hay más que resignarse.

El que pudiendo casarse

No se casa, hace muy mal.

¡Ya ves tú qué situación

La tuya! ¡Qué desengaños!

¡Llegar á los sesenta años

Achacoso y solterón!

¡Sentado en esa poltrona

Un hombre de tu fortuna,

Sin más cariño que el de una

Ama de llaves gruñonal

Y cuando enfermes de veras,

Aquí á cuidarte vendrán

Tus sobrinos, que estarán

Deseando que te mueras!

¡Que así estás muy bien? ¡Corriente!

¡Es tu gusto, y se acabó!

Pero en este asunto, yo

Opino distintamente.

Ese egoísmo es fatal.  
Viva solito el que quiera.  
Yo, sin familia, me hubiera  
Muerto hace tiempo, Pascual.

Miro mis goces completos  
Cuando en mi casa sentado,  
Me contemplo rodeado

De mis hijos y mis nietos.

¡Orgullo de mi vejez!  
¡Diez nietos! ¡Un batallón!  
Tú no los conoces. Son  
Encantadores los diez.

Rubios como querubines;  
Sanos, con unas mejillas...

¡Y con unas pantorrillas  
Que tienen los chiquitines!

¡Y qué ganas de comer!  
¡Estar ellos malos! ¡Quiál!  
Tan hermosos los habrá,  
Pero más, no puede ser.

Sólo hay uno de ellos, Pepe,  
Que el pobrecito está cojo  
Y es chato y bizeo de un ojo,  
Pero sabe más que Lepe.

Cuando con su pata coja  
Viene y me mima el maldito,  
Consigue de su abuelito  
Todo lo que se le antoja.

Por supuesto, la verdad,  
Todos, aunque están mimados,  
Son chicos muy aplicados,  
¡Saben una atrocidad!

¡Muchísimo más que yo!  
La más pequeña, María,  
Sabe más geografía  
Que el mismo que la inventó.

¡Pues si es una profesora!  
¡Me pone en unos aprietos!...  
¡Son el demonio estos nietos  
Tan ilustrados de ahora!

¡Querrás tú creer que ayer  
La chica me preguntó  
Dónde estaba el Congo, y yo  
No he sabido responder?

¡Cómo se rió la *indinal*  
«¡Si está en el Africa!» «¡Si?»  
«Pues, mira, le respondí,  
Yo creí que estaba en China.»

Así que para evitar  
Planchas como éstas, les digo:  
«Si queréis estar conmigo,  
¡Nada de ciencia! ¡A jugar!

Dejadme á mi de esas pláticas  
Que no son de cuenta mía.

Basta de geografía  
Y basta de matemáticas.

Lo que he estudiado olvidé,  
Y aunque sé que sé poquito,  
Á mi edad no necesito  
Saber más de lo que sé.

Con que, ¡á jugar al instante!  
Y en cuanto doy esta voz,  
Empieza un jaleo atroz  
Que no hay alfombra que aguante.

Y uno se sube á un sofá,  
Y otro salta sobre mí,  
Y ¡abuelito! por aquí  
Y ¡abuelito! por allá...  
¡Qué correr por los pasillos!  
—¡Y tú también?— ¡No que no!  
¡Mis hijos dicen que yo  
Soy peor que los chiquillos!  
Y lo seré, no lo niego;  
No sé si hago bien ó mal,  
Pero te juro, Pascual,  
Que á mí me encanta este juego.  
Ríete; llámame niño;  
Búrlate de mis chocheces...  
Tú, egoistón, no mereces  
Esta clase de cariño.  
Tú no puedes comprender  
El amor. ¡Qué entiendes de eso?  
¿Sabes tú lo que es un beso  
De un nieto? ¡Qué has de saber!  
Es la dicha apetecida;  
Es la esencia del amor;  
Es la caricia mejor;  
Es algo que da la vida.  
Es... lo que nunca has sentido.  
¡Es ver en el mundo un cielo!  
Yo á Dios, con ferviente anhelo,  
Sólo una cosa le pido:  
¡Que para morir en calma,  
Cuando me llame á su lado  
Me encuentre yo rodeado  
De mis nietos de mi alma!

PLAN CURATIVO

—¡Niña!  
—¡Mamá!  
—¿Qué te pasa?  
¿No vienes á la Novena?  
—¡Ay, mamá, si no estoy buena!  
—¿Qué no? Pues quédate en casa.  
—¿Y vas sola?  
—¡Claro está!  
—¡Yo lo siento!  
—No te apures.  
Es preciso que te cures.  
Acuéstate.  
—¡No, mamá!...  
—¿Á ver? ¿Qué sientes?  
—Calor.  
—Es aprensión, criatura.  
Si no tienes calentura.  
—¿Qué no tengo?...  
—No, señor.  
—Pues siento un frío en los pies...  
Y en la cabeza un mareo...  
—Anda, y damos un paseo  
Antes de ir á San Ginés.  
—Me canso.  
—Iremos en coche.  
Lo tomaremos por horas.  
Verás como te mejoras  
Con el fresco de la noche.

—¡Tengo tos!

—¡Quita, por Dios!

—¡Me duele aquí cuando toso!

—¡Bobadas! Eso es nervioso.

No vale nada esa tos.

—Pues no te causes, mamá.

Hoy no salgo, lo repito.

Voy á acostarme un poquito

Encima de este sofá.

—¡Jesús! ¡Eres más cobardel...

—Quizás me alivie con eso.

—¡Aprensiva! Dame un beso.

Las ocho y media. ¡Qué tarde!

Y hoy es el último día...

¡Así! Abrígate los pies.

¡Otro beso! Hasta después.

Que te alivies, hija mía.

(Sale la mamá de casa;

Queda la criada alerta,

Se oye rechinar la puerta

Y una voz que dice: ¡Pasa!)

—¡Alfredo!

—¡Amalia querida!

—¿Te habrán visto?

—No. Ten calma.

¿Me quieres?

—¡Con vida y alma!

¿Y tú á mí?

—¡Con alma y vida!

(Es muy corta la Novena.  
Corren breves los instantes,  
Y, en gracia á los dos amantes,  
Paso por alto la escena.  
Se oyen pasos... ¡La mamá!  
Huye el joven con premura,  
Y la niña se apresura  
Á acostarse en el sofá.)

—Hija mía, ¿estás durmiendo?

¡Temí haberte despertado!

Por volver pronto á tu lado

Recé deprisa y corriendo.

¿Cómo te encuentras?

—¡Mejor!

—¿Á ver? ¡Dios mio! ¡Qué tienes?

¡Si están ardiendo tus sienes!

Voy á llamar al doctor.

—No, mamá.

—Si, vida mía.

—Ya estoy bien; no es de cuidado.

—Tienes el pulso agitado.

—Los nervios...

—¡Qué tontería!

Corro al punto. Tú estás mala.

¡Qué te receten cuanto antes!

(Y al cabo de unos instantes

Entra el médico en la sala.

Pulsa á la niña intranquila;

La encuentra un poco nerviosa,

Y por mandar cualquier cosa,

Le manda que tome tila.)  
—Hoy por hoy no es de cuidado.  
Conozco bien su dolor.  
(Hay que advertir que el doctor  
Vive en el cuarto de al lado.)  
—¿Con qué no es grave, verdad?  
(Dice la madre.)

—Señora...  
Aquí entre los dos, ahora,  
El mal es de gravedad.  
—¡Dios mío!  
—¡Yo soy muy viejo

Y práctico!  
—¡Ya lo sé!  
—Y como la aprecio á usted  
Me permito este consejo:  
¡Abra usted mucho los ojos!  
La niña, —á mi plan me aferro, —  
Necesita mucho hierro.

—¿En pildoras?  
—No. ¡¡En cerrojos!!

DON MIGUEL RAMOS CARRIÓN

JUNTO AL ARROYO

Quiero ver correr el agua,  
Porque viéndola marchar  
Parecen irse mis penas  
*Con el agua que se va.*  
Sentado en la fresca orilla  
¡Cuánto gozo al contemplar  
Cómo se miran los álamos  
*En el agua que se va!*

La música del arroyo,  
Siempre nueva y siempre igual,  
Aún suena más armoniosa  
*Viendo el agua que se va.*

Si agua son también las lágrimas  
Y se llevan el pesar  
¡Qué extraño es que me consuele  
*Viendo el agua que se va!*

Buscando va el arroyuelo  
Al río, como éste al mar,  
Y allá van las vanidades  
*Con el agua que se va.*

En dulce melancolía,  
En inefable gozar,  
Mi alma va lejos, muy lejos,  
*Con el agua que se va.*

Dejadme, dejadme solo,  
Quiero despierto soñar...  
Y que se vayan mis penas  
*Con el agua que se va!*

### GABÁN Y CAPA

En estos días crueles  
En que sopla el cierzo y nieva  
Todo el que lo tiene lleva  
Fastuoso gabán de pieles;  
Prenda que el lujo pregona,  
Que es del opulento amiga  
Y al mismo tiempo que abriga  
Da importancia á la persona.

Cualquiera con él se engríe;  
Ustedes lo observarán:  
Todo el que lleva gabán  
De pieles, no se sonríe.

Tal vez sin fijarse en ello  
Va grave, tieso, finchado,  
Con el pescuezo encerrado  
Entre las pieles del cuello.

Y reposado el andar,  
Como dándose importancia,  
Tiene un aire de arrogancia  
Que no se puede aguantar.

Con ese gabán tan serio  
Y que tanto enorgullece,  
El más humilde parece  
Que va á formar ministerio.

Podrá ser aristocrático  
Y hasta cómodo; eso sí;  
Mas, la verdad, para mí  
Es un abrigo antipático.

Prefiero la airosa capa  
Con sus pintados embozos,  
Prenda de viejos y mozos,  
Que adorna y abriga y tapa.

Alegre como ella sola,  
Con sus pliegues de escultura  
¡Qué bien marca la figura!  
¡Qué artística y qué española!  
Moviéndose á cada vuelta  
Da al cuerpo calor y vida:  
¡Qué seria cuando ceñida!  
¡Qué gallarda cuando suelta!

Y al que *la sabe llevar*,  
No como algunos peleles,  
Abriga más que las pieles,  
Vaya, ¡pues no ha de abrigar!  
Caiga nieve y venga hielo  
¡Yo recorro todo el mapa  
Arrebujado en mi capa  
De embozos de terciopelo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS  
DON SANTIAGO DE LINIERS

(Conde de Liniers.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BURGOS  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
Del NOVÍSIMO ESPEJO Y DOCTRINAL DE CABALLEROS

TONO

I

Aquel joven macareno,  
Aquel mocito rumboso,  
Va galopando al compás  
De su cartujano potro.  
No va á cortijo ninguno,  
Ni á vigilar va el apostó  
De cepas ni de olivares,  
Ni en Madrid y sus contornos,  
Donde son los vertederos  
Las lindes de los rastrosjos,  
Donde los ganados pastan  
Los brotes de los escombros,  
Y no se ven otras fincas  
Que tabernas ventorros...

Hay cigarrales ó prados,  
Cercas, dehesas, ó cotos,  
Que justifiquen ó absuelvan,  
Ya el collar belludo y toscó,  
Ya la silla de abanico,  
Ya el calzón ceñido y corto,  
La chaqueta cordobesa,  
La manta con golpes rojos,  
La alforjilla, que en la grupa  
Besa del corcel los lomos,  
El sombrero, cuyas alas  
Cubren del joven los ojos...;  
Nada, en fin, de cuanto omito  
Por no pecar de enfadoso,  
En los arreos del bruto  
Y en las preseas del mozo.

II

No va Antonio á ver sus tierras,  
Jamás las ha visto Antonio;  
Ni su padre ó sus abuelos  
Lograron verlas tampoco,  
Porque... no hay Contaduría,  
Registro ni Protocolo,  
En que jamás estuviesen  
Abultando ningún tomo.  
Y si con brio galopa,  
Es porque han dado las ocho,  
Y á las nueve está citado  
En el parador del Chorlo...

A dos tiros de Getafe,  
Con Luis Charpa y Pepe Romo,  
El marqués de la Colambre,  
Y el duque de Zampabollos,  
Para... catar seis pellejos  
De aristocrático mosto,  
Que al duque envían de Yepes,  
A cuenta, sus mayordomos.  
Al almuerzo irán también,  
Para hacerle más famoso,  
El Badanas y El Chancleta,  
Ex-picadores de toros;  
Remellido, un matarife  
Muy ducho en guisar mondongos;  
Miss Porter, artista ecuestre;  
Y la Grulla y Juan Rebollo,  
Que han llegado en lo flamenco  
A subir al Capitolio;  
Y se cantan y se bailan  
Y se apipan por lo jondo.

III

Media noche era por filo  
Cuando volvió á Madrid Tono,  
Cambió en el Veloz de traje,  
Y se fué á cenar á Fornos.  
Allí, en dulce compañía  
Y en fraternal monipodio,  
Con sus buenos compañeros  
(Cuál más, cuál menos beodos),

Se entrega á la muy cristiana  
Labor de arañar al prójimo.

.....  
¡Qué lenguas! Digo, ¡qué vinos  
Los de aquellos tonti-locos!  
¡Qué labios, que enturbia el vicio  
Antes que los cubra el bozo!  
¡Qué palabrotas, qué chistes,  
Qué estupidez, y qué modos!

.....  
Al ver cómo de sus bocas  
Salen manchados y rotos,  
Ó los nombres más ilustres,  
Ó los hechos más heróicos,  
Cómo ni virtud, ni mérito,  
Ni dignidad, ni decoro,  
Ni la vejez y sus fueros,  
Ni aun el perfume oloroso  
De la niñez, salen libres  
De sus inmundos coloquios,  
Diríase que estos niños  
En rumbo y prez tan notorios,  
Se han engendrado en presidio,  
Se han criado en el arroyo,  
Ó que una madre inclemente  
Les dió, en vez de mieles, lodo. ®

IV

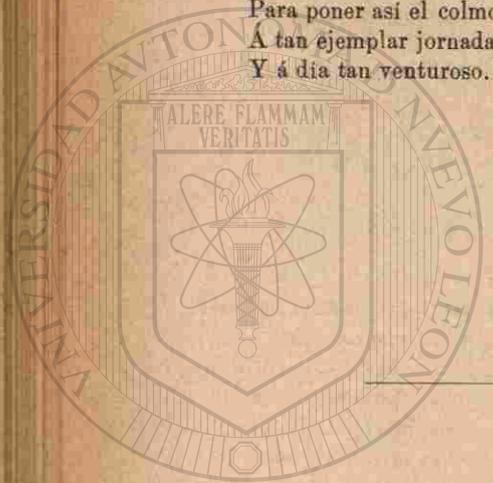
¡Desde la fonda á la timba,  
Que se alza en salón lujoso,

Como altar que el vicio erige  
Á su único Dios el oro!...  
Tapices que ilustró el arte  
Al precio de mil despojos...  
Muebles que royó la usura  
Del prestamista insidioso...  
Alfombras que ahogan el ruido,  
Luz discreta, rumor bronco  
Sin ninguna nota alegre,  
Sin timbre alguno sonoro;  
Que allí, por excepción rara,  
Todos se muestran muy sobrios  
De bullicios y algaradas  
Que turben la paz del solio  
Donde el azar dicta leyes  
Á sus súbditos medrosos.  
Son de ver aquellas caras  
En que, con los mismos tonos,  
Trazó en cien noches la orgía  
Surcos indelebles y hondos;  
Aquellos labios sin sangre  
Que muerde el despecho sordo;  
Aquellas torpes sonrisas  
Que á nadie engañan, y el plomo  
De aquella asfixiante atmósfera  
De humo, de gas y de polvo,  
En que el pulmón se aniquila,  
Salta el corazón á trozos,  
La cabeza se confunde  
Y el alma se da al demonio.

V

El que gana no se ríe;  
Compone el que pierde el rostro;  
Estos juran entre dientes  
Y echan lumbre por los ojos;  
Aquéllos, á la sordina,  
Tormentos se dan rabiosos...  
Y las nacaradas fichas,  
Al canturreo monótono  
De ¡Bacearat! ¡Pierdo!... ¡Gano!...  
¡Hagan el juego!... ¡sietel... ¡ochol...  
En silenciosa cadencia  
Van pasando de uno en otro.  
.....  
Ya raya el sol..., á despecho  
De las persianas y toldos,  
En alegres cintas quiebra  
Del gas el brillo incoloro;  
Ya luce el sol..., y al trabajo,  
Y á la oración, bondadoso,  
Con su dulce luz convida  
Á cuanto de él vive en torno...;  
Pero, en vano..., embrutecidos...  
De la embriaguez al rescoldo,  
Que ya no encandila el viento  
De sus fementidos logros,  
Sin alientos, sin palabras,  
Duermen sus vergüenzas Tono  
Y sus cuatro ó cinco amigos,

Que hasta el tugurio más próximo,  
Cuando del Club la inmundicia  
Vengan á barrer los mozos,  
Se harán llevar como fardos,  
Para poner así el colmo  
Á tan ejemplar jornada  
Y á día tan venturoso.



DON JOSÉ ALCALÁ GALIANO

(Conde de Torrijos).

EL TITÁN

Oculto entre las olas del hondo mar bullente,  
Del caudaloso río, de la sonora fuente,  
Del prisionero lago sobre el cristal azul,  
Un invisible genio sus formas escondía,  
Y sueño de cien siglos su espíritu dormía,  
Del agua transparente bajo el rizado tul. [ma,  
Un hombre, á los conjuros de la potente lla-  
Hervir hace las ondas, el líquido se inflama,  
Que aprisionado gime con loca ebullición,  
Y el genio que dormía despiértase pujante,  
Sacude con esfuerzo sus alas de gigante,  
Humilde á la imperiosa genial evocación. ®  
No era la ninfa leve, ni la flotante ondina,  
Ni náyade del río rasgando la neblina,  
Ni la voraz sirena del proceloso mar.  
Era el Titán oculto del líquido palacio,  
Que al despertar del sueño voló por el espacio,  
Dejando leve estela de nubes al flotar.

Era el Vapor, fantasma de blanca vestidura,  
Que indómito, rugiente, rompió la ligadura,  
Mostrando la pujanza de su incansable hervor;  
Era el secreto agente cuyo poder fecundo  
Venía á hacer al hombre dominador del mundo,  
Y de las fuerzas todas despótico señor.

En la prisión angosta de circular caldera  
Ruge el vapor sintiendo de la voraz hoguera  
La llama que sus ondas le obliga á dilatar;  
La válvula, cerrando su llave, le detiene,  
Y el hierro, que oprimidos sus átomos contiene,  
Vacila cual si fuesen sus muros á estallar.

Herido por la mano del fuego que le azota,  
Retuércese, sus fuerzas desesperado agota,  
Y logra al fin los muros de su prisión romper;  
Mas al romper su cárcel para buscar el  
[viento,  
Engendra inagotable raudal de movimiento  
Con el atroz empuje de su brutal poder.

La gran naturaleza se humilla ante su plan-  
Sométese la tierra mirando cuál levanta [ta,  
Las moles que sujetas á su atracción están.

El rompe de la inercia los opresores lazos,  
Las fuerzas subyugadas se rinden á sus brazos,  
Y sólo de los hombres esclavo es el Titán.

Miradle cuál impele la audaz locomotora,  
Que el tiempo y el espacio frenética devora,  
Con fuego en las entrañas, con alas en los pies;  
Que corre desbocada, que vuela, baja, sube,  
Lanzando con su aliento festón de blanca nube,  
Penacho que en el cielo se perderá después.

Cruza los anchos ríos, las cumbres de la sierra,

Las fértiles llanuras donde la curva tierra  
No estorba de sus pasos el impetu veloz.

De látigo le sirve la abrasadora lumbre,  
Arrastra de las moles la enorme pesadumbre,  
Y el horizonte llena con su potente voz.

Los pueblos y naciones á atravesar se lanza,  
Y al tiempo fugitivo con su carrera alcanza;  
No hay vuelo que supere su loca rapidez;

Enlaza en los carriles los pueblos más lejanos,  
Abate las fronteras, los hombres hace her-  
[manos,

Y achica del planeta la vasta redondez.

Ved al gigante encima del líquido elemento  
Remper las verdes olas, desafiar al viento,  
Burlarse de las iras del rápido huracán,

Y dentro de la nave, bajo el timón profundo,  
Trazando el derrotero para cruzar el mundo,  
Las hélices moviendo del férreo leviatán.

Subido en la columna de la alta chimenea,  
La fábrica domina, su pabellón ondea,  
Ligero pregonando su triunfo y su poder.

Su colosal martillo sobre el herido yunque,  
No hay maza que no aplaste, ni mole que no  
[trunque,

Ni resistencia inerte que no logre vencer.

De las dentadas ruedas moviendo el engrana-  
Les presta su pujanza, su fervido coraje, [je,  
Y es del taller el alma y el genio protector;

Gigante que al enano le viene á dar su ayu-  
Redobla sus alientos é infatigable suda [da,  
Para evitar que el hombre derrame su sudor.

De las telas él teje las mágicas urdimbres,

Retuerce los metales como ligeros mimbres,  
Sierra el robusto tronco del árbol colosal;

Del fondo de las minas hace surgir el oro,  
Las barras, en la ceca, convierte en un tesoro,  
Simbólicos troqueles grabando en el metal.

Mueve el cilindro sabio de la divina prensa  
Que espatee la palabra de cuanto el hombre  
[piensa,

De la Zelandia fría al ártico Spizberg; [fica,  
Y allí, sobre los moldes que el verbo santi-  
Y entre el vapor que rauda sus copias multi-  
[plica,

Se abrazan los espíritus de Watt y Gutemberg.  
Mortales, que mil templos magníficos alzáis-  
[teis,

Y allí divinizadas cuál genios adorásteis  
Á las ocultas fuerzas que vida al orbe dan;

Vosotros, que forjásteis los ídolos deformes,  
Y al Dios Naturaleza, con símbolos informes,  
Disteis el vano culto del invisible Pan; [res;

Que á Ceres, ó la Tierra, pusisteis en alta-  
Que hicisteis á Neptuno monarca de los mares;

Á Eolo, de los vientos omnipotente rey; [no,  
Que al fuego consagrásteis el culto de Vulca-

Que á Júpiter hicisteis el numen soberano  
Del éter del Olimpo y de la humana grey:

Alzad un templo de oro á la vital potencia  
Del genio que del agua la cristalina esencia  
Convierte en fuerzas vivas al beso del calor;

Por él llegarán días en que la especie humana,  
Sin dobligar su cuerpo, del mundo soberana,  
Trabaje sin la frente bañada en el sudor.

Por él el buey tardío sacudirá su yugo,  
Y el hombre ya, dejando de ser atroz verdugo,  
No rasgará sus carnes con aguijón cruel, [ta,  
Ni el látigo punzante, que infama cuando azo-  
Será el motor acerbo con que el vigor se agota,  
Y el poderoso aliento del rápido corcel.

Él solo devorando los tiempos y distancias  
Disipará en su vuelo las torpes ignorancias,  
Llevando la riqueza, la ciencia y la virtud;  
Por él sobre los mundos habrá una patria sola,  
Pues de la paz bendita los lábaros tremola,  
Y del trabajo mata la dura esclavitud.

Titán, que con tus alas el universo llenas,  
Y más que Prometeo tú mismo te encadenas  
Para que el hombre alcance gloriosa reden-  
[ción;

Bendita tu pujanza, que alivio le procura,  
Y hace más leve el yugo de la sentencia dura  
Que doblgó su frente como una maldición.

#### LA PROVIDENCIA

—Cuatro velas de cera te prometo  
Si me sale con bien este negocio.

—Á ayunar medio mes me comprometo

Como logre engañar á mi consocio.

—Una misa te ofrezco porque llueva.

—Porque haga sol ofrézcode una misa.

—Necesito, Señor, levita nueva.

—Señor, Señor, que no tengo camisa.

—Señor, que se me alivie el mal de gota.

- Señor, haz que el ministro me coloque.  
— Señor, que mi levita ya está rota.  
— Señor, que ser soldado no me toque.  
— Señor, que la cabeza no me duela.  
— Señor, que al fin me elijan diputado.  
— Señor, que estoy rabiando de una muela.  
— Señor, dadme valor, que soy casado.  
— Señor, no tengo pan y estoy cesante.  
— Señor, que tengo frío, mas no capa.  
— Señor, Señor, que vuelva ya mi amante.  
— Señor, que Manolito se me escapa.  
— Señor, que no me asalten los *ingleses*.  
— Señor, al cielo llévate á mi suegra.  
— Señor, piedad, que estoy de nueve meses.  
— Señor, que al *ecarté* mi suerte es negra.  
— Señor, que no lo sepa mi marido.  
— Señor, una gran cruz. — Señor, la faja.  
— Señor, Señor, que el plazo está vencido  
Y no tengo dos céntimos en caja.

Si debe soportar la Providencia  
Esta santa oración de cada día,  
Á costa del reposo y la paciencia  
Lo que es yo Providencia no sería.  
Pedir y más pedir, esto hace el hombre,  
Llamar fe y esperanza á su egoísmo;  
Sobre un altar divinizar un nombre  
Y darse en realidad culto á sí mismo.  
¡Cuántas gentes, oh humana impertinencia!  
Ocupan en pedir sus santos ocios,  
Y ven en lo que llaman Providencia  
Sólo un eterno agente de negocios.

## DON LUCIANO GARCÍA

### LA VIRGEN DE LA MONTAÑA

Rodeado de abismos y de torrentes,  
Arrullado por vientos y tempestades,  
Cual gigante de piedra de otras edades,  
Cual glorioso caudillo de mil valientes,  
Vigilante y altivo, como guerrero  
Que guarda los tesoros de aquella Cueva,  
Que guarda los destinos de un pueblo entero,  
Sobre trono de rocas se alza el Auseva.  
Auras de independencía su seno agitan,  
Y al compás de los ecos de la Montaña,  
Entre gritos de gloria, de fe palpitan  
Los himnos religiosos de nuestra España.  
El sol de las batallas quemó su frente,  
Los vientos y huracanes cantan sus glorias,  
Y los ecos repiten de gente en gente  
Los cantos inmortales de sus victorias.  
Espumoso torrente tiene á su planta,  
Sobre el torrente tiene la angusta Cueva,  
Y en la Cueva una imagen... la imagen santa  
Que es la reina adorada del monte Auseva.

Á los pies de esa imagen, juntas rezaron  
Las que fueron cristianas generaciones.  
Sus penas y alegrías allí contaron  
Y exhalaban sus quejas y sus canciones.  
Cantaron las grandezas de nuestra España,  
Lloraron las miserias que la devoran...  
Y por eso los ecos de la Montaña  
Al compás del torrente cantan y lloran.  
Si buscáis maravillas, venid á verlas.  
Venid á oír los ecos de sus canciones,  
Que él tiene sus leyendas y tradiciones,  
Como tienen los mares nidos de perlas.  
A los pies de la Virgen, cuya hermosura  
Ilumina al Auseva, viene el romero...  
Vienen los hijos todos del pueblo ibero  
Á contarle sus penas ó su ventura.  
Á los pies de la Reina de las montañas  
Dejan, como recuerdo de sus amores,  
La clave de sus cantos, los trovadores,  
Y el soldado el secreto de sus hazañas.  
La doncella le cuenta sus pensamientos,  
El que sufre, la historia de sus pesares,  
El labrador las penas de sus hogares,  
Y la madre el secreto de sus tormentos.  
Y al postrarse en la Cueva santa de hinojos,  
El corazón recobra la paz perdida  
Y llanto de alegría vela los ojos  
Al decir á la Virgen «¡Madre querida!»  
Queréis saber su historia? Venid á verla,  
Que ella encierra tesoros de poesía,  
Como en humilde concha, guarda la perla  
En sus negros abismos la mar bravía.

Venid á oír su historia. No la he inventado;  
No la juzguéis, cual mía, ruda ó extraña.  
La he aprendido á sus plantas. Me lo han con-  
Los ecos y torrentes de la Montaña. [tado  
¡Recuerdos bulliciosos de mis hogares,  
Alegres romerías, Montaña santa,  
Flores pobres y humildes, cual los cantares  
Que brotan temblorosos de mi garganta,  
Murmillos misteriosos de la espesura  
Dad aroma á mis cantos, prestadme acentos  
Para cantar las glorias y la hermosura  
De la Virgen que adoran mis pensamientos.  
«Por la florida Vega de los Pastores,  
Cual reina fugitiva, pobre y hermosa  
Pasó un día la Virgen, cogiendo flores  
Con un niño en los brazos como una rosa.  
Su presencia divina perfumó el viento;  
Donde pisó su planta, flores brotaron;  
Y al levantar los ojos al firmamento,  
Hasta los mismos cielos se iluminaron. —  
«¿Quién es ésta que viene? cantó la fuente.  
¿Quién es esta que pasa? gimió la brisa.  
¿Quién es ésta que llega, rugió el torrente,  
É ilumina los cielos con su sonrisa?»  
«Soy la Reina del cielo, contestó Ella,  
Que el trono de mi gloria, quiero en España,  
Desde hoy en adelante seré su Estrella.  
Soy la Virgen querida de la Montaña.»  
Los bardos la llamaron sol de alegría,  
Del mismo paraíso flor trasplantada.  
Mis padres la dijeron «¡Santa María!»  
Y el Auseva le dieron para morada.

De entonces fué el Anseva, faro esplendente,  
Que guía los destinos del pueblo hispano,  
Y el altar escogido, donde ferviente  
Exhala sus plegarias el asturiano.  
Si el eco prolongado de ronco trueno  
Que llama la tormenta, se oye á deshora,  
Y cual potro bravío que rompió el freno,  
Adelanta la nube desoladora,  
«¡Santa María!» claman atribulados  
Los labriegos en torno de sus altares,  
«¡Aleja la tormenta de los sembrados,  
Aleja la miseria de los hogares!»  
Si peligran las naves en que altanero  
El hombre desafía los aquilones,  
Luchando con las olas el marinero,  
«¡Santa María, clama, no me abandones!»  
Y el niño, cuando raya la luz del día,  
Y el anciano que tiembla bajo los años,  
Y el que llora tristezas y desengaños,  
«¡Santa María, claman, ¡Santa María!»  
Que es su nombre bendito conjuro santo  
Que apaga los bramidos de la tormenta,  
Que seca los raudales de nuestro llanto  
Y los tristes pesares del alma ahuyenta.  
Á ofrecerle regalos van los pastores  
Y las gentes humildes de las aldeas,  
Porque es pobre y humilde como sus flores...  
«¡Reina de la Montaña, bendita seas!»  
»En una humilde Cueva tienes tu trono.  
»De par en par lo tienes, nunca se cierra  
»Para el pobre y humilde, que en su abandono,  
»No tiene más amparo sobre la tierra.

»¡De par en par lo tienes... Madre querida,  
»Que se apaguen los cantos en mi garganta,  
»Que rendido á tus plantas pierda la vida,  
»Antes que ver cerrada tu Cueva santa!»

EN SIBERIA

Quaquam inter adversa  
salva virtutis fama.

TÁCITO

I

Sólo contigo, y con tu Madre Santa,  
Señor y Jesús mio,  
Muevo al acaso la insegura planta  
Por el páramo frio.  
Cárcel mortal entre nevados cerros  
Me dieron los tiranos  
Porque osé quebrantar los viles hierros  
Que arrastran mis hermanos.  
A Ti, postrada la rodilla en tierra,  
Se alzó mi alma contrita,  
Y el grito dí de Libertad y Guerra  
Que espanta al Moscovita.  
Mas cayeron sus bárbaras legiones  
Sobre mi patria hermosa,  
Como tropel de tigres y leones  
A quien el hambre acosa.  
Hoces y arados en el yunque ardiente  
Troqué en espada y lanza,  
Pero en olas de sangre nuevamente  
Se ahogó nuestra esperanza!

DON ANGEL MARÍA DACARRETE

—  
A TÍ

¡Triste, en la noche solitaria y fria  
Entre sueños te llamo;  
Triste, al brillar el trabajoso día  
Le digo que te amo!  
¡Tu seno implora mi abrasada frente  
Que abaten los enojos;  
Por ti preguntan con afán doliente  
A cuanto ven mis ojos!  
¡Tiendo los brazos al vapor liviano  
De la niebla ligera,  
Y busco entre las sombras con mi mano  
Tu undosa cabellera!  
¡Dónde estás? ¡Ven á mí! ¡Que otra vez suene  
Tu palabra en mi oído!  
¡Que este vacío de mi pecho llene  
De tu pecho el latido!  
¡De tu mirada con la luz tranquila  
Serena mi alma loca,  
Y el llanto que en mis párpados oscila  
Enjuga con tu boca!

II

¡Ay Polonia infeliz! Sólo veo ahora  
Por tus campos desiertos,  
Cruzar la muchedumbre vencedora  
Galopando entre muertos.  
Mudo ya el bronce, y del feral combate  
El vocerío inmenso,  
Aún se oye el trueno del fusil que abate  
Al mártir indefenso.  
Al pie de los altares el Pagano  
Á tus hijas agarra,  
Las azota con látigo villano  
Y sus lutos desgarras.  
Arrodillado sobre escombros, ora  
El anciano doliente,  
Y, preguntando por sus padres, llora  
El niño balbuciente!

III

¡Ay! que tanto dolor y la aspereza  
De mi destierro impio,  
No turben de mi alma la entereza,  
¡No lo quieras, Dios mío!  
Firme en tu fé y en el amor ardiente  
De mi patria querida,  
Acabe entre estos hielos tristemente  
La miserable vida;

Mas no su amigo el Déspota me llame,  
Mi cuello unciendo al yugo;  
Apriételo más bien con cuerda infame  
La mano del verdugo.  
Y antes que manche del perjuro el yerro  
Mi lengua que te invoca,  
Dura tenaza de encendido hierro  
La arranque de mi boca.

EN LA MUERTE DE LINCOLN

No sobre el campo del honor caído,  
Ni de banderas bélicas cubierto  
Dejó á ese cuerpo ensangrentado y yerto  
Su espíritu inmortal nunca rendido.  
Del lauro ya del vencedor ceñido,  
La ambición y el rencor, en vil concierto  
Con golpe aleve le postraron muerto,  
La desgracia infamando del vencido.  
Mas la mano del bárbaro homicida,  
Nuevo triunfo á los triunfos eslabona  
Con que ilustró su generosa vida;  
¡Que llora el mundo su fatal partida,  
Y brilla más que la imperial corona  
La noble sangre de su frente herida!

Que, si en mi consistiera,  
Volvería á perder á España entera  
Por la misma razón que don Rodrigo.

—  
Si merece el fuego eterno  
Quererte más de lo justo,  
Vas á llenar el infierno  
De personas de buen gusto.

—  
El amor material es un pecado,  
Pero nadie por él se ha condenado,  
Pues queda el pecador arrepentido  
En seguida de haberle cometido.

### UN CUENTO

En derredor de la amplia chimenea  
De colosal campana  
Donde el tronco al arder chisporrotea,  
Y en torno de una anciana  
De negra toca y de cabellos blancos,  
Se agrupan en el suelo y en los bancos  
Casi todos los chicos de la aldea.  
Fuera, entretanto, la tormenta estalla  
Y parece que se hunde el firmamento.  
Tiene miedo el concurso, pero calla  
Porque le atrae el interés del cuento.  
—El niño Manolín, dijo la abuela,  
Según los que le vieron de chiquito,  
Era un ángel de Dios; el más bonito  
De todos los chiquillos de la escuela.

### DON SINESIO DELGADO

#### AMOROSAS

Que el demonio la tienta  
Me dijo Amparo;  
Y yo la dije: Niña,  
¡Quién fuera el diablo!

—  
Quisiera yo saber las tonterías  
Que sueña Encarnación todos los días,  
Porque hay seres sencillos  
Que, al soñar, no se paran en pelillos.

—  
He soñado, Matilde, que volvían  
Las falanges aquellas  
De siervos del Korán, que nos vencían,  
Y que á tí te escogían  
Para el tributo de las cien doncellas.  
¡Y yo, que era soldado visigodo,  
Me hartaba de reir, dormido y todo!

—  
Me ciega la pasión de tal manera  
Á solas encontrándome contigo

Por igual todo el pueblo le quería,  
Ganábase cariño y simpatía  
Con su atractivo solo,  
Y por esto, la madre de Manolo  
Calculad lo orgullosa que estaría.  
Pues bien, este cariño  
Que todo el mundo le tenía al niño  
Excitó contra él la sorda rabia  
De una bruja muy sabia  
Que habitaba en el monte donde ahora  
Ruge la tempestad atronadora.  
Y la asquerosa vieja de dos siglos  
Pensó el modo de hacer un atropello,  
Porque brujas y duendes y vestiglos,  
Por lo feos que son, odian lo bello.  
Una noche como ésta  
Escogió la malyada  
Con la maldita escoba preparada  
Para lograr su pretensión funesta,  
Y el pobre Manolillo, que dormía  
En su humilde cunita de madera,  
Por los aires voló, sin que pudiera  
Saberse nada de él al otro día.  
Loca la madre de dolor, en vano  
Le buscó por el monte y por el llano  
Regando con su llanto los caminos  
De los pueblos vecinos...  
Tanto lloró y rezó, y era tan buena,  
Que Dios, compadecido de su pena,  
Se apareció una vez durante el sueño  
Y la dijo:—No llores, Magdalena,  
Las brujas se han llevado á tu pequeño,

Pero yo estoy contigo  
Y anularé el poder de tu enemigo.  
Y en brazos de un querube  
Cabalgando veloz sobre una nube  
Cruzó tierras extrañas,  
Valles, rios y mares y montañas,  
Y en una noche lóbrega y sombría  
Se encontró de repente  
En un barranco inmundo y pestilente,  
Del aquelarre en la infernal orgía.  
Pidió fuerzas á Dios contra el hechizo,  
Rompió la gran caldera en mil pedazos,  
El concurso rugiendo se deshizo  
Y quedó sola, con su niño en brazos.  
Tornó á la aldea á pie; miles de miles  
De leguas sin abrigo ni bagaje,  
Marchitando sus gracias juveniles  
En las fatigas de tan largo viaje.  
Ansiosa de llegar, sin saber cuándo,  
Pobre, hambrienta, aterida, fué cruzando  
Grandes llanuras, cúspides enhiestas,  
Alegre siempre con el hijo acuestas!...  
Ya véis, pues, por la historia de Manolo,  
Que el amor maternal es grande y soló:  
Cualquiera madre idólatra ó cristiana,  
¡Por sus hijos al diablo se resiste!  
—Menos la mía, interrumpió á la anciana  
Una niña muy pálida y muy triste.  
—¿Qué dices, criatura?  
—Sí, abuelita,  
Que la mía... ¡qué había de hacer eso,  
Si, siendo yo chiquita,

Me abandonó á la puerta de la ermita  
Y no ha venido nunca á darme un besol

### EL CAMINO DEL CIELO

No se moleste usted, padre Gabino,  
En dedicarme arengas y sermones...  
Usted va con buen fin, pero yo opino  
Que eso es gastar el tiempo y los pulmones.  
«El sendero del bien es muy estrecho,  
Lleno de matorrales,  
De obstáculos enormes, colosales,  
Donde espíritus firmes se han deshecho.  
La senda del pecado no es lo mismo.  
Ancha, florida, alegre á todas horas,  
Oculta los horrores del abismo  
Con velos de ilusiones tentadoras.  
¡Por eso rara vez por la torcida  
Vía de la virtud vemos que avanza  
Un alma acongojada y dolorida  
Á quien sostiene sólo la esperanza;  
Y en cambio en el camino del infierno  
Se apiña multitud pecaminosa  
Que va arrastrada hacia el suplicio eterno  
Por la apariencia aleve y engañosa!»  
Eso me dice usted, padre Gabino,  
Sin creer que me dice un desatino.  
Ustedes, sacerdotes virtuosos,  
Los que respetan su misión sagrada,  
Que aunque saben que hay diablos asquerosos  
De todo lo demás no saben nada,

Suponen que esa vida licenciosa  
Es una infame pero alegre vida,  
Puesto que siendo fruta prohibida  
Debe de ser sabrosa.  
Y dicen á los fieles: «En el vicio  
Hallaréis los placeres, pero abajo  
Esperan las calderas del suplicio.  
El practicar el bien cuesta trabajo,  
Pero luego se encuentra el beneficio.»  
¡Error tremendo, padre! Usted ignora,  
Porque no lo ha probado todavía,  
Que un pecadillo leve de una hora  
Produce un amargor que dura un día.  
Y un bien que se ha prestado ó recibido,  
Una acción meritoria  
Deja en un corazón encallecido  
Esa dulce emoción que sabe á gloria.  
Causa el mal desventuras ignoradas  
Que atroz remordimiento hace secretas,  
Y siempre las pasiones desbordadas  
Dan mayores disgustos que sujetas.  
¿Y la tranquilidad del hombre honrado  
Que es el supremo goce?  
¿Y el desprecio hacia el tonto encanallado  
Que quiere ser feliz y es desgraciado  
Negando una virtud que no conoce?  
¿Y el derecho á reírse del destino  
Y á encontrar en las penas un consuelo  
Que arranca las espinas del camino?  
¡Cállese usted, por Dios, padre Gabino!  
¡Si eso es mejor que el cielo, con ser cielo!

UNIVERSIDAD ANTONIO MARRASANO  
ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
SERENATA

DON EUGENIO SELLÉS

SERENATA

Cuando la noche en sombras al mundo deja  
Y los ojos que celan duermen en calma,  
Con la voz de mi lira llamo á tu reja,  
Con la voz de mis penas llamo á tu alma.

Si despierta tus sueños angelicales  
El rumor misterioso de tus cristales,  
Abre, niña, y no temas á las visiones  
Que el miedo por las sombras tristes derrama;  
Es el amor que vuela por tus balcones;

¡Soy yo quien llama!

¡Quién tuviera la magia con que mi trova  
Taladrando los muros llega á tu alcoba!  
¡Quién el rayo de luna que va á tu lecho  
Y al besarte los ojos te los desvela,

Cuando al pie de tu casa, siempre en acecho,  
Soy yo quien vela!

Abre, y perder no temas tus sueños bellos,  
Que es el amor que traigo más dulce que ellos.  
Y deja que yo olvide la luz odiosa  
En tu ardiente pupila, de mi alma dueña,

— 345 —

Que dormido en tu seno de nieve y rosa,  
¡Soy yo quien sueña!

Mas si húmedos encuentras por la mañana  
Los enredados hierros de tu ventana,  
No es que en ellos sus perlas posó el rocío;  
Es que te acusa el llanto de quien te adora;  
Es que al partir sin verte, consuelo mío,  
¡Soy yo quien llora!

Que cuando al mundo en sombras la noche  
Y los ojos que celan duermen en calma, [deja,  
Con la voz de mi lira llamo á tu reja,  
Con la voz de mis penas llamo á tu alma.

De quien viril juzgando la dureza  
Labra la ruina de su propia suerte.

Escucha al corazón que fiel te advierte  
Que lo que no es amor sólo es flaqueza,  
Y el único el amor que con firmeza  
Da vida y vence á la implacable muerte.

Los débiles forjaron la patraña  
De que no obras de amor, obras de ira  
Todo progreso cual cimientó entraña;

Mas en vano la mente con mentira  
La luz del corazón cuida que empaña,  
Que al fuerte siempre la piedad le inspira.

#### PIEDAD

Busca de tu alma la raíz divina,  
Lo que á tu hermano te une y asemeja,  
Y del puro querer que te aconseja  
Aprende fiel la santa disciplina.

Oye á tu humanidad que te adoctrina;  
«Todos soy yo; en mi alma se refleja  
Todo placer y toda humana queja»  
Y de falso vigor, fuerte, abemina.

Rompe del egoísmo el fatal sino,  
La costra que tupida te sofoca,  
Liberta al Hombre de tu yo mezquino,  
Descubre de tu espíritu la roca,  
Y la piedad de manantial divino  
En corriente fluirá que no se apoca.

#### DON MIGUEL DE UNAMUNO

#### MEMNÓN

Dormitando su vida el cocodrilo,  
Bebe sangre del sol en la ribera,  
Mientras toma el beduino de cantera  
La esfinge que en la arena halló su asilo.  
Duerme la historia junto al sacro Nilo,  
Con el alma en granito prisionera,  
Y en el pétreo Memnón el fallo espera,  
Mirando al cielo con mirar tranquilo.

Mas cuando allá, del alba, en el Oriente,  
Rompe la luz en flujo caudaloso,  
Inundando en vivífico torrente  
El seno del pasado tenebroso,  
Toma de éste la voz, y en himno hirviente,  
Leve oración al Sol reza el coloso.

#### FORTALEZA

Si aspiras, como dices, á ser fuerte,  
No busques la engañosa fortaleza

AL SUEÑO

¡Dueño amoroso y fuerte,  
En los reveses de la ciega suerte  
Y en los combates del amor abrigo,  
Del albedrío dueño,  
Del alma enferma cariñoso amigo,  
Fiel y discreto sueño!  
Eres tú de la paz eterna y honda  
Del último reposo,  
El apóstol errante y misterioso  
Que en torno nuestro ronda,  
Y que nos vierte al alma  
Cuando luchando por vivir padece  
La dulce y santa calma  
Que á la par que la aquieta la enardece.  
Al débil das escudo  
Robusto y bien ceñido,  
Para el combate rudo,  
¡El escudo compacto del olvido!  
Fortificas al fuerte  
Dando á su vida fuerzas de la muerte.  
Tú con tierno cariño  
Nos meces en tu seno  
Como la madre al niño,  
Cantándonos canciones  
Con suave ritmo de caricias lleno;  
Y cuando llega tu hora,  
Jadeantes se tienden las pasiones  
A dormir á tu sombra bienhechora.

En tu divina escuela,  
Neta y desnuda y sin extraño adorno,  
La verdad se revela,  
Paz difundiendo en torno.  
Al oscuro calor de tu regazo,  
Contenta y recogida,  
Como el ave en su nido,  
Libre de ajeno lazo,  
Desnuda alienta la callada vida,  
Acurrucada en recatado olvido,  
Lejos del mundo, de la luz y el ruido;  
Lejos de su tumulto  
Que poco á poco el alma nos agota,  
En el rincón oculto  
En que la fuente de la calma brota.  
De tu apartado hogar en el asilo,  
Como una madre tierna  
De su pecho tranquilo  
Da al hijo dulce leche nutritiva,  
Tú nos das la verdad eterna y viva  
Que nos sostiene el alma,  
La alta verdad augusta,  
La fuente de la calma  
Que nos consuela de la adversa suerte,  
La fé viva y robusta  
De que vive la vida de la muerte.  
Cuando al que sirve sin rencor ni dolo  
Del ideal en el combate duro,  
Puesta la vista en el confin futuro  
Á la verdad tan sólo,  
Le dejan sólo en la tenaz porfia,  
Tú no le dejas;

Tú le sirves de atenta compañía,  
Tú con voz silenciosa le aconsejas,  
Y en horas de tristeza  
Le das tu soledad de fortaleza.  
Cual se lanzan ruidosos los torrentes  
De escarpadas montañas  
Por abruptas vertientes,  
A descansar del lago en las entrañas  
Donde en mullido lecho  
Los despojos que arrastran de deshecho  
Son de vidas innumeradas la cuna,  
Así nuestras pasiones  
Arrastran á tu lecho, sueño manso,  
Perdidas ilusiones,  
Que á favor del remanso,  
Entretejen en tí una isla vaga  
Isla de libertad y de descanso,  
Retiro de la maga  
Soberana señora, fantasía,  
Que da cuerpo y figura  
A cuanto el pecho ansia,  
Sacando de tu hondura  
En la dulce visión sin consistencia,  
Consuelo de la misera existencia.  
Eres el lago silencioso y hondo  
De reposada orilla,  
El lago en cuyo fondo  
Descansa del desgaste el sedimento,  
Donde toda mancilla  
Se purga á curso lento,  
Y en que por magia de sutil mudanza  
Se convierte en recuerdo la esperanza.

Cuando se acuesta el sol en el ocaso,  
Deja tras su carrera,  
Vibrando luminoso en la alta esfera  
El áureo polvo de su augusto paso,  
Polvo que lento posa  
En las faldas oscuras  
De la noche callada y tenebrosa;  
Y allá, por las alturas  
Del infinito abriéndose encendida,  
La creación augusta se revela  
En campo sin medida  
Que el sol engañador de día cела,  
Al mostrarnos cual sólida techumbre  
Que á nuestro mundo encierra  
El insondable mar del firmamento  
En que esta pobre tierra  
Se pierde en la infinita muchedumbre  
De los mundos sin cuento.  
Al disiparse así en tu regazo  
El sol de la vigilia engañadora  
¡Oh sueño! ¡mar sin fondo y sin orilla!  
mundos sin cuento surgen de tu seno,  
En que palpita y brilla  
La creación del alma soñadora,  
En campo tan sereno  
Cual el del cielo en noche recogida  
Que á la oración convida;  
Y brotan á lo lejos  
De remotas estrellas ideales  
Los pálidos reflejos,  
Envolviéndose en magia soberana  
El fondo eterno de la vida humana.

¡Dueño amoroso y fuerte,  
En los reveses de la ciega suerte,  
Y en los combates del amor abrigo,  
Del albedrio dueño,  
Del alma enferma cariñoso amigo,  
Fiel y discreto sueño!  
Acógenos benigno entre tus brazos,  
Rompe con puño fuerte  
Del sentido los lazos,  
¡Apóstol de la muerte!  
¡Pon tu mano intangible y redentora,  
Sobre el pecho que llora,  
Y danos á beber en tu bebida  
Remedio contra el sueño de la vida!

DON EMILIO FERRARI

DEL CUADRO HISTÓRICO

DOS CETROS Y DOS ALMAS

Regocijos populares,  
Fiestas múltiples y varias,  
Cabalgatas y yantares,  
Músicas, farsas, juglares,  
Enanos y luminarias,  
Están sin interrupción  
Juntamente festejando  
La doble feliz unión  
De Isabel y de Fernando,  
De Castilla y de Aragón.  
Y ya en su regia morada  
Solemne y públicamente  
La boda, al fin, celebrada,  
Y en la ciudad proclamada  
Por heraldos á la gente,  
Los novios al cuarto día  
Salen, entre el pueblo entero,  
Con gala y trompetería,

Á misa á Santa Maria  
De las casas de Vivero.  
Verde enramada frondosa  
La calle entolda y abruma,  
Y la carrera anchurosa  
Tapiza al par que perfuma  
Juncia fresca y olorosa.  
Bajo un sol que oro destella,  
Bullendo en ambos pretiles  
La multitud se atropella,  
Y en vano pugnan con ella  
Maceros y ministriles.  
Todo es lujo y galanura;  
No hay portada sin templete,  
Ni enrejado sin verdura,  
Ni balcón sin colgadura,  
Ni palo sin gallardete.  
Ya pifanos y tambores  
Anuncian de cerca el paso,  
Y ya de los miradores  
Llueven el trigo y las flores  
Sobre las vestes de raso.  
Abriendo calle á empujones  
En las turbas que resisten,  
Vienen cuarenta peones,  
Y reyes de armas que visten  
Dalmáticas con blasones.  
Siguen cabildo y concejo,  
Y en pos, al estilo añejo,  
Botargas y mamarrachos  
Sacudiendo á los muchachos  
Con pelotas de pellejo.

Pasan en fila, ordenadas,  
Con estandartes y guías  
Las parroquias agremiadas  
Y en yeguas empenachadas  
Timbales y chirimias;  
Suena una marcha triunfal,  
Y viendo llegar enfrente  
La comitiva nupcial,  
Atruenan el aire la gente  
Con un «¡vitor!» general.  
Sobre un pisador que un paje  
Conduce por el rendaje  
Y chispas del suelo arranca,  
Mojando en espuma blanca  
Los frenos y el atalaje,  
Va la princesa, algo erguida  
Sobre el estribo de acero,  
La diestra mano en la brida,  
Y la garnacha cogida  
Contra el arzón delantero.  
Lleva un brial con armiño  
Y randas de oro y velludo,  
Y un afollado corpiño  
Que encuadra el seno desnudo,  
Con un collar y un brinquiño.  
Sobre la frente, las blondas  
En que la toca remata,  
Flotando en ligeras ondas,  
Y en las muñecas redondas  
Dobles ajorcas de plata.  
Marcha el príncipe á su lado  
Con calzas de grana fina,

Jubón verde acuchillado  
Y un rico sayo adornado  
De pieles de cebellina.

La brisa, que á cada instante  
Los crespos rizos enreda  
De su cabello abundante,  
Mueve la pluma ondulante

De su birrete de seda;  
Y mientras con una mano  
Rige el potro jerezano  
Que le bota en los arzones,  
Va con otra, cortesano,  
Saludando á los balcones.

Tras los dos, en un tordillo  
Cabalga Juan de Vivero,  
Y en un rodado morcillo  
Don Alfonso de Carrillo,  
Gran prelado y caballero;

Detrás van damas y gentes  
De Castilla y de Aragón,  
Con magníficos presentes  
Y colores diferentes,

En ruidosa animación;  
Y al extremo, rezagados,

Escuderos y soldados  
Que del pueblo en la ola viva  
Se abren paso acelerados  
Siguiendo á la comitiva.

Tal á un sol casi de Estío  
Que en yelmos y partesanas  
Refleja como en un río,  
Entre el rumor del gentío

Y el repicar de campanas,  
Va el cortejo caminando,  
Valladolid recorriendo  
Y hacia la iglesia avanzando,  
En derredor levantando  
Nube de polvo y estruendo.

Y aquella cinta que crece,  
Se separa y se acumula,  
Bulle, oscila, resplandece,  
Se desenrosca, se mece,  
Relampaguea y ondula,

Deslizase entre las ramas  
De los arcos, y se quiebra,  
Sobre juncias y retamas,  
Como una inmensa culebra  
De refulgentes escamas.

Valladolid, robusta y espléndida corona  
Que de Castilla ciñes la poderosa sien;  
Hidalga tierra de héroes, escultural matrona  
De cien ingenios madre, nodriza de otros cien;

Recinto que las artes bordaron de bellezas,  
Sus inmortales obras sembrando aquí y allá,  
Romántico tesoro de históricas grandezas,  
Archivo de recuerdos en que tu gloria está;

Tú, cuyo suelo abonan las inclitas cenizas  
De sabios y prelados insignes en virtud;  
En cuyo campo abriéranse las empañadas lizas  
Que de la Edad de hierro cantó el viril laúd;

Tú, donde los Concilios y Cortes se juntaron,  
Cuyo fulgor glorioso brillar aún hoy se ve,

Y donde, entre los doctos varones, se forjaron  
Los códigos del pueblo, los dogmas de la fe;  
Tú, en cuyo noble seno socorro halló y fortuna  
La generosa causa que en Villalar cayó,  
Cuyo cadalso viera la sangre del de Luna,  
Y en cuyos calabozos preso Fray Luis gimió;  
Tú, en cuyos viejos templos fulgura y centellea  
De artistas inmortales la inspiración vivaz,  
Y en cuyas anchas plazas no hay piedra que no sea  
Testigo de un suceso, despojo de una edad;  
Tú, en que autos hubo y fiestas, en que se hicie-  
ron leyes,  
En que otorgó el gran Carlos su carta de perdón,  
Donde brillaron santos, donde nacieron reyes,  
Donde escribió Cervantes, donde murió Colón;  
Tú, entre fecundos lauros y vidieras palmas,  
Las venturosas bodas debías proteger  
En que por siempre unieronse *dos cetros y dos almas*,  
Y con que al fin España, España empezó á ser.

### ASPIRACIÓN

¿Qué extraño secreto de amor sin fortuna  
Somete al encanto sutil de la luna  
El alma soberbia y adusta del mar?  
¿Por qué éste á su influjo retirase ó crece,  
Tan pronto en inmóvil sopor desfallece,  
Como álzase airado, la costa á turbar?  
Dormita, mediada la noche de invierno,  
Su roca en los hombros, el sísifo eterno,  
Rendido á la estéril, continua labor;

Tal vez con el cielo soñando en bonanza,  
Cual sueña con todo lo que es esperanza  
Cuanto es aquí abajo combate y dolor.

Completa es su calma; tan sólo un latido  
De manso oleaje, con lánguido ruido  
Columpia las aguas que vienen y van;  
Y el uno pausato, y el otro uniforme,  
Semejan resuello que el tórax enorme  
Levanta ó deprime del viejo titán.

Es la hora inefable. La vida, al imperio  
De un hondo deliquio, velada en misterio,  
Se abisma en aquella total plenitud,  
Oyendo en sí propia la voz infinita  
Jamás á lenguaje ninguno transcrita  
Con que habla en la noche la angusta quietud.

En este silencio que reina doquiera  
Hay algo como ansia ó anhelo de espera,  
Como una difusa febril lucidez;  
Parece en las sombras flotar un secreto  
Que al cóncavo oído del antro discreto  
El aire en voz baja susurra tal vez.

Entonces, cual torso de náyade que ágil  
Del agua emergiera, su sábana frágil  
Dejando tras ella volverse á cerrar,  
Así hacia el obscuro cenit, poco á poco,  
La curva de un disco de pálido foco  
Remonta el espacio, saliendo del mar.

¿Es faro que playa remota ilumina?  
¿Diadema arrancada de frente divina?  
¿Custodia de plata con hostia de luz?  
Allá cuando á ocaso tocando enrojece  
Cabeza segada del tronco parece

gota de sangre llorada en la Cruz.  
Es ella, es la luna; la virgen que en vela  
Mantiene un cuidado tenaz que revela  
Su rostro á que roba la anemia el color.  
Sin duda en amores su pena consiste:  
¿Cuál es lo que á un alma tan sola y tan triste  
Tuviera en los cielos no siendo el amor?

La luna, la muerta que vaga insepulta  
Durante las noches, buscando la oculta  
Mansión de un sepulcro cerrado tiempo há,  
La pálida Ofelia de angustia demente,  
La insomne Julieta que está eternamente  
Un bien aguardando que nunca vendrá.

Apenas el monstruo que el sueño esclaviza  
La siente, despierta, rugiendo se eriza,  
Sacude su espuma cual crin de león;  
Sus bascas redobla, y al fin, delirante,  
Se eleva queriendo besar el semblante  
De aquella adorada, celeste visión.

¡Cuán terca es su brega, su lucha cuán ruda!  
¡La peña le estriba y el viento le ayuda!  
¡Cómo unas sobre otras, hacina olas mill!  
¡Cuál salta y se encorva, cuál pugna y jadea,  
Vertiendo, al esfuerzo, sudor que blanquea  
La costa á lo largo del recio cantill

Á veces, á modo de fiera en la brama  
Que á gritos de lejos á la hembra reclama,  
Su rastro olfateando del bosque á través,  
Ya en tumbos desfoga su rabia impotente,  
Ya hozando en la arena, fatídicamente  
Gemir de congoja se le oye después.

Ó igual á monarca, fastuoso y liviano,

Que á precio de un reino, queriendo aunque en  
De esquivar hermosura vencer el rigor, [vano,  
En pródigo alarde despliega á sus ojos  
Los ricos presentes que viene de hinojos  
Á echar á sus plantas en prenda de amor.

Le viérais entonces verter de su falda  
Corales y conchas; ceñirse en guirnalda  
De helechos y fucos la espléndida sien;  
Y abrir, á manera de oculto tesoro,  
Los bancos de perlas, los médanos de oro  
Que huella, á su paso, con regio desdén.

¡Mas todo es inútil! En vano dilata  
Los húmedos labios, en vano á la ingrata,  
Brillante quimera pretende alcanzar;  
Allá, hacia poniente, su amada se aleja,  
Y él, triste, en su cárcel de nuevo se deja  
Caer, fatigado de tanto luchar.

Y así una vez y otra, sumiso al halago  
Pendiente de influjo magnético y vago,  
Se agita con ciego, furioso trajin,  
Cautivo en cadena que arrastra invisible,  
Sin que ¡ay! nunca logre su anhelo imposible.  
Ni nunca, vencido, descansa por fin.

¡Oh imagen del ansia que llena la vida  
Por íntima fuerza también saudida,  
También encerrada por linde fatal!  
¿Quién, triste ó dichoso, ya en lucha, ya en calma,  
No tiene un impulso del mar en el alma,  
Y arriba, en los cielos, un astro idéal!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
DON MANUEL DEL PALACIO

Á MI HIJA MARÍA

DEDICÁNDOLE, AÑOS HÁ, UN LIBRO DE VERSOS

Al pronunciar tu nombre, hija querida,  
Puros están mis labios y mi alma,  
Pasadas las tormentas de la vida  
Miro ya al Cielo con serena calma.

De cuanto amé y creí con fe y empeño  
Solo dos cosas en mi pecho abrigo:  
Mi amor al bien, que fué mi primer sueño,  
Mi amor á tí, que morirá contigo.

Rendido alguna vez, jamás postrado,  
Crucé del mundo la escabrosa senda,  
Alta la sien, el pensamiento honrado,  
No dócil al error, y sí á la enmienda.

Nunca esperé ni aplauso ni memoria  
Ni demandé favor á la fortuna,  
Los pobres lauros que debí á la gloria  
Todos los arrojé sobre tu cuna.

Si de la edad venciendo los agravios  
Eres, cual ángel hoy, mujer un día,

— 363 —

Oirás. contada por ajenos labios  
Una historia infeliz, esa es la mía.  
Aspirar á lo grande y ser pequeño,  
Amar la libertad y no gozarla,  
Tener tan solo la razón por dueño  
Y al capricho del mundo encadenarla;

Vivir sujeto al afrentoso lazo  
Que teje á veces la maldad triunfante,  
Y ver unidos en estrecho abrazo  
El odio ruin y la ambición gigante.

Tal fué mi vida, tal será la tuya,  
Y ¡ay de tí si tu aliento desfallece!  
Cuando mi noche terrenal concluya,  
¡Cuando tu aurora celestial empiece!

Verás con miedo como yo con ira  
Tomar el vicio de virtud el nombre,  
Aplaudir la verdad á la mentira,  
Hacer el hombre su escabel del hombre.

Verás de amor cubiertos con el velo  
La torpe liviandad ó el vil amaño,  
Herencia del dolor, el desconuelo,  
Herencia del placer, el desengaño.

Si esto sucede, si la duda impía  
Osa empañar tu corazón siquiera,  
Abre este libro entonces, hija mía,  
Donde cayó mi lágrima postrera.

Ábrelo, sí, y al recorrer sus hojas  
En que pintarte quiso mi deseo  
De los muertos placeres las congojas  
Y de la vida el loco devaneo,

Piensa no existe entre sus hojas una  
Que un consejo no guarde provechoso,

Y que es un buen consejo una fortuna  
Que no suele tener el poderoso.  
Piensa que con la fe todo se allana,  
Que con la caridad todo se puede,  
Que hay flor que al huracán resiste ufana  
Y al blando soplo de la brisa cede.  
Sentir, amar, creer; aquí se encierra  
Todo el secreto de la humana vida;  
Quien cumple esta misión sobre la tierra  
Puede esperar en calma su partida.  
Por eso yo con efusión te estrecho  
Hija del alma, te coloco al lado,  
Y me duermo tranquilo y satisfecho  
Como el atleta de luchar cansado!

#### Á VICTOR HUGO

(Improvisado, al leer el telegrama que anunciaba su muerte,  
en casa de D. Ambrosio Montt.)

Con el siglo nació, y el siglo llena;  
Los genios le arrullaron en su cuna,  
Y esclava de su voz fué la tribuna,  
Y sus héroes asombro de la escena.  
Cuando su lira con amor resuena,  
Más dulce que su lira no hay ninguna;  
Cuando al poder maldice ó la fortuna,  
Cual desbordado mar ruga y atruena.  
¡Mártir y salvador, verdugo y reo,  
Diéronle, para honrar su ejecutoria,  
Tasso el laurel, la roca Prometeo:  
Y del carro triunfal de la victoria  
Cayó, tocando en tierra como Anteo  
Para alzarse inmortal..... como su gloria!

#### JEREZ Y RHIN

Para curarme el esplin  
Los tomo más de una vez:  
¡Rico vino es el Jerez!  
¡Buena bebida es el Rhin!  
Los dos, usados con calma,  
Dan, triunfando del dolor,  
Al cuerpo nuevo vigor,  
Nueva juventud al alma.  
Y ambos, en igual porfía,  
Después de darnos solaz,  
Brindan al que duerme, paz,  
Y al que trabaja, alegría.  
Hay quien con mala intención  
Ponerlos quisiera en guerra:  
¡Por qué? cada uno en su tierra  
Cumpla su grata misión.  
Todo el que sabe beber  
Sabe también, cuando menos,  
Que mezclar dos vinos buenos  
Es echarlos á perder.  
Y nunca olvidarse debe,  
Pues anda en libros escrito,  
Que el vino más exquisito  
Se enturbia cuando se mueve.  
Queden, pues, quietos los dos,  
Y pasada la embriaguez,  
Bebamos Rhin y Jerez  
En paz y en gracia de Dios!

MADRIGAL

Me miraste, alma mía,  
Y fué tal mi alegría  
Y es mi pasión tan loca,  
Que sentir me parece todavía  
El beso de tus ojos en mi boca!

EL FRAILE

MEDITACIÓN

En el ruinoso claustro bizantino  
Iba á sentarme al declinar el día,  
A pie cruzando el áspero camino  
Que conduce del pueblo á la Abadía.

Todo allí soledad, todo misterio;  
Del monte en el declive ameno valle,  
Y vecino á la iglesia el cementerio,  
De altos cipreses tras angosta calle.

Aquel antiguo claustro, aquella calma,  
Aquel cielo tan puro y transparente,  
Hablaban á mis ojos y á mi alma  
De algo que no se explica y que se siente.

Alguna vez el eco repetido  
Por la cintrada bóveda del coro  
Traía murmurando hasta mi oído  
El rezo triste y el cantar sonoro;

Y alguna vez también, pálido y mudo,  
Un hombre, que un fantasma parecía,

Contestaba impasible á mi saludo,  
Y del templo en la sombra se perdía.  
¿Quién era? Al mundo y á la vida extraño,  
Prófugo del hogar, de nombre incierto,  
¿Qué crimen, qué dolor, qué desengaño  
Lloraba en aquel árido desierto?

Bajo su tersa y despejada frente,  
De su pupila azul en los fulgores,  
Irradiaban los sueños de la mente,  
Ricos de luz, de encanto y de colores.

¿Quién sabe si en la celda sumergido,  
Cuando todo en silencio reposaba,  
Con el orgullo de Luzbel caído,  
Su túnica de Neso desgarraba?

¿Tal vez un mártir del amor sería,  
Que al tibio rayo de la luna bella,  
De su amada el espectro evocaría,  
La fe negando á Dios que puso en ella?

¿Ó de oculto pesar víctima triste,  
Acaso maldiciendo su destino,  
De una felicidad que aquí no existe,  
Buscaba en las tinieblas el camino?

No lo sé; de su imagen solitaria,  
Siempre severa y misteriosa y fría,  
Sólo el perfil recuerdo y la plegaria,  
Que más se adivinaba que se oía:

Y tampoco olvidé que muchas veces,  
Del sitio impresionado y del momento,  
Al rumor de sus pasos y sus preces  
Despertó mi dormido pensamiento...

Y pensé en mi interior:—Esa sentencia  
Que el hombre sufre y que se impone él mismo,

¿Es ley á que obedece su conciencia,  
Ó imposición fatal de su egoísmo?  
¿Puede el humano ser, suprema hechura  
De un divino Hacedor, fuente de vida,  
Renunciando á su noble investidura,  
Realizar los intentos del suicida?

No de estéril piedad, de amor fecundo  
Se nutren los hambrientos corazones;  
Y hacen más falta ejemplos en el mundo,  
Que en el cielo cantares y oraciones.  
Bálsamo del dolor es la esperanza,  
Y, afirme cuanto quiera la pereza,  
Del bien y la virtud en la balanza,  
Pesa más el que instruye que el que reza.

Más alto que el incienso, cuya nube  
Se borra condensada en el ambiente,  
Hasta el trono inmortal vibrando sube  
El suspiro del pobre y del doliente.

Corregir al iluso y al culpable,  
Aliviar al enfermo y al cuitado,  
Ese es el culto á Dios más agradable,  
Ese el deber del justo y del honrado.

Eraile, no envidia tu serena calma;  
Yo amo al par las espinas y las flores;  
La vida es un combate, y de la palma  
Nunca dignos serán los desertores.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
EN EL ALBUM DE MARIA C. LARRAVIDE

El cisne que navega  
Por el dormido lago;

El ruiseñor que entona  
De noche su cantar;  
La tórtola que gime  
Cruzando el aire vago;  
La estrella que aparece,  
La brisa al susurrar,  
No tienen el aroma,  
La luz, la poesía,  
La gracia, la frescura,  
La dulce languidez  
Que el cielo ha derramado  
Simpática Maria,  
Sobre tus negros ojos  
Y tu rosada tez.

El lirio dió á tu aliento  
Su embriagadora esencia;  
La palma á tu cintura  
Prestó la ondulación;  
Y hay en tu risa el grato  
Candor de la inocencia,  
Junto al volcán interno  
Que abrasa el corazón.

Feliz una y mil veces  
Aquel que logre un día  
Los ojos en tí fijos  
Y el alma fija en tí,  
Decirte una palabra,  
Una tan sólo:—¡mia!  
Y en tus amables labios  
Beber el dulce:—¡sí!

DON JUAN JOSÉ HERRANZ

(Conde de Reparaz.)

### LAS CAMPANAS

Campanas de mi tierra, que repicando á vuelo  
Giráis en alta torre de augusta catedral,  
Os oye mi memoria sonando á dicha y duelo,  
Con ecos de ternura, con frases de consuelo,  
Sin voces terrenales, sin timbres de metal.

Tristezas y venturas, que están de mí lejanas,  
Despiertan con el toque, se avivan con el són:  
Ni el tiempo, ni el espacio, aquietan mis cam-

[panas,  
Me suenan á ilusiones queridas y murcianas,  
Vibrando al mismo tiempo que late el corazón.

El vago albor de oriente, la plena luz del día,  
Las sombras de la tarde, la noche en lobreguez,  
Son cantos de la torre que tienen su armonía,  
Y quien oyó, de niño, tan ruda algarabía  
Con dejos de nostalgia la escucha en la vejez.

El són que anuncia el alba, es una voz de  
[alerta

Que da la torre amiga al pueblo labrador.  
«Es hora del trabajo: escuchame y despierta:  
El sol, fecundo en bienes se asoma ya á tu huerta;  
Prepara los aperos y acude á tu labor.»

LAS DOCE: «En la barraca, tu gente espera  
[unida,  
Da tregua á tus afanes, más fuerte has de volver;  
Sentado entre los tuyos bendice la comida;  
Amor con pan es gloria: la mesa está servida  
Con frutos que plantaste y viste florecer.»

EL ANGELUS: «Descúbrete... ¿Rezaste? cuan-  
[do quieras  
Emprende ya el camino, al hombro el azadón,  
Mirando al sol poniente detrás de las moreras,  
Las uvas en las parras, los haces en las eras,  
Y ñoras en festones y frutas en montón.»

LAS ÁNIMAS: «Cristiano, practica tu creencia:  
Medita en los que fueron y nunca han de volver:  
Ensalza á los que amándose te dieron la exis-  
[tencia,  
Y duérmete y descansa, sin sombras la con-  
[ciencia

Del hombre del trabajo que cumple su deber.»

La *Nona* es la campana alegre y giratoria:  
Sus sonos tienen ecos de grito vencedor: ®  
Se calla en el desastre y anuncia la victoria;  
Se agita con el triunfo, se exalta con la gloria...  
¡Qué muda está, qué triste, qué hundida en  
[el dolor!

El toque lento y grave del campanón inerte,  
Que toca á rogativa, retumba en la ciudad  
Con timbre de tristeza y tono tal de muerte,

Que suena como aldaba, de golpe seco y fuerte,  
Llamando en la ancha puerta de oscura eter-  
[nidad.

En medio de memorias pasadas y distantes,  
Las notas del revuelto repique general  
Las oigo tan sonoras, las oigo tan vibrantes,  
Que imitan á torrentes de perlas y diamantes,  
Cayendo, en cataratas, en lagos de cristal.

Adoro las campanas que acuden con sussones  
A todo lo que inspiran la fe y la devoción,  
Anudan voluntades, enlazan corazones,  
Y evocan con sus cantos, los coros de oraciones,  
Uniendo á un pueblo entero en una aspiración.

Repiquen las campanas que en ondas de  
[ternura  
Las preces de los hombres elevan al Señor,  
Y mandan á la tierra consuelos de la altura,  
Y tienen alabanzas cantando la hermosura  
De todas las grandezas que nacen del amor.

SONETO

De la misma montaña y de igual losa  
Que talla el escultor, pica el cantero;  
Este labra un humilde sumidero  
Y hace aquél una estatua primorosa.

Una piedra se pisa, la baldosa,  
Otra sube, en moldura, hasta un alero,  
Esta marca un camino al pasajero,  
Cubre aquélla al mortal en una fosa.

Al hombre, cuando nace á la existencia,  
De la misma cantera y de igual tajo  
Lo labran el honor, la fe y la ciencia.

Quien más subió y el que rodó más bajo  
Son de origen igual: la diferencia  
Está en la aplicación y en el trabajo.

SOLEDAZ

En la margen del Segura,  
Arrogante y altanera,  
Sobre alfombra de verdura,  
Se alza á perderse en la altura,  
Una gigante palmera.

Ella se pinta en el río,  
Desde más lejos que cuantas  
Plantas contiene el plantío;  
Y ella recibe el rocío  
Antes que todas las plantas.

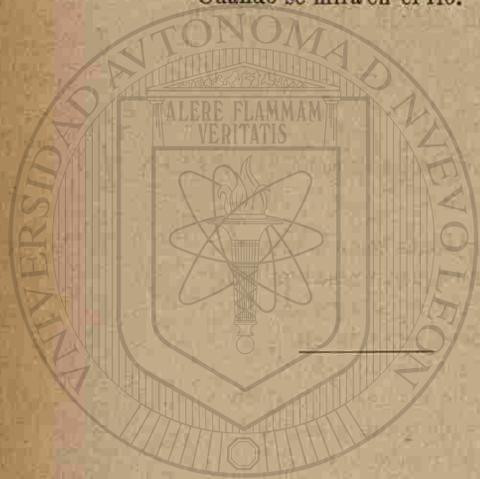
Hasta en el florido Mayo  
Mira como de soslayo

Aquella yega viviente,  
Porque ella tiene su frente  
En las regiones del rayo.

Las aves, de un solo vuelo,  
Nunca llegan á sus palmas;  
Y ¡qué más? casi recelo  
Que en ella duermen las almas  
Que van de la tierra al cielo.

• • • • •  
• • • • •

Mas la palmera altanera  
Se está muriendo de hastio:  
¡No ama, no teme, no esperal...  
Que solo ve otra palmera  
Cuando se mira en el río.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DON RAMÓN DE CAMPOAMOR

De la composición titulada LAS SIRENAS

Hay almas como la mía,  
Que no aquejan pesadumbres,  
Y pronto, si las aquejan,  
Su grave peso sacuden.  
Almas felices en todo,  
Que sólo sus gustos cumplen  
Siguiendo tantos placeres  
Cuantos pesares rehuyen.  
Almas en fin, que no hay pena  
Que felizmente no endulcen,  
Próximo mal que no espanten,  
Lejano bien que no busquen;  
Que siempre los serafines  
Ven en los aires azules;  
Junto á las verdades, sueños;  
Entre las tinieblas, luces;  
Flores sin fin en los llanos,  
Fuentes y luz en las cumbres,  
Y en los estanques sirenas,  
Y sílfides en las nubes.

Dichosas almas que tienen  
El delirar por costumbre,  
Y siempre hermosas visiones  
Con tierno afán las circuyen:  
Que penetrando en el cielo,  
Roban osadas su lumbré,  
Y luego pintan el mundo  
Con un color que seduce.  
— ¡Y á la verdad, es muy triste  
Mirar con ojos comunes  
Las ásperas realidades,  
Sin los mágicos vislumbres  
Con que las visten las almas,  
Del cielo robando el lustre,  
Porque esmaltadas, los rayos  
De nuestros ojos no ofusquen!  
¡Es triste dejar la senda  
Que césped y flores cubren,  
Para seguir un camino,  
Que abrojos su paso obstruyen;  
Y no que aunque al fin se acerquen,  
Y la existencia aventuren,  
Las almas como la mía  
En alas de los querubés  
Caminan al ¡ay! postrero  
Por esas sendas ilustres  
Que noblemente trazaron  
Entre la tierra y las nubes!  
Por eso junto á los mares,  
Aunque fatídicos mugen,  
Oigo un són como el del aire  
Que entre los árboles fluye,

Y miro chocar las ondas  
Que en su furor se destruyen.  
Y las espumas que cuajan,  
Y las riberas que cubren,  
Todo por ver las sirenas;  
Y ni en las aguas volubles,  
Ni en los diamantes que arrojan,  
Ni en la arena que sacuden,  
Ni en las altísimas rocas  
Donde su rabia destruyen,  
Las llevo á ver en mi anhelo,  
Cantando con sus laúdes;  
Pero las creo, aunque acaso  
De su existencia se dude,  
Porque en crearlas el alma  
Con todos sus gustos cumplo,  
Y porque también he visto  
Que las verdades sucumben  
Ante el aspecto risueño  
De unas mentiras tan dulces.  
Por eso en los hondos valles  
No hay muelle són que no escuche,  
Delirio que no me halague,  
Verdad que no me repugne  
Ni oigo un ave que pintada  
Quejas de amor no divulgue,  
Cuando dulcísimas pueblan,  
Cantando, los abedules.  
Alegres nuevas me traen  
Los pájaros transeuntes;  
Me es plácida cualquier brisa,  
Y cualquier aire perfume.

Y aunque estos y otros placeres  
Loco tal vez me figure,  
Las almas como la mía  
Con solo soñarlos cumplen.

DOLORAS

VANIDAD DE LA HERMOSURA

A OCTAVIA

Ni amor canto, ni hermosura,  
Porque ésta es un vano aliño,  
Y además  
Aquél una sombra oscura.

—¿No es más que sombra el cariño?

—*Nada más.*

Esas flores con que ufana  
Tu frente se diviniza,  
Ya verás

Cual son ceniza mañana.

¿Nada más son que ceniza?

—*Nada más.*

Y en tu contento no escaso;  
¿Qué dirás que es un contento,  
Qué dirás?

—¿Nada más que viento acaso?

—¿Nada más, niña, que viento,

*Nada más!*

En la edad de las pasiones,  
A vueltas de mil enojos,  
Hallarás

Aire, sombras é ilusiones:  
¡Nada más, luz de mis ojos,  
*Nada más!...*

BENEFICIOS DE LA AUSENCIA

Agur, Irene: hasta cuándo,  
No te lo podré decir,  
Por Dios que, al verme llorando,  
Ganas me dan de reír.

¡Quién creyera,  
Flor de mi natal ribera,  
Que si lloro á los dos pasos,  
Me reiré á los tres escasos!

Esto me recuerda, Irene,  
Que algún día  
Leí contigo una higiene  
Que decía:

Que, conforme á la experiencia  
De un doctor,

*Es un bálsamo la ausencia*

*Que cura males de amor.*

Ya te escribiré, mi bien,  
Cuantas penas me atormenten,  
Aunque á ojos que no ven  
Corazones que no sienten.

Qué infinito

Será tu amor... *por escrito!*

Mas dice Santo Tomás

Que *ver y creer*, no más.

Este refrán no te corra,

Advirtiendo,  
Que *el tiempo todo lo borra*,  
Y sabiendo  
Que, conforme á la experiencia  
De un doctor,  
*Es un bálsamo la ausencia*  
*Que cura males de amor.*  
«¡Qué yertas son las francesas!»  
Te diré todos los días;  
«¡Qué heladas!» si son inglesas,  
Y si italianas, «¡qué frías!»  
Y entre tanto  
Mil y mil serán mi encanto.  
¡Ay! cubren tanta ficción  
Las alas del corazón!  
Hermosa Irene, ten calma;  
¿Por qué lloras?  
No llores, prenda del alma,  
Pues no ignoras  
Que, conforme á la experiencia  
De un doctor,  
*Es un bálsamo la ausencia*  
*Que cura males de amor.*  
Parto por fin, ya amanece;  
Adiós, alma de los dos,  
Ruega á Dios que no tropiece  
Por esos mundos de Dios.  
Si hoy te adoro  
Con la obstinación de un moro,  
Tal vez me ablande mañana  
El fuego de otra cristiana.  
Sí, que aunque este amor es cierto,

¡Ay! presumo  
Que el amor de un *ido ó un muerto*  
Siempre es humo:  
Pues, conforme á la experiencia  
De un doctor,  
*Es un bálsamo la ausencia*  
*Que cura males de amor.*

## HISTORIA DEL AMOR

### I

#### DESEO

Román, tu ciencia es incierta,  
Me ha dicho quien bien lo sabe  
Que es la pureza una llave  
Que abre del cielo la puerta.  
Victoria, por Dios ahora  
De la juventud gocemos,  
Porque después que espiremos  
Lo que ha de pasar se ignora.  
—No gozo por no penar.  
—Pues es igual, á mi ver,  
Gozar para padecer,  
Que padecer por gozar.  
Si Dios nos cierra su gloria,  
En el infierno algún día,  
Será inmortal, alma mía,  
De este placer la memoria.  
Porque un recuerdo tan fuerte  
De tan grande bienandanza

Traspasa, cual la esperanza,  
Los límites de la muerte.  
Hoy mis deseos coronas  
Del favor más soberano,  
Con esta trémula mano  
Que en tu embriaguez me abandonas.  
Deja que en ansia tan loca  
Una mi frente á tu frente,  
Porque me ahoga el ambiente  
Que no perfuma tu boca.  
Pon, en tu blando extravío,  
Para calmar mis antojos,  
Tus ojos junto á mis ojos,  
Tu corazón junto al mío.

II

PLACER

Es imposible, Victoria,  
Que haya un tormento  
Que me haga olvidar la gloria  
De este momento.  
No, quien dicha tan cumplida  
Á ver llegó,  
Ni en la eternidad la olvida.  
—¡Ay no! ¡Ay no!  
Mi ser de tu ser recibe  
Mutuos placeres,  
Y pues uno en otro vive,  
Nuestros dos seres  
En tan dulce parosismo

¿No es cierto, di,  
Que son partes de un ser mismo?  
—¡Ay sí! ¡Ay sí!  
Si cuestan horas serenas  
Penas sin cuento,  
Vale un infierno de penas  
Este momento.  
Di si en tu virtud pasada  
Tu alma encontró  
Satisfacción más colmada,  
—¡Ay no! ¡Ay no!  
Modera tu ardor, querida,  
Por un instante,  
Que no hay deleite en la vida  
Más adelante...  
¡Victoria! — ¡Román! — La muerte  
A mí — y á mí —  
Hálleos ¡ay! de esta suerte.  
—¡Ay! ¡sí!  
¡Ay! ¡sí!...

III

HASTIO

¡Pasó ¡La hiel de un repugnante hastio  
Ya en tu indolencia paladeando vas:  
Jamás mi fe te apagará, bien mío,  
Ese rubor que devorando estás.  
—¡Jamás?  
—¡Jamás!

¡Pasó! Yo he abierto el insondable abismo  
Do tu inocencia sepultando irás:  
El placer es verdugo de sí mismo;  
*Jamás* el gusto sin dolor verás.

—¿Jamás?

—¡Jamás!

¡Pasó! Por culpa de un fugaz contento  
Siendo ludibrio de ti misma estás:  
Ya el puñal de un atroz remordimiento  
¡Perdón! *Jamás* lejos de ti verás.

—¿Jamás?

¡*Jamás*, paloma sin candor, *jamás!*...

#### AMOR AL MAL

Por más que me avergüenza, y que lo lloro,  
No te amé buena, y pérfida te adoro.

#### MAL DE AMOR

¡Ya no tengo esperanza  
De que acabe jamás la pena mía,  
Pues al perder en ti mi confianza  
No he perdido el amor que te tenía!

#### LA NOCHE BUENA

Son hija y madre; y las dos  
Con frío, con hambre y pena

Piden en la Noche Buena  
Una limosna por Dios.

—Hoy los ángeles querrán—

La madre á su hija decía,

—Que comamos, hija mía,

Por ser Noche Buena, pan.

Y al anuncio de tal fiesta,

Abre la madre el regazo,

Y sobre él aquel pedazo

De sus entrañas acuesta.

Al pie de un farol sentada,

Pide por amor de Dios...

Y pasa uno... y pasan dos...

Mas ninguno le da nada.

La niña con triste acento

—Pero ¿y nuestro pan?—decía,

—Ya llega—le respondía

La madre... y ¡llegaba el viento!

Mientras de placer gritando

Pasa ante ellas el gentío,

La niña llora de frío,

La madre pide llorando!

Quando, otra pobre como ella,

Una moneda le echó

Recordando que perdió,

Otra niña como aquella.

—Ya nuestro pan ha venido —

Gritó la madre extasiada...

Mas la niña quedó echada,

Como un pájaro en su nido.

¡Llama... y llama!... ¡Desvarío!

Nada hay ya que la despierte;

Duerme; está helando y la muerte  
Sólo es un sueño con frío...

La toca. Al verla tan yerta,  
Se alza; hacia la luz la atrae,  
Se espanta, vacila... y cae  
Á plomo la niña muerta.

¡Del suelo, de angustia llena,  
La madre á su hija levanta!...  
Y en tanto un dichoso canta,  
—Esta noche es Noche Buena.

### UN CIELO EN EL INFIERNO

Quiero morir contigo, si el destino  
Nos ha de conducir á aquel infierno,  
En que unidos en rudo torbellino  
Se dan *Paolo y Francesca* el beso eterno.

### EL GRAN FESTIN

#### I

De un junco desprendido, á una corriente  
Un gusano cayó;  
Y una trucha, saltando de repente,  
Voraz se lo tragó.  
Un martin-pescador cogió á la trucha  
Con carnívoro afán;  
Y al pájaro después, tras fiera lucha,  
Lo apresó un gavilán.

Vengando esta cruel carnicería,  
Un diestro cazador  
Dió un tiro al gavilán, que se comía  
Al martin-pescador.  
Pero ¡ay! al cazador desventurado  
Que al gavilán hirió,  
Por cazar sin licencia, y en vedado,  
Un guarda lo mató.  
A otros nuevos gusanos dará vida  
Del muerto la hediondez,  
Para volver la rueda concluída,  
Á empezar otra vez.

#### II

¿Y el amor? ¿Y la dicha? Los nacidos,  
¿No han de tener más fin  
Que el de ser comedores y comidos  
Del universo en el atroz festín?...

### CANTARES

Aún dí poco por tu amor,  
Aunque por él dí, constante,  
Veinte años por un instante,  
La dicha por un favor.

Absorto en tí mi deseo,  
Tan sólo en tu amor creí;  
Pero ahora en nada creo,  
Desde que no creo en tí.

Ir hacia Atocha la ví;  
La seguí, miré, miró;  
Y no vine, ví y venci;  
Yo vine, ví, y me venció.

—  
Porque en dulce confianza  
Contigo una vez hablé,  
Toda la vida pasé  
Hablando con mi esperanza.

### HUMORADAS

Deja que mi ternura  
Te cuente mis amores,  
Porque soy, cuando miro tu hermosura,  
Un árbol carcomido que echa flores.

—  
Hay quien es, aunque alegre y casquivana,  
Por cálculo más casta que Diana.

—  
Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo  
En parte terrenal y en parte santo:  
Lo que no sé expresar cuando te canto:  
Lo que yo sé sentir cuando te veo.

—  
La conciencia, al final de nuestra vida,  
Sólo es un laberinto sin salida.

—  
Deja que miren mi vejez cansada  
Esos ojos risueños,  
Pues echa, sin quererlo, tu mirada  
Un revoque al palacio de mis sueños.

Es mi fe tan cumplida  
Que adoro á Dios aunque me dió la vida.

—  
Como te amaba tanto,  
El curso se torció de mi destino;  
Pues iba para santo,  
Y después que te ví, perdí el camino.

—  
¡Cuántas horas felices y tranquilas  
Pasaré de tí enfrente,  
El que pueda vivir eternamente  
Asomado al balcón de tus pupilas!

—  
Eres, Julia, tan bella, que estoy cierto  
Que ve en tu rostro el que á tu lado pasa  
El manantial que Agar vió en el desierto  
Cuando fué despedida de su casa.

—  
No hay experiencia ni saber que impida  
El tener desengaños,  
Yo haré pronto cien años  
Y no he hecho mas que errar toda mi vida.

—  
Que no pidas, Manuela, te suplico,  
A mi edad madrigales ni consejos,  
Porque sé que detrás del abanico  
Os burláis las mujeres de los viejos.

—  
Su gracia de ángel pasará á la historia,  
Pues al ver de su risa los fulgores,  
La copian encantados los pintores  
Para hacer las rompientes de la gloria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE SANTANDER  
DON MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

CARTA

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS  
A mis amigos de Santander con motivo de haberme regalado  
la Bibliotheca Graeca de Fermin Didot.

Al fin llegaron... desde el turbio Sena  
Que la varia y gentil ciudad divide,  
Metrópoli lodosa de Juliano,  
Hasta los montes de Cantabria invicta,  
Último escollo del poder latino!  
¡Qué dicha, qué placer, cuánto tesoro!  
¡Gracias, amigos! Ya mi estante oprimen  
Volúmenes sin cuento: ¡qué delicia  
Es recorrer sus animadas hojas!  
¡Cómo á la mente atónita resurgen  
Los inmortales de la edad helena!  
¡Cómo habla la belleza en esos libros,  
Llenando de deleites y memorias  
El alma henchida de estupor sagrado!  
Si el pagano escultor sintió animarse  
La piedra que él en diosa transformara,  
Y la sangre serpear entre las vetas  
Del pario mármol, y espirar los ojos

— 391 —

Lumbre de vida, y rítmica palabra  
De sus labios salir, y el pecho alzado  
En onda de suspiros agitarse,  
Y los brazos tenderle — ¡insigne premio  
Al vencedor artífice de Atenas!  
Tal siento palpitar eterna vida  
Entre las muertas hojas de esos libros,  
Del tiempo y la barbarie vencedores,  
Que hora vuestra amistad pone en mi mano.  
Ved... Homero está aquí... bélico estruendo  
Del Escamando en las riberas suena;  
Teucros y Dánaos, cual espesas moscas  
En torno de la leche, la llanura  
Invaden con sus carros; allí Aquiles,  
El de los pies ligeros, raudó vuela,  
Agitando fatídicos corceles.  
Las troyanas esposas desde el muro  
Con horror le contemplan: solo Héctor  
Combatirá por el Ilión sagrado;  
Miradle traspasar la puerta Scea;  
Andrómaca, bañada en risa y lloro,  
En brazos lleva al pequeñuelo infante,  
A quien asusta el yelmo empenachado  
De su padre feroz. ¡Ved cómo arroja  
Fuego voraz á las aquívas naves!  
¡Ved cómo estrecha el suplicante Priamo<sup>®</sup>  
Del ya piadoso Aquiles las rodillas,  
Y cómo lleva á sus ancianos labios  
La mano matadora de sus hijos!  
¡Pues qué, si de la plácida *Odisea*  
Vago feliz por los amenos bosques!...  
Allí portentos de la docta Maga,

El Cíclope sin luz, y los verjeles  
De Alcino, y de la gruta de Calipso  
El umbroso frescor; allí la lucha  
Del mañoso Ithacense con los vanos  
De la casta Penélope amadores,  
Que en balde el arco manejar querían,  
Por la diestra fortísima doblado  
Del hijo de Laertes! ¡Y qué escenas  
De hospitalaria paz bajo los techos  
Del viejo Nestor y del rey de Esparta!  
¡Qué Helena tan gentil ya redimida!  
¡Salve, padre inmortal, eterna fuente  
De cuanto bello el arte ha concebido!  
De tu sol un reflejo centellea  
Del jonio mar en las risueñas ondas,  
El mármol del Pentélico ilumina,  
Resplandece en el ágora de Atenas,  
Y el Cronios rey de tu cantar augusto  
Á Fidias sirve de ejemplar sereno  
Para labrar la olimpica cabeza.  
¿Y quién agotará su cauce al río?  
¿Quién podrá enumerar los que se alzaron  
Líricos vates, del sagrado suelo  
Bañado por las ondas de armonía,  
Que de la voz de Homero se desatan,  
Para fecundizar los campos griegos?  
Apagadas cenizas sólo quedan  
De la llama de Safo, ora á Afrodita  
Quiera ablandar con métricos halagos,  
Porque á sus brazos al infiel conduzca,  
O ya en ardiente, voladora estrofa,  
El fuego exhale que en sus venas corre,

Cuando contempla á aquel mortal dichoso,  
A los eternos Dícses semejante,  
Que mira frente á sí reír su amada,  
Y dulcemente hablar. ¡Y cómo vuela  
La oda triunfal de Píndaro, y corona  
De lauro inmarcesible al noble púgil  
Que huella invicto la palestra Eléa,  
Entre el polvo de férvidas cuadrigas  
Y los aplausos de la doria plebe,  
Infundiendo las Gracias de Oreomeno  
A sus miembros vigor y gallardía!  
Y no de ungido luchador tan sólo  
La gloria canta, más de su linaje  
Y su pueblo también: que la oda inmensa  
En hilo de oro engarza tierra y cielo,  
Vuela del agua al sol, del sol á Jove,  
Y oráculo de pueblos y Sibila,  
De la justicia y sobriedad las leyes  
Grata pronuncia en vividores versos.  
¡Venid á mí, despedazados torsos  
De estatuas inmortales: rotos himnos  
De Alcéo, de Stesícoro y Simónides,  
Donde aún alienta el genio en cada sílaba!  
Dísticos vengadores de Tirteo,  
Que del duro Lacón el pecho inflaman  
En la feroz Mesénica contienda!  
Y templen tal horror con dulce halago,  
El himno de Baquilides suavísimo,  
O la voz grave del anciano Ascréo,  
O el canto pastoril siracusano,  
O un enjambre de abejas, desprendidas  
De la hiblea antológica colmena.

Mas ya al corvo teatro resonante  
Me parece asistir: encadenado  
Miro al Titán filántropo en la roca,  
Su cólera exhalando contra Zeus  
En impotentes voces, mientras lo  
Misera vaga por la ardiente arena,  
Y el coro de las Ninfas Oceánidas  
Á tan recio dolor no halla consuelo.  
Ved: bañado está en sangre el de Micenas  
Alcázar opulento: de Casandra  
La fatídica voz alzarse escucho;  
Sigo temblando al parricida Orestes,  
Cuando aún la sangre cálida gotea  
De su madre infeliz: y las Euménides  
No abandonan su umbral, siempre entonando  
El coro vengador: él, perseguido  
Por los terrores de conciencia inicua,  
De gente en gente vaga: sólo encuentra  
Juicio y perdón cabe el altar de Palas.  
Que no el choque brutal de las pasiones  
Se limita á pintar el arte heleno:  
Queda en el fondo del oscuro vaso  
Una gota de miel: todo lo templá  
La voz solemne del antiguo coro:  
Religiosa emoción la mente embarga,  
Al ver á Edipo ciego, desterrado,  
Su carrera expiatoria ya cumplida,  
Penetrar en el bosque de Colona,  
Y hacer sagrada con la tumba suya  
La ática tierra. ¡Imágenes risueñas  
De la tragedia griega, castas vírgenes,  
Antígona, Ifigenia, Polixena,

Que al dar el cuello al sacrificio infando,  
Sólo el morir tan jóvenes sentiais!  
¡Cuál resplandece la verdad humana,  
En esas puras frentes! ¡Cómo sabe  
Eurípides mover los corazones,  
De la cautiva Andrómaca al lamento,  
Ó á los furoros de la Colquia maga!  
¡Cuál se despide moribunda Alceste!  
¡Qué hondo terror infunde en las Bacantes  
El ulular de la nocturna orgia!  
¡Coros de nubes, y graznar de ranas,  
Chistes inmundos, mágico lirismo,  
Comedia aristofánica, que adunas  
Fango y grandeza, y buscas en las heces  
De lo real lo ideal! La suelta danza  
De tus alados hijos me circunde,  
Que nunca el ritmo ni la gracia olvidan  
Aún en sus locos, descompuestos saltos.  
¡Espíritus alegres, cuán distintos  
De las negras terríficas visiones  
Del yerto Septemtrión, donde el fermento  
De insípida cebada, en las cabezas  
Sombras y pesadez va derramando!  
¿Quién fantaseó de griegos y Tentones  
Sacriligo consorcio? Entre la niebla  
De las ásperas cumbres hiperbóreas,  
Y este radiante sol que á nuestros campos  
El don prodiga de la rubia Ceres  
Y de Falerno el otoñal racimo,  
¿Quién las paces hará? ¿Quién podrá á Helena  
Con el Fausto casar, que imaginaba  
El Júpiter de Weimar? Siempre ansiosos

De tierra más feraz, al Mediodía  
Los Bárbaros descienden: en buen hora  
Que de nuestros despojos se enriquezcan,  
Mas no el rudo cantar de sus montañas  
Al canto de las Piérides iguallen,  
Ni su filosofar caliginoso  
A aquella antigua, plácida Sofía,  
Que del divo Platón, en el Convite,  
Alzó la mente á contemplar el rastro  
De la eterna belleza, y á expresarla  
Cual nunca la expresó lengua nacida.  
Esa Venus Urania, siempre joven,  
Que si al sepulcro descender pudiera,  
Otra vez del sepulcro se alzaría,  
De juventud radiante y de hermosura,  
Por la voz de Demóstenes hablaba  
En el tumulto del hirviente foro:  
Del cándido Herodoto se envolvía  
Entre la ingenua, desatada prosa,  
Y en el seco, nervioso y penetrante  
Estilo de Tucídides: posaba  
De la abeja del Atica en los labios  
La pura esencia de las jónicas flores.  
Ella enmeló las flechas de Luciano,  
Y hasta el sobrio y severo Estagirita,  
Déspota rey de la conciencia humana,  
Culto y aras le dió.

¡Las Gracias llenen,  
Amigos, vuestra mente con sus dones:  
Las Gracias, compañeras de la vida,  
Por fácil lleven y apacible senda,  
De flores adornada, vuestros pasos!

Ni me olviden á mí. Yo el don precioso  
Que de vuestra amistad hora recibo,  
Conservaré con diligente estudio,  
Y el revolver los inspirados folios  
Traeré á mi mente la memoria grata  
De los caros amigos donadores.

¿Cómo olvidar á ti, que en rica prosa,  
Del áureo siglo el esplendor renuevas;  
Ni á ti cantor del Anahuac ingente,  
Cual sus bosques espléndido y lozano;  
Ni á ti por quien *El Tuerto y Tremontorio*  
No envidian de Cervantes los pinceles;  
Ni á ti que riges la edilicia vara,  
No sin dolor de las sagradas Musas,  
Un tiempo enriquecidas de tus dones,  
Desiertas hoy: ni á ti que á Victor Hugo  
Cubriste fiel con peregrino manto,  
Tejido de colores y armonías,  
Volviendo á España el oriental tesoro,  
Que él al Sena llevó; ni á ti que guardas  
Con docto afán, en codiciado archivo,  
De la vieja Cantabria los anales,  
Y en rancios pergaminos escudriñas  
Las olvidadas montañesas glorias;  
Ni á vosotros, mis dulces compañeros  
En estudioso afán; ni á los sagaces  
Del comercio fructífero ministros,  
Por quien nuestra ciudad es rico emporio  
De los tesoros de la mar de Atlante?  
¡Salve, reina del mar, Sidón ibera,  
*Puerto de la Victoria* apellidada  
Por el romano triunfador augusto,

Cuando del fuerte Cántabro imponía  
El yugo á la cerviz! ¡Puerto sagrado  
Por las cabezas que en tu templo guardas!  
Crezca en gloria y poder el pueblo tuyo,  
Dilátense tus muelles opulentos,  
Y traigan tus aligeros bajeles,  
En cambio al trigo que te da Castilla,  
De la tórrida caña el dulce jugo,  
Ó del café los vigilantes granos  
Ó la hoja leve que en vapores sube  
Y como la esperanza se disipa.  
Y no olvides jamás, patria adorada,  
Que fueron, como tú, de mercaderes  
Cuna y albergue Rodas y Florencia;  
Recuerda que el Magnífico Lorenzo  
No fué educado en el feudal castillo  
Que alzó el señor germano entre las ruinas  
De la inmortal, helénica cultura,  
Sino en la abierta, florentina lonja:  
Y de aquel mercader so el regio manto  
Medró la ciencia, sublimóse el arte:  
La lámpara platónica encendida  
Tornó á brillar en manos de Ficino,  
Y del latín en las marchitas frases  
El alma juvenil de Políciano  
Supo infundir calor y nueva vida:  
Recuerda que togados mercaderes,  
Los que sus leyes al Oriente dieron,  
Cuando temblaba la imperial Bizancio  
Del león de San Marcos al rugido,  
Ardieron en la misma noble llama:  
Para ellos los Paladios y Bramantes

Alcázares suntuosos levantaron  
Orillas de la Adriática laguna,  
Y del ducal palacio en las techumbres  
Torrentes de color vertió el Ticiano:  
Que no el amor del oro allí extinguía  
Del genio vividor la pura llama,  
Ni ha de apagarla en tí: con larga mano  
Premia el ingenio y al saber ayuda.  
Ni ingenio ni saber en mí premiaste:  
Sólo el intenso amor irresistible  
Que hacia las letras dirigió mis años,  
Y aquel amor más íntimo y potente  
Á mi dulce Cantabria, tierra santa,  
La tierra de los montes y las olas,  
Donde ruego al Señor mis ojos cierre,  
Sonando, cual arrullo, en mis oídos  
Lento el rumor de su arenosa playa.

#### LA GALERNA DEL SÁBADO DE GLORIA

Puso Dios en mis cántabras montañas  
Auras de libertad, tocas de nieve,  
Y la vena del hierro en sus entrañas:  
Tejió del roble de la adusta sierra  
Y no del frágil mirto su corona,  
Que ni falerna vid ni ático olivo,  
Ni siciliana mies ornan sus campos,  
Ni allí rebosan las colmadas trojes,  
Ni rueda el mosto en el lagar hirviente:  
Pero hay bosques repuestos y sombríos,  
Misterioso rumor de ondas y vientos,

Tajadas hoces, y tendidos valles  
Más que el heleno Tempe deleitosos,  
Y cual baño de Náyades la arena  
Que besa nuestro mar: y sus mugidos,  
Como de fiera en coso perseguida,  
Arrullo son á la gentil serrana,  
Amor de Roma, y espantable al Vasco,  
Pobre y altiva, y como pobre hermosa.  
No es el risueño Egeo que circundan  
Cual ceñidor las Cieladas marmóreas;  
Ni el golfo que con dórica armonía  
De Nápoles arrulla á la Sirena  
Cabe la sacra tumba de Virgilio;  
Ni el vago azul de la marina Jonia;  
Sino el Ponto que azota á Caledonia,  
Y roto entre las Hébridas resuena,  
Titán cerúleo que á la yerta gente  
Hace temblar en la postrera Thyle,  
Y cabalga entre nieblas y borrascas  
Sobre el inmenso Leviathán, que nutre  
Con pestífero aceite la candela  
Del céltico arponero. Ni cien carros  
De guerra hicieran tan horrible estruendo  
En torno de Hión, como esas olas  
Cuando las peñas de Cantabria hieren.  
Hoy se vuelven á alzar firmes y rudas,  
En son de guerra y vencedor amago,  
Á renovar el memorable estrago  
Que en la Pasión de su Hacedor movieron:  
Por eso es hoy más íntima y solemne  
La voz de las tormentas boreales,  
Mayor su indignación, cuando arrostrarlas

Osa el nauchero de piedad desnudo:  
¡Ay! no verá la luz del patrio faro  
Sobre el amigo cerro de la costa,  
Cual mirada de Dios sobre sus hijos,  
Ni su velera y triunfadora nave,  
Al arribar, coronará de flores.  
¡Piedad, Señor! Sienta tus iras sólo  
Rota y hundida la soberbia quilla  
Que oro y baldón conduce á estas arenas,  
Ó el ferrado vapor, en cuyas venas  
Corre savia de fuego. Allí la sangre  
De nuestra raza va: sobre estos montes  
Tendió la emigración sus negras alas:  
Llora la esposa en el helado lecho,  
Cabe el extinto hogar llora la madre,  
El campo desfallece sin cultura,  
Y en tórrida región nuestros mancebos  
Siega la muerte: ¡que más bien perezcan  
Ante las rocas del amado puerto,  
Acariciados por maternas olas,  
Do lleve el viento el són de las campanas  
De la torre natal, á sus oídos!  
Pero salva, Señor, el frágil leño  
Del pescador que fatigado encuentra  
*Al fin de su pescar, la red vacía.*  
Es hijo de aquel pueblo que en tardía  
Cadena domeñó la ingente Roma:  
Del que á Cannas Anibal conducía,  
De las madres itálicas espanto,  
Terror de los Vaccéos y Antrigones:  
Del que en la cruz de su triunfal suplicio  
El bárbaro cantar de la victoria,

De Agripa ante las haces, entonaba,  
¡Oh! ¡sálvalos, Señor! En ellos corre  
Sangre de Bonifáz el de Sevilla,  
Del fiero vencedor de la Rochela,  
Del que trazó primero en breve carta  
La soledad de los indianos mares,  
Y en sus bosques logró gigante tumba,  
Al impulso de arpón enherbolado.  
¡Contéplalos luchar!... ¡Vana esperanza!  
Que ni el llanto de madres y de esposas  
Las iras quebrará del Oceano,  
Ni del hado la ley adamantina.  
Mas salvados serán, porque las nieblas  
Del mundo material y las del alma  
Sólo la tempestad rompe y ahuyenta,  
Y es su rojiza luz benigno rayo  
De un sol que animará perennes flores.  
¡Salvados, sí! Desde el salobre risco  
De San Pedro del Mar, un sacerdote  
Les dió la bendición. Nada más grande  
Ojos humanos contemplar pudieron,  
Cual lo que vió la moribunda gente,  
Al descender el celestial rocío  
Del divino perdón sobre su frente;  
Abrirse el cielo, serenarse el mundo,  
Entre Dios y la mar la cruz alzada,  
Y descender con palmas y coronas  
Las sombras de sus mártires patronos,  
La de los dos celtiberos guerreros.  
¡Muerte feliz, entre la paz del cielo  
Y el beso de los mares! Cuando vengan  
Á acariciar la conocida playa,  
De barca y pescador traerán los restos

En el cendal de su tejida espuma.  
Otro celebre en canto que no muera  
La guerra y la ambición, peste del mundo,  
Y á la fuerza brutal erija altares.  
Yo diré que mis cántabros se hundieron  
Con los despojos de su fiel *trainera*,  
Como cae el guerrero en la batalla  
Asido al asta de su enseña rota:  
Y aun es más noble y santa que en el campo,  
En el taller la sangre derramada  
Á impulsos del martillo y de la rueda,  
Ó en el cóncavo seno de los montes,  
Al trueno de la pólvora deshechos,  
Por donde agita sus humeantes crines  
El moderno Tifón, ó en los escollos  
Do cela el mar sus perlas y corales.  
¡Perenne lid con la materia inerte,  
Dura labor, pero victoria cierta!  
Otro estadio, otra arena, otra cuadriga  
Piden en nueva edad cantares nuevos.  
¡Dadme el lauro de Olimpia y de Nemea,  
Y la frente del mártir del trabajo  
Cifia la palma de Elis triunfadora,  
Como al atleta coronar solía!  
Oye, noble ciudad, luz de Cantabria:  
Basta á cubrir las llagas de tu pueblo  
Un trozo de tu regia vestidura:  
Rásgale, pues, y en tu esplendor no olvides  
Que esos del nauta sórdidos harapos,  
De su viejo tugurio suspendidos,  
Y por el vendaval y por los soles,  
Y por el golpe de las olas rotos,  
Te hicieron grande, poderosa y rica.

DON FEDERICO BALART

SALUTACIÓN

Asperas Asturias,  
Que os alzáis gallardas  
A la vera vera  
De la mar salada;  
Olas turbulentas,  
Férvidas resacas  
Que azotáis sus rocas  
Y laméis sus playas;  
Bosques rumorosos,  
Prados de esmeralda  
Que sacude el viento  
Y acaricia el aura;  
Valles apacibles,  
Rígidias montañas,  
Pinos de sus cumbres,  
Flores de sus faldas:  
Desde las llanuras  
Por el sol tostadas,  
De aridez cubiertas,  
De verdor escasas,

— 405 —

Donde Manzanares,  
Entre arenas pardas,  
Su raudal mezquino  
Bebe á Guadarrama,  
Peregrino errante  
Vine á esta comarca,  
Sin vigor, sin fuerza,  
Sin quietud, sin calma.

La salud del cuerpo  
Sólo aquí buscaba,  
Y hallo al fin con ella  
La salud del alma.

Fuertes asturianos,  
Bellas asturianas,  
Prole fiel de aquellos  
Que con noble audacia  
Tras de siete siglos  
De ásperas batallas,  
Desde Covadonga  
Fueron á Granada;  
¡Dios bendiga el suelo  
Que, con noble savia,  
Generoso cria

Tan potente raza!  
Cimas invencibles,  
Peñas escarpadas,  
No oprimidas nunca  
De extranjera planta,  
Donde cada roca,  
Donde cada braña  
Un esfuerzo inspira  
Y un recuerdo guarda;

Tierra venturosa,  
Tierra veneranda,  
Cuna de valientes,  
Núcleo de la patria:  
Mientras en civiles  
Luchas enconadas  
Sus antiguas fuerzas  
Pierde nuestra España;  
Mientras la bandera  
De carmín y gualda  
Por sus propios hijos  
Ve despedazada;  
Mientras las naciones  
Antes tributarias  
Con siniestros ojos  
Miran nuestra infamia,  
En tus hondos valles,  
En tus cumbres altas  
En tus claros ríos,  
En tus costas bravas,  
Todo cuanto alienta,  
Todo cuanto canta,  
Todo cuanto puede  
Conmover las almas,  
Selvas, mares, fuentes,  
Aves, flores, auras,  
Dicen á mi oído:  
«¡Patria! ¡Patria! ¡Patria!»

### ABATIMIENTO

¡Llegó al fin lo que el alma dolorida  
Me daba por presagio!  
¡Milésima ilusión desvanecida!  
Milésimo naufragio!  
¡Cuánto esfuerzo perdido en las rompientes  
Que la espuma blanquea!  
¡Qué eterno proejar en las corrientes  
Contra viento y marea!  
¡Siempre, siempre huracanes desatados  
Y escollos escondidos!  
¡Y siempre, sobre mares ignorados,  
Cielos desconocidos!  
Hasta la aguja al polo dirigida  
Mi cálculo burlaba,  
Y, á maléfico influjo sometida,  
Del rumbo me apartaba.  
¡Y así he buscado el puerto, de año en año,  
Siempre con vano empeño!  
¡Toda nueva promesa, nuevo engaño!  
¡Toda esperanza, sueño!  
No fué sólo furor de los ciclones;  
Culpa cabe al piloto:  
¡Qué de velas, Señor, qué de timones  
Mi torpe mano ha roto!  
¡Y aun sigo, entre los duros elementos,  
Sobre el hirviente abismo!  
¡Cansado estoy del mar y de los vientos!  
¡Cansado de mí mismo!

¡Ya, en mí, cuanto descubro no provoca  
Ni un temor ni un deseo:  
Sólo siento subirme a la boca  
La náusea del mareo.  
Ni un recelo cobarde me da guerra,  
Ni una ambición me anima:  
¡Tierra, Señor, te pido! ¡Tierra! ¡Tierra!...  
¡Pero échamela encima!

FÉ

Todo, Señor, publica tu existencia,  
Todo tu gloria canta;  
Y, si todo enmudece, la conciencia  
Tu imagen agiganta.  
Su fe te rinde el hombre en quien despiertas,  
Ya esperanzas, ya angustias;  
Su olor te dan las rosas entreabiertas  
Y las violetas mustias.  
Tu alabanza pregoná con su arrullo  
La tórtola en la olmeda,  
Y una oración te eleva en su murmullo  
La trémula arboleda.  
Nadie, Señor, tu enojo desafia  
Ni tu ira desconoce;  
Y, al quererte burlar, la hipocresía  
Tu imperio reconoce.  
El malo, como el bueno, al invocarte  
Se somete á tu yugo;  
Y aspiran á ponerte de su parte  
Ya el mártir, ya el verdugo.

A tí clama, Señor, la plebe opresa  
Y el déspota vencido:  
Tu auxilio imploran el león sin presa  
Y el ruiseñor sin nido.  
Todos á tu poder se supeditan,  
Y, besando tu huella,  
Todos, Señor, tu amparo solicitan  
Con razón ó sin ella;  
Y, si airado nos vuelves el semblante  
Con ceño furibundo,  
Trepida como un seno palpitante  
La redondez del mundo.  
¡Sólo el sabio á dudar de tí se atreve!  
¡El, con saña ferina  
Ciego escupe á la fuente donde bebe  
Y al sol que le ilumina!  
No estudia el libro que á Moisés pasmado  
Tu almo labio dictaba,  
Ni el otro donde Newton admirado  
Tu nombre descifraba.  
Haciendo escarnio de la fe sencilla,  
No sabe—¡oh vil recelo!  
Ni doblar en la tierra la rodilla  
Ni alzar la frente al cielo.  
Si halla claras tus huellas inmortales,  
Blasfemando se aleja.  
Ve la miel rebosar en los panales,  
¡Y aun duda de la abeja!

NOSTALGIA

Un cántico de amor y de esperanza  
Hierva en mi ardiente pecho;  
A ti, Señor, mi espíritu lo lanza  
En lágrimas deshecho:  
A las flores el llanto de la aurora  
Da vida en el estío:  
Las lágrimas de amor que el hombre llora,  
Del alma son rocío.  
¡Bendito Tú, Señor, que tal mudanza  
Diste á la pena mía,  
Tornando en dulces horas de esperanza  
Mis horas de agonía!  
En éxtasis divino arrebatado,  
Crece mi ardiente anhelo  
Cada vez que contemplo embelesado  
Ese libro del cielo.  
Leyendo lo que en él tu mano ha escrito,  
Hora paso tras hora.  
¡Siento una sed ardiente de infinito  
Que el alma me devora!  
¡Quién pudiera volar hasta esa esfera  
De luz y de armonía!  
¡Un alma, un alma amante allí me espera,  
Que hermana es de la mía!  
Desde que ella voló, yo aquí cautivo,  
Su ausencia estoy llorando:  
¡Nueve años hace que sin alma vivo,  
Por ella suspirando!

Á ti, callada tumba, á ti mi frente  
Macilenta se inclina,  
Como el ave del páramo á la fuente  
Del agua cristalina!  
¡Cuerpo, baja al sepulcro, que te espera  
Como el mar á la nube!  
¡Alma, remonta el vuelo á la alta esfera!  
¡Sube á los cielos, sube!

Á MEDIA NOCHE

Quizá serán delirios de mi locura,  
Ó fantasmas que engendra la noche oscura;  
Pero—cuando rendido tras larga vela  
En que al alma doliente nada consuela,  
Derramando en mis sienes letal beleño,  
Mis párpados cansados entorna el sueño—  
Por las oscuras sombras, ó desvario,  
Ó unas alas se agitan en torno mío.  
En medio del letargo que me domina,  
Un rayo misterioso mi alma ilumina;  
Y, entre las vagas ondas del aire vano,  
Una visión distingo de rostro humano;  
Visión fascinadora que infunde al alma  
Esperanza y consuelo, quietud y calma.  
Dulce expresión le prestan y aspecto santo  
Una cándida toca y un negro manto,  
Y su pálida frente leve rodea  
Una blanca aureola que centellea.  
Considera piadosa mi amargo duelo;  
Con la mano tendida me muestra el cielo;

Y su voz, como brisa de primavera,  
Dulce y mansa me dice: «¡Sufre y espera!»

Yo conozco el aliento de aquella boca;  
Yo conozco aquel manto y aquella toca,  
Desde una triste noche que, delirando,  
Á la luz de unos cirios pasé velando;  
¡Triste noche, solemne triste velada  
Que dejó el alma mía regenerada!

Dulce voz que me alientas en mi agonía,  
¡Ay de mí si cesaras de hablarme un día!  
Por tus santas palabras, que fiel venero,  
Resignado á mi suerte sufro y espero;  
Por tí, por tí la mano de Dios bendigo,  
Que imparcial nos reparte premio y castigo;  
Por tí me postro humilde bajo esa mano;  
Por tí soy religioso, por tí cristiano.  
Dios, que sabe la historia de mi tormento,  
Por tí en mis amarguras me infunde aliento.  
Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,  
Dulce voz que reanimas mis esperanzas,  
Nunca niegues tus ecos al alma mía;  
Que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

## DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Á mi buen amigo el ilustre poeta Manuel Reina.

¡SURSUM CORDA!

INTRODUCCIÓN

A España.

Nunca mi labio á la servil lisonja  
Parias rindió. Ni el éxito ruidoso  
Ni la soberbia afortunada, oyeron  
Falaz encomio de mi humilde Musa.  
Díome su austeridad la honrada tierra  
Donde nací, y el presuroso tiempo  
Que arrastra y lleva en sus revueltas olas  
Las grandezas humanas al olvido,  
Á mi pesar me enseña que en el mundo  
Tan sólo á dos excelsas majestades  
Puedo, sin mengua, levantar mi canto:  
La Verdad y el Dolor.

En estas horas  
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,  
Merece como tú la pobre ofrenda  
De mi respeto y de mi amor? Postrada

Y su voz, como brisa de primavera,  
Dulce y mansa me dice: «¡Sufre y espera!»

Yo conozco el aliento de aquella boca;  
Yo conozco aquel manto y aquella toca,  
Desde una triste noche que, delirando,  
Á la luz de unos cirios pasé velando;  
¡Triste noche, solemne triste velada  
Que dejó el alma mía regenerada!

Dulce voz que me alientas en mi agonía,  
¡Ay de mí si cesaras de hablarme un día!  
Por tus santas palabras, que fiel venero,  
Resignado á mi suerte sufro y espero;  
Por tí, por tí la mano de Dios bendigo,  
Que imparcial nos reparte premio y castigo;  
Por tí me postro humilde bajo esa mano;  
Por tí soy religioso, por tí cristiano.  
Dios, que sabe la historia de mi tormento,  
Por tí en mis amarguras me infunde aliento.  
Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,  
Dulce voz que reanimas mis esperanzas,  
Nunca niegues tus ecos al alma mía;  
Que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

## DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Á mi buen amigo el ilustre poeta Manuel Reina.

¡SURSUM CORDA!

INTRODUCCIÓN

A España.

Nunca mi labio á la servil lisonja  
Parias rindió. Ni el éxito ruidoso  
Ni la soberbia afortunada, oyeron  
Falaz encomio de mi humilde Musa.  
Díome su austeridad la honrada tierra  
Donde nací, y el presuroso tiempo  
Que arrastra y lleva en sus revueltas olas  
Las grandezas humanas al olvido,  
Á mi pesar me enseña que en el mundo  
Tan sólo á dos excelsas majestades  
Puedo, sin mengua, levantar mi canto:  
La Verdad y el Dolor.

En estas horas  
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,  
Merece como tú la pobre ofrenda  
De mi respeto y de mi amor? Postrada

En los escombros de tu antigua gloria,  
La negra adversidad, con férrea mano,  
Comprime los latidos de tu pecho  
Y el aire que respiras envenena.  
Como tigre feroz clavó sus garras  
La catástrofe en ti, y en tus heridas  
Entrañas sacia su voraz instinto.  
¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?  
¿Puede haber hombre tan perverso y duro,  
Ni aun concebido en crapulosa orgía  
Por hembra impura, que impasible vea  
Morir sin fe, desesperado y solo  
Al dulce bien que le llevó en su seno?  
¡No existe, no!

Perdona si movido  
Por la ciega pasión, allá en lejanos  
Y borrascosos días, cuando airada  
Mí voz como fatídico anatema  
Tronó en la tempestad, quizás injusto  
Contigo pude ser. Pero hoy, que sufres,  
Hoy que, Job de la Historia, te retuerces  
En tu lecho de angustia, arrepentido  
Y llena el alma de mortal congoja,  
Acudo ansioso á consolar tus penas,  
A combatir con los inmundos buitres,  
Ávidos del festín, que en torno giran  
De tu ulcerado cuerpo y si lo mandas,  
¡Oh, noble mártir! á morir contigo.  
Pero ¿quién habla de morir? ¿Acaso  
No eres, Patria inmortal? Tendrás eclipses  
Como los tiene el sol. Sombras tenaces,  
Cual hiperbórea noche larga y fría,

Sobre tí pesarán, mientras no llegue  
Tu santa redención. ¡Hora dichosa  
En que verás con júbilo y ternura,  
Nacer el alba, el tenebroso espacio  
Inundarse de luz, la tierra encinta  
Estremecerse en éxtasis materno,  
De armonías, aromas y colores  
Poblarse el aire, y palpitar en todo  
La plenitud eterna de la vida!  
¡Ten esperanza y fe! Descubridora  
De mundos, madre de indomada prole,  
Tú no puedes morir, ¡Dios no lo quiere!  
Aún tienes que cumplir altos destinos.  
Busca en el seno de la paz bendita  
Reparador descanso, hasta que cobren  
Tus músculos salud, y en cuanto sientas  
El hervor de tu sangre renovada,  
Ponte en pie, sacudiendo tu marasmo,  
Que como losa del sepulcro, oprime  
Tu enferma voluntad. Surge del fondo  
De tu aislamiento secular, y marcha  
Con paso firme y corazón resuelto  
Sin mirar hacia atrás, siempre adelante.  
Sean la escuela y el taller y el surco  
Los solos campos de batalla en donde  
Tu razón y tus fuerzas ejercites.  
Entra en las lides del trabajo y vence,  
Que entonces de laureles coronada,  
Más fecunda, más próspera y más grande,  
Seguirás, fulgurando, tu camino  
Por los arcos triunfales de la Historia.

Á América.

¡Ésta es España! Atónita y herida  
Bajo el peso brutal de su infortunio,  
Inerte yace la matrona augusta  
Que en otros siglos fatigó á la fama.  
La que sureó los mares procelosos  
Buscándote atrevida en el misterio,  
Hasta que un día, deslumbrando al mundo,  
Surgiste, como Venus, de las ondas.  
Cegada por tu espléndida hermosura,  
Al engarzarte en su imperial diadema  
España te oprimió; mas no la culpes,  
Porque ¿cuándo la bárbara conquista  
Justa y humana fué? También clemente  
Te dió su sangre, su robusto idioma,  
Sus leyes y su Dios. ¡Te lo dió todo,  
Menos la libertad! pues mal pudiera  
Darte el único bien que no tenía.

Contéplala vencida y humillada  
Por la doblez del oro, y si te mueven  
Á generosa lástima sus males,  
El trágico desplome de una gloria  
Que es también tuya, acórrela en su duelo.  
¡Es tu madre infeliz! No la abandone  
Tu amor, en tan inmensa desventura.

¡SURSUM CORDA!

Ruinas de una cartuja en el sitio más agreste y fragoso de la sierra. Por todas partes cierran el horizonte altas y nevadas cumbres. En medio de columnas caídas, pedestales y chapiteles rotos y escombros esparcidos aquí y allá, levántase una cruz de piedra casi cubierta de plantas parásitas. Por entre jarales y breñas aparece marchando con dificultad en dirección á las ruinas, un PEREGRINO joven y robusto. Está anocheciendo.

El PEREGRINO, acercándose al convento destruído, con visibiles muestras de cansancio y desaliento.

Va llegando la noche y la infinita  
Tristeza de esta soledad adusta,  
Como encanto maléfico gravita  
Sobre todo mi ser. Hasta el más quedo  
Murmullo de los árboles me asusta  
Y oigo, al marchar, la voz con que me nombra  
Entre las ruinas escondido, el miedo,  
Que es hijo del silencio y de la sombra.

Como herido titán que en su sublime  
Furor sacude sus gigantes hombros  
Y derriba la mole que le oprime,  
Así hundiendo su base en los escombros,  
Alza, espectro de piedra, sus oscuras  
É incendiadas paredes el convento,  
Con sus enormes brechas y hendiduras,  
Por donde pasa rebramando el viento.  
¡Ay! ¡Cómo agranda en su postrer momento  
La luz crepuscular estas señales  
De destrucción y muerte! La pilastra  
Volcada entre los recios matorrales  
Por donde llena de pavor se arrastra

Rápida y ondulosa la culebra;  
El templo por la llama ennegrecido,  
Cuyo denso color á trechos quiebra  
Con su argentada claridad la luna,  
Y do resuena el lúgubre gemido  
Del cárabo agorero que en alguna  
Desquiciada cornisa tiene el nido,  
Solo como el pesar; la cruz de piedra,  
Por cuyos rotos brazos se entrelaza  
Con mortífero amor lasciva hiedra,  
Y recordando el fin de ilustre raza,  
Allá en el fondo, en su musgoso lecho  
La escultura de noble castellano  
Con su heráldico escudo sobre el pecho  
Y en la espada feudal puesta la mano,  
Todo, al morir la luz, todo acrecienta  
El santo horror á la discordia, afrenta  
Y al par castigo del linaje humano.

(Sientase en uno de los peldaños de la cruz de piedra, vencido por la fatiga, y después de breve pausa exclama con penoso acento, como si en su alucinación percibiese las mismas visiones que evoca.)

¡Oh, monjes, que en la celda solitaria  
En tan agrios lugares escondida,  
Rompisteis con el don de la plegaria  
Todas las servidumbres de la vida  
Menos la del dolor, y que sin ruido,  
En ya borrada sepultura, abierta  
Por vuestras manos en el sacro ejido,  
Dormís en las tinieblas del olvido  
El sueño de que nunca se despierta!  
¿A qué asomáis la descarnada frente?

No escucharéis como en aquellos días,  
Llenos de vuestro espíritu creyente,  
Los graves himnos del salterio de oro,  
Que estallando en solemnes melodías,  
Inundaban el templo desde el coro.  
Ni veréis ya por el espacio inmenso  
De la atrevida y portentosa nave,  
Ascender la oración serena y suave,  
Vestida con su túnica de incienso.  
El claustro en que vivisteis ignorados  
Como la flor silvestre que en la grieta  
Del nativo peñón su aroma exhala;  
La torre que á los tristes y cansados  
Con la sencilla cruz de su veleta  
El camino del cielo nos señala;  
La campana que aun antes de la aurora  
Turbaba la quietud de este desierto  
Con esa voz en que se queja y ora  
La humanidad que vive y la que ha muerto;  
El ara excelsa donde tantas veces,  
En vuestras lentas horas de amargura,  
Como frágil bajel que busca el puerto,  
Los ayes elevábais y las preces  
Á otra región más diáfana y más pura;  
Hasta la clara fuente que en el huerto  
Os brindaba sus ondas cristalinas,  
¿En dónde están? Con impetu y fracaso,  
Como incendio voraz, de las vecinas  
Cumbres lanzóse la soberbia humana,  
Y el sol que iluminó desde el ocaso  
Vuestro tranquilo hogar, á la mañana  
Alumbrió sólo calcinadas ruinas.

¡Ya es más firme y segura vuestra fosa,  
Cubierta de zarzales! Para ejemplo  
De la futura edad, la fe grandiosa  
Que alzó tanta basilica asombrosa  
Desplomándose va como ese templo.  
Aquel árbol de espléndido follaje  
Que dilataba en tiempos más felices  
Por encima del mundo su ramaje  
Y en todas las conciencias sus raíces,  
So cuyo pabellón, siempre frondoso,  
Los pueblos en su místico viaje  
Hallaban sin cesar sombra y reposo,  
Del huracán, azote de la selva,  
Aún sin romperse el ímpetu resiste;  
Mas ¡juán herido y deshojado y triste  
Hasta que Dios á renovarle vuelva!

Hundid, hundid, ¡oh monjes!, en la tumba  
La amarillenta faz. ¿Podéis acaso  
Restaurar nuestra fe, que se derrumba?  
¿Lograréis que renazca á vuestro paso?  
¡Hacedlo si podéis! Calmad la ardiente,  
La inextinguible sed que nos devora,  
Aun cuando mane de la oculta fuente  
El agua cenagosa y corrompida,  
Y sepa al fin la tierra, que lo ignora,  
El pavoroso arcano de la vida.  
¿Dónde el término está de la jornada?

(Con honda melancolía.)

¿Será verdad que el hombre sólo sea  
Una mísera bestia alucinada  
Por los vanos engendros de su idea?

La fe que manda, la razón que crea,  
La voluntad que mueve, las pasiones  
Rebeldes, los anhelos infinitos  
Á otra mansión de perdurable calma,  
Los simbólicos dogmas y los ritos  
En cuyas inefables oraciones,  
Como un perfume se evapora el alma,  
¿Son la burla brutal y el sueño insano  
Á que perpetuamente nos condena  
Un caprichoso azar ó un Dios tirano?  
Y no sólo la tierra ingrata y dura,  
Sino todos los orbes que encadena  
Con su atracción la inmensidad obscura,  
¿Lugares ¡ay! de irredimible pena?  
¿Y en el mundo, en la mente y en la altura  
Todo para el mortal será mentira  
Menos su perdurable desventura?  
La Creación que en el espacio gira  
Y con cadencia rítmica eslabona  
Astros que el hombre á penetrar no alcanza,  
¿No es más ¡oh espanto! que la eterna lira  
En que la vida universal entona  
Triste canto á un dolor sin esperanza?  
Envueltos en el ciego torbellino  
De la cósmica masa que nos crea  
Y nos destruye, indiferente y fría,  
¿Cuál es, si lo sabéis, nuestro destino?  
Y en tan horrible y trágica pelea,  
¿Qué somos? ¿Dónde vamos? ¿Quién nos guía?  
¡No respondéis! Atónitas y mudas  
Fantasmas de otra edad, veis nuestro duelo  
Sin disipar las tenebrosas dudas

Que en horas de acerbísimo desvelo  
Cubren las almas de mortal congoja,  
Cual tropel desmandado y asesino  
Que á traición nos asalta en el camino  
Y hasta de la esperanza nos despoja.  
¡Calláis!...

(Animándose.)

¡No importa que calléis! Si á veces  
La duda con sus densas lobregeces  
Nuestro afligido espíritu cautiva,  
Pronto del yugo le redime y salva  
La fe, que surge luminosa y viva  
Como del seno de la noche el alba.  
Mas no la fe que semejante al ave  
Entre dorados hierros prisionera,  
Entumecida y tímida, no sabe  
Ni el vuelo inútil ensayar siquiera;  
No la medrosa fe que cuando escucha  
La voz del trueno sin vigor se postra,  
Sino la fe que la tormenta arrostra,  
Sonda el abismo y con los monstruos lucha.  
¡La fe en la Humanidad, á quien Dios guía  
Siempre á la cumbre, siempre hacia adelante  
Y siempre en busca de la luz!  
(Con tono de convicción profunda.) No es cierto  
Que una divinidad loca y sombría,  
Sin plan y sin amor rija el concierto  
Armónico del mundo. Aunque distante,  
Boga la nave hacia el celeste puerto,  
Combatida, es verdad, pero no errante.  
Cuando el hombre en la selva enmarañada

De su primera edad, exuberante  
Como la juventud, despertó preso,  
Al tender por doquiera la mirada,  
Debió sentir sobre su frente el peso  
De la Naturaleza desbordada.  
Si desde el árbol do moraba oculto  
Con su conciencia entorpecida á solas,  
En medio del fragor y del tumulto  
De tempestades, cataratas y olas,  
Miró al través de la espesura, informe  
Y como el caos revuelta, al pie del tronco,  
La bestia hirsuta y el reptil enorme;  
Si creyó percibir su grito bronco  
Hasta en el són monótono y confuso  
De la selva batida por la racha,  
De seguro tembló, mas se repuso,  
Y Adán caído ó transformada fiera,  
(¿Quién su origen conoce?) inventó el hacha,  
Derribó el árbol, encendió la hoguera,  
Arrancó al bosque sazonados frutos,  
Hizo la choza, desgarró el misterio,  
Mató los monstruos y domó los brutos  
Tras prolongada y formidable guerra,  
Erigió la ciudad, fundó su imperio,  
Surcó la mar y dominó la tierra,  
Cuando por fin la indócil y salvaje  
Naturaleza á su valor rendida,  
Templó su furia y le prestó homenaje,  
El hombre, en la pujanza de su vida,  
Cada vez más resuelto, más potente  
Y más ansioso de extender sus huellas,  
Clavó en el cielo la pupila ardiente

Y el rumbo sorprendió de las estrellas.  
¿Quién contuvo sus impetus? ¿Qué valla  
Se resistió á su empuje soberano?  
¿En qué indeciso campo de batalla  
No logró la victoria por su mano?  
Incansable y tenaz en su tarea,  
Siempre conquistador y siempre activo,  
Dió vida y forma á su impalpable verbo  
Que volaba incorpóreo y fugitivo,  
Alas resplandecientes á su idea,  
Valor al débil, libertad al siervo;  
Y sin tener un punto de desmayo  
Arrebató, creciendo en osadía,  
*Á las entrañas de la nube el rayo*  
*Y el cetro á la infecunda tiranía.*  
Larga es la senda recorrida y larga  
La penosa labor á que se entrega.  
¿Qué importa que el humilde peregrino  
Á quien el polvo de las ruinas ciega,  
Soltando á veces su pesada carga  
Se siente en el ribazo del camino?  
¿Es ¡ay! extraño que se abata y dude,  
Cuando sus miembros la fatiga embarga  
Y mientras, lleno de ansiedad, enjuga  
El sudor de su frente, en donde deja  
Cada jornada el surco de una arruga  
Y una punzante espina cada queja?  
Mas recobrando el ánimo, sacude  
Su momentánea postración y marcha  
Con redoblado afán. No le detiene  
Ni el calor, ni la lluvia, ni la escarcha,  
Ni el riesgo, ni la herida. Íntima y sorda

Oye una voz que de los cielos viene  
Y sin cesar le dice:—*¡Sursum corda!*  
*¡Sursum corda!* ¡Elevad los corazones,  
Hijos nacidos de mujer! La senda  
Es escabrosa, pero no infinita.  
Cuando os deslumbre el sol, cuando os ofenda  
El furor de los recios aquilones,  
Cuando sintáis la voluntad marchita,  
Alzad el alma á Dios. Su seno abierto  
Para todos está como la tienda  
Que el árabe levanta en el desierto.  
¡Alzad el alma á Dios tres veces santo,  
Que sin fijarse en condición ni en raza,  
Con su cerúleo y estrellado manto  
Á todos nos cobija y nos abraza.  
Él los humanos derroteros traza,  
Y cuando con la vida transitoria  
Nuestra angustiosa incertidumbre cesa,  
Para ascendernos á mejor estado  
Y ceñirnos el lauro de su gloria,  
En su justa balanza sólo pesa  
Lo que hemos padecido y trabajado.  
¡Nadie en estéril ocio se consuma!  
Para que fructifique la simiente,  
Abramos con la reja y con la pluma  
Los surcos de la tierra y de la mente,  
Pues cuando á la labor que nos señala  
Hora por hora el cielo, damos cima,  
Subimos un peldaño de la escala  
Que á la Ciudad de Dios nos aproxima.  
Y si del pedernal que es infecundo  
Saca el golpe la luz, ¿no alcanzaremos

Con esfuerzos constantes y supremos  
La prometida redención del mundo?  
Todo trabajo es oración. Oremos.

(Con acento profético é inspirado.)

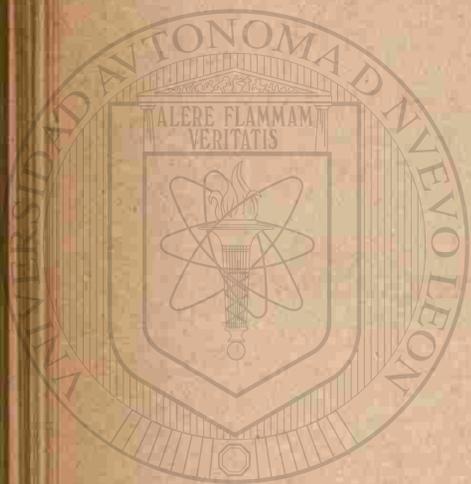
No faltarán á tan continuas preces  
Templo ni altar. Horribles tempestades  
Asolarán quizás como otras veces  
Campos y monumentos y ciudades.  
Podrán caer las religiones todas  
Del tiempo en la rugiente catarata  
Y los claustros, mezquitas y pagodas  
Hundirse como esquife que arrebatada  
Deshecho temporal hacia el abismo.  
Pero aun cuando el tremendo cataclismo  
La superficie del planeta arrase,  
Entregado á sus iras sin defensa,  
No hará temblar la incommovible base  
De la admirable catedral inmensa,  
Como el espacio transparente y clara,  
Que tiene por sostén el hondo anhelo  
De las conciencias, la piedad por ara  
Y por nave la bóveda del cielo.

(Con inspirada energía.)

¡No más indecisión! La excelsa lumbré  
De la verdad, indicame el camino.  
¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!  
Ya no vacila el pobre peregrino.  
¡En marcha, en marcha pues! La fe que siento  
De mi encendido corazón desborda.  
¡No me darán, hasta sanar la cumbre,

Alas la ciencia, la esperanza aliento  
Y el triunfo Dios?... ¡Arriba!... ¡SURSUM CORDA!

Emprende animoso y resuelto la ascensión á la áspera montaña,  
venciendo cuantos obstáculos encuentra al paso, y cuando llega á una de las cimas más altas, la luna que aparece en el cielo, le envuelve en su blanca y suavísima claridad.



ADVERTENCIAS

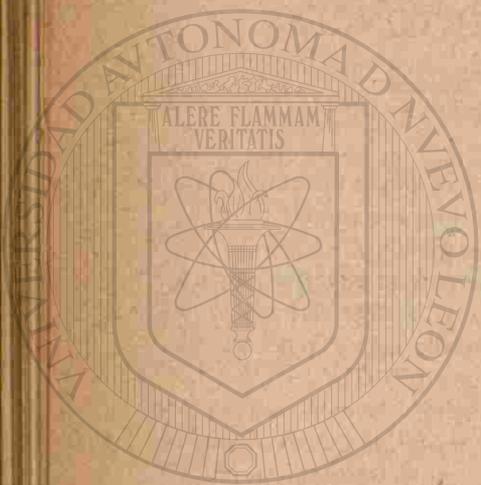
UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## ADVERTENCIAS

---

Con este Tomo IV doy por terminada la colección que me propuse formar de poesías castellanas del siglo XIX.

Poco ó nada tengo que advertir ahora á no repetir, aclarar ó explicar algo de lo ya expuesto en la Introducción y en las Advertencias de los tomos II y III.

Como ya he dicho, breves noticias biográficas sobre los poetas de quienes incluyo composiciones y mi desapasionado juicio sobre el mérito de cada uno de ellos, y singularmente sobre las composiciones mismas que doy como muestra, serán el asunto del tomo V con el cual completaré esta obra.

Ningún interés extraño á la poesía, ni la pasión de partido, ni el amor, ni el odio á determinadas doctrinas, me han movido á publicarla. Podrán notarse en mi crítica muchos errores de entendimiento, pero la

imparcialidad ha sido y será el objeto constante de mi aspiración y de mi deseo.

He querido y quiero también que á la imparcialidad acompañen la indulgencia para las faltas, el aplauso para los aciertos y el entusiasmo más vivo para toda belleza.

Considerando que el crearla y el expresarla por medio y por virtud de la palabra es el fin de la poesía sin convertirla en medio de enseñar ó de propagar estas ó aquellas creencias y opiniones, las admito todas cuando se expresan en verso con sinceridad, elegancia y brío. La moralidad y el decoro son los únicos límites que he puesto á la facultad de elegir y al criterio con que elijo. Por lo demás, todo queda admitido y hasta ensalzado en este conjunto de versos: desde el fervoroso catolicismo del inspirado poeta mallorquín, presbítero Miguel Costa, y desde la vehemente hiperdulia del Padre Julio Alarcón, de la Compañía de Jesús, hasta los más atrevidos ensueños, negaciones, dudas y esperanzas de los poetas libre-pensadores; y desde las ideas y sentimientos monárquicos, aristocráticos y absolutistas, hasta los más democráticos, republicanos ó anhelantes de renovación social y de nuevos modos de ser, más ó menos absurdos, de la humanidad colectiva.

Yo presento al público esta colección de versos, no para que aprenda en ella nueva ciencia, sino para que en ella mire, como en un espejo, cuanto agita el alma humana más profundamente en nuestros días: los ideales todos en que se inspira y para cuya sincera expresión ha logrado hallar en la dición poética medio adecuado y hermoso.

Claro está que la intención de cada poeta, hasta en los que podemos considerar como más extraviados, no puede menos de ser sana, si el poeta es bueno y digno de tal nombre. Ya lo dijo de él Strabón, antes de que lo dijese del orador Quintiliano: *el poeta debe ser varón bueno*, y bien se entiende que su bondad es cuando él está inspirado y cuando escribe. Si fuese constante y perpetua y si persistiese en la acción, poeta, héroe y santo vendrían á ser lo mismo, lo cual disto yo mucho de afirmar, aunque los buenos poetas en extremo me deleiten y aunque no me aburran, sino que me entretengan y agraden no pocos de los medianos, contra la sentencia de Horacio.

De ciento cincuenta y dos, he incluido poesías en este FLORILEGIO. Y bien hubiera podido yo incluirlas de cien más,

umentando la colección con otros dos ó tres tomos.

No es desdén, ni olvido, ni menor estimación lo que ha excluído á muchos de mi FLORILEGIO. Las causas de la exclusión son otras.

Aunque sea repetirme, recordaré que me propuse desde luego excluir á los hispano-americanos, y coleccionar sólo poesías castellanas de los españoles peninsulares. No quise tampoco incluir nada traducido ni ningún fragmento de obra dramática, sino sólo lo original, lírico y narrativo.

Nada he insertado de alguno de nuestros más eminentes dramaturgos como son: D. Manuel Tamayo y Baus, D. Narciso Serra, D. Tomás Rodríguez Rubí y D. José Echegaray.

De los poetas del siglo XVIII, coleccionados por el Marqués de Valmar, hay no pocos que pueden considerarse también como del siglo XIX, porque en él han vivido. De éstos he suprimido muchos en mi colección por hallarse la del Marqués de Valmar tan en manos de todos: así el Conde de Noroña, D. Francisco Sánchez Barbero, D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos, D. Francisco Gregorio de Salas, D. Tomás José González Carvajal, D. Joaquín Lorenzo Vi-

llanueva, D. Francisco de Paula Núñez y Díaz, el Abate Marchena, D. Teodoro La Calle, D. Francisco de Paula Castro, Don José María Roldán, D. Cristóbal de Beña, D. José María Blanco y Crespo, D. José Vicente Alonso, D. Eugenio de Tapia, Duque de Ahumada, D. Pedro Antonio Marcos, D. Pablo Jérica, D. Manuel Norberto Pérez del Camino y D. José Musso y Valiente.

De época posterior, y sobre todo desde la aparición del romanticismo, he dejado también de incluir á no pocos poetas, notables y hasta famosísimos algunos de ellos como oradores y personajes políticos: así D. Juan Donoso Cortés, Marqués de Valdegamas, D. Antonio de los Ríos Rosas y D. Joaquín Francisco Pacheco.

Hay además no escaso número de poetas, dignos de conmemoración, ya que el Padre Blanco García los cita, los juzga y los encomia en su libro, que no entran en este FLORILEGIO por falta de espacio. Tales son, entre otros, D. Antonio Alcalde Valladares, D. Juan Ariza, D. Víctor Balaguer, Barón de Andilla, D. José Bermúdez de Castro, D. Vicente Boix, D. Gaspar Bono Serrano, D. Jerónimo Borao, D. Juan Bueno, D. José Calvo Asensio, D. Francisco

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO"

Apdo. 1625 MONTE

Camprodón, D. Fernando de Gabriel, Don José M.<sup>a</sup> Díaz, D. Patricio de la Escosura, D. José Fernández Espino, D. Luis Fernández Guerra, D. Antonio Ferrer del Río, D. Carlos Fernández Shaw, D. Ricardo Gil, D. Antonio Gil y Zárate, D. José Gómez Hermosilla, D. Miguel González Aurioles, D. José González de Tejada, D. José Güel y Renté, Conde de Güendelaín, D. Miguel Gutiérrez, D. Juan Justiniano y Arribas, D. Modesto Lafuente, D. José Lamarque de Novoa, D. Javier León y Bendicho, D. José Mor de Fuentes, D. Pedro Novo y Colson, D. Eugenio Ochoa, D. Ceferino Palencia, D. Felipe Pérez, D. Miguel Agustín Príncipe, D. Mariano Rementería, D. Jacinto de Salas y Quiroga, D. Juan Tomás Salvany, D. Antonio Saviñón, D. Juan Antonio Sazatornil, D. Gabino Tejado, D. Antonio Valbuena, D. Enrique Vedia, D. Manuel Villar y Macías y D. Francisco Zea.

Algunos de esta larga serie de poetas tienen más merecida fama como dramáticos que como líricos. De otros tal vez se atreva alguien á recelar que deban en gran parte á la benignidad y manga ancha del excelente Padre Blanco García el verse citados y hasta encomiados en su libro.

Con las poetisas es el Padre harto menos

generoso, sin duda porque su estado no consiente la galantería. Ello es que nada dice de muchas que ha habido de no escaso valer.

Yo incluyo nueve en mi FLORILEGIO y casi me arrepiento de haber abierto poco la mano en la inclusión de poetisas. Algo por lo menos debiera yo haber incluido, (aunque sólo fuese por la popularidad y gloriosa nombradía que más tarde ha adquirido con su prosa), de la fecunda novelista, crítica y autora de viajes, doña Emilia Pardo Bazán, y algo también de las ilustres malagueñas, doña María Mendoza de Vives y doña Dolores Gómez de Cádiz de Velasco.

Acaso porque empezaron á adquirir celebridad después de la aparición del libro del Padre Blanco García, lo cierto es, por último, que hay aún no pocos poetas que gozan de estimación y crédito, que el Padre no cita, y de quienes yo no doy noticia ni muestra.

Los juegos florales, renacidos en Cataluña y en el Mediodía de Francia, se han extendido por toda la Monarquía española, se han celebrado con animación, pompa y aplauso, en casi todas nuestras capitales de provincia y hasta han ido á interesar ó divertir á los alemanes, celebrándose casi anual-

mente en Colonia, merced al ilustre, discreto é infatigable hispanófilo Dr. D. Juan Fastenrath. Esto ha contribuido á que vuelva á encenderse por todas partes el amor de la poesía, que se había entibado y hasta enfriado, y á que florezca y brille multitud de nuevos poetas á quienes no es justo que desdeñemos. Algunos hay en cuyas frentes se percibe ya el resplandor de la gloria futura y de quienes se puede pronosticar que entrarán con sobrada justicia en los florilegios ó antologías que del siglo xx se publiquen. A mi ver, el primero de éstos y en cuyo favor me parece más seguro el pronóstico es D. Antonio Riaño, premiado, creo, en los juegos florales de Almería.

Por lo pronto, nada hay que justifique (menester es que se atribuya á inexplicable descuido ó á circunstancias independientes de mi voluntad) la omisión en este FLORILEGIO de algunos poetas á quienes trato y estimo como amigos y cuyas obras no me parecen de mérito inferior á varias de las que en esta colección van insertas. Así por ejemplo D. Manuel Cano y Cueto, autor de las amenas é interesantes *Leyendas y tradiciones de Sevilla*; D. Eduardo Bustillo, que se distingue como poeta festivo y satírico en *El ciego de Buenavista*, como narrativo ó

épico-popular en el *Romancero de la guerra de Africa*, del que me aseguran que han llegado á agotarse catorce ediciones, y como apasionado admirador de la naturaleza y pintor y narrador de amores y escenas campes- tres en su libro *Las cuatro estaciones*; y así, por último, D. Ramón A. Urbano, para cuyo tomo de poesías, que lleva por título *Girones*, escribí yo un prólogo, y D. Ángel del Arco, que lleva también un prólogo mío en sus *Laureles*, de tal suerte llamados porque los forma el conjunto de veintiuna composicio- nes, premiadas ó laureadas todas en diferen- tes Juegos florales.

Varios otros poetas, iluminados ya por la aurora que antes de nacer difunde como el sol la fama, me complacería yo en men- tar aquí si no temiese pecar de difuso y de harto propenso á la alabanza.

¡Quién sabe si alguien me tildará de esto último por algunas de las más recientes com- posiciones que inserto en mi FLORILEGIO! ¡Quién sabe si alguien me acusará de disimular faltas ó errores, ó de no ser capaz de comprenderlos y hasta de querer hacer que pasen y valgan como primor y como hermosura! A esto sólo contestaré, no para justificarme, sino para explicar mi conducta, que yo propendo á preferir á lo tri-

llado, vulgar ó insulso, lo que anhelante de remontarse de un vuelo á lo inaudito y á lo raro, viene á caer en lo extravagante, con tal de que haya aciertos que disimulen y encubran el desaire de las caídas.

De todos modos, y tal como es el conjunto de poesías líricas y narrativas que aquí publico, yo tengo por cierto que basta á dar una idea justa y buena del valer y de la importancia de este género de literatura en la España contemporánea, al nivel en esto, ya que no en otras artes, ciencias y facultades, de las naciones más adelantadas y cultas de Europa.

## INDICE

	Página.
<i>Doña Paz de Borbón (Infanta de España):</i>	
A La Virgen de la Almudena.....	5
Almas y flores.....	6
Á mi hermana Eulalia.....	6
Á Luis.....	7
<i>Doña Blanca de Borbón:</i>	
Á la Virgen del Pilar.....	8
<i>Doña Antonia Díaz de Lamarque:</i>	
Después de la lluvia.....	9
<i>Doña Sofía Casanova de Lutoslauskii:</i>	
En la víspera de San Juan (cuadro de Polonia).....	11
<i>Doña Josefa Ugarte Barrientos (Condesa de Parcenti):</i>	
En un álbum.....	14
<i>Doña Blanca de los Ríos de Lampères:</i>	
Tú y yo.....	17
Misterios.....	17
De una extensa epístola dirigida desde Italia á Don Emilio Ferrari y á su señora.....	18
<i>Doña Carlolina Valencia:</i>	
La oración de la tarde.....	21
Á tí.....	24
<i>Don Enrique de Aguilera y Gamboa (Marqués de Cerralvo):</i>	
El arco romano de Medinaceli.....	27
<i>Don Narciso de Heredia (Marqués de Heredia):</i>	
Á Francia.....	29
A vuela pluma (estudio tomado en Galicia del natural). ..	32

llado, vulgar ó insulso, lo que anhelante de remontarse de un vuelo á lo inaudito y á lo raro, viene á caer en lo extravagante, con tal de que haya aciertos que disimulen y encubran el desaire de las caídas.

De todos modos, y tal como es el conjunto de poesías líricas y narrativas que aquí publico, yo tengo por cierto que basta á dar una idea justa y buena del valer y de la importancia de este género de literatura en la España contemporánea, al nivel en esto, ya que no en otras artes, ciencias y facultades, de las naciones más adelantadas y cultas de Europa.

## INDICE

	Página.
<i>Doña Paz de Borbón (Infanta de España):</i>	
A La Virgen de la Almudena.....	5
Almas y flores.....	6
Á mi hermana Eulalia.....	6
Á Luis.....	7
<i>Doña Blanca de Borbón:</i>	
Á la Virgen del Pilar.....	8
<i>Doña Antonia Díaz de Lamarque:</i>	
Después de la lluvia.....	9
<i>Doña Sofía Casanova de Lutoslauskii:</i>	
En la víspera de San Juan (cuadro de Polonia).....	11
<i>Doña Josefa Ugarte Barrientos (Condesa de Parcenti):</i>	
En un álbum.....	14
<i>Doña Blanca de los Ríos de Lamptres:</i>	
Tú y yo.....	17
Misterios.....	17
De una extensa epístola dirigida desde Italia á Don Emilio Ferrari y á su señora.....	18
<i>Doña Carlolina Valencia:</i>	
La oración de la tarde.....	21
Á tí.....	24
<i>Don Enrique de Aguilera y Gamboa (Marqués de Cerralvo):</i>	
El arco romano de Medinaceli.....	27
<i>Don Narciso de Heredia (Marqués de Heredia):</i>	
Á Francia.....	29
A vuela pluma (estudio tomado en Galicia del natural). ..	32

	Págs.
<i>Don Eduardo Benot:</i>	
Región .....	34
Ilusión .....	38
<i>Don Eusebio Blasco:</i>	
La oración .....	42
Del libro titulado «Soledades» .....	43
<i>Don José M. de Martorell y Fivaller (Duque de Almenara Alta):</i>	
Las dos bellezas .....	48
<i>Don Amós Escalante:</i>	
Brezos .....	54
En el Sardinero .....	56
El olivo .....	58
<i>Don Vicente W. Querol:</i>	
Carta al Sr. D. Pedro A. de Alarcón acerca de la Poesía .....	59
A María .....	65
<i>Don Teodoro Llorente:</i>	
El Pegaso .....	69
A la alondra .....	70
El idilio del zapatero .....	72
Un ramo de claveles y azucenas .....	74
Dos años después .....	75
<i>Don Antonio Fernández Grilo:</i>	
La chimenea campesina .....	77
El invierno .....	84
<i>Don Antonio Cánovas del Castillo:</i>	
Olas y amores .....	89
A propósito del matrimonio de la infanta Doña María de la Paz .....	91
<i>Don Adelardo López de Ayala:</i>	
Sin palabras .....	94
A una bañista .....	94
Mis deseos .....	95
La cita .....	96
A Sara .....	96
A Isabel .....	97
Mi pensamiento .....	97

	Págs.
Al oído .....	98
A un pie .....	98
Plegaria .....	99
<i>Don Vicente Barrantes:</i>	
Cachorro entre leones .....	100
<i>Don José Navarrete:</i>	
A Concha .....	106
<i>Don Miguel Costa:</i>	
El pino de Formentor .....	111
En las Catacumbas de Roma .....	112
Adiós á Italia .....	119
<i>Don Juan Alcover:</i>	
Lálage .....	121
<i>Don Juan Luis Estelrich:</i>	
El arco de Santa María de Burgos .....	131
<i>Don Manuel Fernández y González:</i>	
Del canto épico «La batalla de Lepanto» .....	137
<i>Don Francisco Sánchez de Castro:</i>	
Del «Cántico al hombre» .....	147
<i>Don Juan Antonio Cavestany:</i>	
El placer y el dolor .....	152
El nacimiento .....	158
<i>Don Francisco Rodríguez Martín:</i>	
A Zoilo .....	161
A Velarde .....	161
Remembranza .....	162
Dulce tirano .....	163
Larastra .....	163
¡Ay de mí! .....	164
A Manuel Reina .....	164
<i>Don Luis Montoto:</i>	
Juan Segador .....	166
La mejor corona .....	171
<i>Don Luis Herrera:</i>	
En la muerte del Emmo. Cardenal Fray Zeferino González .....	174
<i>Don Juan F. Muñoz Pavón:</i>	
La prometida del mártir .....	178

	Págs.
<i>El Padre Justo Alarcón:</i>	
Del libro titulado «Sentimientos».....	184
A mi querido Calabrés.....	186
Iñigo de Loyola á la Virgen de Montserrat.....	189
<i>Don Manuel Reina:</i>	
A Espronceda.....	195
El ensueño de Shakespeare.....	197
La legión sagrada.....	200
La fiesta del Corpus en la aldea.....	201
La eterna mascarada.....	202
La perla.....	202
La poesía.....	203
Noche de estrellas.....	203
<i>Don M. R. Blanco-Belmonte:</i>	
De la aldea al campamento.....	207
Canción estival.....	209
<i>Don José Velarde:</i>	
Del poema titulado «El Capitán García».....	212
Del poema titulado «Alegria».....	214
Del poema titulado «El holgado».....	216
<i>Don Salvador Rueda:</i>	
Flores de almendro.....	218
La primera flor.....	220
La cigarra.....	222
Collar.....	222
La siega.....	223
Córdoba.....	226
El Partenón.....	228
<i>Don Arturo Reyes:</i>	
Lo de siempre.....	229
La buenaventura.....	233
Intima.....	236
<i>Don Severo Catalina:</i>	
Imitación de varios estilos.....	238
A. Pavecita.....	240
<i>Don Mariano Catalina:</i>	
A la niña Teresa.....	242
Tu imagen.....	245

	Págs.
A Jesús.....	246
En la ausencia.....	247
<i>Don Melchor de Palau:</i>	
Cantares.....	250
La poesía y la ciencia.....	255
<i>Don Marcos Zapata:</i>	
Gente de pluma.....	265
Dulces recuerdos.....	265
Tierra firme.....	266
El recuerdo de un botijo.....	267
<i>Don Eduardo Marquina:</i>	
Del libro «Las vendimias».—Las siete palabras del poeta.....	271
<i>Don Vicente Medina:</i>	
La canción de la vida.....	284
<i>Don Ricardo de la Vega:</i>	
La defensa del sainete.....	288
<i>Don Javier de Burgos:</i>	
Sermón... perdido.....	291
Telegrama.....	292
<i>Don José López Silva:</i>	
Un día de lluvia.....	293
Una conquista.....	298
<i>Don Vital Aza:</i>	
Los nietos.....	305
Plan curativo.....	309
<i>Don Miguel Ramos Carrión:</i>	
Junto al arroyo.....	313
Gabán y capa.....	314
<i>Don Santiago de Liniers (Conde de Liniers):</i>	
Del «Novísimo espejo y doctrinal de Caballeros. Tono».....	316
<i>Don José Alcalá Galiano (Conde de Torrijos):</i>	
El titán.....	323
La providencia.....	327
<i>Don Luciano García:</i>	
La Virgen de la Montaña.....	329

	Págs.
<i>Don Angel María Dacarrete:</i>	
A ti.....	334
En Siberia.....	335
En la muerte de Lincoln.....	337
<i>Don Sinesio Delgado:</i>	
Amorosas.....	338
Un cuento.....	339
El camino del cielo.....	342
<i>Don Eugenio Sellés:</i>	
Serenata.....	344
<i>Don Miguel de Unamuno:</i>	
Memón.....	346
Fortaleza.....	346
Piedad.....	347
Al sueño.....	348
<i>Don Emilio Ferrari:</i>	
Del cuadro histórico «Dos cetros y dos almas».....	353
Aspiración.....	358
<i>Don Manuel del Palacio:</i>	
A mi hija María.....	362
A Victor Hugo.....	364
Jerez y Rhin.....	365
Madrigal.....	366
El fraile.....	366
En el álbum de María C. Larravide.....	368
<i>Don Juan José Herráiz (Conde de Reparas):</i>	
Las campanas.....	370
Soneto.....	372
Soledad.....	373
<i>Don Ramón de Campoamor:</i>	
De la composición titulada «Las sirenas».....	375
Vanidad de la hermosura.....	378
Beneficios de la ausencia.....	379
Historia del amor.....	381
Amor al mal.....	384
Mal de amor.....	384
La Noche buena.....	384
Un cielo en el infierno.....	386

	Págs.
El gran festín.....	386
Cantares.....	387
Humoradas.....	388
<i>Don Marcelino Menéndez Pelayo:</i>	
Carta á mis amigos de Santander.....	390
La galerna del Sábado de Gloria.....	399
<i>Don Federico Balart:</i>	
Salutación.....	404
Abatimiento.....	407
Fé.....	408
Nostalgia.....	410
A media noche.....	411
<i>Don Gaspar Núñez de Arce:</i>	
¡Sursum Corda!.....	413
ADVERTENCIAS.....	431

